
TRILOGÍA LAS CONTRATADAS 3
CONTRATO DE
Perdición
autora best seller de amazon
LOLA BELLUCI

TRILOGÍA LAS **CONTRATADAS** 3

CONTRATO DE Perdición

autora best seller de amazon

LOLA BELLUCI

Copyright © 2025 Lola Belluci

CONTRATO DE PERDICIÓN
1ª Edición
Publicado anteriormente bajo el título de Contrato de perdição.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel

Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal. ¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora!

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

Sumário

SINOPSIS

DEDICATORIA:

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

19.

20.

21.

22.

23.

24.

25.

26.

27.

28.

29.

30.

31.

32.

33.

34.

35.

36.

37.

38.

39.

40.

41.

42.

43.

44.

45.

46.

47.

48.

49.

50.

51.

52.

53.

54.

55.

56.

57.

58.

59.

60.

61.

62.

63.

64.

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

EPÍLOGO 3

MUESTRA DEL PRIMER LIBRO DE LA SERIE

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

¿Qué puede querer un billonario mujeriego con una camarera virgen?

Bruno Magalhães necesita una novia.

Conocido por su obsesión con ganar en todo, por primera vez el CEO de *Magalhães Inversiones* perdió una apuesta… y ahora tiene una tarea que cumplir: **pasar tres meses con una sola mujer. Y solo con ella.**

A menos que pueda evitarlo. ¿Cómo? **Contratando a la camarera de la panadería donde desayuna todos los días** para que finja ser su novia durante ese tiempo.

Milena García no es ninguna santa, pero sí es virgen... y está completamente arruinada. Con solo diecinueve años, una madre enferma, un hermano adolescente problemático y dos trabajos a cuestas, no le queda tiempo para mucho más.

Cuando el cliente de la panadería —por quien no tiene un crush, sino un abismo entero— le hace una propuesta absurda de "noviazgo falso", no necesita pensarlo mucho para responder:

"¡Sí, por favor! Pero sin sexo."

Después de todo, ser virgen no significa ser tonta.
Y Milena sabe muy bien que un hombre capaz de proponer algo así puede ser hermoso para mirar… pero **peligroso de mantener**, por más que su cuerpo parezca decidido a ignorar las advertencias de su mente.

Ella se niega a ser solo otra más en su cama.

Él se está volviendo obsesionado con la única mujer que no puede tener.

Y cuando el deseo de convertir la mentira en realidad se vuelve insoportable… **la única opción es perderse por completo.**

Un noviazgo de mentira que te va a conquistar.

DEDICATORIA

:

Para Eliza Porto,

Tú siempre exististe, pero me prestaste tu historia para que yo la contara.

Yo, antes de ti, desconocía mi propia existencia. Gracias por inventarme.

1.

MILENA GARCÍA

—¡Aquí! ¡Y le puse una sorpresa dentro!

Extiendo la bolsa de papel hacia la madre, pero miro a la hija cuando casi susurro las últimas palabras y le guiño un ojo.

La niña, de cabello oscuro y rasgos amarillos, como su madre, me sonríe, y aunque sé que la sorpresa en cuestión no es más que un origami hecho con servilletas baratas, me siento como una superhéroe al poner esa sonrisa en su rostro.

—¡Gracias, Mile! ¡Siempre me salvas la vida! —dice Bárbara, poniendo la mano en el pecho, sobre el cuello de su traje gris, en su agradecimiento diario antes de dejar su, también diaria, contribución en el tarro de propinas junto a la caja.

Levanto los ojos y despido sus palabras con un gesto rápido. Nunca me negaría a hacer todo lo que pudiera por ayudar a una madre soltera.

No cuando tengo una en casa que siempre hizo todo lo posible por mi hermano y por mí. Sé muy bien que cualquier ayuda, aunque sea solo conseguir comprar el snack favorito de la hija cinco minutos antes del horario oficial de apertura de la cafetería, marca toda la diferencia.

— No es nada, Bárbara. Sabes que puedes contar conmigo.

Ella se despide con una sonrisa agradecida más antes de pasar por la puerta, donde el cartel colgado todavía tiene la palabra "Abierto" hacia el interior del establecimiento.

Suelto un suspiro largo y deslizo los ojos lentamente por el lugar donde he pasado mucho más tiempo del que he pasado en casa en los últimos dos años.

La Garden Gourmet no es más que una cafetería demasiado sofisticada, exactamente como todos los negocios en los barrios Jardins, en São Paulo.

Ubicada en el primer piso de un condominio residencial de lujo, es parada obligatoria tanto para los residentes del condominio como para quienes trabajan alrededor y tienen un vale de comida lo suficientemente gordo como para pagar cinco dólares por un brigadeiro.

La primera vez que pasé por la Garden, aunque solo fuera por su acera, supe que jamás podría pagar por lo que vendían allí, ni siquiera tuve el valor de entrar.

Meses después, cuando comencé a trabajar aquí como aprendiz, confirmé mis sospechas, que en realidad siempre habían sido certezas.

La fachada azul Tiffany y blanca no es más atractiva que su interior, todo planeado para parecer un dibujo de dos dimensiones. Desde el suelo hasta las lámparas, en una foto, todo parece exactamente como garabatos monocromáticos sobre una hoja de papel blanca.

Según don José, el dueño portugués y tacaño de la cafetería, la arquitectura de la Garden fue inspirada en un café de Corea del Sur. Por lo que dice el "padre de los burros" del siglo XXI -es decir, internet-, parece que tiene razón. Y, para ser justos, la cafetería en São Paulo es tan bonita como ese famoso café coreano.

Miro el reloj que parece un dibujo infantil garabateado sobre la puerta. Seis y cuarenta y cinco. Aún faltan quince minutos para abrir.

—Molestamente eficiente, como siempre...

La voz arrastrada y malhumorada me hace girar el cuello. Encuentro a Clarissa pasando por las puertas vaivén mientras se amarra el delantal arrugado a la cintura.

—Buenos días para ti también, flor del día.

—¿Buenos días para quién, Mile? Eres el único ser humano capaz de estar de buen humor a las seis y cuarenta y cinco de la mañana. ¡Y tú! De todas las personas que conozco, tú eres la que más derecho tiene a estar malhumorada por la mañana. —Me mira con las cejas arqueadas como si lo que acaba de decir fuera obvio—. A cualquier hora del día, en realidad —murmura las últimas palabras y no sé si debería haberlas escuchado, pero el comentario me hace bufar.

No es que no esté de acuerdo con ella, pero ¿quién tiene tiempo para estar malhumorada cuando se tienen dos empleos, un hermano adolescente rebelde y una madre necesitando tratamientos médicos que cuestan un ojo de la cara? ¡Por favor!

—No tengo tiempo para estar malhumorada, Clarissa.

—¡Y cuando crezca, quiero ser como tú! —dice, antes de que sus ojos negros cambien drásticamente, pasando, con una velocidad increíble, a parecerse exactamente a los del Gato con Botas, y ya sé exactamente lo que está por pedirme—. ¿Puedo quedarme en la caja hoy? ¿Por favorcito?

Un sonido incrédulo se escapa de mi garganta. ¡La cara dura de esta mujer!

—¡Tu cara dura no tiene límites, Clarissa! —la acuso, y ella ni siquiera se molesta en negar.

—Es un don —confirma, luciendo mucho más orgullosa de lo que debería—. ¿Puedo? —pregunta otra vez, y yo revuelvo los ojos—. Así podrás hacer una broma con el cliente guapo de las siete y quince. Sé que tu día se pone un poco más gris cuando no puedes hacer eso —comenta casualmente, y algo parecido a un gruñido escapa de mi boca cuando me apresuro a negarlo. Pero ni yo creo en mi intento ridículo.

El cliente de las siete y quince. Solo pensar en él me hace sentir un escalofrío nervioso recorrer mi espalda de punta a punta y una sensación helada apoderarse de mi estómago.

No sé su nombre, no sé a qué se dedica, no sé nada de él, salvo que es un feliz residente de uno de los lujosos apartamentos sobre nuestras cabezas y que todas las mañanas pide un café moca y dos panes de queso.

Parece poco para un desayuno, pero cualquiera que vea ese cuerpo esculpido por los dioses y siempre expuesto en trajes que, sin duda alguna, están hechos a medida, lo entendería.

El hombre tiene la piel morena, en un bronceado eterno como si viviera de sol y mar, pero eso no es todo. Está muy lejos de ser todo. Su cabello tiene rizos que caen por su nuca y cubren sus orejas, en una longitud que no es ni larga ni corta, y sus ojos son de un azul obsceno.

Solo no son más obscenos que el conjunto de su imagen, y todas las mañanas, cuando pasa por la puerta, haciendo sonar la campanita sobre ella, tengo que reunir toda mi capacidad de concentración para no hacer el ridículo, y aun así, hay días en los que simplemente no puedo.

Incluso en esos, -especialmente en esos-, como si supiera que necesito algo para no babear sobre él, el cliente de las siete y quince siempre tiene una broma o un juego de palabras gracioso para intercambiar durante los treinta segundos en los que le entrego su café moca.

De hecho, pensar o usar a mi gran amigo Google para buscar esas bromas se ha convertido en una tarea obligatoria en mi día. Y sé que podría aprovechar mucho mejor el tiempo que pierdo haciendo eso, siendo malhumorada, por ejemplo. Pero las prioridades, ¿no?

En los últimos dos años, el dueño de mis cafés mocas mejor preparados solo dejó de venir a tomar café cinco veces, y solo entró en otro horario que no fuera a las siete y quince de la mañana tres veces. En las tres ocasiones, compró un brigadeiro después del almuerzo, y estoy segura de que esas fueron escapatorias no planeadas.

—Está bien —balbuceo cuando me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo en silencio, divagando sobre el cliente, como para argumentar en contra de las certezas de Clarissa, y la sonrisa en su rostro no deja lugar a dudas sobre eso.

2.

BRUNO MAGALLANES

—¡Eh, perdedor! —En el instante en que acepto la llamada y coloco el celular en mi oído, me arrepiento. Ya sabía lo que estaba por venir, y ni eso me impide de querer lanzar el aparato por la ventana del coche.

—¿En serio? —es lo mejor que consigo decir en respuesta, y está claro que eso no es suficiente para evitar las palabras que siempre supe que escucharía.

—¡Ah, puedes estar seguro de que es muy en serio! —La sonrisa en la voz de Arthur tiene olor, color y sabor. Los siento, incluso a distancia—. Eres el maldito más competitivo que he conocido, y es la primera vez en veintidós años que tengo el placer de decir esto. —Hace una pausa, saboreando su propia victoria, y yo aprieto los dientes, tragando todo el veneno que quisiera soltar—. ¡Créeme! ¡Voy a disfrutarlo! —declara, satisfecho consigo mismo, y es más fuerte que yo. Un bufido sonoro escapa de mis labios. Eso lo estimula. Mi amigo de la infancia se ríe, escuchando a través de mi silencio y sabiendo exactamente cuánto me está costando—. ¡Todos lo vamos a hacer! De hecho, estamos haciendo una escala para llamarte una vez por hora todos los días durante la próxima semana solo para decirte esto, así que prepárate.

Claro que lo están haciendo. Paso mi mano libre por el cabello, deseando poder jalarlo hasta que me duela. Estaciono el coche frente a las escaleras de mármol blanco que dan acceso a la casa de mis padres. Con mi humor actual, lo último que necesito es un maldito almuerzo familiar, pero aquí estoy.

Salgo del coche y lanzo las llaves a Carlos. El empleado las agarra en el aire y me da una sonrisa amable. Yo sonrío de vuelta, sin

ganas, pero el pobre hombre no tiene la culpa de que mis amigos sean unos hijos de puta.

Cuatro tipos con barba que, cuando se quedan solos, siguen actuando como los mismos chicos que se conocieron en el internado hace más de dos décadas.

Aunque, dadas las circunstancias, sonreír no está entre mis prioridades ahora mismo, la imagen que aparece en mi mente hace que sea imposible evitarlo.

Nosotros cinco con ojos morados, sentados en fila en la antesala del director del Colegio Saint Ives cuando teníamos dieciséis años, esperando una reprimenda después de habernos metido en una pelea.

Algún idiota, nuevo en la escuela, pensó que sería buena idea meterse con Pedro porque era el típico chico nerd de cuerpo flaco, siempre cargando libros, con gafas rectangulares y el cabello despeinado. Le mostramos al imbécil y a sus amigos que no, que no era una buena idea.

La verdad es que Arthur, Héctor, Conrado y yo también éramos lo que en ese entonces llamaban "nerds", pero a diferencia de Pedro, siempre nos importaba tanto ligar chicas como las matemáticas.

Así que, para ese entonces, los cuatro pasábamos al menos un par de horas al día en el gimnasio del internado. Pedro hacía lo mismo, pero en lugar de aprovechar su tiempo con barras y pesas, se pasaba jugando al LOL.

—Siempre puedo no contestarles... —digo lo obvio.

—¿Y ser un perdedor dos veces? ¿Uno que pierde y no lo acepta? Ah, no. —Chasquea la lengua, disfrutando cada segundo de esto—. Eso no va contigo, brunito. —Hijos de puta. Un montón de hijos de puta que saben cómo presionar todos mis malditos botones. Todos ellos, aunque ahora solo tenga que aguantar a uno. Simplemente no podría ignorar sus llamadas y decir, aunque sea en silencio, que ganaron otra vez.

No. Voy a aceptarlo en silencio hasta que los cretinos se cansen. Fingir que no me importa hasta que sea verdad o, al menos, hasta que ellos crean que sí. Aunque dudo mucho que eso ocurra. Me conocen desde hace demasiado tiempo.

—¿No tienen nada más que hacer? La última vez que los vi, ustedes eran empresarios reconocidos, no vagos que pueden llamarme cada hora para joderme.

—¡Ah, lo somos! —Se ríe, una risa ligera que me hace apretar más el celular con la mano—. Y por eso cada uno de nosotros le pidió a sus secretarias que añadieran un compromiso cíclico en la agenda. El código es "beber agua". ¿Lo crees?

—Vete a la mierda, Arthur. ¿Esta llamada tiene algún propósito?

—¿Burlarme? —El tono es calculadamente burlón y sube en volumen y sarcasmo con cada palabra que dice—. ¿Trolearte? ¿Decirte que fracasaste? ¿Recordarte que perdiste? ¿Llamarte perdedor de todas las maneras posibles sin repetir el adjetivo?

—Mmm. Buenas tardes, Arthur. —Sin remordimientos, cuelgo el teléfono en la cara de mi amigo.

Segundos después, el teléfono vibra en mi mano. No es otra llamada, sino una notificación de mensaje nuevo.

> **Arthur:** Estoy ansioso por verte perder otra vez. ¿Quién fue el genio que eligió la tarea en caso de que perdieras? Oh, espera, ¡fui yo! Nos hablamos en cinco horas, perdedor.

—¡Hijo de puta! —me quejo en voz alta, aunque sé que si los papeles estuvieran invertidos, yo sería aún más insoportable.

La verdad es que si estoy descubriéndome como un mal perdedor, no es ninguna novedad que soy aún peor como ganador. Y esa es la única cosa en la que me reconozco como malo, porque, seamos honestos, ser bueno en eso es una puta maravilla, como Arthur está disfrutando frotándomelo en la cara.

Al pasar por la puerta de entrada y atravesar los pasillos con piso y paredes blancas hacia la sala de estar, donde estoy seguro de que mi familia ya está reunida, sacudo la cabeza en señal de negativa. Perder definitivamente no es algo con lo que esté acostumbrado. Fallar no es, en realidad.

¿Apostar? Sí. Todo el tiempo. ¿Perder? Jamás. Excepto esta vez. Esta maldita vez en la que, ni en un millón de años, habría previsto que mi apuesta sería completamente equivocada.

—¡Hijo! —saluda mi madre en cuanto me ve.

La mujer elegante, vestida con su conjunto de falda y blazer blancos, combina perfectamente con el ambiente de decoración clásica, rodeado por enormes paredes de vidrio que dejan que la luz natural inunde la habitación con piso de mármol.

Desde el enorme sofá gris, Bárbara Magallanes se levanta con su habitual elegancia. Su cabello está recogido en un moño alto y sus ojos azules, como los míos, sonríen, mostrando las pequeñas arrugas alrededor de ellos, segundos antes de que la envuelva en mis brazos.

—Hola, mamá. —Le beso la frente cuando se aparta un poco—. ¿Cómo estuvo París? —le pregunto.

Tengo buenos padres. No son los más presentes del mundo, nunca lo fueron, y, de hecho, ir a un internado fue una decisión mía. Como hijo único, pasaba demasiado tiempo solo mientras mis padres viajaban constantemente.

Una escuela que pudiera llamar "casa" y que siempre estuviera llena, a diferencia de mi casa real, siempre vacía, simplemente me pareció una buena opción, aunque en ese entonces solo tenía nueve años.

—Divina, como siempre —responde sonriendo—. Siempre tendremos París... —tararea la frase famosa, sacándome una risa. Me suelta y yo jalo a mi padre, que ya está a nuestro lado, para abrazarlo.

—¿Qué tal, viejo? —El hombre de barba y cabello gris tiene la piel naturalmente morena, y sus ojos oscuros están fijos en mí. A diferencia de mi madre, que usa tacones hasta dentro de casa, mi padre está vestido cómodamente con bermudas y una camiseta polo.

—¿Qué tal, joven? —El abrazo dura poco. Las demostraciones exageradas de afecto nunca fueron parte de nuestra dinámica familiar. Ellos retoman sus lugares previos y yo me siento en el sofá, al lado de mi madre.

—¿Cómo van los negocios? —Es la primera pregunta que me hace mi padre y yo resoplo dramáticamente. Él entiende perfectamente mi protesta, aunque no haya dicho nada—. ¿Qué pasa? Me encantaría preguntar sobre tu novia, prometida o esposa, si tuvieras una. Me encantaría preguntar por mis nietos.

—¡Despacio, viejo! Tengo treinta y tres, no cincuenta y dos —argumento, y es su turno de resoplar.

—Maurício y Joaquim ya tienen nueras —murmura en voz baja, y un sonido de burla sale de mi garganta. ¡Genial! Todo lo que necesitaba era ser comparado con esos malditos João Pedro Gouvêa y Marcos Valente.

Los hijos de los mejores amigos de mi padre siempre fueron una piedra en mi zapato. Arrogantes, egocéntricos y presuntuosos, nuestra relación estuvo condenada al fracaso desde que aún usábamos pañales.

A pesar de que teníamos la misma edad, me di cuenta muy temprano de que reproducir la amistad de nuestros padres nunca estuvo en los planes de ninguno de ellos. Esa era una relación de dos, y poco me importaba a mí si ellos no hacían más que exhibirse como si siempre fueran mejores que yo.

Mi competitividad nunca fue injustificada. Primero fueron los juguetes, después las conquistas académicas y, finalmente, las mujeres.

De los dos, João Pedro siempre fue el que consideré el peor. El imbécil siempre llevaba las competiciones al extremo, y compartir el mismo espacio con él se convertía en una prueba de paciencia.

Porque, al mismo tiempo que quería mandarlo todo a la mierda y simplemente ignorarlo, no ceder a sus provocaciones y no entrar en su juego de "quién es el mejor" fue algo de lo que me descubrí incapaz.

Con Marcos las cosas eran diferentes. Nunca seríamos amigos, pero cuando estaba solo, hasta podíamos mantener una conversación de un minuto. A él sí podía tolerarlo. O, al menos, solía poder. ¿El hijo de puta tenía que arruinarlo y hacerme perder, por primera vez en la vida, una apuesta?

¡Mierda! ¡Nunca lo habría imaginado! ¡Nunca! Ni en un millón de años habría sugerido la competencia en primer lugar.

Cuando anunciaron que el heredero de Valente & Camil Abogados estaba a punto de casarse, fue imposible escapar del tema. Y en una de las ocasiones en que surgió entre mis amigos y yo, fui directo a decir que apostaba mi nueva Lamborghini a que el matrimonio no duraría ni seis meses, antes de que él traicionara a esa tal Antonella.

Ese bastardo nunca había estado con una mujer más de una semana. La noticia de su matrimonio no sonaba menos que absurda. Aún más que el de João Pedro, poco tiempo antes.

Por eso, apostar a que el hijo de los amigos de mis padres traicionaría a su esposa en la primera oportunidad, quizás incluso antes de que llegaran al altar, no era nada del otro mundo. Debería haber sido una apuesta ganada, como todas las demás.

Arthur, Pedro, Héctor, Conrado y yo siempre apostamos todo. Al principio, eran cosas banales, como figuritas, cuando éramos niños. Pero a medida que crecimos, las apuestas se hicieron más grandes, y en algún momento, apostar dinero dejó de ser divertido, ya que nunca nos faltó y nunca nos faltará.

No era algo que realmente temiera perder. Herederos de las mayores fortunas de Brasil, aunque no nos hubiéramos esforzado mucho por crear nuestras propias riquezas, pobres, definitivamente no seríamos.

Entonces, comenzamos a subir los riesgos: objetos coleccionables, autos raros y, por último, tareas imposibles, o tan difíciles como éramos capaces de pensar, resultaron ser lo más divertido.

Y cuando a todo el mundo le gustó la idea de apostar sobre el matrimonio de Marcos a su favor y en mi contra, debería haber sospechado algo. Sobre todo cuando Arthur me propuso lo que debía hacer si perdía.

Es probable que esos infelices que llamo amigos supieran algo. Porque, para mí, que conocía al hombre, era inimaginable que, ahora, seis meses después del mencionado matrimonio, él anduviera por ahí no solo feliz, sino orgulloso de estar encadenado. Para mis amigos, cuyo contacto con el heredero Valente nunca había pasado de saludos en eventos, debió haber sido algo más allá de lo imposible.

Debería haber sido, pero no lo fue. Y así fue como me jodí. Porque, ahora, además de haber perdido una apuesta por primera vez, tengo en mis manos una tarea ingrata. Pasar tres meses con la misma mujer, puta madre. Solo repetir esas palabras en mi cabeza me hace sentirla palpitando.

No tengo ningún tipo de desequilibrio emocional que me impida desarrollar relaciones, ni trauma de un pasado oscuro. No. Pero otra cosa que no tengo es paciencia.

Y las relaciones exigen mucho de eso. Si hay algo en lo que no estoy dispuesto a esforzarme, es en relacionarme con una mujer. No cuando todo lo que siempre necesité hacer para conseguir compañía fue sonreír.

Y cuando ni siquiera a eso estaba dispuesto, siempre pude simplemente pagar. Lo que me lleva a la segunda razón que debería

haberme hecho desconfiar de las intenciones de esos cuatro hijos de puta.

La regla de la apuesta, en caso de que la perdiera. Tres meses con la misma mujer, cualquier mujer, siempre que no fuera una prostituta. ¡Hijos de puta!

—¡Deja en paz al niño, Bernardo! Las cosas van a suceder cuando tengan que suceder —mi madre silencia a mi padre y casi le doy un beso en la mejilla por eso. El viejo resopla, pero no insiste—. ¿Cómo están tus amigos? —pregunta y mi gratitud recién adquirida se extingue al instante.

3.

MILENA GARCÍA

La correa de la mochila pesa en mi hombro mientras paso por la puerta de servicio del restaurante mexicano donde trabajo por la noche.

Mi cuerpo cansado, después de dieciocho horas de pie, corriendo de un lado a otro atendiendo, sonriendo y sosteniendo bandejas, implora descanso, pero aún tengo un largo camino por recorrer antes de llegar a mi merecida cama.

—Buenas noches, Mile.

—Buenas noches.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, gente. Hasta mañana —me desean mis compañeros de trabajo y yo respondo mientras nos despedimos frente a la puerta cerrada del restaurante.

Siento la ardorosa quemazón en las plantas de los pies mientras camino hacia la parada del autobús. Las calles bien iluminadas del barrio Jardins son lo único que me impide dormir de pie, mientras los sonidos a mi alrededor van desapareciendo hasta quedar en un silencio absoluto.

Llego a la pequeña estructura de acero y plástico destinada a quienes esperan el transporte público, suelto un largo suspiro y miro el reloj en mi muñeca. Son las doce y veinte.

Si el autobús no se retrasa y si nada pasa en el camino, debería llegar a casa a la una de la mañana. Y, hasta que deje todo listo para mañana, será la una y media. Si todo sale bien, hoy podré dormir cuatro horas. Cuatro horas preciadas.

Paso la lengua por mis labios y meto las manos en los bolsillos traseros de mis viejos jeans, sin desviar la vista de la carretera, donde espero ver pronto mi alfombra mágica. El cansancio es tal que ni siquiera tengo fuerzas para reír de mi propia broma.

A esta hora, al menos el autobús estará lo suficientemente vacío como para que pueda sentarme. Las puntas de mis dedos tantean las monedas separadas para el pasaje.

Las monedas contadas, porque tuve que usar mi billete único para algunas de las visitas de mi madre al médico este mes, y el saldo se agotó más rápido de lo esperado. Como siempre, el mes sobra, pero el dinero no alcanza. Afortunadamente, mañana es el día de la recarga.

Apoyo la frente contra el acero frío, sintiendo un escalofrío cuando el frío entra en contacto con mi piel caliente. Mis ojos pesan, pidiendo a gritos cerrarse, pero me resisto y sigo atenta a los letreros luminosos que aparecen pequeños y se van agrandando conforme los autobuses se acercan.

Diez minutos de silencio y soledad bienvenidos, después de un día entero rodeada de gente y ruido, extiendo el brazo, haciendo la señal para el autobús 722 con destino a Itaim Paulista.

Él va reduciendo la velocidad hasta detenerse frente a mí y yo bajo del borde de la acera, ya esperando su parada, de pie, en la calle.

Saco las monedas para el pasaje del bolsillo de mi pantalón y la primera sensación extraña es la de una de ellas deslizándose por la parte posterior de mi pulgar, cuando todas deberían estar apretadas en la palma de mi mano.

Justo después, escucho el tintineo del metal cuando la moneda rebota en el asfalto, y me giro de inmediato, ya con los ojos buscando el suelo en su búsqueda.

Cuando la encuentro, girando como un trompo en el límite de la rejilla del alcantarillado, cuya existencia ni siquiera había notado

hasta entonces, la opresión que domina mi estómago no se puede describir de otra manera que no sea desesperación.

No, por favor, no. Dios, por favor, no dejes que caiga. Es todo lo que tengo tiempo de pensar antes de que la moneda se lance dentro del agujero y cierre mis ojos, ahora no solo por cansancio físico, sino con un verdadero agotamiento mental.

—Suba, hija.

La voz fuerte me asusta y solo entonces me doy cuenta de que el autobús está detenido, esperándome, y su conductor acaba de ser testigo de los últimos segundos miserables de mi día.

Miro al hombre calvo, de piel oscura, con cabello y bigote blanco, luego al alcantarillado y, por último, a las monedas que quedaron en mi mano.

Mi angustia debe estar clara en mi rostro, porque el conductor me da una sonrisa amable, con los labios cerrados, antes de hacer un gesto afirmativo, diciéndome que todo está bien.

Una lágrima silenciosa recorre mi rostro sin mi permiso, cuando le agradezco en voz baja, tan silenciosamente como él me ha sonreído, y subo al autobús. Un poco más y este día habrá terminado. *Solo un poco más, Milena, y este día acaba.*

***

Despierto en la parada anterior a la mía, como siempre. Muevo ligeramente el cuello, estirándolo antes de levantarme y echarme la mochila sobre el hombro menos dolorido.

Tiro de la cuerda y las luces de la próxima parada se encienden. Me agarro firmemente de la barra de apoyo hasta que el autobús empiece a reducir la velocidad y yo pueda relajar el agarre y caminar hasta la puerta de salida.

Las puertas se abren. Antes de bajar, miro hacia la parte delantera del autobús y, aunque no puedo ver al conductor, grito.

—¡Muchísimas gracias y buenas noches! ¡Usted me salvó la noche!

—Que Dios te acompañe, hija. —Sonrío con su respuesta y, en silencio, le deseo lo mismo.

Los cinco minutos de caminata entre la parada del autobús y mi casa los hago en modo automático. Cerca de casa, a diferencia de Jardins, las calles están mal iluminadas, pero llenas de vida.

Al igual que yo, decenas de personas están bajando del autobús y cerrando sus jornadas tras un largo día, solo para comenzarla nuevamente en unas horas.

Saludo a algunos vecinos, otros conocidos e incluso a personas que nunca he visto antes, pero que me desean buenas noches al pasar por mi lado.

El portón de hierro gris y oxidado aparece en mi vista y, como una maratonista en la última vuelta, mis fuerzas parecen renovarse repentinamente ante la perspectiva de que, en treinta minutos o menos, si logro ser rápida, estaré acostada en mi cama.

Sin embargo, al llegar al bajo muro de mi casa, que ya ha visto mejores días, noto una extraña luz a través de las cortinas cerradas.

El parpadeo característico de un televisor encendido me hace abrir y cerrar el portón con el ceño fruncido. Paso la mano por mi cabello, empujando hacia atrás los mechones que se soltaron de la coleta.

Pongo la llave en la cerradura y necesito respirar hondo, invocando toda la paciencia de lo más profundo de mi ser para lidiar con lo que encuentro.

Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza. Repito en silencio mi mantra cada vez que mi hermano hace algo estúpido.

Gabriel tiene quince años, y juro por Dios que todos los días encuentra una forma diferente de irritarme. Giro la muñeca para mirar el reloj: son la una y veintidós de la madrugada.

Debería levantarse a las seis para ir a la escuela. Una escuela muy, muy cara. La razón por la que necesito un segundo empleo, de hecho. Si hay algo que no debería estar haciendo, es jugando al maldito videojuego.

Tan distraído está que ni siquiera ha notado mi presencia. Cierro los ojos, decidiendo qué hacer. Enfrentarlo significará despedirme de al menos quince minutos de mis preciosas tres horas y cincuenta y ocho minutos de sueño.

Me llevo la mano a la frente, presiono los dedos pulgar, índice y medio sobre la sien, y una risa triste escapa de mis labios. No es como si tuviera opción, ¿verdad?

Dejo mi mochila colgada en el gancho junto a la puerta, cuento hasta diez e infló el pecho, reteniendo el aire durante cinco segundos antes de soltarlo. Camino decidida hacia el mueble donde está la televisión vieja, aún de tubo.

Con las luces apagadas y los ojos completamente clavados en el escenario postapocalíptico del juego de disparos, Gabriel no me nota hasta que ya es demasiado tarde y he desconectado el cable de la televisión de la toma de corriente.

En el segundo en que la sala queda sumida en la oscuridad, veo cómo sus pestañas largas parpadean y su boca se abre, confundido. Su cuerpo delgado y sin camisa está encorvado, con los hombros anchos hundidos por la postura.

—Deberías estar durmiendo —digo con calma. Aunque no puedo ver su rostro, estoy segura de que una expresión furiosa lo invade. *Aquí vamos de nuevo.*

—Y tú deberías ocuparte de tu vida —responde sin esfuerzo alguno. Oigo cómo se mueve, probablemente recostándose en el viejo sofá marrón de cuero rajado.

Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza. Respiro hondo y aprieto los dientes.

—Estoy ocupándome de mi vida, Gabriel. Porque, por si no te has dado cuenta, tú eres mi responsabilidad.

—¿Desde cuándo? —El tono es sarcástico, burlón.

Estoy cansada. Tan cansada. Mis ojos arden por milésima vez en las últimas dos horas.

—Desde que dependes de mí para comer, vestirte y estudiar en la maldita escuela que cuesta una fortuna, pero que puede garantizarte un futuro mejor que el mío.

—¿Y quién te pidió que hicieras eso, Milena? ¡Déjame en paz!

—Gabriel… —Intento, una vez más, ser racional—. Estoy cansada. Por favor… —le ruego, aunque no sé exactamente para qué.

—¡Entonces vete a dormir, carajo! —Levanta la voz y cierro los ojos, dejando que la primera lágrima se deslice por mi mejilla.

No es tristeza, solo agotamiento. Mi cuerpo y mi mente me están avisando que están llegando al límite, y pocas cosas duelen más que ignorar sus súplicas.

—¡Habla más bajo! —Mi susurro no concuerda con la intensidad de mis palabras. Miro hacia el final del pasillo oscuro, al otro lado de la sala, comprobando que su berrinche no haya despertado a mi madre.

Él gira el cuello en la misma dirección. Ahora, con mis ojos ya acostumbrados a la penumbra, alcanzo a ver una sombra de preocupación en su rostro, pero dura solo un instante antes de volver a mirarme.

—¡Tú no eres mi madre, Milena!

—¿Y tú crees que quiero serlo? —Un sonido que mezcla una risa seca, un llanto contenido y un suspiro sarcástico escapa de mi garganta. Me llevo las manos al rostro y lo froto con fuerza—. ¡Por el amor de Dios, Gabriel! Si no tienes respeto, al menos ten lástima por

mí. —Y allí se va mi enfoque calmado y comprensivo. Estoy agotada. Estoy completamente agotada—. ¡Tengo diecinueve años, Gabriel! ¡Diecinueve! —Levanto los brazos en el aire y dejo caer la cabeza hacia atrás en un intento por contener las lágrimas—. Son solo cuatro años más que tú. —Vuelvo a mirarlo, sin importarme si puede o no ver mi rostro—. Cuatro años, nada más. Todo lo que quería era que alguien se preocupara por mí como yo me preocupo por ti. Que alguien pagara mi universidad, como yo pago tu escuela. Que alguien me dijera que tengo una miserable oportunidad de tener una vida mejor que cuatro horas de sueño por noche —hago una pausa —, pero no te importa, ¿verdad?

Levanto las manos en señal de rendición, sacudo la cabeza y, sin esperar una respuesta, agarro mi mochila y salgo de la sala.

***

Cierro el cesto de ropa sucia y miro el reloj. Las dos y cinco. Está bien. Si me baño en cinco minutos, aún tendré tres horas y veinte minutos de sueño. No es lo ideal, pero puedo vivir con eso.

La discusión con Gabriel me quitó más que quince minutos, pero tuvo algo de efecto. Después de que lo dejé en la sala, no volvió a encender la televisión.

Esperó el tiempo suficiente para que su retirada no pareciera una obediencia a mi pedido, sino algo que hizo por voluntad propia. Luego se levantó y fue a dormir al cuarto que compartimos.

Es siempre lo mismo. *Es solo un adolescente, Milena. Solo un adolescente. Ser un idiota es parte de su naturaleza.*

Exhalo por la boca, ruedo los hombros y el cuello, y me doy vuelta, lista para entrar al baño. Sin embargo, al salir del diminuto lavadero y entrar a la cocina, apenas más grande, encuentro a mi madre parada en la puerta.

Su cabello oscuro, igual que el mío, le cae hasta los hombros y está despeinado, como era de esperarse en alguien que acaba de despertarse.

Su piel blanca tiene las arrugas características de alguien que ha vivido cuarenta y dos años, los últimos diecinueve corriendo constantemente para darles a sus hijos algo mejor de lo que la vida le dio a ella.

—¿Tienes sed? —pregunto, ofreciéndole una sonrisa a pesar del cansancio.

Ella no responde. Se mueve con su cuerpo cubierto por una camisola floreada, pero, en lugar de ir hacia la nevera como supuse, se dirige a la cafetera y comienza a prepararla.

Un escalofrío recorre mi estómago ante el presentimiento de lo que viene. Cuando mi madre se gira hacia mí, la mirada en su rostro me deja claro que no estoy a punto de bañarme, y mucho menos de dormir como quisiera.

4.

BRUNO MAGALLANES

—¿Vislumbrando tu futuro? —Héctor se detiene a mi lado, ofreciéndome un vaso de whisky. Lo acepto, aún sin poder desviar la mirada del grupo unos metros más adelante.

João Pedro Govêa y Marcos Valente están parados, colgados de sus esposas que probablemente les sujetan collares invisibles para los perritos que se han convertido. Si no lo viera con mis propios ojos, una y otra vez, no lo creería.

—Vete a la mierda. —Mi amigo ríe, atrayendo mi mirada. Sus ojos azules brillan con una diversión evidente y yo resoplo—. Esta es la única competencia que estaría feliz de perder frente a esos dos, Héctor. Puedo pasar tres horas, tres meses o tres décadas con la misma mujer y, aun así, ¿eso allí? —Inclino la cabeza hacia donde miraba antes y chasqueo la lengua—. Para nada.

—Eso ya lo veremos... —Desprecia mis palabras con ese comentario genérico y sus ojos castaños brillan con una diversión molesta—. Tu tiempo se está agotando —advierte, como si hubiera tenido la oportunidad de olvidarlo, y eso me hace reír.

—Pensé que habías venido aquí a dar un discurso, no a joderme con algo que ya estoy cansado de escuchar.

Sonríe de lado.

—Soy multitarea. Puedo hacer las dos cosas sin problema.

Me guiña un ojo y yo pongo los ojos en blanco.

Llevo el vaso a la boca, bebo un sorbo de la bebida ámbar y dejo que mis ojos recorran el salón finamente decorado.

Me gustan las fiestas, pero sin lugar a dudas, odio los eventos, incluso los que son una constante en mi vida, como el aniversario de Magallanes Capital.

Odiaba estar aquí cuando era niño, odiaba cuando mi padre presidía la empresa y sigo odiando ahora que soy yo quien está al frente de los negocios.

—¿Por qué no eliges a alguien aquí? Yo seguro que lo voy a hacer.

Héctor barre el salón con la mirada, como un águila buscando su próxima presa, y yo paso la lengua por mis labios, pensando.

No sería una mala idea, y un trío lo mantendría lo suficientemente distraído de la misión de joderme la cabeza durante el resto de la noche.

—¿Por qué no elegimos juntos? —sugiero, como si la idea recién se me hubiera ocurrido.

—Hablaba de los próximos tres meses.

—No estamos en un mercado, Héctor. No puedo simplemente elegir una mujer, pasar por la caja y llevarla a casa, ¡por el amor de Dios! —gruño, fingiendo indignación con su sugerencia, y eso hace que finalmente interrumpa su búsqueda del "polvo" de la noche y me mire. Su rostro está lleno de burla.

—¡Ah, claro! —Hace un intento de arrepentimiento mal actuado—. Perdón, pero ¿acaso no has tenido sexo ya con la mitad de las mujeres en esta fiesta? —Desvío la mirada, negándome a responder —. Ah, por favor, Bruno. Buena parte de la otra mitad saltaría de alegría si pudiera estar contigo los próximos tres meses solo para poder decir que lo logró. No sé por qué carajos te estás tardando tanto, de hecho. —Entreabre los ojos y yo suelto el aire con fuerza.

Llevo el vaso a la boca, buscando tiempo. Sé perfectamente que está a punto de descubrir el motivo, así que trato de desviar sus pensamientos antes de que sea demasiado tarde.

—Creo que... —empiezo a dar una excusa, pero me corta.

—¿No estarás tratando de encontrar una forma de librarte de esto? ¿O sí?

Lo estaba. No de librarme, pero sí de ganar incluso en la derrota, porque así de calculador soy.

—No —miento, después de unos segundos en silencio, con un movimiento facial calculado para no parecer ni ansioso ni desinteresado—. Solo que aún no he encontrado a la persona adecuada... —La respuesta tiene el efecto que esperaba, lo distrae. Aunque no de la forma que me gustaría. Héctor suelta una carcajada ruidosa.

Resoplo por entre los dientes, negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco, rehusándome a ser testigo de su escándalo. Mi mirada recorre varias direcciones, pero no se detiene en nada antes de volver a fijarse en mi amigo. Se limpia unas lágrimas en los ojos.

—Cuidado, Bruno... Estás empezando a sonar como un excelente candidato a perrito.

—Vete a la mierda, Héctor. Última oportunidad. ¿Juntos o separados? —desafío, y él mueve la cabeza, negando. La diversión sigue en su rostro mientras levanta el vaso que tiene en la mano, haciendo un brindis que es una aprobación silenciosa.

—Ok. ¿Negra, rubia, morena, pelirroja o asiática?

5.

BRUNO MAGALLANES

Tienen que estar jodiendo.

Eso es lo primero que pienso al poner un pie dentro de mi apartamento y encontrar a tres idiotas esparcidos por mis salas como si estuvieran en su propia casa.

Conrado está sentado en mi sofá, con el torso desnudo y la parte inferior del cuerpo envuelta en nada más que una toalla. ¡Una maldita toalla!

Y como si eso no fuera suficiente relajación, Buzz, mi bulldog inglés perezoso, está acostado con la cabeza sobre sus piernas y ni siquiera se molesta en levantarse para saludarme. Traidor.

—¿Ustedes entienden el concepto de emergencia, cierto? O necesito explicarles que la llave de emergencias solo debe usarse si realmente hay una emergencia, y no cuando a ustedes se les da la gana —les pregunto a todos y a ninguno en particular, todavía parado en la puerta de mi propia casa como si yo fuera el intruso.

—Pero esto es una emergencia —dice Pedro, saliendo de la cocina con un bowl de doritos en una mano y un pack de long necks en la otra. Ya sabía que ese cabrón estaría por ahí—. Estamos haciendo una intervención.

La última frase me descongela y finalmente entro, cerrando la puerta tras de mí.

Eso hace que el bulldog gordo se despierte lo suficiente para levantar la cabeza y mover la cola, pero no para levantarse de su lugar.

Dejo las llaves sobre la consola y me paso la mano por la nuca, rascándome y pidiéndole a Dios que me dé paciencia. Alcanzo la

parte lateral de mi cuello, subo los dedos por la barba, la froto y apoyo la mano libre en la cintura.

—¿Y puedo saber por qué carajos necesito una intervención?

Les pregunto, mirando el enorme sofá gris donde claramente habían planeado emboscarme en mi propia casa, ya que esa es la única razón por la que los cuatro están sentados de espaldas a la televisión y mirándome fijamente.

—Estás perdiendo el tiempo —responde Arthur.

—¡Perdiendo el tiempo de los carajos! —confirma Héctor y yo frunzo el ceño en su dirección—. ¿Qué? ¿Pensaste que un trío me iba a convertir en un idiota? Idiota sería si dijera que no solo porque sabía que intentabas distraerme. ¡Y eso ya tiene casi una semana, por el amor de Dios!

Dejo escapar un suspiro profundo y parpadeo, manteniendo los ojos cerrados por un momento. Bajo la cabeza, presiono un labio contra el otro y llevo la mano que estaba en mi cara también a la cintura antes de volver a mirar a mis amigos. Ellos me observan con diversión ansiosa en sus rostros.

Hago un gesto con la lengua contra la mejilla, hago un puchero, pero no importa cuánto tiempo gane, no encontraré una respuesta decente, porque la situación es absurda en su totalidad. Camino hasta la mesita de centro frente a ellos.

—¿Puedo beber mi propia cerveza? —Hago un gesto hacia las dos botellas que sobraron sobre la mesa.

—¡Claro que puedes! Somos generosos —se burla Conrado y yo resoplo antes de tomar la botella, abrirla, dejar la tapa sobre la mesa y tirarme en el sillón frente al sofá.

Eso hace que el perro se mueva. Baja del sofá y se acuesta a mis pies. A pesar de estar molesto por su traición, me veo bajando para rascarle la oreja.

—¡Hola, amiguito! —Buzz levanta su enorme cabeza y su cara muestra lo que me gusta pensar que es una sonrisa. Sus pliegues están concentrados en su piel y su lengua gigante cuelga por un lado de la boca—. ¿Qué quieren? —pregunto, todavía mirando a mi perro.

—Garantías.

Resoplo y desvío la mirada hacia las ventanas que forman la pared lateral del apartamento, dejando ver la inmensidad que es São Paulo.

—¡Mi palabra es la maldita garantía!

Vuelvo a enfocarme en los idiotas.

—Mmm... —Arthur hace un gesto de desdén—. Pensamos que no. Queremos algo más sustancial... Más... ¡Táctil!

Frunzo el ceño mientras mi cerebro corre una maratón tratando de descifrar qué diablos quieren.

—No va a pasar —decreto, desistiendo rápidamente de intentar descifrar las intenciones ocultas de mis amigos, porque no me importan.

—No creo que seas tú quien deba decidir eso —opina Pedro, mientras dobla una pierna y la apoya sobre el muslo de la otra.

Toma un sorbo de cerveza y aparta los cabellos oscuros que caen sobre su frente, dejando al descubierto la cicatriz en forma de rayo, exactamente igual a la de Harry Potter.

—¿No te hemos recordado lo suficiente que perdiste la apuesta? —La sonrisita de Arthur me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara.

—Ah, claro que me lo han recordado. Claro que sí. —Me inclino y apoyo los codos sobre las rodillas—. Ahora es mi turno de refrescarles la memoria, hijos de puta. —Buzz interpreta mi nueva posición como una invitación y empieza a lamer mi pierna sobre el traje que ni siquiera tuve oportunidad de quitarme. ¡Por el amor de

Dios! ¡Es jueves por la noche!—. No se cambian las reglas del juego después de que la pelota ya está en movimiento, y ustedes ya deberían estar cansados de saber esta mierda. —Dejo caer mi cuerpo sobre el sillón, harto de pensar y hablar sobre la maldita apuesta—. Ustedes eligieron la tarea y el plazo en el que debo comenzar. Según lo que yo sé, aún tengo diez días, y si quiero esperar hasta las 23:59 del maldito último día, lo voy a hacer, señores. Y tienen que lidiar con eso.

Los cuatro refunfuñan, sabiendo que tengo razón, pero incapaces de rendirse, Arthur siente la necesidad de advertirme.

—Es bueno que sepas que ya nos contactamos con todas las agencias de acompañantes de Río y São Paulo. Cualquier contacto que hagas, nos avisarán.

Me levanto, rodando los ojos.

—Gracias por la información, ahora váyanse a la mierda. Me voy a bañar. —Salgo de la sala con Buzz siguiéndome, con la certeza de que, para mi frustración, cuando regrese, ellos seguirán ahí.

***

—¿Qué opinas de esta, amiguito?

Después de finalmente lograr librarme de los idiotas que llamo amigos, tirado sobre mi cama, vestido solo con shorts de dormir, pongo la pantalla del celular frente al rostro de Buzz mientras una película cualquiera pasa por la televisión.

El bulldog resopla en respuesta. Creo que eso es un "no". Deslizo la pantalla hacia la izquierda.

—¿Y esta? Está buena... —Le muestro la foto de una morena curvilínea, con pechos grandes y caderas anchas en Tinder, y Buzz gira la cabeza, negándose a opinar—. Está bien, está bien. Eres un público difícil, ¿eh, amigo? —Deslizo la pantalla hacia la izquierda un par de veces más y ninguna de las opciones parece ser la correcta, porque simplemente no quiero hacer esa elección—. Sí, te entiendo, Buzz. Dar "match" no va a resolver nuestros problemas. Lo sé... —

continúo mi conversación con Buzz y él gira su cabeza en mi regazo, quedando con el vientre y las patas hacia arriba—. ¿Cómo es esto un problema tuyo? —Río y lo miro mientras me observa con esa pregunta silenciosa estampada en todos los pliegues de su rostro—. Bueno, serán tres largos meses, Buzz. Tres meses larguísimos de mierda. —Le rasco la oreja—. Ella vendrá aquí, ¿sabías? Tendrá que tratarte bien o perderé esta mierda en cinco segundos. —Paso mi mano por el vientre del perro gordo, él resopla por su corto hocico y luego cierra los ojos—. Vamos, Buzz. Me estoy quedando sin tiempo. ¿No tienes alguna idea en esa cabeza grande que me pueda ayudar?

El bulldog ronca y, una vez más, me sorprende la rapidez con que se queda dormido. Siempre me pregunto si está fingiendo. Si lo está, Buzz es un actor excelente.

Miro el celular en la palma de mi mano, cierro la aplicación y bloqueo la pantalla. Me gusta Tinder. Es una excelente aplicación. El problema no es la aplicación, es la maldita razón de mi búsqueda.

Eso es lo que está mal. Suelto un largo suspiro y sacudo la cabeza. Ni pensarlo. De ninguna puta manera.

Voy a encontrar una solución. Aún no sé cuál, pero la encontraré.

6.

MILENA GARCÍA

—Lamentablemente no podemos ayudar —dice el gerente del banco, y cierro los ojos lentamente, dejando que las palabras ocupen el lugar de mi desesperación.

Ya las esperaba, pero eso no las hace menos dolorosas. No cuando solo yo sé lo que realmente significan.

—Señor Marcelo, por favor. Yo-yo… —tartamudeo, sin saber a qué aferrarme. Respiro hondo y fijo la mirada en el hombre calvo frente a mí. Su rostro ovalado sostiene unas gafas de armazón rectangular y un bigote ridículo, cuya "belleza" podría atestiguar eternamente si eso me garantizara el préstamo que acaba de rechazarme—. Necesito ese dinero, señor Marcelo. Sé que no tengo garantías, pero voy a pagar. Le juro que lo haré —intento una vez más, aunque sé que es en vano.

—Milena, esto no depende de mí. —Suspira y la lástima en su rostro ni siquiera me duele. En este momento, simplemente sé que soy digna de lástima—. Su nombre está en negativo y su puntaje de crédito está por el suelo. El banco no liberó ninguna alternativa de crédito para usted. Podemos intentar una renegociación de la deuda que tiene con nosotros. Usted paga las primeras dos o tres cuotas, y luego, en dos o tres meses, volvemos a analizar su crédito —sugiere, y quiero reírme de amargura.

Si tuviera el dinero o el tiempo necesarios para hacer lo que él dice, no habría perdido mi única tarde libre de la semana, sentada en una sala de espera de banco, sabiendo ya cuál sería la respuesta a la solicitud que tenía.

Las últimas 48 horas de mi vida las viví en piloto automático. Levantar, trabajar, pensar, dormir. Levantar, trabajar, pensar, dormir.

Comer y dormir no formaron parte de ellas, ni cualquier otra cosa que consumiera el tiempo o la energía que podría haber usado para intentar encontrar una solución a la noticia que mi madre me dejó en el regazo cuando llegué a casa el lunes.

Sabía que nunca debí recurrir a un prestamista, pero la desesperación nos lleva a tomar decisiones estúpidas, y ninguna palabra describe mejor mi estado hace tres meses que "desesperación".

La enfermedad de lupus estaba ganando la batalla que veníamos librando desde hacía dos años, desde que mi madre descubrió que la padecía.

Cuando el médico dijo que si no la internábamos dentro de 24 horas, sus riñones llegarían a un estado irrecuperable y moriría, pero que no podía hacer nada porque no había camas disponibles en ese hospital, ni en ningún otro hospital público de São Paulo, para que ella fuera transferida, me morí un poco.

Y ese poco fue suficiente para estar completamente segura de que no podía perder a mi madre. No aún. Ella era mi mejor amiga y todavía era demasiado pronto. Demasiado pronto, si podía evitarlo. Ella era fuerte y resistiría. Yo resistiría.

No era la primera vez y, siendo pobres, seguramente no sería la última que los recursos públicos nos dejarían a mi madre, a mi hermano o a mí en la calle. Daise García crió a dos hijos sola.

Después de ser abandonada con dos niños por un marido que dijo que iba a comprar cigarros y nunca más volvió, se reinventó, día tras día, y ganó la mayoría de esos días.

Yo tenía cuatro años y mi hermano era un recién nacido. Si mi madre no se dejó abatir después de eso, definitivamente, yo no me dejaría abatir por un "no". Salimos de ese hospital en una ambulancia rumbo a uno privado.

No teníamos seguro médico ni dinero para pagar la internación, pero yo lo conseguiría. Podría conseguirlo. Después de asegurarme

de que mi madre recibiera el tratamiento adecuado, podría hacer cualquier cosa.

No lo conseguí.

Mi nombre ya estaba manchado y, al igual que hoy, ningún banco quiso darme más crédito. Nadie que conociéramos tenía dinero para prestarnos.

Necesitaba acompañar a mi madre al hospital y asegurarme de que Gabriel estuviera, al menos, mínimamente cuidado, ya que es menor de edad, así que llenarme de trabajo no era una opción.

El alivio de tener a mi madre recibiendo lo que necesitaba fue rápidamente reemplazado por la cruel agonía de darme cuenta de que no tendría cómo pagar por ello.

Fue en ese momento cuando una vecina dijo que conocía una opción. Sabía que la respuesta correcta era: "no, gracias. Yo me las arreglo".

Pero la verdad es que ser pobre significa no tener opciones y yo no las tenía. O tomaba dinero prestado a tasas absurdas, o mi madre tendría que salir del único lugar capaz de darle el tratamiento que necesitaba para mantenerse viva.

Y en ese entonces ni siquiera imaginaba que los intereses absurdos serían los menores de mis problemas.

—Señor Marcelo, mi madre está muy enferma. No puedo esperar tres meses. —Mi voz es una mezcla temblorosa, baja y desesperada. El hielo en mi estómago parece querer extenderse por todos mis órganos.

—¿No puede retirar el FGTS[1] anticipadamente? En casos de enfermedades graves, existe esa opción.

—No. —Muevo la cabeza, sintiéndome mal solo por tener que recordar que la solución a nuestros problemas es solo otra de las veces en que los servicios públicos nos fallan—. Mi madre ha sido autónoma durante varios años y, aunque no lo fuera, su enfermedad

no está incluida en esa ley. Se necesita un proceso, los procesos llevan tiempo y eso es todo lo que no tenemos, señor Marcelo. —Su mirada se torna aún más penosa y sé que mis próximas palabras serán tan inútiles como las anteriores, pero intento, aún así. Una semana es todo lo que me separa del día en que "Patrón", el prestamista, exige que le pague—. Por favor —susurro, y el gerente traga saliva antes de responderme.

—Lo siento mucho.

***

—¿Qué dijo usted? —pregunto, por segunda vez en menos de dos horas, sintiendo que el suelo desaparece bajo mis pies.

—¿Está bien? —pregunta la mujer de unos cuarenta y tantos años, con el cabello recogido en un moño firme y vestida con un traje elegante.

Parpadeo y me toma un momento procesar que ella respondió a mi pregunta con otra pregunta.

—Perdón. ¿Puede repetir? ¿Qué dijo usted sobre Gabriel? —repito la pregunta a la directora del colegio donde estudia mi hermano.

Esa fue la segunda noticia que mi madre me dio el lunes, mientras estábamos sentadas en la cocina de casa a las dos de la mañana.

Y, porque todo castigo es poco, pero principalmente porque no tenía otra opción, le pedí que fijara la reunión solicitada por la escuela para el mismo día en que sabía que tendría que ir al banco, mi día libre.

No esperaba que la derrota en la segunda parada fuera aún más grande que la de la primera. Me froto las manos en la cara, tratando de limpiar la confusión y alejar el cansancio, y fracaso miserablemente en ambas.

Cuando vuelvo a mirar a la mujer de ojos verdes oscuros, sentada frente a mí, encuentro, repitiendo la escena que viví más temprano, aún en el banco, sus ojos llenos de pena.

—Le dije que hace dos semanas que su hermano no asiste a clases y de esta forma va a ser imposible mantener la beca del cincuenta por ciento de descuento. —Quiero abrir la boca y decir algo. Juro que quiero, pero me siento completamente incapaz. ¿Qué podría decir si no tengo idea de lo que Gabriel piensa que está haciendo?—. Considerando el panorama general de Gabriel en la escuela en los últimos dos años, el protocolo sería retirar la beca de inmediato, pero sabiendo por lo que está pasando su familia, pensé que deberíamos hablar antes de tomar una decisión de esa magnitud. —Aún en silencio, trago en seco y asiento—. ¿Cómo está su madre?

—Estable —es lo único que soy capaz de decir.

¿Y qué más podría decir? ¿Que el dinero que pedí prestado a un prestamista que ahora me está amenazando pagó los medicamentos de mi madre para los próximos dos meses? No creo.

—Bien. Muy bien. —Suspira y cierra los ojos. Cuando los abre, los desvía, como si no pudiera mantenerlos sobre mí por más tiempo del necesario—. Odio tener que poner esta responsabilidad sobre tus hombros, Milena. De verdad lo siento, estoy haciendo todo lo posible para mantener la beca de tu hermano, pero él necesita ayudarme. Primero la actitud agresiva con los profesores y compañeros, luego el pésimo desempeño académico, y ahora las faltas. ¿En secuencia y sin una justificación válida? —Mis ojos arden y siento que las lágrimas, ansiosas, se acumulan y quieren caer, pero resisto y asiento con la cabeza—. Él tiene que cambiar, Milena. O, incluso lo mejor de mí, no será suficiente.

—Lo hará —respondo con la garganta seca, la promesa que no sé si podré cumplir.

Después de todo, no depende de mí. Pareciendo entender la situación deplorable en la que me encuentro, Zoé asiente con la cabeza en señal de acuerdo.

—Siempre es un placer verte, Milena, incluso en estas circunstancias.

Agradezco la liberación y, con una despedida silenciosa, salgo de la sala y de la escuela, casi sin ver dos pasos adelante.

Todo lo que logro pensar es que este día no puede ponerse peor y que no tengo forma de sentirme más agotada.

Cuando me siento en el metro de vuelta a casa, la represa dentro de mí explota y la primera lágrima que resbala por mi mejilla deja claro que no estoy en condiciones de regresar a casa ahora. Todo lo que mi madre no necesita es verme en este estado.

Me quedo sentada, sola, acurrucada en una esquina del último vagón del metro, llorando tan silenciosamente como puedo, porque, al menos eso, todavía me está irrestrictamente permitido.

El tren recorre una y otra vez su línea de principio a fin, y en algún momento me empiezo a preguntar si la vida es tan difícil para todos o solo para mí.

Me pregunto, mientras paso por mi estación de destino por octava vez antes de sentirme realmente lista para bajar, si alguna vez todos han tenido ganas de simplemente no reaccionar y qué hicieron esas personas cuando se dieron cuenta de que esa no era una opción.

7.

MILENA GARCÍA

—¡Vas a quemar su piel si sigues mirándolo así! —se burla Clarissa, y yo revuelvo los ojos, apartándolos de la nuca del cliente de las siete y quince.

—¿Será que pasó algo? —pregunto en voz baja—. Nunca entra y se sienta tan solo. ¡Nunca!

—Ah, no. —Ella desestima mi preocupación con un gesto indiferente—. Probablemente solo está usando el Wi-Fi gratis.

—¡Por el amor de Dios, Clarissa! ¿Este hombre tiene cara de que necesita algo gratis en la vida?

Miro el cuerpo alto y musculoso, vestido con un traje perfecto, de espaldas a mí, otra vez. Definitivamente, no. Probablemente solo ese traje resolvería todos mis problemas.

Pensar en eso hace que la nube que siempre trato de mantener fuera del trabajo empiece a asomarse por los rincones de mi mente, amenazando con apoderarse de mí, y sacudo la cabeza, ahuyentándola. Pero Clarissa parece estar intentando atraerla.

—Y todavía no me has dicho cómo estuvo tu día libre. ¿Conseguiste algo en el banco? —inquiere, y el frío se apodera de mi estómago. No lo conseguí, y ahora solo faltan cinco días para que se acabe mi plazo.

—No. —Trago en seco.

—Mile. —La voz de Clarissa baja varios tonos y se vuelve preocupada—. Esas personas, ellas... Ellas son peligrosas. —Sus intenciones son buenas, pero es imposible sentir otra cosa que no

sea desdén por sus palabras. Sé que son peligrosas. De verdad lo sé.

—Lo sé, Clarissa. Lo sé, y realmente no quiero hablar de eso ahora. No aquí.

Mi amiga parpadea y, después de un momento, entendiendo o simplemente aceptando mi necesidad, no lo sé, asiente.

—Está bien. —Une las palmas de las manos en un gesto extrañamente animado, y yo entrecierro los ojos, desconfiada—. ¡Sé qué te puede animar!

Una sonrisa nada confiable aparece en la comisura de su boca, y yo sacudo la cabeza, negando cualquier idea que esté pasando por su cabecita. Inmediatamente, ella hace lo contrario.

Mueve la cabeza de arriba a abajo, como diciendo que sí voy a hacer lo que ella dice. Clarissa toma de encima del mostrador un bloc cualquiera y me lo extiende junto con un bolígrafo.

—¿Para qué esto?

—¡Vas a preguntarle si necesita algo!

—¿Qué? ¡Claro que no! Aquí no atendemos mesas.

Mi voz sale casi como un chillido solo con la expectativa de acercarme y abordar, por mi propia y espontánea voluntad, al cliente de las siete y quince.

—¡Hoy tú sí atiendes! Y solo una, la de él. ¡Vamos!

—¡No!

Sacudo la cabeza, usando el movimiento para poner en negativo todo el énfasis que mi tono susurrado y mi voz semi-histérica no permiten.

—No te voy a dejar en paz si no vas —me amenaza, y yo abro la boca, pero la cierro sin decir nada.

—¡Clarissa! ¡Deja de hacerte la loca! —ordeno, en vano.

—¡Nunca! Tu vida sería un aburrimiento si fuera tan cuerda como tú. Yo soy la dosis de locura que necesitas en tus días. ¡Ahora ve!

Ella abre mis dedos y coloca el bloc y el bolígrafo entre ellos. Muero de ansiedad, sabiendo exactamente lo que quiero hacer y también sabiendo que no quiero hacerlo.

El frío se extiende por mi barriga cuando me doy cuenta de que Clarissa no está mintiendo. No me va a dejar tranquila hasta que haga lo que me dice. Cierro los dedos alrededor del bloc de papel, respiro hondo y corto, me doy la vuelta y, conteniéndome para no temblar de pies a cabeza, doy media vuelta, paso por el mostrador y camino en dirección a la mesa en la que el cliente de las siete y quince está sentado.

8.

BRUNO MAGALLANES

—¡Hola, buenos días! ¿Puedo ayudarte en algo?

Levanto la vista del celular que tengo en las manos cuando la camarera de la cafetería donde tomo café todos los días se detiene a mi lado y me pregunta.

Hoy, mi incapacidad para resolver mi problema me ha robado el maldito apetito, así que simplemente me senté aquí y me quedé, incapaz de irme antes del horario habitual por pura costumbre. Y es también por costumbre que digo mis siguientes palabras.

Después de todo, intercambiar una broma con la camarera que, según la placa en su blusa azul de cuello redondeado blanco, se llama Milena, es uno de mis rituales diarios.

—No, a menos que conozcas a alguna mujer desesperada por dinero como para aceptar fingir ser mi novia por tres meses.

Sus ojos se abren por un segundo antes de soltar una risita baja, tomando lo que dije como una broma. Bueno, debe ser, después de todo, estoy sonriéndole. Milena ni idea tiene.

—Bueno, acabas de describirme. —Me sorprende con su respuesta, usando el mismo tono que yo, antes de reír otra vez, pero de forma suave. Entrecierro los ojos, intrigado—. ¿No quieres café hoy? —pregunta por confirmación y, perdido en la sorpresa de su respuesta, me tardo un momento en confirmar.

Las cejas de la mujer de ojos azules y cabello oscuro, atado en una alta coleta, se fruncen y ella inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Qué dijiste? —pregunto, y sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. Eso, a diferencia de su respuesta, no me sorprende.

Sé reconocer a una mujer que no es indiferente a mí y Milena, definitivamente, no lo es. Desde que la recuerdo, siempre se pone

nerviosa cuando me ve, su rostro se calienta y su voz solía desvanecerse o volverse aguda. Por eso comencé a hacer bromas tontas, para intentar que se sintiera más cómoda al atenderme. Funcionó.

Sin embargo, no sabía que había funcionado tan bien como para que ella me dijera lo que dijo. Así que, o estuve muy distraído en los últimos meses, o fue una respuesta impulsiva.

Por el color de su cuello, mejillas y orejas al darse cuenta de que ha captado mi atención, está claro que se trata de la segunda opción.

Mi impulso inmediato es bajar la vista y echar un vistazo a su cuerpo. Pero, así como sé que la camarera se siente afectada por mí, también sé que eso es todo.

Ella nunca me ha dado señales de que quiera ir más allá de nuestras breves y coquetas conversaciones, y ese es precisamente el tipo de mujer de la que quiero mantener distancia. Aquella que sabe lo que es bueno para mirar y lo que es bueno para mantener.

Mi tipo de mujer es aquella que ni siquiera piensa en lo que sería bueno mantener, porque no tiene la más mínima intención de hacerlo. Ese es el hombre que soy y los iguales se reconocen.

Por eso, ignoro mi primer impulso y mantengo los ojos en las esferas azules que me observan casi sin parpadear.

—Es... —comienza, pero se detiene y traga saliva—. Es... Yo-yo... Yo... —balbucea, y no puedo evitar sonreír. Apoyo uno de los codos sobre la mesa y cubro mi rostro con la mano—. Te preguntaba si no vas a querer tu café moca hoy. —Desvía la conversación, sabiendo perfectamente que no era esa mi pregunta.

Levanto una ceja, dejándole claro eso, y la mujer desvía la mirada. Milena humedece sus labios y, por alguna razón, me gusta verla desconcertada. Extraño, pero interesante.

—Sin café para mí hoy. Gracias.

Y, como si mis palabras fueran el combustible de sus largas piernas, increíblemente largas, por cierto, ni bien termino de hablar, la camarera ya está volando lejos de mí como un cohete.

Giro la cabeza para disimular mi risa, pero con la cafetería vacía, es imposible que mi atención se desvíe de Milena, aunque ya no la esté mirando.

—¿Qué pasó? ¡Estás pálida! —murmura la otra camarera a la fugitiva en el momento en que imagino que ha cruzado el mostrador.

—Nada —responde demasiado rápido.

Milena es una amateur y su colega percibe su mentira al instante.

—¡Ajá! ¡Claro! Y yo, en realidad, soy la heredera de una familia riquísima que trabaja aquí solo por rebeldía. ¡Suéltalo, Milena! —susurra.

—Él... Él... Quiero decir... Y-yo... Yo...

—¿Él qué? ¿Tú qué? —Hace las dos preguntas seguidas, olvidando susurrar, y luego oigo un susurro de Milena, pidiéndole discreción a su amiga—. ¡Por el amor de Dios! ¿Te invitó a salir? ¿Al fin?

Esta vez, la mujer habla en voz baja, pero es tan efusiva que habría dado lo mismo si hubiera gritado.

—¡Claro que no! ¿Te volviste loca, Clarissa? Solo me avergoncé diciendo tonterías. Él dijo algo y yo respondí sin pensar.

—¿Te trató mal? —El tono de la mujer cambia, pasando de entusiasta a sumamente contrariada.

—¡No, Clarissa! ¡Dios! No. ¿Podemos cambiar de tema? ¿Ya hiciste los rollitos de canela?

—¿En serio? ¿Rollitos de canela, Milena? ¿Quieres hablar de rollos de canela?

—¡Sí! ¡Sí quiero!

—Entonces, tal vez deba ir yo a la mesa del chico sexy de las siete y quince y preguntarle qué fue lo que pasó...

¿Chico sexy de las siete y quince? Doblo los labios hacia adentro, tragándome la risa.

—¡No harías eso!

La intención era que sonara como un reto, pero Milena no consigue sonar más que desesperada.

—¿Quieres probarme?

La mujer cuyo rostro ni siquiera logro recordar me pregunta, y decido que me gusta, porque realmente tengo curiosidad por saber cómo va a describir lo que le pasó a su amiga, ya que cuando le pregunté, salió corriendo.

Milena suspira derrotada, y unos segundos de silencio pasan antes de que ceda.

—Él dijo que quería conocer a alguien lo suficientemente desesperada por dinero como para aceptar fingir ser su novia durante tres meses, y yo le respondí que acababa de describirme —habla demasiado rápido, atropellando las palabras, como si estuviera ansiosa por quitarse el tema de encima.

—¿Qué?

Si antes la amiga de Milena se olvidó de susurrar, ahora rompe cualquier intento de discreción, porque prácticamente grita.

—¡Habla bajo! ¡Por el amor de Dios! —implora Milena, y casi puedo sentir sus ojos quemando mi nuca—. ¡Era una broma, Clarissa! ¡Una broma! ¡Por el amor de Dios!

—¿O fue su manera de romper el hielo y tal vez tu historia de "Cenicienta" estaba a punto de ocurrir? Porque, curiosamente, realmente estás desesperada por dinero a ese nivel.

Espera, ¿qué? Frunzo el ceño, confundido por la dirección que está tomando la conversación entre las dos.

—¿Y tú qué piensas? ¿Que un tipo como ese realmente necesita que alguien finja ser su novia? ¡Déjame en paz, ahórrate el esfuerzo, ahórranos a todos, Clarissa!

Parpadeo un par de veces y paso la lengua por mis labios, sintiendo como mis neuronas empiezan una carrera imparable en mi cabeza.

—Él dijo que lo necesitaba —argumenta Clarissa.

—¡Era una broma, Clarissa! ¡Una broma!

—¿Y por qué haría una broma así? ¡Eso no tiene ningún sentido!

—No sé, Clarissa. No tengo la menor idea. Pero si hay algo que tiene menos sentido que cualquier otra cosa, es lo que estás diciendo. ¡Por favor! Este tipo de cosas no pasan en la vida real. ¡Deja de estar tan loca! —Finalmente, Milena deja de hablar y respira hondo antes de dar por cerrado el tema—. ¡Basta! Voy a hornear los panecillos. Si logras volverme loca y pensar al mismo tiempo, puedes atender el mostrador y la caja por si alguien llega.

Poco después, el sonido de las puertas moviéndose resuena, pero yo casi puedo sentir los engranajes de mi cerebro girando.

Porque de repente, comienzo a pensar que todo este tiempo he estado viendo mi problema desde la perspectiva equivocada. ¿Y si Milena está equivocada?

Definitivamente, hombres como yo solo se enamoran inesperadamente en la ficción, pero tal vez podamos fingir estar saliendo con una camarera en la vida real.

***

El sudor que recorre mi cuerpo es bienvenido, y cada golpe que doy al saco de arena parece descargar una tonelada del peso que he estado cargando sobre mis hombros.

—¿Qué fue lo que te hizo?

Alex se apoya en el costado del ring frente a mí y cruza los brazos sobre su pecho, observándome. Me río, pero no interrumpo mis movimientos.

—Me dio algo de silencio en mi propia cabeza —respondo, alternando una secuencia de golpes con una de patadas al costado del saco.

Mi entrenador mueve la cabeza, sabiendo exactamente a qué sensación me refiero.

El olor a sudor domina el ambiente a mi alrededor, dándole la atmósfera perfecta para olvidarme de todo lo que no sea la actividad física en la que estoy involucrado.

—¿Por eso ya llevas dos horas más allá del tiempo de entrenamiento normal?

—Y aún así, solo apareciste ahora... —desestimo su comentario con un gesto de la mano.

—No querías entrenar, querías descargar. Y para eso no me necesitas, el saco de boxeo se encarga de todo —afirma, y meneo la cabeza, obligado a darle la razón—. ¿Qué te está llenando la cabeza? ¿Negocios o mujeres? —pregunta, con tono bromista.

Aunque sé perfectamente que la respuesta correcta a esa pregunta sería "negocios", es el rostro de Milena el que llena mis pensamientos con tal intensidad que parpadeo varias veces, como para asegurarme de que, de repente, ella no se haya materializado frente a mí.

Desde que salí de la cafetería esta mañana, no he podido dejar de pensar en la idea que se formó allí. Al menos, hasta hace unas horas, cuando llegué al gimnasio y dejé que mi cuerpo exorcizara todo el estrés con golpes y patadas bien dados.

Sin embargo, recordarla hace que mis músculos recién aliviados empiecen a tensarse de nuevo, lo cual es, al menos, curioso, dado que hasta esta mañana, nunca le había dado una segunda mirada. Ahora, es lo único en lo que puedo pensar.

No exactamente en ella, sino en la primera idea útil que he tenido en días, aunque suene absurda incluso para mis propios

pensamientos. El punto es que esa idea tiene un rostro, y es el rostro de la camarera.

Bajo las manos y me incorporo, manteniendo las piernas ligeramente separadas. Respiro profundamente varias veces antes de mirar a Alex.

—Negocios. Siempre negocios.

Él hace un puchero con los labios y entrecierra los ojos, como si supiera que estoy mintiendo, pero no me contradice. Después de un gesto, comienza a alejarse, dejándome solo una vez más.

De camino al vestuario, empiezo a desenrollar las vendas empapadas de sudor de mis manos. Desearía poder hacer lo mismo con los pensamientos que me rondan la cabeza. Algo como un "laboratorio de ideas" sería realmente útil ahora, cuando los "¿y si?" se atropellan en mi mente.

Es decir, ¿y si funcionara? Después de semanas buscando una manera de ganar esa maldita apuesta, incluso en la derrota, finalmente encontrar una solución sería una gran ventaja.

Las cuatro chismosas que llamo amigos fueron claras al decir que no podía contratar a una prostituta, pero nunca se mencionó nada acerca de contratar a una mujer común.

Por supuesto que no. ¿Quién en su sano juicio creería que yo pensaría algo así? O, ¿quién en su sano juicio aceptaría una propuesta como esa? Alguien lo suficientemente desesperado por dinero.

Sin embargo, ¿dónde encontrar a alguien en esas condiciones y, aún así, que fuera lo suficientemente confiable para que me arriesgara y creíble suficiente para que los cuatro imbéciles no se dieran cuenta de lo que estoy haciendo? Aparentemente, en Garden Gourmet.

Me quito la ropa, me baño y salgo del gimnasio de Muay Thai igual que hice con todo lo demás durante el día, sin prestar atención

a nada más que al verdadero espectáculo que se despliega frente a mis ojos.

Camino distraído por la noche paulista, siguiendo el trayecto del centro de entrenamiento hasta mi edificio de manera automática. Andar, parar, revisar el semáforo, cruzar y seguir caminando.

Milena. ¿Cuál será su apellido? Tal vez debería investigarla. O seguirla. ¡Mierda! Estoy sonando como un acosador de mierda, y al mirar al lado me doy cuenta de que la estoy viendo en todas partes. Me río de mí mismo. Esta apuesta va a volverme loco.

Desacelero mis pasos y miro una segunda y última vez a la camarera, a juzgar por el uniforme, de espaldas a mí, dentro del restaurante mexicano por donde estoy pasando.

Sin embargo, la mujer se gira y paro en seco. No estoy imaginando cosas, esa es, de hecho, Milena.

Frunzo el ceño y miro el reloj. Las once y veinte de la noche. ¿Pero qué mierda? Sin pensarlo dos veces, entro al restaurante y me siento en una mesa cerca de donde ella está atendiendo.

El cabello oscuro sigue recogido exactamente igual que esta mañana. Ella termina de tomar los pedidos en el dispositivo electrónico que tiene en las manos, sonríe al par de clientes que estaba atendiendo y, sin prestarme mucha atención, se da la vuelta hacia mi mesa. Probablemente me vio con la vista periférica.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunta, aún distraída con la pantalla del dispositivo.

—No, a menos que conozcas a una mujer desesperada por dinero que quiera fingir ser mi novia por tres meses —bromeo, repitiendo la respuesta que le di antes, ya que ella me hizo, inconscientemente, la misma pregunta por segunda vez en el día. En cuanto la primera palabra sale de mi boca, sus ojos se abren como platos y me enfocan—. Hola, Milena —la saludo y parece tan sorprendida que no puede responderme, lo que me hace sonreír. Su lengua pasa lentamente por su labio superior y luego por el inferior.

Ahora, después de haber pasado todo el día con su rostro en mi cabeza, no puedo evitar el impulso de bajar los ojos hacia su cuerpo. Desde su rostro hasta sus muslos, la analizo y ¡diablos! Quiero darme una palmada mental por no haber hecho esto antes.

De lo contrario, estoy seguro de que Milena ya habría pasado un buen rato en mis pensamientos mucho antes de que cualquier idea sobre un falso noviazgo con ella se sembrara en mi cabeza.

Sus curvas suaves no son la única razón para esto, porque no son todo lo que veo. Veo hombros caídos que gritan agotamiento, manos y pies inquietos, y piernas que alternan el peso de su propio cuerpo constantemente.

Veo ojos enrojecidos y labios que se humedecen de manera constante. Veo una arruga en el centro de su frente que no se ha deshecho en los últimos dos minutos, lo que es más que suficiente indicio de que ha estado haciendo de este lugar su hogar.

—H-hola —tartamudea, respondiendo de manera corta.

—¿Debo denunciar a don José? —Sus cejas se fruncen con confusión al escuchar mi pregunta, así que explico—: La legislación laboral brasileña solo permite ocho horas de trabajo al día y un máximo de dos horas extras. Según mis cálculos, aunque hubieras comenzado a trabajar en cuanto me atendiste en la cafetería esta mañana, igual habrías estado trabajando dieciséis horas. ¿Ese portugués tacaño te está obligando a trabajar más de lo que debes para ahorrar en impuestos laborales?

Aunque lo pregunto con una sonrisa en la esquina de la boca, quiero decir exactamente lo que acabo de decir, y Milena parpadea lentamente mientras procesa mis palabras. Su rostro pasa rápidamente de la confusión a la comprensión y se detiene en lo que puedo leer fácilmente como miedo.

—¡No! ¡Por favor, no! Don José no tiene nada que ver con esto. Quiero decir, él me consiguió este trabajo, pero fue porque yo se lo pedí y no es el dueño de aquí. Es un amigo de él y... y... —comienza a balbucear.

—Respira —le pido cuando ella se enreda con las palabras, soltándolas a toda prisa como si fuera una ametralladora.

Milena traga saliva y muerde su labio inferior, atrayendo mi mirada hacia él y haciendo que desee soltarlo de entre sus dientes.

9.

MILENA GARCÍA

Él está mirando mi boca. ¿Por qué está mirando mi boca? Parpadeo cuando mis ojos comienzan a arder por haber estado abiertos tanto tiempo.

Mi lengua se siente como una esponja completamente seca y mi corazón late acelerado en el pecho, justo como todas las veces que me toca hablar con el hombre cuyo nombre solo sé porque lo leí en su tarjeta del banco.

¿Por qué está aquí, sentado frente a mí, por segunda vez en el día, cuando en los últimos dos años nunca lo había tenido frente a mis ojos por más de los quince minutos que solía tomarle para pedir su café moca y sus panes de queso?

Respiro profundamente al menos cinco veces antes de poder volver a hablar.

—Tengo dos trabajos y don José no tiene nada que ver con esto.

Genial. Fui perfectamente clara, ¡felicidades, Milena! ¿Quieres una estrella? ¡Mierda! ¡Quiero darme un golpe en la cabeza!

—¿Y por qué tienes dos trabajos? —pregunta, como si la respuesta no fuera obvia, pero tal vez para él no lo sea.

¿Y por qué le importa, al final? Fingiendo una calma que no siento, aunque a estas alturas probablemente no vaya a convencer a nadie, solo sonrío y me niego a darle más que eso como respuesta.

—¿Conoces nuestro menú? ¿Ya sabes lo que vas a pedir o necesitas más tiempo?

Sus ojos se entrecierran cuando me niego a decirle las palabras que espera escuchar. Tengo la impresión de que Bruno no es un

hombre acostumbrado a que le nieguen sus deseos. Bueno, lo siento mucho por él. De hecho, me da un poco de envidia.

—¿A qué hora sales?

—¿Perdón?

La palabra sale de mi boca sin pensarlo, al escuchar su pregunta, y recuerdo lo que Clarissa dijo más temprano. El temblor en mi pecho no es expectativa, es autorrecriminación, te lo juro.

—¿A qué hora empezaste a trabajar hoy?

Hace otra pregunta sin preocuparse por aclarar la primera. La campanita irritante es aplastada por los dedos gordos de Alexandre, el ayudante de cocina, lo que solo empeora todo.

¡Dios mío! ¡Cómo odio el sonido de esa cosa! Y lo último que necesitaba era escucharla resonando en mi cerebro mientras estoy parada aquí, mirando al hombre por el cual, tengo que admitir, al menos para mí misma, no tengo solo una atracción, sino un maldito precipicio entero, mientras trato de no hiperventilar durante mi fuga de sus preguntas invasivas.

—¿Qué piensas de las tortillas? —sugiero, intentando desviar su atención de mi vida, y él sonríe.

—No soy un hombre fácil de distraer, Milena.

—Entonces no me hagas tener que distraerte —le pido, sintiéndome mal por decirlo y sin entender por qué. Él me mira fijamente por unos segundos antes de asentir con la cabeza en señal de acuerdo.

—No vas a poder decirme que no te pregunté primero —dice, como si fuera una advertencia, y se levanta.

Es entonces cuando me doy cuenta de su ropa y noto que es la primera vez que no lo veo con uno de sus trajes elegantes. Desvío la mirada, tragando la risa.

El hombre es guapo incluso con pantalones cortos y camiseta de entrenamiento. Cuando creo que puedo mirarlo sin devorarlo con la

mirada, le pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Solo recuérdalo. Gracias, Milena.

—¿No vas a pedir nada?

—No. Ya tengo lo que vine a buscar.

Y, con un gesto, se da la vuelta y se va, dejándome plantada en el suelo mientras observo, hipnotizada, el movimiento de su hermoso culo y sus muslos musculosos, hasta que el sonido constante de la maldita campanita me despierta.

¡Despierta, Milena! ¡Las historias de Cenicienta no ocurren en la vida real! ¡Despierta!

***

Bajo del autobús y miro el reloj en mi muñeca por enésima vez para confirmar la hora. Dios bendiga a todos los involucrados en el milagro de que hoy llegue a casa antes de la una de la mañana.

A mi jefe, que se sintió generoso y me dejó ir antes del cierre del restaurante; al inspector de tránsito, que permitió que el autobús saliera del último punto más temprano de lo normal, y al conductor, sí.

Definitivamente al conductor, que voló por las semidesiertas calles de la noche paulista como si quisiera matarme o darme unas horas más de sueño. Afortunadamente, elegimos la segunda opción.

La brisa cálida del verano golpea mi rostro y ni siquiera me importa que la piel se me esté pegando por el sudor. En media hora más estaré bañada y en mi cama.

¡Seis horas de sueño! ¡Dios mío! Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve ese lujo sin estar libre al día siguiente. Sonrío cuando llego al semáforo y veo que está en verde para los peatones.

Hoy es un gran día para estar viva. Suspiro y cruzo la calle, ignorando esa pequeña parte de mi mente que me sugiere que

todas las buenas coincidencias que me van a dar dos horas de sueño extra son algunas de las razones de mi buen ánimo, pero no todas ellas.

Bruno. La conversación rara de esta mañana, el segundo encuentro del día e incluso sus preguntas fuera de lugar. ¿Por qué y para qué quería saber a qué hora empiezo o termino de trabajar?

—Buenas noches... —Su voz me toma por sorpresa y grito antes incluso de reconocer de dónde viene. Una risa corta y seca se mezcla con el sonido que salió de mi garganta y me obligo a ignorar los latidos descontrolados de mi corazón para tratar de entender qué está pasando a mi alrededor—. Tranquila, princesa. Solo queremos hablar.

—Patrón —susurro, reconociendo la voz finalmente.

Un temblor recorre todo mi cuerpo. Miro a los lados y lo único que veo es una calle vacía y oscura. Trago en seco.

—Así que la princesita aún recuerda mi nombre. Pensé que lo habías olvidado. —El sonido arrastrado y ronco de su voz me hace saber que el cigarro en sus manos es un hábito de años—. Te he estado esperando por un mes.

—Y-yo... Y-yo... —El miedo me hace tartamudear y respiro profundamente antes de continuar, ahora tratando de mantener el pavor alejado, al menos de mi voz, ya que no puedo hacer lo mismo con mi corazón—. Aún no conseguí el dinero, Patrón. Por eso no fui. Y usted dijo que tenía hasta mediados de abril. Aún faltan unos días —justifico.

Me siento tan aterrada que todo mi cuerpo parece a punto de convulsionar y romperse en mil pedazos.

—Sí, pero en ese caso, habría sido educado que me hubieras hecho una visita de cortesía. —Hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras correctas, aunque sé que no hay duda en él sobre qué decir. Las visitas de cobro de los prestamistas son conocidas—. Para avisarme, ¿sabes? —Se acerca a mí,

permitiéndome ver sus pantalones cortos marrones y su camiseta azul.

El Patrón, como todos lo llaman por aquí, está en los cuarenta, es gordo, barrigón, calvo y tiene un bigote ridículo, pero nada de eso lo hace menos intimidante cuando uno sabe qué tipo de cosas ha hecho con las personas que le deben dinero.

Los dos hombres que lo acompañan también contribuyen a esa intimidación. A diferencia del prestamista, ellos no son gordos. Son altos, fuertes y muy, muy aterradores.

—Perdón —le pido, fallando en mi intento de mantener el miedo fuera de mi voz, que suena temblorosa y baja. Me encojo de hombros involuntariamente.

—Bueno... —Parece satisfecho. Si por mis palabras o por el miedo que irradia de mis poros, no sé—. Está bien. Ya visité a tu madre hace unos días. —Asiento en silencio. Todo en mí quiere que esto termine lo más rápido posible. Desde la piel erizada hasta el estómago revuelto, a punto de expulsar toda la comida que comí hoy—. Pero quería asegurarme de que el mensaje te llegara. Al fin y al cabo, fue contigo con quien hice el trato, ¿verdad?

—S-sí —murmuro, y mi boca solo no está más seca que mis ojos. No puedo siquiera parpadear.

—Sí... Entonces, pensé: bueno, ¿por qué no esperar a Milena en la Borges? A todo el mundo le gusta esa calle, ¿no? Desierta, oscura... Perfecta para una conversación privada. Nadie podría escuchar nada de lo que pase aquí. ¿Lo crees? —La amenaza está entre líneas. El hombre parece estar disfrutando, alimentándose de mi desesperación.

La sonrisa horrible en su rostro podría ser utilizada en mil y una situaciones. Situaciones que nada tienen que ver con intimidación.

—C-creo. —Bajo la cabeza, derrotada.

Hace una pausa larga y me mira de arriba a abajo. La sensación no es nada parecida a la que sentí hace unas horas cuando Bruno

hizo exactamente lo mismo.

En ese momento, me sentí avergonzada, pero también sentí calor. Ahora, no hay nada bajo mi piel que no sea repulsión.

—Está bien. Ya puedes irte. ¡Fue un placer hablar contigo!

No necesito que lo repita. Las palabras casi no han salido de su boca y ya estoy corriendo lejos de él y sus buitres. Sin embargo, después de unos pasos, me llama.

—¿Milena?

—Sí —respondo, sin mirar atrás, porque no quiero que vea las lágrimas cayendo por mi mejilla, aunque esté oscuro.

—Si no consigues el dinero, no me molestaría si quisieras pagármelo de otra manera. —La náusea que me causa esa sugerencia es real. Solo muevo la cabeza arriba y abajo, diciendo que lo entendí, porque tengo miedo de que, si abro la boca, termine vomitando—. Piensa en ello —declara, y yo sigo caminando.

Cuando estoy lo suficientemente lejos de sus ojos, corro y lloro. No sé por qué sigo creyendo. Los buenos días y las buenas coincidencias parecen no estar permitidos para mí desde hace mucho.

10.

BRUNO MAGALLANES

—¡Es una oportunidad que no se puede dejar pasar! —defiende Camilo.

—Necesitamos vender antes de que caiga —es el turno de Marcia.

—Bruno, necesito que autorices la negociación de las acciones de la Sayo antes de que abra el mercado japonés —dice Jonas, por último.

Las peticiones empiezan a ser lanzadas hacia mí en el momento en que piso el pasillo más allá de mi oficina, y con cada paso que doy, un nuevo par de piernas se une a la nube de personas a mi alrededor y una nueva pantalla aparece frente a mis ojos.

El mercado de acciones no es para aficionados, y si no eres capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo, de hablar sobre varios temas al mismo tiempo, nunca podrás ser un corredor de bolsa, y mucho menos el CIO[2] de la mayor empresa de inversiones de América Latina. Afortunadamente, yo puedo hacer todo eso y mucho más.

—Quiero ver la investigación sobre la oportunidad que no se puede dejar pasar —le digo al hombre a mi derecha, dejándolo ir—. Vende y sigue la baja, quiero un informe de cuánto ganamos con la venta anticipada para el final del día. —Despido a la mujer a mi izquierda—. Y pide los documentos de la Sayo a Neli. Los firmé esta mañana —respondo a la última solicitud que me hicieron y me giro hacia los demás cuando paro frente a la pared de vidrio que separa el pasillo de mi oficina—. Ahora, señores, tengo una reunión. Busquen a su gerente si necesitan algo.

Todos asienten y se dispersan, sabiendo que el momento de presentar ideas ha terminado. Quien no consiguió exponerlas tendrá

que esperar la próxima oportunidad.

Ansioso por finalmente descubrir aquello por lo que estoy esperando desde la noche anterior, entro a mi oficina y cierro la puerta. Gracias al vidrio transparente por todos lados, no ofrece aislamiento visual, pero sí acústico, lo cual es más que suficiente.

Sentado frente a mi escritorio, hay un hombre con la mirada fija en el dispositivo que tiene en las manos. Tiene la piel negra, es alto, musculoso, calvo y está perfectamente vestido con un traje impecable.

Cuando me acerco, se levanta y se gira hacia mí. Hudson, mi versión personal de Jason Statham, extiende la mano y yo la estrecho antes de sentarme detrás de mi escritorio.

—Bruno —saluda.

—Ya empezaba a pensar que te estabas ablandando. —Presiono mi espalda contra el respaldo de la silla, haciendo que se recline, y muevo los pies sobre el suelo, girándola sobre las ruedas, demostrando claramente mi ansiedad. Hudson se ríe de mi provocación sin prestarle mucha atención.

—Hace menos de doce horas que me llamaste —responde, volviendo a sentarse de forma relajada.

—Y todo lo que necesitabas era un celular, que estoy seguro de que tenías, ya que fue a través de uno que logré comunicarme contigo. Así que realmente no entiendo por qué tanto retraso.

—Fácil. No era prioridad —explica con simplicidad, sin siquiera parpadear, y yo revuelvo los ojos.

—¿Qué descubriste? —Dejo la conversación inútil de lado y apoyo los antebrazos sobre el escritorio.

—Que la chica tiene una vida de mierda. Por cierto, ¿quién es ella?

—No te interesa. ¿Qué exactamente significa "de mierda"?

—Cuentas vacías, deudas con varios bancos, nombre negativo en todos los servicios de protección al crédito y en el registro de cheques sin fondos...

—¿Cuántos años tiene? —interrumpo, frunciendo el ceño. Ella no estaba bromeando sobre estar desesperada por dinero, después de todo.

—Diecinueve.

—¡Mierda!

Paso la mano por mi cabello, echando los mechones hacia atrás, y dejo escapar un silbido. Esto es inesperado. Sin mucho esfuerzo, visualizo en mi mente el rostro que se fijó en mis pensamientos como un cartel pegado en las paredes del viaducto del té.

Una nariz pequeña y respingada, ojos azules grandes, un mentón bien definido, pómulos altos, cejas oscuras y arqueadas, y una boca carnosa y rosada se dibujan sobre la piel clara y ligeramente pecosa. Por primera vez, me permito admitir que Milena es hermosa. Muy joven, es cierto, pero increíblemente hermosa.

Diecinueve años. No es difícil de creer si se observa su rostro, aunque como parte de su belleza innegable, hay algunas marcas que no deberían estar ahí, como ojeras mal cubiertas con maquillaje, el cansancio evidente por demasiadas horas de trabajo, y una arruga de preocupación que noté solo anoche, pero que la última información me ha dado toda la certeza de que es una constante.

Aprieto los labios y muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, lentamente.

—Exactamente, y como iba diciendo —Hudson inclina la cabeza hacia abajo, fingiendo incomodidad por haber sido interrumpido—, esa ni siquiera es la peor parte. —Abro la boca para preguntar, pero la expresión de Hudson deja claro que no debo—. Según sus conversaciones en WhatsApp, está endeudada con un prestamista en el barrio donde vive. El tipo es conocido como "Patrón".

—¡La puta que lo parió! —Suelto, indeciso sobre cuál de las noticias es más increíble.

—Y sus finanzas no son lo único que está en estado crítico.

Esas palabras me hacen fruncir el ceño y me inclino sobre la mesa inmediatamente.

—¿Está enferma?

—Ella no, su madre. Lupus.

—¡La puta que lo parió! ¡Mierda! No me digas que se pone peor, ¿verdad?

—La deuda con el prestamista vence la próxima semana y no tiene ni idea de cómo va a pagar.

—¿Cuánto?

—Doce mil. Los tomó para poder cubrir la internación de la madre, hace tres meses. —Se rasca la ceja mientras su mente trabaja a toda velocidad—. Es una buena chica, Bruno. Nunca se metió en problemas, trabaja en dos empleos desde que la madre fue diagnosticada. Eso sucedió cuando ella tenía diecisiete años.

Hudson hace una pausa y suspira, lo cual ya dice mucho por sí solo. El hombre es un hacker especializado en investigaciones privadas.

Eso significa que está acostumbrado a descubrir todo tipo de cosas, desde los factores que desencadenarán la caída de las acciones de multinacionales debido a la última guerra en el este de Europa, hasta casos extramaritales de figuras públicas.

Si de todas las personas, él siente lástima por la situación de Milena, es porque, definitivamente, ella merece atención.

—¿Qué más? —pregunto, sintiendo la necesidad de saber más.

—La chica paga la escuela privada de su hermano menor, que, por cierto, es un problema educarlo. Me dio lástima. Casi hice una donación anónima, pero como no sabía lo que querías, pensé que

era mejor esperar. —Asiento con la cabeza, de acuerdo—. ¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Cuáles son tus planes? —Levanto las cejas, pero la verdad es que en algún momento ya tomé la decisión sin necesidad de esforzarme.

—La voy a contratar.

11.

MILENA GARCÍA

—¿Cómo te sientes hoy? —pregunta.

—Bien, mamá —respondo.

Camino hasta ella, que está parada en la entrada de la cocina, y le beso la frente. Estoy a punto de girarme para seguir sirviéndome una taza de café antes de salir a trabajar, pero ella me detiene.

Su rostro, agotado, demuestra que esta fue otra de esas noches en las que luchó contra el sueño. La enfermedad la deja exhausta, pero, como una niña caprichosa, cuando algo la preocupa, mi madre se niega a ceder al cansancio.

¿El resultado? Ojeras que rápidamente se profundizan, debilidad, mareos y una serie de otros síntomas agravados. Todo lo que no necesita ahora.

Me froto las manos por la cara, queriendo regañarla, pero eso nos llevaría al tema que estoy tratando de evitar a toda costa. Porque si sin hablar de él, la señora Daise ya se está negando a dormir, si lo discutimos, no tengo idea de cuáles serán las consecuencias.

Hace tres noches, después de ser sorprendida por Patrón, fue imposible ocultarle su trampa a mi madre.

En mi desesperación por llegar al único lugar del mundo donde me sentiría segura en ese momento, simplemente ignoré las consecuencias de llegar a casa en el estado en que estaba y corrí.

Para mi mala suerte, esa noche no encontré a Gabriel en la sala, despierto, sino a mi madre, angustiada, esperándome. Más tarde, cuando ya no temblaba ni lloraba, descubrí que ella no había podido dormir, preocupada, sintiendo un nudo en el pecho. El maldito sexto

sentido maternal se había puesto en acción y empeorado todo. No sé si habría ocultado la situación si no la hubiera encontrado despierta, pero seguro que no necesitaba presenciar mi estado.

Mi madre siempre fue mi amiga. No sé si por la edad en que me tuvo, si en su intento de suplir la ausencia de mi padre sintió la necesidad de acercarse más, o por cualquier otra razón, pero el hecho es que siempre pude contarle todo y odiaría empezar a ocultar cosas ahora.

Sin embargo, dadas las circunstancias, lo único que no quiero es que ella se sienta culpable por todo, que es exactamente lo que me dicen su rostro, gestos y ojos que está sintiendo en este momento.

—Háblame —me suplica.

Es un pedido, una súplica, y suelto un suspiro y cierro los ojos, porque no sé qué decir.

—Estoy bien, mamá —miento, poniendo en mis palabras toda la fuerza que no siento, rogándole a Dios que sea suficiente para que me crea, aunque no puedo recordar la última vez que le dije una mentira tan grande a alguien.

No estoy bien.

Tengo miedo. Estoy aterrorizada, de hecho. Porque sé exactamente lo que puede pasar en menos de una semana si no consigo el dinero que estoy casi segura de que no lograré obtener. Doce mil dólares.

Doce mil es lo que vale mi vida, o al menos la que conozco ahora, porque si sobrevivo a no pagar lo que debo, estoy segura de que no será entera. Si no es mi cuerpo el que se quiebra, será mi espíritu.

Eso son seis meses de trabajo en mis dos empleos sin gastar ni un centavo, ni siquiera en una golosina. Lo que es imposible. Las facturas no se van a pagar solas.

—Nunca me mentiste antes, Mile. No empieces ahora.

Me doy la vuelta con la excusa de ir a buscar el café, pero mi única intención es escapar de su mirada que me conoce tan bien.

—No estoy mintiendo, mamá. Estoy bien. Fue solo un susto —pauso, controlando mi hábito de hablar a toda velocidad cuando estoy nerviosa—. Y además, ya sé cómo voy a conseguir el dinero —miento nuevamente—. Tengo una entrevista de trabajo hoy, después de salir de la cafetería y...

—¿Y a qué hora vas a trabajar? ¡Mile, por el amor de Dios!

El tono de llanto en su voz amenaza con destruir el frágil lazo que mantiene unidas las mil piezas de mi corazón ya roto, y bajo la cabeza.

Cierro los ojos, trago en seco, lucho contra las lágrimas que viajan a una velocidad increíble por mis conductos lagrimales, ansiosas por caer.

—Ya tienes dos trabajos, Milena. Te buscas algo extra en tus días libres, no duermes, apenas comes, ni te veo si no pongo el despertador, porque esta maldita enfermedad me deja exhausta. —Mi madre sigue hablando, y ahora está llorando y yo estoy cayendo, cayendo, y la sensación es la misma de siempre. Esa que me hace pedir el suelo, el choque, solo para sentir algo más que desesperación y descontrol.

Pierdo la batalla injusta. Mis hombros sacudidos son el primer signo de mi llanto, pero pronto un sollozo indisciplinado se niega a ser contenido y escapa entre mis dientes y labios apretados.

El sonido arrastrado que emite mi garganta lo sigue y luego las lágrimas. Muchas. Tantas. Estoy tan cansada. Tan cansada de sentirme perdida y asustada. Solo quiero que se acabe. Solo quiero que esto se termine.

Sus brazos me envuelven y dejo que el peso de mi cuerpo, al menos por unos segundos, sea sostenido por alguien más que yo misma. Solo por ahora. Solo por unos segundos. Solo por un instante.

Sin embargo, cuando el sollozo de mi madre se une al mío en una sinfonía de desesperación, cualquier control que pudiera haber mantenido se rompe, transformándome en un completo y absoluto caos. Dios, cómo duele. Cómo duele.

Todo y cada pensamiento duele. El de no ser capaz. El de no ser suficiente. El de que en cualquier momento mi madre puede irse. Irse y dejarme sola.

Solo Gabriel y yo, ¿y qué haré? Sin ella, ¿quién seré yo? Dios. ¿Por qué? ¿Por qué, de todas las personas en el mundo, tenía que ser yo la que pase por esto? ¿Por qué? ¿Por qué yo?

¿Qué tengo? Solo quería ser la chica que salta la cerca de la escuela para escapar de la clase, la chica que va a fiestas con amigos, la chica que puede pasar una tarde de compras sin tener que preocuparse por la salud de su madre. Sin preocuparse si el dinero alcanza para el final del mes. Sin tener que preocuparme por nada más que por ella misma.

Solo quería tener el derecho de ser egoísta sin que eso tuviera consecuencias para alguien más que yo.

—Hija mía, hija mía... —dice entre sollozos, y ni siquiera soy capaz de responder. No ahora.

No cuando el dolor y el miedo se han transformado en una masa viva que gira en mi pecho, consumiendo cada gramo de mí. Duele. Duele mucho y solo quiero que se acabe.

12.

MILENA GARCÍA

—¿Por qué estás triste? —La pregunta, hecha por una voz infantil, me sorprende y parpadeo varias veces antes de responder.

—No estoy triste —le respondo a la niñita, esbozando una sonrisa que definitivamente no podría describirse como feliz, y espero que no me esté viendo de una forma demasiado aterradora.

Diana me observa entrecerrando los ojitos, que ya de por sí son pequeños y rasgados, haciéndolos parecer cerrados.

—¡Diana! —la regaña su madre, y la niña levanta la mirada, buscando entender por qué está siendo reprendida—. Perdón, Mile... —pide Bárbara, claramente avergonzada, y yo no hago caso al pedido.

La niña tiene razón, estoy triste, y no debería castigarla por decir la verdad. Soy yo quien necesita esforzarme más para disimular la realidad.

—No hay de qué. Mi mamá me enseñó que quien dice la verdad no merece castigo.

—¡Entonces estás triste! —Diana inmediatamente acusa, resentida por la mentira que acabo de decir.

—¡Diana, por el amor de Dios! —exclama Bárbara, poniéndose roja, y la situación tan rara logra arrancarme una sonrisa sincera.

La madre se apura a tomar la bolsa con el almuerzo de todos los días, y ya habiendo pagado, deja la propina en el frasco antes de salir rápidamente del café con una despedida corta.

Veo cómo la puerta se cierra, escucho la campanita sonar, siento el silencio que me rodea, y me quedo allí, exactamente en el mismo

lugar, preguntándome si seré capaz de hacer algo mejor.

Disimular mejor, porque el día apenas está comenzando.

***

—Hola, Milena.

—¡Puta madre! —grito, asustada al ser sorprendida, por segunda vez en tres días, en una calle oscura. Pero hoy, al girarme, lo que encuentro no es nada aterrador.

Bruno está parado, justo en la salida de su trabajo en Garden Gourmet, vestido con uno de sus tantos trajes. Es la primera vez que lo veo hoy.

Con mi estado actual de ánimo y concentración, pasé el mayor tiempo posible escondida en la cocina de la cafetería, especialmente entre las siete y las ocho de la mañana.

Desde que vi al hombre por primera vez hace casi dos años, nunca antes había evitado de manera tan intencional nuestros "encuentros casuales".

Al contrario, de alguna manera, esperar verlo se volvió algo natural en mis días, tanto como fingir que todo estaba bien. Pero así como el segundo fue imposible hoy, el primero parecía necesario.

No había espacio en mi mente para nada más que no fuera buscar soluciones a mi problema. Ni para sonrisas falsas, ni para ese adormecimiento que me invade cada vez que me cruzo con Bruno.

Creo que ni cuando era adolescente me sentí tan afectada por alguien del sexo opuesto como me siento con este hombre, y hoy simplemente no tenía tiempo para eso.

No después de cómo comenzó el día. Me dolió sentirme abrumada, pero me dolió aún más la sensación de haber fallado a mi madre cuando ella nunca falló conmigo. Tengo que hacer algo, debo hacerlo. Si no por mí, por ella.

Tuve algunas ideas. A Gabriel no le gustará ninguna, porque todas incluyen vender cosas, como su consola de videojuegos, la televisión, nuestras camas y todo lo que no sea estrictamente necesario y que pueda encontrar un comprador.

Eso no será ni cerca de suficiente para pagar la deuda, pero es un comienzo, con el que espero conseguir más tiempo.

—¿Qué haces aquí?

Llevo la mano al pecho en un intento inútil de calmar mi pobre corazón, que late como si fuera un maratonista en pleno entrenamiento.

Cierro los ojos y me esfuerzo por controlar mi respiración. ¡Demonios! Cuando los abro nuevamente, encuentro al hombre frente a mí con una sonrisa en el rostro que no tiene ningún sentido.

—Vine a hacerte una invitación.

Sin esfuerzo alguno, mis cejas se fruncen.

—¿Qué?

—Vine a invitarte a cenar, y hacer eso aquí dentro no me pareció una buena idea. —Señala el interior de la cafetería con el pulgar.

—¿Y emboscarme en la salida de mi trabajo, sí?

Suelto un largo suspiro, aún sin filtro por el susto. El frenético latido dentro de mí va disminuyendo y empieza a ceder lugar a otra sensación.

La misma que me acompaña en cada uno de mis encuentros con este hombre. Ese nerviosismo que me congela el estómago, hace que mis manos pierdan firmeza, mi boca se seque, y me vuelva más torpe de lo que jamás fui.

Es solo cuando mi cuerpo ya está completamente aliviado del miedo que sentía, gracias a la repetición de uno de los momentos más aterradores de mi vida, y completamente dominado por la comprensión de que el hombre frente a mí es el cliente de las siete y

quince, que me doy cuenta de lo que realmente significan las palabras que salieron de su boca.

—Espera, ¿qué? ¿Qué dijiste?

—Dije que quiero invitarte a cenar.

Confusión, angustia y extrañeza giran dentro de mí, y con la suerte que tengo, no tardan en reflejarse en mi rostro. Bruno se ríe de mi expresión y mete las manos en los bolsillos.

Bajo los ojos y lo miro de arriba a abajo. Su piel bronceada parece brillar, al igual que sus rizos cortos y sus ojos azules. Debería estar prohibido que un hombre se vea tan bien de esa manera.

¿En serio, Milena? ¿Es eso en lo que estás pensando ahora? ¡Despierta y deja de ser tan tonta! ¡Te invitó a cenar! ¡A una maldita cena! ¿Por qué? ¿Por qué me invitaría él a cenar?

En mi observación silenciosa e indiscreta, noto que inclina la cabeza y levanta una ceja. Entonces me doy cuenta de que hice la pregunta en voz alta. Perfecto.

Nada es tan malo que no pueda empeorar, ¿verdad? O como me gusta decir, no hay vergüenza tan grande que no pueda multiplicarse.

—Tengo una propuesta que podría interesarte.

—¿Trabajo?

Es ridículo que no pueda evitar la decepción en mis palabras y lo peor, en mi corazón. Pero, ¿qué esperaba?

Me pregunto cuántas veces tendré que lidiar con esta sensación antes de internalizar que los cuentos de hadas no existen en la vida real. Los hombres como él no se fijan en camareras cuyos cabellos son menos sedosos que los suyos.

—¿Tienes una propuesta de trabajo? ¿Eres dueño de un restaurante o algo así? —refuerzo la pregunta.

—Sí y no. —Es mi turno de inclinar la cabeza—. Cena conmigo y te explico todo.

Hay algo magnético en su voz, casi hipnótico, que me hace sentir que sería tonta si lo contradijera. Rápidamente pienso que otro empleo realmente no sería una mala idea.

Transformar en verdad la mentira que le conté a mi madre sería una grata sorpresa. Más trabajo significa más dinero y eso, definitivamente, es algo que puedo usar.

¿Y a qué hora, Milena? Bueno, aún tengo las cuatro o cinco horas en las que duermo... Muerdo el labio, sin saber si esa es una buena idea, y los ojos de Bruno se desvían hacia mi boca.

Contengo la respiración solo hasta que me acuerdo de que se trata de trabajo. Es sobre trabajo de lo que quiere hablar y no estoy en posición de rechazar.

—Hoy no trabajo en el restaurante. Así que puedo.

Sonríe.

No es una sonrisa cualquiera, sino una que sugiere que él ya sabía esto. Sacudo la cabeza, apartando el pensamiento. Solo puedo estar loca, sería imposible que él lo supiera.

—Genial. Tú primero —dice, señalando para que pase y, solo entonces, me doy cuenta del coche alto detenido en la acera.

Sigo parada, alternando la mirada entre el hombre y el coche una y otra vez, tratando de decidir qué hacer.

Es decir, él está buenísimo, súper atractivo, ya he fantaseado mil veces con estar sola con él en varios lugares, pero todavía no lo conozco bien y no puedo simplemente subirme a un coche con él. Soy ingenua, no tonta.

Cuando, contrariando su pedido, no me muevo, Bruno frunce el ceño, segundos antes de darse cuenta de lo que está pasando y empezar a reír.

Es la primera vez que escucho su risa. El sonido es grave, vibrante y contagioso. Termino sonriendo también.

—No te voy a secuestrar, Milena.

—Eso es algo que diría un secuestrador —contesto, y su risa alta llena el espacio entre nosotros.

Él niega con la cabeza y levanta las manos, como si se rindiera.

—Está bien. Conozco un restaurante discreto cerca, podemos ir a pie —cede, y yo acepto.

***

Miro a mi alrededor, esforzándome por fingir que me siento cómoda en medio del lujo que me rodea, y fallando estrepitosamente.

Lo que se hace aún más evidente cuando las primeras palabras que salen de la boca de Bruno, después de que nos sentamos, son una pregunta.

—¿Te gusta?

Paso la lengua por mis labios, pero ni siquiera intento dar una respuesta. El restaurante donde estamos tiene dos pisos. Nuestra mesa está en el segundo, un entrepiso que ocupa las laterales en forma de U, desde donde se ve el centro del salón debajo de nosotros.

Las mesas están puestas con servilletas de tela y copas brillantes. Los muebles parecen sacados de la sala de estar de alguien con mucho dinero, no de un restaurante. Incluso los camareros parecen vestidos para reuniones de negocios, no para cargar bandejas.

Es imposible no preguntarme si sería capaz de trabajar en un lugar como este, con toda esta formalidad en los gestos y la ropa. Y claro, ese es el motivo de estar aquí, que vea cómo funciona el lugar antes de que él me haga la oferta de trabajo.

Es un método raro. Bruno podría haberme mostrado el lugar por la cocina, pero no seré yo quien se queje de una cena gratis. Aunque la ostentación del lugar me hace sentir fuera de lugar. La comida buena debe valer la pena, o eso espero.

Me doy cuenta de que ha pasado más tiempo del esperado desde que escuché la voz del hombre frente a mí y aún no le he respondido. Entonces, asiento con la cabeza y carraspeo la garganta.

—Entonces. ¿Un trabajo? ¿Eres dueño de aquí?

Me siento más confundida e inapropiada con cada segundo que paso sentada en una silla tan cómoda como el mejor sillón en el que jamás he puesto el culo.

Si él es el dueño de un restaurante y necesita una camarera, ¿por qué no hizo como todos los otros dueños y publicó un anuncio en internet? O, al menos, pidió a alguno de los otros empleados que recomendara a alguien. Bruno sonríe y niega con la cabeza.

—No, Milena. El trabajo que quiero ofrecerte no tiene nada que ver con servir mesas.

Inclino levemente la cabeza mientras las ruedas de mi cerebro giran, buscando respuestas para las preguntas que no he hecho, pero que mi mente está llena. Levanto las cejas y asiento, pidiéndole en silencio que siga.

Bruno muerde su labio inferior y, cuando está a punto de hablar, el camarero se acerca, ofreciéndonos los menús envueltos en una funda de cuero burdeos. Incluso la sensación del tejido bajo mis dedos es extraña, como todo lo demás en esta situación.

—Quiero lo de siempre, Bruno —dice, y yo miro la placa de metal en el saco del camarero, descubriendo que tiene el mismo nombre que el cliente de las siete y cuarto. Miro de nuevo el menú en mis manos, sintiéndome ansiosa, porque ahora él solo está esperando a que yo decida—. ¿Puedo elegir para ti? —pregunta, y, escondida tras el menú abierto, cierro los ojos en un agradecimiento silencioso.

—Claro.

—Ella va a querer lo mismo que yo. —Cierro el menú y se lo paso al camarero.

—¿Quieren beber algo?

—Agua, por favor —pido, segura de que más tarde, si no me caigo de la cama y me despierto, si esto realmente es realidad y no un sueño muy creativo de mi mente agitada, me arrepentiré de no haber mirado el menú con más atención y haber elegido alguna mezcla exótica de frutas que nunca más tendré la oportunidad de probar.

—Lo mismo para mí, por favor.

El camarero se aleja, dejándonos solos. Aprieto las manos en puño sobre mi regazo para esconder el temblor ansioso de mis dedos.

Mi acompañante desvía la mirada brevemente antes de finalmente empezar a hablar, pero su primera frase no llega ni cerca de lo que espero. Aunque ni siquiera sé qué es lo que estoy esperando.

13.

BRUNO MAGALLANES

—Perdí una apuesta. —Milena frunce el ceño, claramente sin entender qué tiene eso que ver con ella.

El nerviosismo es evidente en cada uno de sus gestos: desde su mirada inquieta hasta el sutil temblor en sus manos, ahora escondidas bajo la mesa. Esta preocupación es una sensación nueva para mí.

No soy un hombre que mide sus palabras para que suenen agradables a los oídos de nadie. Aun así, llevo más de media hora intentando encontrar la manera de decir lo que vine a decir.

Mi plan era sencillo. Pedirle cinco minutos esta mañana cuando pasé por la Garden a buscar mi café de siempre, hacerle mi propuesta, dejar que lo pensara y recibir su respuesta mañana por la mañana. Rápido, fácil y eficiente. Pero ella no estaba allí.

Desde que tengo memoria, es la primera vez que no la veo allí por segunda vez en la misma semana. Cuando pregunté a su compañera, me dijo que Milena sí estaba en la cafetería, pero no se sentía bien, por lo que estaba trabajando en el área interna.

Me pareció extraño. Si no se sentía bien, ¿no sería más lógico ir al hospital en lugar de quedarse trabajando? Sin embargo, no insistí. No era asunto mío. Podría hablar con Milena mañana, aún tenía tiempo.

Excepto que, desde que lo decidí, durante todo el maldito día, el rostro de Milena me atormentó, y más aún, la duda sobre cómo se estaba sintiendo.

Decidí no esperar más. Gracias a Hudson, sabía a qué hora terminaba su turno en la cafetería y que hoy tenía libre del restaurante. Cambié mi ruta, salí temprano de la oficina y fui a buscarla a la salida de su trabajo.

Pero en cuanto la vi salir por la puerta de servicio de la Garden, tan abatida, me fue imposible no replantear, una vez más, el camino hacia mi destino.

Su cabello, que siempre había visto recogido, hoy está suelto, y también es la primera vez que la veo sin algún uniforme. No me enorgullece admitirlo, pero fue imposible no fijarme en su pequeño cuerpo, cubierto por unos jeans gastados y una camiseta.

Milena no es una mujer con muchas curvas, pero las que tiene están en los lugares indicados. Sus pechos son pequeños, sus caderas redondeadas y su cintura, estrecha.

Tiene una belleza común, pero que aún así guarda algo extraordinario. Y ahora, cuando me mira con esos ojos enormes y cansados, no puedo evitar preocuparme por cómo recibirá lo que tengo que decir.

—Está bien... —dice, sintiendo que debe decir algo, y me río.

—No fue una apuesta convencional, Milena.

Me recuesto en la silla, apoyo el antebrazo sobre la mesa y meto la otra mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Apostaste que necesitarías contratar a una nueva empleada?

Su ansiedad por entender de qué se trata todo esto es casi divertida.

—No.

Su rostro es pura confusión e impaciencia.

—Entonces, ¿qué tiene que ver esto con un trabajo para mí?

Llevo la mano a mi ceja y la rasco. Vamos, Bruno, son solo palabras, ¡carajo!

El mesero se acerca, trae nuestras bebidas y Milena, de inmediato, lleva su vaso de agua a la boca.

—Como consecuencia, tengo que pasar tres meses con la misma mujer.

Ella escupe el agua con un sonido indiscreto, mojándome la cara y parte del mantel, los cubiertos y otras cosas, antes de atragantarse.

Cierro los ojos y siento las gotas escurriéndose por mi piel. Está bien, me lo merezco. Debí prever esta reacción y esperar a que terminara de beber el agua.

Tomo la servilleta que tenía en el regazo para secarme y me levanto para intentar ayudarla mientras su cuerpo es sacudido por un ataque de tos.

Milena aprieta los ojos y su pecho sube y baja rápidamente a medida que tose una y otra vez. Me agacho a su lado, apoyo mi mano en su espalda y la deslizo lentamente por ahí.

—Respira, Milena —le pido, dándole pequeñas palmadas en la espalda.

—Discul... —empieza, pero es interrumpida por un nuevo ataque de tos.

—Está bien. Concéntrate en respirar, solo respira.

Milena obedece. Cierra los ojos nuevamente, baja la cabeza y apoya las manos sobre sus muslos. Poco a poco, su cuerpo se calma y su respiración recupera un ritmo regular.

—¿Mejor? —pregunto, y ella asiente—. Genial.

Me levanto y llevo la mano a su mejilla.

No es un gesto planeado. Simplemente sucede. Y cuando sus enormes ojos azules se enfocan en mí por completo, apartar la mano parece lo incorrecto.

Quedo atrapado en su mirada, en su rostro, en realidad. En sus mejillas enrojecidas, en sus labios rosados y entreabiertos, en sus largas y húmedas pestañas. En ella.

—¿Les gustaría cambiar de mesa?

El mesero reaparece, ofreciendo, interrumpiendo un momento que ni siquiera sé cómo llamar. Milena gira el rostro, avergonzada, y yo niego en silencio.

El mesero se aleja y yo vuelvo a sentarme.

—Lo siento, yo... yo...

—Está bien, Milena. Debí haber previsto el riesgo.

Me río, y eso parece aliviar un poco de su vergüenza.

—Creo que no entendí lo que quisiste decir.

Suspiro, con los ojos fijos en los suyos. Me acerco a la mesa, apoyo los codos sobre ella y entrelazo mis dedos.

—Entendiste bien. —Bajo la cabeza y muerdo mi labio inferior. Cuando vuelvo a mirarla, ella me observa con los ojos ligeramente abiertos, expectante—. No soy un hombre inclinado a los compromisos. En realidad, nunca he tenido una relación. Por eso, mis amigos pensaron que obligarme a tener una sería una buena consecuencia para una apuesta perdida.

—¿Y por qué simplemente no dices que no vas a cumplirla?

—Porque eso me haría perder dos veces, y con una basta para toda mi vida. Nunca les daría ese placer.

Aunque entiende lo que digo, Milena no parece comprender del todo, y no me sorprende.

—Pero ellos están equivocados si creen que me obligarán a hacer algo que no quiero. Ahí entras tú.

—¿Yo?

—Las reglas de la apuesta establecen que debo pasar tres meses con la misma mujer, pero nunca dijeron que no podía pagarle para eso.

Finalmente, la comprensión llega a su rostro, y sus largas pestañas parpadean varias veces.

—Quiero contratarte.

Ahora, su rostro ya no muestra comprensión. Es horror y ofensa.

—¡Yo no soy —exclama con tanta fuerza que comienza casi como un grito, pero mira a los lados, preocupada de que alguien la escuche— una prostituta!

Termina la frase en un susurro, y no puedo evitar sonreír. Sin embargo, su lenguaje corporal grita lo que está a punto de hacer antes de que suceda, así que me apresuro a explicarme.

—¡Lo sé! Y ese es el punto. No puedo contratar a una prostituta, eso forma parte de las reglas de la apuesta.

Milena frunce el ceño, volviendo a su estado inicial de confusión.

—No entiendo.

—Mira, Milena, no puedo contratar a una acompañante, pero nunca dijeron nada sobre una mujer común, y mientras no lo descubran antes de que termine la apuesta, gano, incluso en la derrota.

—¿Y quieres contratarme? ¿Soy la mujer común?

—Exactamente.

Milena abre la boca, pero la cierra al menos tres veces antes de girar el rostro hacia la ventana. Su mirada se pierde en la calle

debajo de nosotros durante varios minutos, pero le doy todo el tiempo que necesita.

Su rostro busca el mío y me observa en silencio, lamiéndose los labios y frunciendo el ceño, como si estuviera esforzándose por entender algo.

—¿Qué hice para que creyeras que aceptaría dinero para dormir contigo durante tres meses? —La pregunta tiene un tono genuino de curiosidad.

Está ofendida por la conclusión equivocada, pero no parece estar indignada ni histérica, lo que al menos es intrigante.

—Nada —niego también con la cabeza antes de apoyarla entre el pulgar y el índice—. Nunca hiciste nada que me diera esa impresión, y sinceramente, no espero que lo hagas. —Mi respuesta tiene el efecto contrario al esperado, y Milena parece aún más confundida que antes. Suelto un suspiro y paso la mano por mi cabello antes de enderezar la espalda. Mierda, esto debería ser fácil—. Quiero pagarte por tu compañía, Milena. Nada más. Tendríamos encuentros públicos para convencer a algunas personas de que estoy haciendo lo que quieren, solo eso. —La arruga entre sus cejas se suaviza y ella asiente, pero no creo que se dé cuenta de lo que está haciendo —. Si en algún momento tenemos sexo, eso no tendrá nada que ver con el acuerdo que te estoy ofreciendo, ni con el dinero que estoy dispuesto a pagar por tu tiempo.

El rostro de la mujer se pone de un rojo intenso que me deja intrigado. Fue ella quien metió el tema del sexo en la conversación, pero cuando hablo, ¿se avergüenza?

Mis dientes se clavan una vez más en mi labio inferior, reflejo involuntario de curiosidad. Entrecierro los ojos, aunque no creo que esta sea una pregunta inteligente para hacer ahora.

—¿Encuentros públicos? —pregunta antes de mojarse los labios con la lengua.

—Fiestas, cenas, tal vez un viaje o dos.

—No puedo, trabajo. Tengo dos empleos, acepto otros trabajos, no puedo.

La respuesta suena mucho más a un pensamiento en voz alta que a otra cosa.

—Tendrías que dejar tus empleos, pero planeo hacer esto muy ventajoso para ti. Pagaré tu deuda y...

—¿Cómo sabes de mi deuda?

Ahora, parece aún más horrorizada que cuando pensó que le estaba sugiriendo que era una prostituta.

Sus ojos se agrandan, y es impresionante cómo, con la misma velocidad con la que su rostro se tiñó de rojo, el color desaparece de él.

—Hice mi tarea —me justifico, regañándome internamente por haber soltado esa información sin que fuera realmente necesaria.

—¿Y eso significa espiarme?

Ella inflama el pecho y endereza la espalda, adoptando una postura desafiante. Tardo un poco en encontrar las palabras correctas. Palabras que espero desarmen su actitud.

—Eso significa que descubrí cómo hacer que esta propuesta te sea irrefutable antes de acercarme a ti.

Su respuesta no es inmediata. Milena me observa con los labios entreabiertos, ponderando mis palabras.

—¿Y c-cómo descubriste eso? ¿Quién te lo contó?

—Pregunté.

—¿Preguntaste a quién?

—Cincuenta mil dólares al mes, Milena —digo, sabiendo exactamente el efecto que el número tendrá en nuestra conversación, y el resultado es mucho más allá de lo esperado.

Primero, el mentón de Milena casi toca el suelo, luego abre la boca, pero no sale ningún sonido durante varios segundos, y la mujer junta los labios, los aprieta, traga en seco y, solo entonces, balbucea.

—¿Q-qué?

—Te voy a pagar cincuenta mil dólares al mes durante tres meses para que finjas ser mi novia. Y si llegas hasta el final, obtienes un bono de cien mil dólares. Totalizando doscientos cincuenta mil dólares, ya descontados los impuestos.

—Eso no tiene gracia.

Al principio, encuentro su conclusión graciosa, pero cuando sus ojos se llenan de lágrimas, me doy cuenta de que habla en serio.

Milena piensa que estoy bromeando con ella, burlándome de la situación catastrófica en la que está su vida financiera, y me pregunto si mi propuesta es realmente tan absurda.

No es convencional, lo sé. A mí me costó semanas que siquiera pasara por mi cabeza, y aún así solo ocurrió porque escuché una conversación susurrada para la cual no estaba invitado.

Y es cierto que Milena no me conoce, ni sabe nada de mí. Dios mío, la mujer se negó a entrar en un coche conmigo. Mierda, sí. Es obvio que mi propuesta suene como una broma.

—No estoy bromeando, Milena —aviso, en cuanto me doy cuenta de que sus conclusiones no son infundadas—. Hablo en serio. Muy en serio.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué harías eso? ¿Por qué gastarías una fortuna? ¡Son doscientos cincuenta mil dólares! —Hace una pausa, pero parece necesitar un poco más para expresar su incredulidad—. ¡Doscientos cincuenta mil dólares solo para tener una novia falsa cuando una

real saldría gratis? —Empieza con firmeza, pero su voz se quiebra cuando llega a la última pregunta.

La manera en que dice cada una de las frases traza el abismo social entre nosotros, como ni siquiera un estudio del IBGE[3] podría hacer.

Milena piensa que doscientos cincuenta mil dólares es una fortuna. Y para ella, lo es. Yo ya sabía eso cuando fijé el valor, pero la verdad es que para mí, es una cantidad irrelevante.

Completamente irrelevante. Sobre todo si ese es el precio de mi paz mental. Sería capaz de pagar infinitamente más por ella.

—No es tanto, y créeme, una novia de verdad me costaría mucho más que dinero. Me costaría algo que no estoy dispuesto a pagar. El dinero es solo papel.

—Eso es lo que dice quien tiene dinero de sobra.

Suelta una risa tan amarga que puedo sentir el sabor en mi propia lengua, y no me gusta nada de eso. Muevo la cabeza en señal de acuerdo.

—Podrías ser una de esas personas, todo lo que pido son tres meses de tu compañía en momentos específicos.

—¿Fiestas, cenas y tal vez algunos viajes?

—Eso.

—Entonces, déjame ver si entendí. —Se inclina un poco hacia adelante, acercándose a la mesa—. Quieres pagarme doscientos cincuenta mil dólares para que finja ser tu novia durante tres meses, en días y horarios específicos. El resto del tiempo, puedo hacer lo que quiera y el sexo no está incluido en lo que esperas de mí, ¿es eso?

De nuevo, la pregunta sobre el sexo la hace sonrojar.

—Exactamente.

Un sonido raspa su garganta y ella niega con la cabeza, gritando con su expresión facial y gestos que todo esto es un gran absurdo.

—Acepto.

—Milena, yo… —comienzo a objetar, pero me interrumpo al darme cuenta de que no es necesario.

Frunzo el ceño, abro la boca, pero termino cerrándola y mordiendo el labio mientras pienso en qué decir para no arruinar esto que, sorprendentemente, ha funcionado.

—¿Qué dijiste? —pregunto, necesitando confirmación. Estaba seguro de que diría que no. Un sí inmediato no solo es inesperado, es increíble.

—Dije que acepto. —Se lame los labios y se rasca la mejilla—. Creo que esto no tiene el menor sentido, pero también creo que lo que tiene sentido para mí, no debe hacerlo para ti. Después de todo, tú eres rico y yo soy pobre. —Suspira largo, cierra los ojos y baja la cabeza.

Milena toma unos segundos, como si estuviera reuniendo fuerzas o decidiendo qué decir, no sé. Pero cuando vuelve a mirarme, sus iris azules no muestran nada más que determinación y, aunque sé que no debería estar pensando en eso, no puedo evitarlo. Qué linda. La chica es increíblemente bonita.

—No soy idiota —dice, con una única frase antes de hacer una pausa, como si necesitara aclarar este punto—, y estoy desesperada de verdad. Esta propuesta… esta propuesta puede cambiarlo todo. —Por un segundo, sus ojos se desvían de la mesa del restaurante donde estamos sentados. Asiento, aunque la noticia no es nueva para mí—. Entonces, aunque puedas ser un psicópata y estos encuentros puntuales puedan terminar en mi muerte en algún cuarto rojo de dolor o en un lugar peor, realmente no tengo otras opciones. Si me das garantías, solo necesitas decirme dónde y cuándo empezar. —Termina su discurso con los hombros erguidos y el rostro serio.

Y aunque sé que su preocupación por mi equilibrio psicológico debería sonar graciosa, no lo es. No soy un psicópata y lo sé, pero ella no. Y aún así, está dispuesta a arriesgarse, porque no tiene otra opción. ¡Pero qué carajo! Aprieto los dientes, repentinamente molesto por el hecho de que esté haciendo exactamente lo que yo quiero, lo que no tiene ningún sentido.

—¡Solo tengo una condición! —exclama, de repente, sacándome de mi confusión interna y arrojándome a otra cuando su rostro muestra, al mismo tiempo, determinación y preocupación.

Milena es demasiado transparente. Si por su edad o por su naturaleza, no lo sé, pero me encuentro queriendo descubrirlo.

—¿Cuál?

—No voy a acostarme contigo. —Mis cejas se levantan de inmediato.

La negativa tajante es definitivamente una novedad y, aún así, viniendo de ella, a quien apenas conozco, no me sorprende. ¿Será que tiene novio? Si lo tiene, que se joda.

Realmente no me importa ahora. Quiero decir, ¿qué noviazgo vale más que el dinero que cambiará su vida?

—Te lo dije. El sexo no es parte de nuestro acuerdo. Si...

—No hay "si" —me interrumpe, y estaría mintiendo si dijera que mi ego no se sintió golpeado por eso—. No voy a acostarme contigo bajo ninguna circunstancia. Puedo fingir ser tu novia. Pero no voy a acostarme contigo.

Apoyo los antebrazos sobre la mesa e inclino la cabeza, estudiándola, intentando entender sus motivos. Pero, más allá de la ansiedad por saber si aceptaré o no su condición, no hay nada en sus ojos.

Asiento con la cabeza, y Milena deja escapar un suspiro de alivio que me molesta aún más.

¿Alivio? Las mujeres suelen sentir muchas cosas cuando saben que no las tendré en mi cama o que no estarán en la mía: decepción, frustración e incluso rabia, pero ¿alivio? Qué carajo.

—Pero voy a necesitar tocarte —aviso, el tono suena mucho más gruñón de lo que debería.

No entiendo por qué me siento tan afectado por la falta de interés de Milena. Nunca estuvo en mis planes, para empezar, así que ¿por qué diablos?

—¿Tocarme?

Parpadea y, como probablemente milésima vez desde que nos sentamos, se lame los labios.

—Si vamos a fingir un noviazgo para que la gente lo crea, vamos a necesitar tocarnos en público.

—Ah… —Milena empuja su mejilla con la lengua antes de pasar la mano por su cabello, desviar la mirada hacia un lado y otro y finalmente reunir coraje para preguntar—. ¿Qué tipo de toques?

—No lo sé, Milena. —Dejo que mi cuerpo se recueste en el respaldo de la silla—. Toques íntimos, caricias, tomarnos de las manos, besos.

—¿Besos?

Se estremece visiblemente, pero no de una manera coherente con sus rechazos. No. Un estremecimiento coherente con la manera en que me mira todas las mañanas desde que la conozco.

Un estremecimiento coherente con la chica que se pone nerviosa cuando se acerca a mí y que hasta se olvidaba de hablar.

Besarme le interesa, pero ¿el sexo no? Involuntariamente, levanto una ceja, formulando la pregunta que nunca responde. Después de tragar en seco, Milena asiente con la cabeza.

—Está bien —acepta, como si le hubiera ofrecido veneno en vez de besos, aunque todo su cuerpo respondió de una manera muy diferente a la idea.

¡Por Dios! La chica es un libro abierto cuando se trata de todo, pero cuando el tema es sexo, su rostro dice una cosa, su cuerpo otra y su boca otra.

El camarero se acerca con los platos y recién entonces me acuerdo de ellos. La llegada de la cena me dice que, aunque siento que han pasado cinco años, no han pasado más de veinte minutos.

Bien. Este fue un comienzo interesante.

14.

MILENA GARCÍA

Miro mi plato mientras calculo cada uno de mis próximos movimientos para no parecer tan hambrienta como me siento.

—¿No te gustó?

—Me gustó —me apresuro a explicar. La pasta cubierta con salsa blanca huele delicioso y la porción de carne está dorada justo como en las fotos que vemos en internet. Nunca he visto un plato de comida tan bonito como este en la vida real—. Solo estaba admirando.

Sonrío, avergonzada, y los labios del hombre no tardan en reflejar los míos.

Él señala los cubiertos, instándome a comer, y no necesito una segunda invitación. El primer bocado me hace gemir. Sí, vergonzosamente, gemir.

Pero el sabor es tan bueno que ni siquiera me preocupo realmente por eso. Con los ojos cerrados, disfruto del sabor expandiéndose por mi boca.

La comida de mi madre es deliciosa, y que no me oiga, pero esto es de otro mundo. Todas las veces que pasé frente a un restaurante italiano elegante como este, me preguntaba por qué alguien pagaría tanto por comer pasta. Bueno, ahora tengo mi respuesta. ¡Demonios! Qué cosa tan rica.

Abro los ojos, pero no desvío la mirada del plato antes de dar el segundo, el tercero y el cuarto bocado, que es cuando me acuerdo de mis movimientos fríamente calculados para no parecer hambrienta. Maldita sea.

Por un segundo, me congelo. Luego, lentamente, apoyo los cubiertos sobre la porcelana exactamente como las personas ricas en las novelas suelen hacer y, solo entonces, reúno el valor suficiente para mirar a Bruno.

Como esperaba, sus ojos están en mí, pero, a diferencia de lo que imaginaba, no hay juicio ni arrepentimiento en ellos.

Él solo me está... mirando.

Es casi como si me estuviera viendo de verdad y eso, más que cualquier otra cosa, me asusta. No quiero ser vista. Hay cosas que es más seguro mantener enterradas en lo más profundo de nuestro ser.

Toda esta noche sigue pareciendo una gran broma. Sigo esperando que, en cualquier momento, Bruno señale una cámara oculta detrás de mí y me diga que todo esto no fue más que una gran broma, aunque ya me haya asegurado que no lo es.

Las cosas buenas simplemente no me pasan a mí. Cosas increíbles, como ganar doscientos cincuenta mil dólares solo por ser la novia falsa de un millonario.

Bueno, ese es el tipo de cosas que no solo no me pasan a mí, sino que cruzan la calle cuando me ven.

Las personas con mucho dinero tienen hábitos extraños, lo sé. Solía ver *Mujeres Ricas*[4] cuando tenía tiempo y es muy improbable que la locura de esos gestos absurdamente caros e innecesarios se limite solo a la parte femenina de los privilegiados con dinero de sobra.

De hecho, una apuesta como esta parece justo el tipo de cosa que hombres con la misma mentalidad que las mujeres que participaban en el programa harían.

No es que lo entienda. No entendía en la época en que veía, por televisión, los absurdos que el dinero podía pagar y no lo entiendo ahora, cuando uno de esos hombres está, literalmente,

desarrollando esta situación frente a mis ojos y me está invitando a participar como un accesorio.

Pero no necesito entenderlo. No importa si lo comprendo o no, esta apuesta está cambiando mi vida.

Doscientos cincuenta mil dólares.

Sin contar las vacaciones y el aguinaldo, serían cuarenta y un años y medio de trabajo. Si considero que seguiría con dos trabajos en los próximos años, serían veintiún años más. Cuarenta y un años en tres meses.

Sería una loca si lo creyera sin más. Cuando la limosna es mucha, el santo desconfía. Necesito desconfiar. Esta mañana pensaba que mi vida valía doce mil reales y, de repente, todos mis problemas no solo están a punto de desaparecer, sino que también obtengo respuestas para preguntas que nunca me atreví a hacer.

Y de todas las cosas que imaginé que sentiría cada vez que soñaba despierta con lo imposible, el agobio, definitivamente, no era una de ellas.

Sin embargo, aquí sentada, con un millón de pensamientos invadiendo mi cerebro, que nunca tuvo mucho más en qué preocuparse que problemas financieros, sobrecargada es todo lo que siento.

Dentro de mí hay desconfianza, inseguridad, miedo, expectativas. Hay ilusión, realización y, en algún rincón oscuro y húmedo, felicidad.

Está agachada, esperando que todos los demás sentimientos se disuelvan o, al menos, se asienten, antes de poder encontrar su propio espacio en mi conciencia.

Y está esa mirada. Esa mirada que parece querer verme cuando todo lo que quiero es seguir siendo invisible. Esa mirada que busca y quiere revelar cosas que necesito que sigan ocultas.

—¿Tienes un Pix[5]?

—Perdón. ¿Qué? —pregunto, porque realmente no escuché lo que dijo.

Vi su boca moverse, pero atrapada en mis propios pensamientos, no lo oí.

—Un Pix. ¿Tienes? —repite la pregunta, mete la mano en su bolsillo y saca el celular.

—Sí. Es mi número de teléfono —respondo, frunciendo el ceño.

—¿Me lo dices?

Bruno toca un par de veces la pantalla de su celular, que obviamente hace que el mío parezca un trozo de plástico viejo.

—986458888 —recito los números a una velocidad que los hace incomprensibles—. ¿Para qué? —Sus ojos se encuentran con los míos antes de que me responda.

—Aún no me crees. —Inclina levemente la cabeza hacia adelante —. Quiero darte una prueba de buena fe.

—¿Dinero?

—Un adelanto.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces? —Sonríe, pero esta vez es diferente. Bruno sonríe de una manera infantil, aunque todo en él grita como un hombre adulto—. ¿Cuántos años tienes?

¡Madre mía! Solo puedo estar volviéndome loca. No sé nada de este hombre y, aún así, casi le grito un sí, pero no es como si tuviera una gran alternativa.

Y, como si quisiera recordármelo, las palabras de Patrón resurgen en la superficie de mis pensamientos, casi puedo escuchar su voz grave y rasposa en alto y claro, haciendo que lo poco que comí se revuelque en mi estómago: "si no consigues el dinero, no me importaría que me pagaras de otra manera".

—Treinta y tres. —Es imposible no hacer un nuevo análisis de la figura sentada frente a mí ahora que sé su edad. Vaya. Catorce años

más grande. Vaya—. ¿Y qué tal si hacemos lo siguiente? Me dices tu Pix, yo te doy una prueba de que hablo en serio, cenamos antes de que la comida se enfríe y luego seguimos con nuestra conversación, respondo todas las preguntas que tengas.

Miro su plato de comida y lo veo intacto.

Bruno aún no ha dado ni un solo bocado y me pregunto qué estará haciendo mientras yo me devoraba el mío. O será que lo engullí tan rápido que una persona educada no podría usar ese tiempo ni para dar uno, mucho menos cuatro.

—¿Y quién me garantiza que no eres un criminal? ¿Que no estás queriendo meter dinero en mi cuenta para incriminarme de alguna forma?

Sus cejas se levantan, mostrando sorpresa por lo que escuchó, antes de que una gran sonrisa aparezca en su rostro. Le parece graciosa mi preocupación. Yo resoplo.

—Toma tu celular. —No es una solicitud y me veo obedeciendo. Meto la mano en el bolsillo trasero de mis pantalones y saco el teléfono viejo, pero bien cuidado. Miro a Bruno, preguntándome en silencio qué hacer—. Búscame en Google. Bruno Magallanes.

Paso la lengua por mis labios, pero este no es un pedido al que quiera resistirme. Si hubiera sabido que encontraría algo, lo habría hecho antes.

Desbloqueo el celular y escribo el nombre en la barra de búsqueda. Mi internet prepaga hace su trabajo lentamente, y cuando la página finalmente carga, mis ojos casi saltan de sus órbitas con los más de seis millones de resultados.

En la parte superior de la pantalla, hay fotos de Bruno, resultado de la búsqueda automática de imágenes. Deslizo hacia un lado y aparece una infinidad de otras.

En muchas, está de traje o vestido con ropa de fiesta. En todas esas, está acompañado de mujeres bellas y diferentes. Hay fotos de él en la playa, surfeando, y también algunas posadas que parecen

hechas para portadas de revistas. Pero es el texto justo abajo lo que me impacta más que cualquier imagen.

"Bruno Magallanes es un emprendedor y filántropo brasileño. CEO y director de inversiones de Magallanes Capital, la mayor empresa de inversiones de América Latina y también heredero de la misma, el joven multimillonario tiene participación en varias empresas, además de aquella que lidera. Ya sea como inversionista mayor, menor o silencioso. Bruno Magallanes también es conocido por su marca de ropa de surf, Naonda".

Multimillonario.

Multimillonario.

No rico. No millonario.

Multimillonario.

Paso un rato dividida entre mirar, atónita, la pantalla de mi celular y al hombre frente a mí. Deslizo la pantalla hacia abajo, revisando todos los enlaces asociados a su nombre.

Entrevistas, chismes, noticias sobre él y su empresa, premios, fotos de Bruno al lado de figuras importantes. ¡Dios mío! ¡Hay una con el presidente! ¡Al lado del maldito presidente!

Una vez, mientras veía videos aleatorios en YouTube, terminé en un canal sobre finanzas. El presentador explicaba la diferencia entre una persona millonaria y una multimillonaria de manera lúdica. El cálculo era muy simple, de hecho.

Decía que para contar de cero a un millón sin parar, serían necesarios aproximadamente 14 días. Pero si tuviéramos que contar, unidad por unidad, hasta un billón, serían necesarios, aproximadamente, 38 años.

Y ahora, tengo a una persona con todo ese dinero sentada frente a mí, hablando conmigo, esperando una reacción de mi parte. Creo que me voy a desmayar.

—¿Ahora me crees? —pregunta, y mi boca, ya abierta por el impacto, no es capaz de emitir un sonido coherente.

La cierro, trago la saliva acumulada, bajo la cabeza, y miro la pantalla de mi celular una vez más.

—Aquí dice que eres multimillonario. —¡Ay, Dios! ¡Con tantas cosas que decir, empiezo con esta? Me estoy mareando. Bruno asiente con la cabeza—. ¿Y cómo es posible esto? Yo… te conozco desde hace dos años —balbuceo, con prisa por decir todo de una vez, pero rápidamente vuelvo a atropellar las palabras—. Tomas café en la cafetería. Nunca hay reporteros detrás de ustedes, la gente no te pide fotos ni murmura sobre ti —enumero, una a una, las evidencias de que no puede ser lo que Google dice que es—. ¡Eres una persona común!

Él solo me mira con diversión, pero cuando paso de las evidencias a la acusación, Bruno suelta una carcajada fuerte que me molesta, porque no hay nada de gracioso en todo esto.

—¡Gracias a Dios por eso! —afirma, y frunzo el ceño—. Milena, no soy una celebridad. No soy un artista ni un influencer digital, por ejemplo, me gusta demasiado mi privacidad para eso. Soy conocido donde tiene importancia que lo sea. Si quieres pruebas, busca mi nombre en YouTube. Vas a encontrar una cantidad interminable de videos que hablan sobre mí o conmigo en canales con millones de seguidores, entrevistas mías en programas de televisión, horas y horas de material para confirmar.

—No todo lo que está en internet es verdad —digo, solo porque necesito decir algo.

—¿Entonces crees que planté millones de Fake News solo para engañarte?

Levanta una ceja y su mirada, ligeramente caída, expresa una emoción que no necesita traducción. Dice: "¿en serio?".

—No, pero… ¿multimillonario? —pregunto otra vez, y él se encoge de hombros, como si eso no fuera tan importante. Suspiro y desvío

la mirada. Mis pies golpean el piso de madera de forma incesante, en un reflejo nervioso—. No. Yo… solo no entiendo.

Las palabras salen, aunque no les haya dado permiso para eso. No debería estar haciendo preguntas. Quiero decir, en realidad sí debería, pero solo una, y la pregunta debería ser: "¿dónde firmo?", sin embargo, por más que lo desee, no creo que sea capaz de simplemente ignorar esta duda, más que cualquier otra.

No después de confirmar, viendo en todas esas fotos lo que ya sabía. Bruno podría tener a cualquier mujer, sin costo alguno. Él inclina la cabeza, indicándome que continúe.

—¿Por qué harías algo así? ¿Por qué pagar a alguien? ¿Por qué a mí?

—Ya te lo dije —responde, y es mi turno de mirarlo irónicamente.

Él sonríe, extrañamente satisfecho con mi negativa a ser engañada.

—Muy bien, es justo. Pero hagamos un trato —propone, y revuelvo los ojos al darme cuenta de que este hombre le gusta tener control sobre las cosas y está acostumbrado a manipular todo hasta que las situaciones se desarrollen exactamente como él quiere—. Te respondo eso, aceptas mi señal de buena fe, terminamos de cenar y luego hablamos.

—Hecho —concedo, moviendo la cabeza varias veces, rápido.

—¿Alguna vez has deseado algo con todo tu ser? Algo por lo que estarías dispuesta a dar todo lo que tienes y lo que más te cueste? —pregunta, y no necesito pensar. La salud de mi madre es la respuesta obvia. Daría cualquier cosa a cambio de eso. Cualquier cosa, de verdad. Asiento—. Yo quiero ser el mejor. La gente piensa que el hecho de haber heredado mi empresa hace las cosas fáciles para mí, y, hasta cierto punto, así fue. Pero no quiero que sea solo una más. Quiero que Magallanes sea la más grande y la mejor. Quiero ser el más grande y el mejor. Quiero que, cuando mi padre escuche el nombre de la empresa que fue de mi abuelo y de mi

bisabuelo, se sienta orgulloso de lo que todos ellos construyeron, pero más aún de lo que yo estoy construyendo.

La pasión con la que habla casi me da envidia. Yo nunca he mirado nada más allá de lo esencial de esa manera. Nunca he tenido el privilegio de desear algo que no sea la supervivencia, mía o de los que amo, con tanta fuerza.

La sombra del chico que vi hace unos minutos se ha ido. Frente a mí, solo está el hombre. Uno que es pura determinación. De nuevo, asiento en señal de acuerdo.

—Entonces, no tengo tiempo para nada más. —Hace una pausa, pone el dedo índice sobre sus labios, luego apoya los brazos sobre la mesa y niega con la cabeza—. No. Eso es mentira. No quiero tener tiempo para nada más. Sé, desde muy joven, lo que quiero hacer con mi vida. Quiero invertir y ser el mejor en lo que hago. Quiero que grandes personalidades como Elon Musk, Thiago Nigro, quiero que toda la maldita lista de Forbes conozca mi nombre, y no quiero que nada se interponga entre ese objetivo y yo.

—Nunca lo intentaste —susurro, impresionada, y Bruno asiente.

—No voy a poner lo que quiero en riesgo solo por intentar tener algo que no me hace falta, y no es una opinión cínica. —Niega con la cabeza—. Sinceramente, no lo es. He pensado mucho en esto, lo he ponderado, calculado, analizado. Y no importa cuántas veces lo hiciera, o cuánto tiempo le dedicara, la respuesta siempre fue la misma.

—No era suficiente.

—Ni cerca... Mis padres tienen un matrimonio sólido, fui criado en una buena familia, siempre tuve todo lo que necesitaba y quería. Si me preguntan, diré que sí, creo en el amor, y que, tal vez, sea algo bueno, pero no es lo mejor. No para mí. —Sonríe levemente—. ¿Es suficiente honestidad para ti?

No me queda otra opción que estar de acuerdo. Puedo estar siendo ingenua al creer que esos son sus verdaderos motivos, pero

lo creo.

—No respondiste a la segunda pregunta. ¿Por qué yo?

Él empuja su mejilla con la punta de la lengua, como si estuviera pensando, y si tengo que adivinar sobre qué, probablemente sea sobre cómo responder a esta pregunta con la misma honestidad con la que respondió la primera.

—No conozco muchas mujeres comunes —dice, al fin.

—Qué suerte la mía, entonces.

—Ahora, come.

Pienso en discutir, todavía tengo muchas preguntas, pero lo que acordamos no debería ser tan costoso. Dejo mi celular sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo. Tomo el tenedor y hago el delicioso sacrificio de concentrarme en limpiar mi plato.

Bruno sonríe, satisfecho. Después de revisar su teléfono unas cuantas veces más, también lo deja a un lado y finalmente empieza a comer.

***

—Ok. Terminamos —digo en cuanto el mesero se aleja con nuestros platos vacíos.

—Revisa tu teléfono.

Levanto una ceja. ¿Me envió un mensaje o algo así? ¿Cómo? Dije mi número demasiado rápido para que tuviera tiempo de entenderlo.

Tomo el teléfono de la mesa y, en el momento en que la pantalla se enciende, mostrando una notificación de la aplicación del banco, casi me da un infarto.

—¿Qué carajo es esto? —grito, sin controlar el tono de mi voz, y me arrepiento de inmediato.

Afortunadamente, la única mesa cercana que estaba ocupada ahora está vacía.

—Una prueba de buena fe. Un adelanto.

Sonríe como si no hubiera hecho nada fuera de lo normal.

—¿C-cómo? —balbuceo una sola palabra, porque no soy capaz de decir más nada. No aún.

—Me diste tu pix.

—Lo dije rápido. —Fuerzo la voz, pero se quiebra al final de la palabra.

—Soy muy bueno con los números.

Nos miramos. Bueno, él me mira.

Todo lo que hago es parpadear sin cesar hasta sentir que podré decir más que una sola frase.

—¡Me transferiste cincuenta mil dólares! ¡Cincuenta mil dólares, Bruno! —Esta vez logro moderar el tono, pero el peso de las palabras casi destroza mis cuerdas vocales. Miro nuevamente la pantalla. Necesito asegurarme de que no sea algún tipo de ilusión óptica, desbloqueo el celular y abro la aplicación del banco.

El saldo de mi cuenta es de u$d 249.443,11, después de todo, estaba en números rojos. Miro la pantalla, el número que aparece allí, y la sensación de que el mundo se desploma desde mis hombros es física.

La ausencia de peso es tan real que me siento débil, sin saber el peso de mi propio cuerpo. Quien haya dicho que el dinero no compra la felicidad no tiene ni idea de lo miserable que es la sensación de no tener opciones por la falta de dinero.

—Con permiso, necesito ir al baño —pido, cuando siento la primera lágrima caer y me levanto antes de que él tenga oportunidad de responder.

Mis pasos son apresurados. En cuanto entro al baño, me meto en una cabina y, sin preocuparme por el ruido, por cómo quedará mi rostro o por cualquier otra cosa, lloro.

Lloro de dolor, lloro agradecida a quien allá arriba decidió mirarme. Lloro de alivio, lloro de desesperación. Lloro hasta que los sollozos irrumpen en mi garganta, hasta que mis hombros tiemblan, hasta que me duele la cabeza y la nariz se me obstruye.

No sé cuánto tiempo paso dentro de la cabina, pero solo salgo cuando mi alma está tan limpia como mi rostro. Y al mirarme al espejo y ver el desastre de mi nariz roja, los ojos hinchados, las mejillas, el cuello y las orejas calientes, simplemente no me importa.

A diferencia de mi salida, mi camino de regreso hasta la mesa está marcado por una calma renovada, y antes de llegar, veo a Bruno, de pie, caminando de un lado a otro.

—Estaba a punto de invadir el baño. —Con solo dos pasos, lo que nos separa es una distancia mínima, no más de treinta centímetros —. Perdóname, no quise ofenderte. —Hace una pausa, gira la cara hacia un lado, dejándome frente a su perfil.

No puedo evitar admirar su mandíbula fuerte, la nariz perfecta, los rizos sobre la oreja. Abro y cierro los dedos. Nunca antes habíamos estado tan cerca como ahora. Claro que no. Yo siempre fui solo la camarera que lo atendía todas las mañanas.

Cuando vuelve a mirarme, no hay sentido común que me obligue a interrumpir mi observación, que ahora, con el cambio de posición, está totalmente centrada en sus labios. Son llenos, perfectamente delineados.

¿Qué se sentiría besar esos labios? Y al recordarme que pronto lo descubriré, un escalofrío recorre mi espina dorsal de arriba a abajo, pero me rebelo contra esa idea y eso es suficiente para despertarme.

—No me ofendiste —digo, dando un paso atrás—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Cuando una mujer sale corriendo y llorando, es difícil llegar a otra conclusión —responde, pareciendo contrariado y muy inclinado a no creerme.

—No eran lágrimas de tristeza, Bruno. Solo necesitaba un tiempo sola. Esta cena, la propuesta, el dinero... Fue demasiado para digerir, y cuando me siento abrumada, lloro. —Sus ojos analíticos buscan en cada uno de mis gestos cualquier señal de que estoy mintiendo, y cuando no encuentran nada, Bruno suspira, aliviado—. ¿Por qué no nos sentamos? Aún tengo algunas preguntas —pido, y él asiente con el brazo, indicándome que pase primero.

15.

MILENA GARCÍA

—Hola —dice Gabriel, en cuanto paso por la puerta. Entrecierro los ojos al encontrarlo sentado frente a la pequeña mesa de la sala, rodeado de libros, cuadernos y otros materiales escolares.

—Hola —respondo, desconfiada—. ¿Mamá está en el cuarto?

—Uhum —confirma, levantándose—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te haga algo para comer?

Ok. Algo no está bien aquí.

Primero, está estudiando, y ahora está siendo amable. Si no estuviera segura de que soy la única con acceso, pensaría que de alguna forma ya sabe el saldo de mi cuenta bancaria, pero eso es imposible.

Suelto un suspiro cansado antes de dejar mi mochila en el gancho junto a la puerta, caminar hasta la mesa en el centro de la sala y pararme frente a mi hermano.

—Suelta todo.

—¿Qué? —Tiene la desfachatez de hacerse el inocente.

—Llevo menos de dos minutos en casa y ya has sido más amable conmigo que en los últimos seis meses. Solo hay dos explicaciones para esto, Gabriel. O no eres mi hermano, sino un extraterrestre infiltrado, o quieres algo. No creo en vida extraterrestre. ¡Suelta todo!

—¿No puedo haberme despertado hoy y darme cuenta de que estaba actuando como un idiota?

—¿Te diste cuenta?

Levanto una ceja, impaciente.

—No tanto así.

—Lo que imaginaba. ¿Qué quieres?

Él levanta el brazo por encima de la cabeza, lo dobla y se rasca el cuello.

—Va a haber una excursión en la escuela…

—Ah, ¿en la misma escuela que no estás yendo últimamente? —lo interrumpo y, como hago siempre que surge la oportunidad, aprovecho para lanzarle un dardo sobre sus ausencias.

Después de la reunión con su directora, le di una lección a Gabriel y, como siempre que lo atrapan con mentiras asquerosas, en los días siguientes mostró un cambio razonable de comportamiento.

El problema es que eso nunca dura, así que esta vez estoy intentando alargar su miseria todo lo que sea posible, con la esperanza de alargar también su período de remordimiento.

—Ya no falto tanto, Mile. Y los profesores me han dado tareas para reemplazar las notas que perdí. Las estoy haciendo todas. ¿Quieres ver? —ofrece, demasiado fácil.

—Sí, me lo dices dentro de seis meses. Cinco días después es muy fácil.

—La excursión es importante, Mile. Es una visita al proyecto Tamar[6] aquí en São Paulo.

Mierda. Lo dice con ojos de perrito que cayó del camión de mudanza. Y aunque no se hubiera esforzado con su cara de pobrecito, no tendría el corazón para negárselo, no antes y definitivamente no ahora.

Mi hermano está completamente enamorado de los animales. No lo veo eligiendo una profesión que no tenga relación con ellos. El cretino es inteligente y, si se endereza y abandona esta fase rebelde,

no tardará en entender lo que mi madre y yo sabemos desde hace tiempo.

Si la noche de hoy no hubiera terminado como terminó, aún encontraría la manera de conseguir pagar por la excursión que, no tengo dudas, me costará un riñón o al menos una parte de él.

—¿Cuánto cuesta?

—Cien dólares —dice, en voz baja, manteniendo su personaje de pobrecito, y yo suelto el aire entre los dientes.

—Mañana voy a la escuela y lo pago.

—¡¿Vas?! —exclama, sorprendido por lo fácil que fue.

Le guiño un ojo y respiro profundamente. Camino hacia mi hermano y pongo mi mano sobre su mejilla, dejando que la punta de mis dedos toque su nuca.

—No hay nada que no haría por ti, Gabriel. Nada. Solo quiero que valores esto.

Apoyo mi frente contra la suya, deseando que lo hiciera, pero sabiendo que el comportamiento de Gabriel es un problema que ni todo el dinero del mundo podrá solucionar.

—Perdón, Mile. —Abro los ojos, sorprendida por su disculpa—. Es que... A veces es difícil lidiar conmigo mismo y termino desquitándome contigo. Perdón. Te quiero. ¡Te quiero mucho!

Aprieto su nuca, ya sintiendo las lágrimas acumuladas. Me he convertido en lo que más temía, una mantequilla derretida.

—Cuando se ponga difícil, habla conmigo, Gabriel. Siempre te escucharé y trataré de ayudarte, pero si me apartas, no hay nada que pueda hacer. Solo nos tenemos a nosotros y a mamá, uno por…

—Todos y todos por uno —dice conmigo, y yo confirmo con un asentimiento—. Lo haré. Lo prometo.

Le beso la mejilla y me aparto. Acaricio suavemente su cabello antes de levantarme y dejarlo solo con sus tareas. Es hora de

enfrentar el último gigante del día. La conversación con mamá.

***

—¿Y te transfirió cincuenta mil dólares? ¿En el acto?

Unos ojos oscuros me miran desde debajo de unas cejas levantadas. Mi madre parpadea varias veces, esperando mi respuesta, y la ansiedad me devora el pecho.

¿Qué dirá sobre todo esto? Esconder la situación nunca ha sido una opción, no puedo, ni quiero hacerlo. Además, si no puedo contarle a ella, ¿a quién voy a contarle?

Y como me dijo doña Daise esta mañana, nunca le he ocultado nada, no voy a empezar ahora.

—Sí. Y mañana voy a su departamento a firmar el contrato y arreglar los detalles. Ya sabes, la historia, cómo nos conocimos, todas esas cosas. Dijo que nuestra primera salida será el viernes.

Llevo la mano a mi boca y muerdo la piel alrededor de la uña del dedo medio. Mi madre asiente lentamente.

Los segundos pasan hasta convertirse en minutos, y en la habitación solo se escucha el sonido del ventilador de techo.

Dejo las cutículas y empiezo a roerme las uñas. Si no me dice algo importante en los próximos diez segundos, creo que me voy a volver loca.

—¿Será que tiene un padre en la misma situación?

Esas son las palabras que salen de su boca, y son todo lo que no esperaba.

—¡Mamá! —exclamo, pero luego me echo a reír a carcajadas, sintiendo cómo el último peso en mi pecho desaparece y mi corazón late ligero, como hacía mucho, mucho tiempo.

Doña Daise acaricia suavemente mi mejilla con una mirada llena de amor.

—Nunca te juzgaría por hacer lo que decidas hacer, hija. Y si un hombre me ofreciera doscientos cincuenta mil dólares solo por ir a unas citas con él, aún en mi edad, ¡gritaría que sí!

—Eso resolverá todo —susurro, ya sintiendo cómo se forman nuevas lágrimas de alivio—. Podremos pagar un seguro de salud y…

Ella hace un sonido de desaprobación con la lengua y rechaza mis planes con un gesto desdeñoso.

—Eso resolverá todo lo que importa, pero un seguro de salud no es, sin duda, el primer punto de la lista, hija.

—¿Y qué es más importante que tu salud, mamá? —pregunto, buscando en mi mente un problema que sea más grande que el que hemos estado manejando en los últimos años. Ella sonríe tiernamente.

—Tu salud. —Se inclina ligeramente hacia adelante—. Tu juventud, tu vida. —Es mi turno de hacer un sonido de desaprobación.

Tuerzo los labios hacia un lado, dejando claro mi descontento con esa respuesta.

—Mi vida va bien, gracias —murmuro.

—No iba bien. Hace dos años que sobrevives, Milena. Te quiero y no podría haber pedido a Dios una mejor hija que tú. ¿Eh? —Levanta las cejas y toca su frente con la mía—. Por eso, más que nada, quiero verte feliz, y si ese hombre es la puerta que la vida te abrió, pasa por ella y no mires atrás.

—Mamá...

—¡No mires atrás! —refuerza, hablando muy seriamente.

—No voy a necesitar hacerlo, porque todo lo que me importa estará a mi lado —respondo con la misma seriedad—. ¡Siempre!

—Siempre —dice, sonriendo, antes de abrazarme y envolverme con su calor, el abrazo y el cariño que solo ella puede darme.

16.

BRUNO MAGALLANES

Qué noche de mierda.

Cuando fui a encontrarme con Milena al principio de todo esto, pensé que a esta hora estaría celebrando mi victoria, no atormentándome con un trillón de pensamientos contradictorios ni viendo cómo cada vez más preguntas sin respuesta surgían en mi cabeza.

Me tiro en la cama, vistiendo solo los boxers, y Buzz me sigue al instante. Se sienta a mi lado, espera a que cubra mis piernas con la manta y luego se tira sobre ellas, dejando la cabeza apoyada en mi regazo.

Sus patas gordas raspan la parte exterior de mi muslo. Respiro hondo, pero hago exactamente lo que quiere, empiezo a rascarle la oreja y a acariciar su pelaje blanco y marrón.

Su respiración es fuerte, se oye claramente cuando el bulldog resopla, satisfecho. Maldito perro consentido. Hago un chasquido con la lengua y muevo la cabeza, pero termino riendo, aunque no dura mucho.

Mi mente ansiosa corre para repasar los últimos acontecimientos, pero no sabe en qué enfocarse. Si en ellos, o en las sensaciones desconocidas que me invadieron desde el momento en que sorprendí a Milena afuera de la Garden.

Las ruedas de mi cerebro giran a toda velocidad tratando de entender cómo es posible que, por tanto tiempo, no haya pensado ni por un segundo en la existencia de esa mujer, y ahora, pocos días después de haberla mirado realmente, me vea incapaz de quedarme indiferente ante los sentimientos que ella tan naturalmente expresa.

Casi como la ley de la acción y reacción, por cada emoción que cruzaba el rostro o los gestos de Milena esta noche, un deseo recorría el mismo camino en mi conciencia.

Cuando la encontré abatida, quise saber por qué, quise hacerla sentir mejor. Cuando se asustó, quise que se sintiera segura.

Cuando tuvo dudas, quise ser capaz de darle certezas. E incluso cuando lloró, desee hacer algo para cambiar eso, no solo para alejarme del inconveniente, sino porque verla de esa manera me pareció algo equivocado.

Y si todos esos deseos no fueran extraños por sí mismos, lo serían por pertenecerme a mí. No soy un hombre con una gran variedad de deseos. Especialmente cuando se trata de una persona específica.

Hasta hoy, precisamente, mis deseos siempre habían sido los mismos: ganar, lo que sea que estuviera disputando; tener sexo siempre que mi cuerpo lo pidiera, lo cual, por cierto, sucede muy a menudo; y disfrutar de cada momento con la máxima intensidad.

¿Pero cuidar a alguien? ¿Atender a sus necesidades sin ningún interés más allá de mi satisfacción personal? Eso, definitivamente, es algo nuevo. Y no el único. Porque me he sorprendido, más de una vez, disfrutando simplemente de mirarla.

Intrigante. Concluyo, después de revisar todo mi vocabulario interno buscando una palabra adecuada. No encuentro un adjetivo mejor para la mujer que ha capturado mi atención como nunca antes, aunque sea, esencialmente, lo opuesto a todo lo que siempre busco.

La fragilidad que se refleja en cada uno de sus gestos, generalmente me habría hecho alejarme de ella en cualquier momento del día.

Sin embargo, fue imposible ignorar la curiosidad cuando la misma mujer que salió corriendo y llorando, regresó mostrando los rastros evidentes del llanto como si fueran medallas de guerra, algo de lo

que se sentía orgullosa. Una mezcla inexplicable y contradictoria de fuerza y vulnerabilidad.

La respiración pesada de Buzz empieza a convertirse en ronquidos y bajo la mirada para mirarlo, pero al seguir pensando en la cena, lo único que se me ocurre es cómo reaccionará Milena al verlo.

—Buzz… Tienes razón. Es mejor que nos vayamos a dormir.

17.

BRUNO MAGALLANES

—Un aviso, gente, no es así como van a seguir siendo ricos. Necesitamos mejores ideas si queremos mantenernos invictos en la cuenta de trimestres positivos. —La sala de juntas, llena de mis principales agentes y analistas, escucha con atención, y me gusta la tensión nerviosa que empieza a apoderarse del ambiente—. Si en la próxima reunión no sacan el culo de las mierdas en las que están cómodamente sentados, créanme, sus bonificaciones anuales no van a superar las del año pasado. Si yo no gano, ustedes no ganan. Si los clientes no ganan, ustedes no ganan. ¡Ahora, a hacer algo de dinero! —Y, con la última advertencia, todos se levantan. Solo Robson, mi gerente, permanece en la sala. La sonrisa en su rostro me arranca una risa.

—Nada mejor que un discurso motivacional…

—Y más vale que funcione, porque estamos en la maldita zona de seguridad, y todos saben que cuando se trata del mercado financiero, solo existe una verdad.

—¡No existe zona de seguridad! —decimos juntos. Rob se levanta, abotona el saco y me sigue cuando paso por la puerta de vidrio que conecta mi oficina con la sala de juntas.

—Rafa trajo una buena idea hoy. Podría generar trescientos millones de ganancias.

—¿Rafa, dices? —Me muerdo el labio inferior, sorprendido—. Bueno...

—¡Nada de "bueno"! ¡Ya era hora! —expresa en voz alta mis pensamientos, y yo lo confirmo mientras cierro todo lo que tenía

abierto en mi computadora y la apago—. ¿Vas a salir más temprano? —pregunta.

Miro el reloj solo para confirmar lo que ya sé, y como si el universo me lo estuviera diciendo, recibo un mensaje de mi ama de llaves.

Dara: La señorita Milena ya está aquí.

Por supuesto. Ni por un segundo imaginé que ella sería algo diferente a puntual. No después de nuestra cena de anoche, cuyos acontecimientos, incluso después de toda una noche y un día, aún estoy intentando comprender.

Investigué sus necesidades, como lo hago con cualquier socio potencial, solo para asegurarme de que no tendría en sus manos el poder de decirme que no.

Sin embargo, todo lo que descubrí no significó nada cuando la chica me desarmó con el maldito gemido de satisfacción.

Quiero reírme de mí mismo. Un bocado de tagliatelle a quattro formaggi[7] fue todo lo necesario para que me quedara hipnotizado con el rostro de esa chica catorce años más joven que yo, y eso no me lo esperaba.

Igual que tampoco estaba preparado para que esa fuera la primera de muchas sorpresas esa noche.

Que Milena aceptara mi propuesta sin rodeos mostró una astucia inesperada. Aunque sabía que no tenía opción más que aceptar lo que le proponía, imaginé que tendría que hacerle un poco de trabajo hasta que lo entendiera. No obstante, la mujer ni siquiera titubeó cuando se le presentó la oportunidad.

Más inesperado que eso fue su desconfianza en que yo fuera un criminal. Lo cual, por su parte, solo fue superado por su defensa apasionada de que no podría ser un multimillonario porque no había reporteros siguiéndome o personas reconociéndome en la calle.

Sonrío, recordando su expresión convencida y todas las demás que me mantuvieron más presente en una cena que en cualquier reunión de negocios o cita.

—¿Puedo reír también? —pregunta mi gerente, sacándome de mis pensamientos.

—No. Y, en realidad, Rob, estoy retrasado.

—¿Negocios?

—¿Y cuándo no? Hasta mañana. —Me despido, pasando por la puerta y caminando hacia fuera del edificio de tres pisos, la sede de Magallanes Capital.

El chofer ya está parado, con la puerta abierta, cuando llego a la acera. Entro al auto, sintiéndome ansioso por firmar los papeles que me esperan en casa. Más que eso, ansío empezar a controlar el juego en el que mis amigos creen que ya fui derrotado. Esos hijos de puta no pierden por esperar.

***

Encuentro a Milena observando São Paulo a través de las enormes ventanas del piso al techo de mi sala de estar, apreciando, casi reverentemente, la vista privilegiada de la azotea.

Vestida con lo que creo que es el mismo par de jeans rotos de ayer y una camiseta roja de mangas cortas, tiene el cabello suelto y los pies descalzos, sobre los cuales Buzz duerme tranquilamente, como si la puerta de su casa no se hubiera acabado de abrir o, más importante, como si su dueño no acabara de llegar.

Maldito perro flojo. La escena me hace sonreír. Si tenía alguna duda de que se llevarían bien, creo que esta imagen me la resuelve. Muevo la cabeza, negando, pero no puedo evitarlo. Aprovecho la distracción de Milena para observarla.

Su cuerpo pequeño tiene una postura rígida, los brazos cruzados frente a ella, a la defensiva, y enrolla un mechón de su cabello entre los dedos. Milena está nerviosa y lo entiendo.

Quizás hasta anoche no entendía realmente la magnitud del cambio que todo esto va a traer a su vida, pero ahora lo entiendo, y el mismo deseo que me tomó completamente por sorpresa la noche pasada, cuando Milena salió corriendo a llorar sola, me asalta ahora: que se sienta segura conmigo. Sacudo la cabeza, desechando el sentimiento y el pensamiento.

—Hola —digo, con urgencia por interrumpir el camino que mis pensamientos estaban tomando, pero ella tiembla.

Mierda. La asusté.

Sus hombros se mueven, denunciando su respiración profunda antes de que se gire hacia mí con una sonrisa tímida.

—Hola. Perdón, no te escuché llegar —dice, y yo inclino la cabeza, rascándome una ceja.

—Te asusté, Milena. Si alguien debe disculparse, soy yo.

—Estás en tu casa —argumenta, y yo entrecierro los ojos mientras un pensamiento me ocurre.

—Eres terca —digo en voz alta, y ella suelta una risa baja.

—Es uno de mis defectos.

—Yo lo llamaría virtud. —Su respuesta es un simple encogimiento de hombros—. Está bien. —Dejo las llaves y el celular sobre la consola y entro en la sala. Cruzo el espacio que nos separa hasta quedarme a pocos pasos de distancia—. ¿Te ofreció algo Dara? ¿Quieres beber algo? —pregunto mientras me quito el saco. Sus ojos siguen el gesto, pero solo hasta que se da cuenta de que la estoy mirando, desvía la vista y niega con la cabeza. Asiento—. ¿Nos sentamos?

Con el brazo, señalo la mesa del comedor detrás de nosotros.

Milena lidera el camino, y yo me remango las mangas de la camisa, dejándolas a la altura de los codos. Aflojo la corbata y la retiro del cuello. Sobre la mesa está el sobre que pedí que me

trajeran esta tarde. Milena elige una silla y me siento a su lado, una decisión fríamente calculada.

La verdad es que si vamos a fingir ser una pareja, necesito que se acostumbre a que invada su espacio personal. Y, honestamente, me gusta la forma en que se estremece si me acerco demasiado. Ego de mierda, lo sé.

—Vas a necesitar ropa nueva —comento, captando su atención. Tan cerca, puedo ver pequeñas líneas amarillas dentro de sus iris, y el círculo gris alrededor de ellos. Sus labios se abren ligeramente y sopla suavemente por entre ellos antes de fijar su mirada en la mía.

—¿Ropa?

—Sí. Para nuestras citas y para el día a día.

Sus labios forman una O y yo inclino el cuello, curioso. Comprar ropa siempre es algo bueno, ¿verdad? Bueno, a mí me gusta.

—Claro. —Hace una pausa y traga—. Lo haré... Me encargaré de eso. ¿Qué debo comprar para el viernes?

Humedezco los labios y, una vez más, Milena sigue el movimiento. Mi mano tiembla, lista para tocar su mejilla sin que siquiera lo haya planeado, pero me detengo a tiempo.

—Déjame a mí. Yo me ocupo de lo que sea necesario para el viernes. Preocúpate por el resto. —Su cabeza asiente y yo imito el gesto—. Y tal vez quieras comprar algunas cosas para dejar aquí.

—¿Aquí?

Sus ojos se abren sorprendidos.

—No ahora, pero eventualmente vas a tener que pasar la noche aquí, Milena, es mejor que nos preparemos para eso.

—¿Dormir? ¿Aquí? ¿Contigo?

La manera en que las preguntas salen de su boca me hace sonreír. *Bueno, primero va a tener que acostumbrarse a estar cerca*

de mí sin parecer que está a punto de tener una convulsión. Lo pienso, pero no lo digo.

—Tengo una habitación de huéspedes —le aviso, y ella suspira aliviada. Otra vez el maldito alivio contradictorio. Me concentro en lo importante, dejando ese tema de lado, al menos por ahora—. Mis amigos y yo, Milena, tomamos las apuestas muy en serio. No me van a poner las cosas fáciles y no van a creer tan fácilmente que estoy haciendo lo que les digo que estoy haciendo. Nunca lo adivinarán —hago un gesto entre nosotros—, pero buscarán cualquier cosa que parezca fuera de lugar y si encuentran la menor pista, créeme, descubrirán todo el puto alfabeto. Lo entenderás después, cuando los conozcas.

Milena abre la boca, lista para preguntar, pero se detiene y la cierra. Inclino el cuello y levanto una ceja. Ella entrecierra los ojos y suelta un bufido, reconociendo mi desafío silencioso.

—Tú explicaste por qué no hacerlo de verdad. —Milena acomoda un mechón de su cabello detrás de la oreja y deja que sus dientes rocen el labio inferior—. Pero aún no entiendo por qué no simplemente decir que no vas a hacer lo que quieren. O sea, no tienes por qué hacerlo, ¿no?

—¿Técnicamente? No.

Enfatizo la negativa con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque no pierdo.

—Pero ya perdiste —dice, en voz baja, inclina la cabeza y una arruga aparece en su frente mientras la confusión se refleja en su rostro.

Me río de su expresión, pero también me parece increíblemente cautivadora.

—Y por eso no puedo rechazar lo que debo pagar. Sería una segunda derrota.

—Eso no tiene ningún sentido —murmura, mirando hacia abajo.

—Creo que lo entenderás después de conocerlos.

—Te lo contaré.

La respuesta atrevida me agrada, y sonrío aún más. Milena se mueve, claramente incómoda con nuestra cercanía, pero eso solo nos acerca más y el suave olor de su cabello se filtra en mi nariz.

Es algo nuevo para mí y tengo que admitir que está de puta madre. No puedo evitar preguntarme cómo será sentirlo con la nariz pegada a sus cabellos o a su piel.

La garganta de Milena se mueve lentamente cuando traga, afectada por el silencio repentino y mi atención inesperada en las partes de ella que están a la altura de mis ojos, y otra vez, su reacción, en lugar de alejarse, como habría hecho en cualquier otro momento, hace que quiera acercarme aún más.

—Entonces… —digo, deslizando el sobre por la mesa de madera hasta que está frente a nosotros y lo abro, sin querer dar demasiada importancia a la forma en que las reacciones de Milena me afectan —. Este es un contrato estándar de servicio. En teoría, serás mi empleada, así justificamos tu pago. Las páginas con post-its son las que necesitan tu firma. Te voy a explicar cada parte de él, pero antes de firmar, léelo todo. Es importante.

Empujo las hojas hacia ella, dejo un bolígrafo al lado y me inclino hacia adelante para señalar lo que estoy mencionando. Inmediatamente, ella toma el bolígrafo y lo lleva a sus labios, deslizando la tapa por ellos antes de simplemente chuparla.

18.

MILENA GARCÍA

Está cerca de más. Está demasiado cerca y no puedo creer que haya un contrato de doscientos cincuenta mil dólares frente a mí y lo único en lo que puedo pensar es que Bruno está demasiado cerca.

¿No podía haberse sentado frente a mí? ¿Como ayer? A una distancia segura.

—Estás temblando.

El tono duro es una reprimenda, pero también hay algo más ahí que no logro identificar.

—¿Qué? —respondo, desconcertada.

¡Dios mío! Realmente necesito dejar de tartamudear. Cierro los ojos y respiro profundamente, lo más silenciosamente que puedo, y empiezo a soltar el aire lentamente.

Aprieto los labios alrededor del bolígrafo que hay entre ellos sin importarme que estoy babeando sobre él, a pesar de que su dueño está justo a mi lado, mucho más cerca de lo que me gustaría y probablemente descontento de que lo esté haciendo.

—Estás temblando, Milena. Estás temblando —dice él, suspirando con resignación—. Estoy casi seguro de que la razón es que estoy tan cerca y llevas al menos diez minutos así.

El rojo me inunda la piel de inmediato. ¡Urgh! ¡Solo quería haber sido bendecida con un poquito más de melanina!

¿Era mucho pedir, Dios? ¿Solo un poquito más? Pero no. Tenía que ser blanca como una hoja de papel y tener todos mis sentimientos, literalmente, pintados en el color de mi piel.

Me niego a mirarlo y finjo estar completamente enfocada en descifrar el misterio detrás del blanco de la hoja de contrato, pero Bruno no está dispuesto a hacerme la vida más fácil.

—Para que esto funcione, voy a necesitar acercarme más a ti —dice, y, queriendo demostrar su punto, se acerca aún más.

El calor de su cuerpo parece envolverme, como si quisiera atraerlo, y me encuentro deseando responder al llamado que solo existe en mi imaginación.

Su exhalación caliente golpea mi oreja y me estremezco por completo. Cierro los ojos, buscando un control que nunca antes necesité ejercitar y fracaso estrepitosamente cuando un leve temblor recorre mi cuerpo.

¿Será un buen momento para decir que soy virgen? No. Eso no tiene nada que ver aquí. ¡Por el amor de Dios, Milena! No puedes saber si soy virgen solo porque estés cerca de mí.

Te estás comportando como tu vieja vecina loca, la señora Mercedes, que no se sentaba en el metro por miedo a embarazarse.

—Yo... yo simplemente no estoy acostumbrada —logro decir, aún tartamudeando.

Bruno ríe bajo, y el sonido reverbera por todo mi cuerpo. ¿Cómo es posible que lo sienta de manera tan intensa sin que siquiera haya tocado un dedo sobre mí?

La risa ronca sugiere que se está divirtiendo con mi situación, pero no me atrevo a voltear a mirarlo. Demasiado cerca. Está demasiado cerca y, de repente, se aleja.

Mi mente siente alivio, pero mi cuerpo extraña su proximidad. Aprieto los labios y succiono mis mejillas, dejándolas hundidas.

—Vamos a tener que trabajar en esto. Tal vez debamos encontrarnos antes del viernes. Vas a necesitar acostumbrarte a mí.

Asiento, incapaz de decir nada.

Con él a una distancia relativamente segura, finalmente siento que respiro otra vez, aunque sé que en ningún momento el aire dejó de entrar y salir de mis pulmones.

—Entonces. El contrato está dividido en cinco partes. La primera de ellas es la vivienda, la...

—Espera —Frunzo el ceño—. ¿Vivienda?

Girar el cuello hacia él es un acto involuntario, y su mirada se fija directamente en mis labios, donde aún tengo la tapa del bolígrafo. Oh, mierda.

La saco de mi boca y la dejo sobre la mesa. Bruno suelta un suspiro ruidoso y sacude la cabeza rápidamente antes de hablar.

—Elegí algunas opciones. No puedo ponerte en ninguno de mis apartamentos, porque eso sería sospechoso. Encontré buenos lugares cerca de aquí, pero creo que querrás estar cerca de la escuela de tu hermano, ¿verdad?

—¿De qué hablas? —pregunto, completamente perdida, y es la vez de Bruno fruncir el ceño e inclinar la cabeza.

Él cruza el brazo detrás de su cabeza y se rasca la nuca antes de alzar las cejas y morderse el labio inferior.

—No lo pensaste, ¿verdad? —pregunta, y yo sigo sin entender de qué estamos hablando, como hace dos minutos—. Milena, no puedes fingir ser mi novia y seguir viviendo donde vives.

Abro la boca para protestar, pero el sabor amargo en mi lengua me hace cerrarla. ¿Qué tiene de malo mi casa? Él no tiene por qué ir allá.

Estoy segura de que nunca ha puesto un pie en el barrio de la Sé. Claro que no, pero no voy a avergonzarme por haber nacido pobre.

¿Resentirme? ¡Cada santo día! Pero ¿avergonzarme? ¡Nunca! Nuestra casa fue pagada con el sudor de mi madre.

—No tienes que ir allá si no quieres, Bruno. Yo te encontraré donde sea que tengamos que estar. No te preocupes.

Su rostro retrocede levemente cuando entiende lo que hay detrás de mi declaración.

—¿Crees que eso es lo que pasa? ¿Que no quiero ir al barrio de la Sé?

—¿Y no es eso? —respondo rápido, molesta. Pero mi tono de disgusto no llega a su objetivo, porque la reacción de Bruno es reírse antes de negar con la cabeza.

—Estaría mintiendo si dijera que no preferiría que estuvieras cerca todo el tiempo, después de todo, todo esto es sobre practicidad, el propósito de la actuación es que sea conveniente.

—Entiendo —murmuro, tragando mi orgullo, porque tiene razón.

Eso es por lo que me están pagando, para ser conveniente. Él tiembla los labios y pone los ojos en blanco.

—Por tu cara, no lo has entendido —dice—. Mírame, Milena —pide, y cuando vuelvo a mirarlo, encuentro sus ojos entrecerrados, pero no con dureza. Bruno parece casi estar disfrutando—. Puede que no tenga un montón de reporteros detrás de mí, pero sigo siendo una figura de interés, y en el momento en que empieces a aparecer repetidamente a mi lado, también lo serás —explica despacio, como si hablara con una niña, y me ofendería si no tuviera razón.

Realmente no lo había pensado. Estúpidamente, no consideré que salir con un multimillonario, sea verdadero o falso, requeriría adaptaciones en todas las áreas de mi vida.

—La mudanza es por tu seguridad, no por un capricho mío.

El silencio cae entre nosotros cuando termina de hablar, porque sigo procesando la información y no contesto nada.

Estoy casi a punto de perder la cabeza, intentando entender hasta dónde todo esto va a llegar, pero cuando mis neuronas parecen a punto de hacer cortocircuito, me rindo y simplemente pregunto.

—¿Qué más va a tener que cambiar?

—Todo... —Bruno hace una pausa inesperada, dándome tiempo para procesar la información—. Si tuviera que adivinar, diría que la prensa va a recurrir a la vieja historia de la Cenicienta. La chica pobre que enganchó al chico rico. Publicarán todo tipo de artículos: románticos, divertidos, críticos y, claro, los malintencionados. Tus amigos lo van a saber, tus actuales vecinos lo van a saber, los compañeros de tu hermano lo van a saber, y todos ellos, en algún momento, te van a juzgar.

Cada nueva información me golpea como si me cayera una almendra desde lo alto, golpeándome en diferentes partes del cuerpo una tras otra. No es doloroso, solo una sucesión de impactos para los que no estaba preparada.

—Yo... yo...

—No habías pensado en nada de esto —me interrumpe, y suspira.

Niego con la cabeza, aceptando su afirmación en silencio.

—No lo había pensado.

Bajo la cabeza y empujo el cabello que me cae sobre la cara hacia atrás. Un silencio pesado se instala entre nosotros hasta que Bruno lo rompe.

—¿Quieres rendirte? —ofrece, y su tono de voz me obliga a levantar la mirada en busca de sus ojos. Sus palabras no suenan ni furiosas ni preocupadas. Tal vez decepcionadas, pero no sé si esa palabra hace justicia, así que busco en su mirada un significado que no sé si existe—. Aún no has firmado nada, y aunque lo hubieras hecho, nunca te obligaría a hacer algo que no quieras por un trozo de papel, Milena. Yo... —Es su turno de pasar las manos por su cabello—. Me precipité. Debí haberte dado tiempo para pensar.

—Pensé que no ibas a perder —recito sus palabras, porque liberarme mientras el acuerdo ya está en marcha significaría eso, que él perdería. Bruno sonríe ligeramente, atrayéndome con esa especie de magnetismo tan natural, y me encuentro inclinándome hacia él. Él toma una respiración profunda, como si se estuviera

aprovechando de mi gesto para captar un poco más de mi olor, pero estoy segura de que eso solo es producto de mi imaginación—. Ya me pagaste —le recuerdo.

—Eso se puede revertir.

Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia, y yo me río de su inocencia al pensar que el dinero sigue intacto en mi cuenta, cuando, aunque no hubiera pagado todas mis deudas hoy —que lo he hecho—, eso sería imposible. El banco se llevó una parte en el momento en que me lo transfirieron.

—Ya gasté parte del dinero, Bruno. Y de todos modos, está bien. Mi respuesta sigue siendo sí, solo necesito unos minutos para procesar todo.

Él asiente y yo giro el rostro, dejando que mi mirada se pierda en el vacío.

—Voy a hacer lo siguiente, mientras tú asimilas todo esto, yo me voy a dar un baño —avisa, ya levantándose de la silla, y yo casi me arrodillo para darle las gracias.

Su presencia siempre me ha resultado embriagadora, y tiene razón cuando dice que necesito aprender a manejarla. Pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Mi cuerpo parece ser golpeado por un millón de pequeños rayos cada vez que está cerca, y mi mente se desordena por completo. Es mejor que se aleje mientras entiendo la magnitud de lo que estoy a punto de firmar. El crujido del piso es bienvenido en el silencio incómodo que se instala en mi cabeza.

Lo observo alejarse, tomar su celular de la mesa y luego subir las escaleras con la misma confianza de siempre, esa que yo tanto admiraba de lejos, desde detrás del mostrador de la Garden Gourmet.

Ese hombre exuda poder y seguridad, y es imposible evitar que mi mente vuelva a los pensamientos que tuve mientras lo esperaba.

Mi primera reacción fue dejar que mi mandíbula se cayera al ver el tamaño y la belleza de su apartamento. La segunda, fue levantarla rápidamente. El lugar tiene paredes y suelos claros en su gran área abierta.

En cuanto entré, fui recibida por un espacio inmenso, dividido en nada menos que cuatro habitaciones. A la derecha, una sala de TV con un sofá gigante y toda una pared revestida con madera clara y bonita.

A la izquierda, una sala de estar con otro sofá y algunas sillas. Pero lo que encontré frente a mí fue lo que me atrajo, justo como la polilla se siente atraída por la luz.

Más allá de otras dos salas de estar con mesas pequeñas y sillas, hay enormes ventanas de piso a techo que permiten que quien las mire se sumerja en una São Paulo iluminada, sin necesidad de moverse.

Y aunque quería absorber cada detalle del lugar más hermoso en el que he estado en mi vida, desde los muebles hasta las alfombras, mis pies me llevaron a las ventanas sin que lo pidiera, y mucho antes de lo que planeaba, me encontré frente a ellas, observando la belleza gris de la ciudad y toda la vida que circula abajo, muchos pisos por debajo de donde estaba.

Miraba por la ventana y pensaba lo insignificantes que parecían todo y todos desde allí arriba. Todo es tan pequeño, distante: las personas, las luces, los edificios, las casas.

Me preguntaba cómo será vivir toda la vida viendo desde arriba, literal y metafóricamente. Tal vez sea más fácil simplemente no preocuparse.

Hoy ha sido un día extraño. Después de todas las emociones de la noche anterior, pensé que no podría dormir, que pasaría la noche en blanco, dándole vueltas a todo lo que había pasado.

Pero no fue así. Tan pronto como mi madre se quedó dormida, comencé a reorganizar mi vida, cómo sería de esa noche en

adelante, aunque en ese momento solo tenía conciencia de una parte de la realidad.

Las primeras acciones fueron hacer llamadas. Tres llamadas específicamente: uno a don José, otro al gerente del restaurante y otro a Clarissa.

En todos, el objetivo era básicamente el mismo: informar mi renuncia. Clarissa no es exactamente una amiga, pero fue una buena compañera durante los últimos años, y pensé que lo debía saber.

No dije la verdad. Como le prometí a Bruno, no se la he revelado a nadie más que a mi madre. A aquella que compartió el mostrador de la Garden Gourmet conmigo durante los últimos dos años, solo le dije que al fin le habían aprobado la pensión de mi mamá.

Después de bañarme, me acosté en mi cama pequeña, con colchón viejo. En el cuarto que comparto con Gabriel, cerré los ojos y solo recuerdo despertar hoy, a las once de la mañana.

Dormí. De verdad. Profundamente. Sin sueños, sin miedos, sin preocupaciones. No recuerdo haber hecho esto antes, porque la última vez que tuve ese privilegio, aún no entendía lo que significaba: un privilegio.

Dejé escapar un largo suspiro al darme cuenta de que el lugar donde miro ya está vacío.

Bruno ya desapareció en el segundo piso. Sacudí la cabeza, ahora no es momento para ese tipo de reflexiones. Ahora es momento de usar mi concentración y la capacidad de respirar recién recuperada para el contrato que tengo frente a mí.

19.

BRUNO MAGALLANES

Bajo los potentes chorros de la ducha, miro hacia abajo sin poder creerlo. Mi verga está dura. Las reacciones de Milena me dejaron con la maldita erección, y si no la estuviera viendo ahora mismo, no lo creería. ¡¿Pero qué demonios?!

El agua fría enfría mi piel caliente, pero no logra borrar las imágenes que mi imaginación ya ha creado de Milena debajo de mí. Esa chica es una verdadera caja de sorpresas, y me pregunto cuándo va a detenerse todo esto. Ya había apreciado su cuerpo, admitido su belleza, pero reaccionar físicamente es algo completamente diferente.

Sobre todo porque ella no hizo absolutamente nada para provocarlo, más allá de mostrarse afectada por mi presencia, por mi cercanía. Esa maldita fragilidad vuelve a envolverme. Cierro la ducha, me seco y salgo del baño con la toalla envuelta en la cintura, mientras mi mente sigue a mil, aunque la solución sea bastante obvia.

Paso por el vestidor en dirección al cuarto. Alcanzo el celular que había dejado sobre la cama y envío algunos mensajes. La primera respuesta llega casi de inmediato, y después de un intercambio de tres frases, vuelvo a abandonar el celular sobre la cama y me visto antes de bajar para reencontrarme con Milena.

***

Esta vez, mis pasos al bajar las escaleras anuncian mi llegada y, aun así, Milena no se da vuelta.

—¿Qué quieres comer? —pregunto, al sentarme a su lado nuevamente, pero manteniendo una distancia prudente.

—¿Comer?

—Sí, ¿cenaste antes de venir?

Abro la aplicación de entregas y comienzo a deslizar por las opciones.

—No.

—¿Y no tienes hambre? —Levanto la mirada para observarla. Ella niega con la cabeza, pero finalmente asiente—. ¿Entonces? ¿Algo rápido? ¿Ensalada? ¿Pasta? ¿Comida japonesa?

—¿Ese restaurante de ayer? ¿Ellos entregan a domicilio? —pregunta tímidamente, sorprendiéndome con su elección.

—¿Te gustó?

—Mucho.

Su respuesta me provoca una extraña satisfacción.

—Entonces pediré de ahí. ¿Quieres ver el menú?

—No, estoy feliz con el mismo plato de anoche.

—De acuerdo.

Elijo el restaurante y hago el pedido. Hoy también incluyo un vino, y cuando recibo la confirmación, bloqueo la pantalla del celular y lo dejo sobre la mesa.

—¿Cuándo tengo que mudarme?

Milena inclina la cabeza mientras hace la pregunta. Cruzo los brazos frente al pecho y apoyo el costado del cuerpo en el respaldo de la silla.

—Lo ideal sería para el jueves.

—¡Pero hoy es martes! —exclama, como si fuera un problema.

—¿Y cuál es el problema?

—¡No me va a dar tiempo! Quiero decir, hay tantas cosas que empacar y…

—Todos los departamentos que te estoy sugiriendo ya están amueblados, Milena. Solo necesitas elegir a cuál quieres ir, y tu familia solo tendrá que llevar ropa y objetos de valor sentimental. Incluso para eso podemos contratar una empresa si lo crees necesario. Pero si vamos a aparecer juntos en público el viernes, necesitas estar en un lugar con portería y seguridad adecuadas.

Su única respuesta es un leve asentimiento, y noto que ya comenzó a leer el contrato; las hojas están movidas.

—¿Tienes dudas?

—Sí, en realidad —responde, finalmente girando el rostro hacia mí. Le hago un gesto para que continúe, y Milena frota las palmas de las manos en sus muslos antes de entrelazar los dedos, tragar con dificultad y, finalmente, hablar—. ¿La cláusula quinta?

—Discreción —recuerdo—. ¿Qué duda tienes? —Sus mejillas enrojecidas me responden, y decido ahorrarle la incomodidad—. Puedes tener o mantener cualquier relación que desees, Milena, siempre que seas discreta al respecto.

—Pero tú dijiste que no tenías…

—Relaciones —completo su frase—. Y no tengo, pero sí tengo sexo, Milena. Sin embargo, te prometo la misma discreción que te estoy pidiendo.

—Aquí dice que tú vas a cubrir ropa y cualquier otra cosa necesaria para los encuentros, pero ya me estás pagando una fortuna —dice apresuradamente, intentando cambiar de tema. ¿Cuál es su problema con hablar de sexo, después de todo?

—Lo que te estoy pagando es tuyo. La ropa y lo que sea necesario corren por mi cuenta. Piénsalo como un uniforme o equipo de protección personal.

—Yo no…

—No vas a convencerme de lo contrario, Milena. Ahorra el aliento —le advierto, y ella demuestra sorpresa por no más de dos

segundos antes de chasquear la lengua. Apoyo el codo sobre la mesa y sostengo el mentón entre los dedos índice y medio—. ¿Algo más que decir?

—No —responde, claramente contrariada.

—De acuerdo. Necesitamos definir nuestra historia. Nos conocimos en la cafetería, hablamos todos los días durante los últimos dos años, hasta que hace unas semanas tuvimos una conversación real cuando me atendiste en mi mesa en lugar del mostrador.

—Pero eso es casi verdad. —Frunce el ceño, y yo sonrío.

—Esa es la manera más eficiente de contar una mentira. Cuantos menos detalles tengas que inventar, porque ya los conoces, menor será la posibilidad de olvidarlos o enredarte con algo.

Su rostro adquiere una expresión inquisitiva.

—Parece que haces mucho.

—¿Mentir?

—Ajá.

—Y sí, lo hago, pero solo en situaciones adecuadas.

—¿Qué sería una situación adecuada para mentir?

—Un juego de cartas, una situación que requiera un farol, provocar a alguien… La mentira no siempre tiene que ser un defecto, Milena. Puede ser un recurso.

—Es una forma de verlo.

—¿No estás de acuerdo?

—No tengo una opinión al respecto. Hasta ahora, nunca había visto las mentiras como algo más que una forma de herir a las personas que queremos, y ese no es un riesgo que esté dispuesta a correr, jamás. —Su explicación me revela otro fragmento de su intrigante personalidad, y no hago nada más que absorberlo—.

Pregúntamelo de nuevo en unas semanas —pide, y yo río bajo antes de asentir.

—Está bien. Entonces, ya sabemos cómo nos conocimos. No necesitamos profundizar mucho más. Estamos empezando a conocernos. Pero necesitamos saber por qué dejaste de trabajar en la cafetería.

—¿Ahorré lo suficiente para poder estudiar? —sugiere, y yo asiento. Parece que aprendió rápido a usar la mentira como un recurso, pero no digo nada al respecto—. ¿Hay algo que odies y deba saber para no cometer un error?

De nuevo, me sorprendo riendo.

—Muchas cosas, pero dudo que vayas a hablar de alguna de ellas. ¿Y tú? ¿Algo?

—Cigarros. —Es tajante, y yo frunzo el ceño.

Yo no fumo, y todo el mundo sabe que los cigarros no son la mejor estrategia para mantenerse saludable. Por el amor de Dios, ¡tienen imágenes de pulmones podridos en las cajetillas! Pero, ¿odiar?

Hay una historia detrás de eso, y si la respuesta por sí sola no fuera suficiente, el destello de dolor que atraviesa sus ojos lo confirma. Sin embargo, no la presiono. Aprieto los labios y asiento.

—¡Está bien! Ya conoces a Buzz.

Señalo con el pulgar al perro estirado en el sofá, dormido y roncando. Milena mira en esa dirección, y una sonrisa increíblemente bonita se extiende por su rostro.

—Es adorable. ¡Muy cariñoso!

—Y un flojo. Si un ladrón entra aquí, se roba la casa y se lo lleva como mascota.

Mi comentario la hace soltar una carcajada, y si antes la encontraba bonita, ahora es la personificación de un espectáculo con su risa contagiosa y sus gestos desinhibidos.

Distraída por su humor, no se da cuenta de la intensidad de mi mirada, pero yo sí. Y, si en algún momento dudé de que la decisión que tomé en mi habitación hace unos minutos era exagerada, ahora parece perfectamente acertada.

—Háblame de tus amigos, los que voy a conocer —pide, todavía entre risas. Y yo asiento. Es una excelente idea.

—Son cuatro hijos de puta. Arthur, Héctor, Pedro y Conrado.

—¿Dónde los conociste?

—En el internado, cuando éramos niños. —Su boca forma una "O", haciendo que sus labios carnosos torturen mi imaginación, sobre todo después de haberla visto mordiendo la maldita tapa del bolígrafo. Desvío la mirada—. No es tan malo como parece. Los internados de verdad no son como en las películas o novelas.

—¿Son mejores?

—Mucho mejores. Y le dan a quien está ahí un sentido de familia que muchas veces no tenemos en casa. Mis amigos y yo tuvimos esa oportunidad, ¿sabes? De pertenecer a algo. Y, hasta hoy, seguimos llevándolo con nosotros.

—Parece una amistad bonita —comenta, y yo me encojo de hombros, aunque sé que sí, es eso y mucho más. Una hermandad.

—El viernes van a observar nuestras interacciones, tratando de asegurarse de que no estoy rompiendo la apuesta.

—¿Y cómo harías eso?

—Contratando a una prostituta. —Su rubor es inmediato, tiñendo sus mejillas, cuello y escote. Casi le pregunto por qué el tema del sexo la pone tan nerviosa, casi. Pero no lo hago—. Pero eso nos lleva a otro punto. Tienes que relajarte cuando yo esté cerca. No voy a hacer nada que no me autorices, Milena. No tienes nada de qué preocuparte. —Ella traga saliva y asiente con la cabeza—. ¿Qué te parece si nos vemos antes del viernes?

—No es necesario —responde rápido—. Me voy a acostumbrar, te lo prometo. Y si tengo que mudarme antes del jueves, las cosas se van a complicar.

—Podemos contratar una empresa. Estoy seguro de que mi secretaria puede encontrar una.

—No hace falta. Lo voy a lograr sola —afirma, y yo sacudo la cabeza.

—Te adelantaste a mis explicaciones. —Señalo las hojas del contrato sobre la mesa—. ¿Estás segura de que entendiste todo?

—Sé leer e interpretar, Bruno —responde, molesta, y yo sonrío. Contradicciones, contradicciones, contradicciones...

Acerco los papeles hacia mí y, tras comprobar sus firmas, hago lo mismo.

—Perfecto. Ahora, oficialmente estamos en una relación.

Sonriendo ampliamente, extiendo la mano para un apretón, y Milena la observa como si tocarme fuera equivalente a poner los dedos desnudos en un cable pelado. Entonces me doy cuenta de que nunca ha hecho algo así, al menos no cuando el contacto era la única intención.

Su lengua sale para humedecer sus labios mientras reflexiona sobre qué hacer, y yo espero pacientemente.

La sensación extraña, esa atracción cargada de algo más, nos envuelve con una rapidez impresionante, y, otra vez, siento mi erección manifestarse dentro de los shorts que llevo puestos.

Los ojos azules de Milena parpadean repetidamente, y cuando extiende la mano hacia mí, sus pupilas se dilatan de forma sutil, y su cuerpo se inclina ligeramente hacia adelante.

No sé si mi cuerpo imita su acercamiento o si es el suyo el que sigue el movimiento, pero lo que debería ser un simple sello de acuerdo se convierte en un momento extraño, para el cual no tengo explicación.

—¿A qué hora nos vamos a encontrar?

Rompe el silencio, liberándonos del momento, y yo frunzo el ceño al darme cuenta de que no quería que terminara.

Durante los siguientes minutos, seguimos organizando diferentes aspectos de la historia que contaremos. Milena elige el apartamento donde quiere vivir los próximos tres meses, yo le hablo un poco sobre cada uno de mis amigos y lo que puede esperar de ellos.

También le muestro algunas fotos. Cuando el portero avisa que la comida ha llegado, voy a la puerta a recibirla, y luego nos sentamos a comer.

La tensión de Milena por tenerme cerca se alivia un poco, y la conversación entre nosotros fluye de manera natural. En algún momento, dejamos de lado los acuerdos y comenzamos a hablar del día a día.

Milena escucha con atención e interés cuando hablo de mi trabajo, y yo le correspondo cuando me cuenta sus planes de empezar a estudiar, aunque aún no sabe qué.

Un buen rato después de terminar la cena, seguimos sentados a la mesa, sin importarnos el tiempo.

El timbre suena, interrumpiendo nuestra conversación y haciéndome notar que he perdido completamente la noción del tiempo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me arrepiento de algo que decidí con total seguridad.

20.

MILENA GARCÍA

Bruno me está explicando qué diablos es una NFT[8] cuando suena el timbre y su humor cambia drásticamente. Es una transformación extraña.

Pasa de la relajación a la seriedad en una fracción de segundo, como si de pronto recordara algo que no debería haber olvidado.

Lo observo con atención, aún inmóvil, con la boca abierta en medio de una palabra, pero ahora en silencio. Es inevitable no sentir mi propio ánimo cambiando. Durante las últimas horas, la presión de su compañía había disminuido.

Es verdad que todavía necesito estar alerta en esta batalla interminable de mantener mi cuerpo en su lugar, como si una fuerza invisible lo empujara constantemente hacia Bruno. Es absurdo, lo sé, pero es lo que ocurre.

Una pequeña distracción y, como si fuéramos imanes de polos opuestos, termino acercándome. Sin embargo, al menos he dejado de temblar y de tartamudear. Gracias a Dios, el hombre es humano, no una divinidad que merezca mis temblores.

Aun así, ver la arruga de seriedad que se forma en su frente hace que un peso desconocido caiga en mi estómago. Miro hacia abajo y recién entonces noto la pantalla de mi celular. ¡Dios santo! ¡Han pasado muchas horas!

—¡Tengo que irme! —exclamo, al darme cuenta de cuánto tiempo llevo aquí—. Aprovecharé que vas a abrir la puerta —bromeo, pero el rostro de Bruno no muestra ni el más mínimo indicio de diversión.

Muy por el contrario. La mirada que le lanza a la puerta de su apartamento es pesada y extraña. De acuerdo. Tal vez quiere que

me vaya y no tiene el valor de decírmelo.

Hora de irse, Milena. De hecho, ya pasó la hora.

Me levanto de la silla, pero él no me acompaña. Permanece estático, sentado, con los ojos fijos en la imponente estructura de madera que sella la entrada de su casa. Es solo cuando el timbre suena por segunda vez que parece despertar del letargo en el que lo sumió el primer timbrazo.

Su cuello se inclina ligeramente, como si Bruno me analizara, y decido repetir lo que dije, por si acaso.

—Tengo que irme. Ya es tarde. Aprovecharé que vas a abrir la puerta.

—Claro. Davi te llevará —dice, y mi rostro debe reflejar mi confusión, porque enseguida aclara—. Mi chofer. Está esperándote.

—¡Oh! No, no es necesario. Puedo irme sola perfectamente.

—Es casi medianoche, Milena. No hay manera de que andes sola por ahí. —La certeza en su tono es tan encantadora que me hace reír.

—Bruno, he pasado los últimos años recorriendo esta ciudad cuando era demasiado tarde o demasiado temprano para que hubiera luz, créeme. La noche paulista no me intimida. —Sus cejas se levantan.

—Pues debería. De cualquier manera, eso era antes.

—¿Antes de qué?

—De mí. De nosotros —responde con simplicidad, y el salto que da mi corazón en reacción a sus palabras no puede considerarse normal. Sin embargo, con la misma rapidez con la que me impacta su declaración, me apresuro a recordarme que está hablando de nuestro acuerdo, de nuestro contrato.

¡Dios mío! ¡Ten piedad! Si nunca antes me ilusioné, no voy a empezar ahora. Me lo advierto a mí misma. Aunque tenga que pegar

recordatorios y notas adhesivas en cada superficie a mi alrededor, me niego a olvidar mi papel en este teatro.

Como ha quedado claro esta noche, la tranquilidad que traerá el dinero de Bruno no será gratuita. Me costará mucho, y no me importa el precio.

La única cosa que definitivamente no estoy dispuesta a entregar como pago es un corazón roto. Bruno no se involucra; quiere cosas que considera más importantes.

Y ahora que finalmente he ganado el derecho de preguntarme qué quiero yo, tal vez aún no tenga la respuesta, pero sí sé algunas cosas que no quiero. Lastimarme en una situación para la cual ya fui advertida es una de ellas.

Como si el universo quisiera ayudarme a mantener esta resolución, cuando Bruno abre la puerta de su apartamento para que me marche, al otro lado, con la mano a punto de tocar el timbre por tercera vez, está una mujer que no puede describirse como algo menos que deslumbrante.

Su cabello oscuro es voluminoso y largo, formando una nube de rizos apretados que enmarcan su rostro a la perfección.

Su piel negra tiene un tono chocolate y es tan lisa que parece irreal; sus labios gruesos están pintados de un rosa intenso, y viste, en el calor de casi treinta y seis grados del verano paulista, un abrigo largo que deja muy claro, para una profunda conocedora de películas románticas como yo, lo que hay debajo, o más bien, lo que no hay: ropa.

Bruno tiene sexo. El lado sensato de mi mente me lo recuerda, y agradezco el aviso. Esta es mi oportunidad de cambiar mi vida, la oportunidad de mi familia, y no voy a arruinarla con inmadurez emocional. De ningún tipo, además.

En cuanto la veo, me detengo, sorprendida, pero me recupero rápidamente y, después de mi admiración momentánea, le sonrío.

Parece tan sorprendida por mi presencia como yo lo estoy por la suya.

La saludo con un "buenas noches". Ella mira a Bruno con ojos interrogantes, pero no planeo quedarme para descubrir las respuestas que está buscando. No tengo derecho a hacer preguntas, y este es un excelente ejercicio.

Miro al hombre con el que estaré vinculada los próximos tres meses, el responsable del giro de 180 grados que está a punto de dar mi vida, y le doy la misma sonrisa que le di a la extraña en su puerta mientras me despido.

—Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches —responde, y me doy la vuelta, pasando junto a su invitada y caminando hacia el ascensor.

No espero para ver qué sucede, no miro atrás. Coloco un pie delante del otro, ignorando las turbulencias en mi pecho, porque no tengo tiempo para averiguar si están alineadas o no con todos los pensamientos y resoluciones que giran en mi cabeza.

Al menos, eso es lo que me digo a mí misma.

21.

MILENA GARCÍA

—¿Llevaste todo, Gabriel? —pregunto, arrastrando la última maleta hacia el pequeño balcón de la casa.

—Sí, llevé todo. —Mi hermano aparece al final del pasillo con su mochila colgada sobre los hombros.

La sonrisa en su rostro es radiante. Mi mamá entendió el cambio, pero Gabriel está eufórico con él, recordándome una vez más lo joven que es.

Bastó saber que en el condominio al que nos mudamos hay piscina, canchas de fútbol, vóley y otras comodidades, para que dejara atrás cualquier cosa que tuviera en contra de la mudanza, incluso a sus preciados amigos.

Honestamente, no puedo decir que me entristece alejarlo de ciertas compañías, aunque sea temporalmente. Espero que los próximos meses le enseñen a Gabriel lo que es una amistad verdadera y qué es el oportunismo o el simple compañerismo. También espero que encuentre amigos reales en nuestro hogar temporal.

Espero. Espero tantas cosas. Los últimos días han sido un verdadero desfile de expectativas sobre todo y, solo de pensar en la mayor de ellas, mañana por la noche, siento cómo un enjambre de mariposas agita sus alas en mi estómago.

Una fiesta. Nunca he estado en una fiesta. ¿Me gustará? ¿La odiaré? ¿Será como siempre lo imaginé? ¿El baño estará sucio?

Tengo tantas dudas en la cabeza que, cuando pienso en la noche del viernes, Bruno, quien debería ocupar mis preocupaciones, no es más que un actor secundario.

Y no puedo decir que eso me entristezca. No después de lo que vi al salir de su casa el martes. La mujer hermosa que invitó a su casa fue una verdad estampada en mi cara.

Más allá de las fantasías que me pasé dos años creando en mi cabeza, Bruno nunca me verá como protagonista de nada. Ni siquiera de nuestro acuerdo. Todo esto es solo un juego entre él y sus amigos.

Soy una ficha, y esa es toda la información que necesito para mantenerlo exactamente en la misma posición en mi vida. Puedo ser muchas cosas, incluso inexperta, después de todo, nunca me he enamorado.

Acepto incluso que me acusen de soñadora, pero me niego a ser reducida a nada más que una opción. Quiero un amor que me deje sin aliento y me haga perder el suelo. Que encienda mi mente tanto como mi cuerpo, que valore mi espíritu y me vea por completo, en cada detalle. Quiero a alguien que me elija, entendiendo lo que eso significa.

Tal vez, en algunos años, entienda que eso es mucho pedir. Tal vez nunca lo encuentre. Tal vez lo encuentre mañana por la mañana, mientras cruzo la calle.

Tal vez duerma esta noche y despierte unas horas después segura de lo contrario a lo que creo ahora. Tal vez. Pero, independientemente de cuál de esas posibilidades se haga realidad, hay una sola constante: la vida es mía, para creer o para olvidar.

Miro la casa en la que he vivido desde que nací y dejo escapar un largo suspiro. Tantas cosas se vivieron aquí, pero en mi corazón no hay deseo alguno de que otras vengan a ser.

No quiero regresar aquí dentro de tres meses. Aún no sé hacia dónde quiero ir, pero una cosa sí sé: lo voy a descubrir.

22.

BRUNO MAGALLANES

—¿Dónde está Milena? —pregunta Arthur, luciendo más ansioso por la llegada de Milena que cuando espera la final de la Champions League[9]. No es el único.

Héctor, Pedro y Conrado también transpiran expectativa por mi elegida, como si todo esto se tratara de algún tipo de sacrificio oscuro y no de mi capacidad para pasar tres meses con la misma mujer de forma consistente.

Bufo, fingiendo una indignación que no siento, pero que es lo que ellos esperan.

Honestamente, también estoy ansioso por su llegada, por ver cómo se comportará, no solo con respecto al "cuarteto fantástico" de idiotas que llamo amigos, sino, más importante, conmigo. No nos hemos visto desde el martes, cuando Milena salió de mi casa sonriendo, incluso después de encontrarse con Beatriz en la puerta.

No es que quisiera alguna reacción de su parte. ¡Mierda! No, no quería, pero tal vez lo esperaba. Aunque tampoco sé qué esperaba.

Sin embargo, su indiferencia golpeó exactamente el mismo lugar donde su alivio -por no tener que acostarse conmigo- ya había impactado repetidas veces desde la noche del lunes.

Casi dejé a Beatriz en mi apartamento por un minuto y fui tras Milena al elevador. Casi. Pero, ¿por qué? ¿Por qué haría eso? Me lo pregunté y no encontré una respuesta.

Y si no hay respuesta, no hay motivo. Me quedé y disfruté la noche exactamente como lo había planeado, aunque la sensación no fue la que imaginé, la que siempre había sido hasta entonces.

Por primera vez, mi mente no estaba en la mujer deslumbrante que abrió su abrigo negro para revelar un cuerpo absolutamente delicioso y desnudo frente a mis ojos, sino en la chica de cabello descuidado, vestida con jeans gastados y una camiseta descolorida, con el rostro limpio de maquillaje, con quien pasé las últimas dos noches.

Y me pregunté si había interpretado los signos de mi propio cuerpo de forma equivocada. En pocas horas, Milena me provocó dos erecciones.

La razón parecía obvia: necesitaba sexo. Solo que el sexo no trajo la satisfacción esperada, porque no fue en lo único en lo que pude concentrarme. ¿Por qué demonios? Otra pregunta sin respuesta.

—Está en camino y llegará cuando tenga que llegar —respondo, esta vez, sin necesidad de fingir mal humor.

Lo conseguí fácilmente después de lo que debe ser el intento número mil de entender los efectos que esta chica tiene sobre mí. Me dejo caer relajadamente en el sillón acolchado.

Desde el pequeño entrepiso, reservado solo para nosotros y los clientes más exclusivos, monitoreo la entrada de la discoteca, buscando y esperando verla entrar. Davi llegó a su nuevo apartamento hace veinte minutos. No deben tardar en llegar aquí.

El Club Carmesí es la discoteca más exclusiva de São Paulo. Permitimos la entrada únicamente a miembros asociados y sus invitados. Solo la élite brasileña o extranjera lo frecuenta, y una invitación, dependiendo de la noche, puede ser tan valiosa como un Maserati.

Esto se debe a que, detrás de las puertas, hay mucho más que música. Mis amigos y yo abrimos el Carmesí porque no encontrábamos en São Paulo un lugar donde pudiéramos tener todo lo que queríamos, y estábamos seguros de que no éramos los únicos.

Hace diez años, el concepto de discoteca liberal aún era nuevo en Brasil, y después de visitar algunas en el extranjero, tener una en casa pareció una idea excelente.

En ese entonces, teníamos entre veintiuno y veinticinco años. Para mí, con veintitrés, que ya había ganado mucho más dinero del que podría gastar en siete vidas enteras, el Carmesí fue la mejor inversión posible.

Éramos jóvenes, pero había tres cosas que ya comprendíamos: el valor del dinero, cómo ganarlo y que hay pocas cosas por las que las personas están tan dispuestas a pagar como por su propio placer.

Sea en forma de una buena comida o un buen polvo, las experiencias placenteras acceden a una zona egoísta y nebulosa del cerebro humano que, cuanto más espacio conquista, más quiere conquistar: la zona del "me lo merezco".

Con eso en mente, trabajamos para que cada persona con suficiente dinero y un apellido interesante para nosotros quisiera poner un pie en el Carmesí.

Frecuentado por las personas adecuadas y ofreciendo discreción y calidad, más rápido de lo que imaginábamos, el club se convirtió en un referente internacional, atrayendo a un público tan exclusivo que, muchas veces, el Carmesí se transforma en el escenario donde se cierran grandes negocios.

El club tiene cinco pisos, pero solo el primero está al nivel de la calle; los demás son subterráneos. El acceso más allá de la superficie requiere una autorización especial para cada nivel inferior.

El primero, por donde entran todos los invitados, es el único con acceso libre para todos los miembros y visitantes. Es una discoteca normal, lujosa, claro, pero con límites estrictos y bien establecidos sobre lo que está permitido o no. Es donde estamos ahora.

El amplio salón está dividido en secciones diseñadas para acomodar a diferentes grupos. En el centro, el bar de más de doce metros se impone entre las mesas y sofás y la pista de baile, frente

al escenario con tecnología de punta y donde está ubicada la cabina del DJ.

Luces de colores bañan las paredes en tonos azul oscuro y verde, reflejándose en las cortinas de cristal que cuelgan del techo y creando un efecto incomparable. Cada detalle del lugar fue pensado y planeado para que fuera, antes que nada, un objeto de deseo. Más que un coche potente o un diamante de veinte quilates.

Pedro y yo somos los menos involucrados en la administración del club, actuamos más como socios silenciosos y clientes frecuentes. Arthur, Héctor y Conrado son los responsables del espectáculo, dividiendo la administración y el manejo del lugar, haciendo un verdadero malabarismo para equilibrar sus trabajos diurnos con los nocturnos.

—Entonces, recapitulando —dice Pedro, recostado despreocupadamente en el sofá frente a mí—. Conociste a la chica en Garden hace dos años. Ella trabajaba ahí y nunca habían intercambiado más de media docena de palabras, hasta que la semana pasada pensaste que merecía tu atención, ¿y ahora están saliendo?

—Vete a la mierda, Pedro —descarto su ironía, pero los otros tres están atentos a la conversación que empezó.

Con los cristales a prueba de sonido cerrados, el camarote es el lugar ideal para tener una charla sin necesidad de gritar.

—Milena no es el tipo de chica con la que normalmente salgo, eso es todo. Al menos, no lo era.

—Ajá... —murmura Conrado. Están desconfiados, y yo frunzo los labios, fingiendo la indignación esperada.

—No los entiendo. La semana pasada estaban haciendo una intervención, diciendo que me estaba haciendo el idiota, ¿y ahora esto? ¡Mierda! Son más inconstantes que un viejo sin Viagra. ¡Decídanse, carajo!

Mi actuación no conmueve a ninguno de ellos.

—Si estuvieras en nuestro lugar, ¿creerías en tu propia buena voluntad para cumplir esta apuesta? —pregunta Héctor, y yo pongo los ojos en blanco porque la respuesta es obvia: ni cagando—. Estás tramando algo, Bruno, ¡mierda! Lo estás. ¿Ningún intento por salirte por la tangente? ¿Ninguna evasiva fallida? Esto está siendo demasiado fácil.

Sus conclusiones dibujan una sonrisa en mi rostro.

—¿Y con diecinueve años? ¿Desde cuándo crías para tener sexo, Bruno? Eso tiene más cara de Conrado.

Pedro me analiza seriamente, como si no acabara de hacer una maldita broma sucia.

—Tal vez soy un hombre nuevo —sugiero.

—O tal vez, de ayer a hoy, el mundo descubrió que la intolerancia es el recurso de los ignorantes y decidió no practicarla nunca más —me rebate.

—Y tal vez yo dé una vuelta allá abajo mientras ustedes deciden qué es más improbable —dice Arthur, levantándose y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Y tal vez voy a dar una vuelta allá abajo mientras ustedes deciden qué es más improbable —dice Arthur, levantándose y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Camina hacia el vidrio de protección con la mirada fija, dejándonos en claro el motivo. Sin duda, es por una mujer.

Y, curiosos, seguimos su mirada.

Pero mientras mis amigos analizan cada centímetro de la morena de vestido rojo que acaba de entrar al salón, yo me olvido de cómo respirar cuando una certeza me golpea de lleno, casi haciéndome caer otra vez sobre el sofá.

Tengo un problema.

Sus hombros, el escote, los brazos y las piernas quedan expuestos, dejando a la vista una piel clara e impecable, sobre la

que cae una cortina de ondas oscuras que resbalan en cascada y contrastan con el satén brillante y rojo del vestido.

Su rostro no está completamente libre de maquillaje. Hay algo suave en él, junto a un labial rojo en sus labios carnosos, capaz de volver loco a cualquier hombre con un poco de imaginación. Y yo, realmente, puedo ser muy creativo.

La reacción de mi cuerpo ante su presencia es inmediata y violenta, a pesar de la distancia. La verga se me engrosa, haciendo que mis pantalones se sientan repentinamente ajustados, mi boca se seca y la necesidad de moverme para alcanzarla se vuelve casi insoportable.

Pero, ¿qué demonios? Si ya me sentí fuera de control hace unas noches, cuando sus reacciones me pusieron duro, ahora realmente no sé cómo describir lo que estoy sintiendo.

Muerdo mi labio inferior, incapaz de apartar la mirada, completamente dominado por el deseo que, de repente, recorre mis venas como si fuera la misma sangre.

No soy el tipo de hombre que se obsesiona con una mujer. Una vagina es una vagina, y aunque algunas mujeres saben usarla mejor que otras, no hay nada que no pueda aprenderse en este mundo.

Pero, ¿la forma en que la estoy mirando? ¿Cómo estoy reaccionando a su presencia sin siquiera haberla tocado, más allá de un simple apretón de manos?

Definitivamente, esto entra en la categoría de obsesión. Trago saliva y, en un intento de aclarar mi mente confusa, cierro los ojos por un momento.

Sin embargo, incluso con los párpados apretados, puedo ver cada curva de su pequeño cuerpo, su cabello extendido sobre los hombros, los labios pintados, los ojos azules buscando a alguien. A mí. Aunque sus motivos no tengan nada que ver con los míos en este instante.

Milena no está excesivamente producida. No. Lo que llama la atención es justo lo opuesto. Esa belleza natural, que ha desestabilizado mi cuerpo y mi mente hasta secuestrar mi deseo, está apenas resaltada por un vestido adecuado y el cuidado que esta chica debería haber recibido desde siempre. Y siento una satisfacción inédita al saber que, indirectamente, fui yo quien la ayudó a obtener, al fin, lo que merece.

Elegir su vestido no fue un acto de generosidad. Quería elegir algo que la valorara lo suficiente como para que cada par de ojos en la discoteca se la devorara sabiendo que esa era la mayor cercanía que podrían tener con ella.

Sin embargo, cuando recibí las opciones, me tomó tres rondas adicionales escoger, porque fui incapaz de traicionar el poco de su personalidad que ya conocía.

Los vestidos demasiado cortos o reveladores fueron descartados de inmediato, al igual que los excesivamente recatados, los demasiado discretos o los que carecían de carácter. Si algo puedo decir sobre Milena es que no es una mujer de extremos.

Ella es una contradicción, y el vestido elegido, aunque brillante y sin tirantes, llega hasta las rodillas, uniendo provocación y elegancia de una manera que me pareció perfecta para ella.

Y aunque el objetivo principal de mi elección quedó rápidamente relegado mientras la observo embelesado, veo cómo se cumple.

Cada maldito par de ojos se gira hacia Milena, y descubro que no me gusta para nada eso.

Carla, la anfitriona encargada de traerla al camarote al momento de su llegada, aparece a su lado, señalando las escaleras. Los cuatro idiotas frente a mí, que babean por ella a través del vidrio como si estuvieran frente a una vitrina de golosinas, se giran hacia mí, dándose cuenta en mi mirada indisimulada de quién se trata.

—¡Mierda!

Arthur es el primero en reaccionar, y levanto una ceja en su dirección como advertencia silenciosa.

No hacen falta palabras entre nosotros, pero él entiende exactamente lo que quiero decir. Y, ¡carajo!, lo quiero. Quiero decir cada maldita palabra que mi mirada transmite.

En la suya, un destello de sorpresa y diversión acompaña el gesto de levantar las manos con las palmas hacia arriba, en señal de rendición.

—¡Retiro lo que dije! —Héctor frunce los labios, asintiendo lentamente—. Me rendiría en un segundo. De hecho, si ella quiere dejarte por mí, no me quejaría.

Bufo y me giro hacia Pedro y Conrado, esperando los comentarios de los dos imbéciles restantes. Ellos solo se ríen, y camino a grandes pasos hacia la puerta del camarote.

—¡Compórtense, carajo! —les advierto, abriendo la puerta.

La música pulsante llena el espacio de inmediato, golpeándome los oídos con fuerza, y, justo a tiempo, Milena aparece al final del pasillo, caminando hacia mí.

La manera en que todo esto parece increíblemente correcto debería alertarme sobre la magnitud de mi problema, pero no me importa.

No cuando al levantar la mirada y encontrarme, su rostro muestra un alivio y una confianza que no he hecho nada para merecer, pero que disfruto profundamente.

Le sonrío, y su respuesta es tímida, pero como en las pocas veces que la he visto, su sonrisa transforma su belleza en algo indescriptible.

—Hola, linda —le digo, rodeando su cintura con un brazo en cuanto está a mi alcance. Y, mierda, no hay ningún gesto deliberado en esto.

Simplemente necesitaba tocarla.

Milena se estremece, haciéndome endurecer aún más al reaccionar de manera tan sensible.

Su cuerpo cálido y pequeño encaja perfectamente con el mío. Respira profundamente, y sus labios tiemblan de forma sutil.

—Hola —responde en voz baja, sorprendida por mi toque. Probablemente no esperaba que fuera tan rápido. Yo tampoco lo planeé, pero el control no está en mi lista de virtudes en este momento.

Sus ojos se fijan en los míos, y su rostro se inclina hacia mí de manera inconsciente. Subo una mano y acaricio su rostro.

Presiono la palma contra su mejilla y extiendo los dedos por su mandíbula y el costado de su cuello. Su piel suave se eriza bajo mi tacto, y el deseo ruge en mis venas, exigiendo más, dejando claro que las migajas ofrecidas no son suficientes.

Encajo mi rostro en la curva entre su cuello y hombro, inhalando profundamente su aroma, pero aún no es suficiente.

Arrastro la punta de mi nariz por su piel sensible, que responde al contacto con un estremecimiento, y aún no es suficiente.

El roce deja nuestros labios demasiado cerca, mucho antes de lo que había planeado para esta noche. Que se joda, no soy tan fuerte.

—Voy a besarte ahora —murmuro, avisándole un segundo antes de tomar su boca con un hambre inexplicable, y descubrir, de inmediato, que estoy jodido.

Porque mientras mi lengua explora su boca tímida en un beso que no tiene nada de escenográfico, todo en mí grita que aún no es suficiente.

23.

MILENA GARCÍA

Aunque mi mente todavía está anestesiada por la sorpresa, mi cuerpo reacciona instintivamente al toque íntimo, correspondiendo al beso e inundando mi cerebro de endorfinas.

Entrelazo mis manos en su cuello mientras sus labios y su lengua me asaltan, invadiendo mi boca sin delicadeza, con una urgencia extraordinaria y completamente enloquecedora. El beso de este hombre es como todo lo demás en él: imponente, seguro, delicioso.

Su lengua tiene un propósito: deshacerme hasta que sea un charco en el suelo, y el trabajo ya está dando resultados en mi ropa interior, que de repente está completamente empapada.

Su contacto firme en mi nuca empuja mi boca contra la suya, pero no es su fuerza lo que me mantiene ahí. Es su olor, su lengua, su mentón rozando mi piel con cada movimiento, su mano en mi cintura, un deseo irreprimible de que este momento dure para siempre.

Todo en mí se rinde a Bruno sin resistencia alguna y, de repente, ya no hay música alta, no hay personas a nuestro alrededor, no hay lujo opresivo ni nerviosismo palpable.

Solo existe esta boca consumiéndome, su presencia intoxicándome, la necesidad latente en mi bajo vientre y todas las cosas que mi fértil imaginación desea que este hombre me haga.

Mis pulmones suplican por aire, pero me niego a detenerme, no importa cuánto lo griten, y Bruno parece tan indiferente como yo a la falta de oxígeno.

Impulso mi cuerpo contra el suyo, necesitando más contacto, y sentir su erección firme presionando mi abdomen me hace gemir

bajito, completamente descontrolada.

No sabía que era posible desear algo tanto como deseo su tacto, como deseo descubrir si la realidad puede superar las fantasías que inundan mi conciencia en este instante, así como el contacto de su boca lo ha hecho.

En algún momento, el beso adquiere otro ritmo, menos frenético pero igual de intenso. Clavo las uñas en su nuca y las arrastro hacia abajo, arañando su piel caliente y obteniendo un sonido ronco como respuesta.

Fuertes silbidos atraviesan la burbuja que nos rodeaba y van seguidos de la música alta, que vuelve a atacar mis sentidos. El toque más firme de Bruno me revela que él también percibió el cambio de ambiente, pero, aun así, el beso no se interrumpe bruscamente.

Suavemente, su lengua abandona mi boca y solo sus labios besan los míos una, dos, tres veces antes de que apoye su frente en la mía.

No me atrevo a abrir los ojos.

Respiro agitadamente, empujando mi pecho contra el suyo con cada inspiración y exhalación desacompasada. Mi mente es un caos de excitación, pensamientos incoherentes, deseos insatisfechos y pocas certezas, como, por ejemplo, que esto fue solo una actuación.

No importa si todo en mí se encendió o si podría seguir besando su boca por las próximas veinticuatro horas.

No importa si esta actuación despertó un deseo real de que él vaya mucho más allá de besarme, un deseo que nunca había sentido antes y que, aun así, parece increíblemente correcto. Nada de eso importa y, en medio de mi caos interior, es a esta certeza a la que me aferro.

Con la ropa interior empapada, el corazón acelerado, las piernas temblorosas y un magnetismo que roza lo insoportable atrayéndome hacia Bruno para volver a besarlo hasta que quedemos sin aire otra

vez, me digo a mí misma que esto es solo trabajo y que debo aprovechar lo que está a mi alcance esta noche.

Él me advirtió que tendría que tocarme y yo dije que lo manejaría. ¡Bien! ¡El momento es ahora! Solo para asegurarme, repito tres veces en silencio que Bruno no forma parte de las cosas que están a mi alcance, no importa cuánto sus miradas y gestos digan lo contrario. Es mentira.

—Te dije que ellos son idiotas —susurra el objeto de mis divagaciones silenciosas, con su boca y frente aún pegadas a las mías. Sonrío y asiento—. ¿Lista?

Mi respuesta es una risa baja.

Si estaba lista para este beso, estaré lista para cualquier otra cosa. Y eso sin mencionar el impacto que fue verlo en cuanto llegué.

Sí, sus trajes siempre han dado mucho material a mi imaginación. Sí, en su casa pude ver una versión más relajada de él, en shorts y camiseta, que solo no me causaron un colapso porque estaba demasiado concentrada en no sucumbir a mi falta de preparación para su proximidad.

Aun así, ninguna de esas imágenes me preparó ni puede compararse con su apariencia calculadamente sensual de hoy, mezclando lo mejor de los dos mundos que conocía.

El hombre lleva una camiseta de mangas largas y cuello en V azul marino, jeans oscuros ajustados y zapatos casuales. Todos los músculos de su cuerpo esculpido parecen resaltados por las telas que los cubren, y tenerlo con los ojos fijos en mí, siguiendo cada uno de mis pasos mientras caminaba hacia él, hizo imposible resistirme a su boca.

Todavía no lo había alcanzado y mis piernas ya estaban débiles, mi corazón ya estaba acelerado y esa sensación embriagadora que marca su proximidad ya me había envuelto.

Antes de que su lengua me convenciera, su mirada, que parecía devorarme, ya me había persuadido. Bruno es un excelente actor, y

espero poder seguirle el ritmo esta noche. Haré mi mayor esfuerzo, sin duda.

Él parece entender lo que mi risa no dice y da un paso atrás, aunque no aparta su caricia de mi piel.

—Estás hermosa —elogia.

Muerdo mi labio, incapaz de darle más que un leve asentimiento como agradecimiento, lo cual no tiene ningún sentido.

¡Por el amor de Dios, Milena! El hombre acaba de devorar tu boca como si fuera un desatascador, ¿y un cumplido te deja avergonzada?

Pero es que el beso fue para la audiencia, ese elogio fue solo para mí y, bueno, no es el tipo de cosas que espero escuchar de Bruno. Así que déjenme tranquila, neuronas inteligentes.

Mi falso novio inclina la cabeza lentamente, como una advertencia, antes de dar un paso hacia el lado, dándome una vista del interior del palco.

¡Virgen Santísima! Parpadeo varias veces, aturdida, y si había alguna parte de mi cuerpo que no se había calentado por el beso y las caricias de Bruno, ahora lo hace al darme cuenta finalmente de la audiencia que nos observó.

Es decir, yo sabía que ellos estaban aquí, que ese beso era para ellos. Al menos, la parte racional de mí lo sabía.

Sin embargo, la parte irracional se aferró a Bruno, se derritió en sus brazos e incluso gimió sin importarle nada de eso. Pero, siendo completamente honesta, no es eso lo que hace que todo mi cuerpo arda. No.

Lo que me lleva al punto de ebullición es la mirada de los cuatro hombres que me observan sin el menor disimulo. ¡Puta madre! ¿Dónde han vivido estas personas? Porque, definitivamente, no cerca mío. Parecen sacados de un catálogo de modelos masculinos.

Dos están sentados en enormes sofás oscuros, uno frente al otro, y los otros dos están de pie detrás de los brazos de esos sofás,

formando un semicírculo con toda su atención puesta en mí.

¿Será que les estoy mostrando mucho mi cuerpo? Ya sé que mis pezones están dolorosamente duros, pero… ¿el vestido deja ver eso? ¡Dios, espero que no! Milena, ¡concéntrate! ¡Enfócate!

A mi izquierda, sentado, hay un hombre de cabello rubio oscuro vestido con un conjunto de pantalón, chaleco y camisa, con las mangas dobladas hasta los codos. Su rostro es anguloso y liso, tiene la mandíbula marcada, ojos verdes y labios delgados.

Mi corazón da vueltas dentro de mi pecho, pero lo obligo a calmarse. *Es momento de trabajar, corazón. Puedes enloquecer cuando estemos solos, acostados en nuestra nueva cama suave, en un cuarto que ya no tenemos que compartir con nadie. ¿De acuerdo? ¡De acuerdo!*

Si mi pobre corazón tuviera forma humana, daría pequeños saltos para prepararse, haría crujir su cuello y ensayaría un gancho de derecha y uno de izquierda antes de asentir con determinación.

Él no está loco. Sabe que el confort recién adquirido no es algo que queremos perder. Esbozo una sonrisa, ignorando el nerviosismo que me hace tamborilear los dedos de los pies dentro de las sandalias de tacones altísimos. Ahora, indiscriminadamente, giro el cuello, observando cada uno de los rostros que me miran de vuelta.

—Déjame adivinar —propongo, y algunas cejas se levantan con sorpresa—. ¡Pedro! —Señalo al hombre del chaleco—. Héctor —me dirijo al moreno de mentón cuadrado, barba cerrada, ojos marrones y cabello desordenado, vestido con unos jeans oscuros, camiseta y chaqueta de cuero negra, de pie a su lado—. Arthur. —Me acerco al otro hombre de pie, un rubio más, con porte de surfista y tan musculoso como Bruno. Sus ojos verdes tienen un brillo divertido—. Y tú solo puedes ser Conrado —concluyo, señalando al segundo hombre sentado.

Su cabello y barba son muy oscuros, sus ojos tienen un azul grisáceo, y su forma de mirar es investigadora. Es el único que lleva traje y corbata.

—¡Vaya! ¡Impresionante! ¿Te describió en detalle cómo éramos? —pregunta Arthur, el de mirada divertida, con una voz ligera. Si Bruno no es el payaso del grupo, probablemente lo sea Arthur.

—Hizo algo mejor —finjo confesar, y todos levantan las cejas, curiosos. Mantengo la información por unos segundos, alimentando su expectativa—. ¡Me mostró fotos!

Las risas llenan el lugar, unas fuertes, otras más suaves. Giro el rostro hacia Bruno, que también sonríe con esa expresión de niño que hace que mi pecho se derrita.

Él tira de mi cuerpo hacia sí y planta un beso en mi cuello. Que Dios me ayude a sobrevivir esta noche, porque este hombre definitivamente no lo hará.

—¿Quieres beber algo? —pregunta Bruno.

—¿Tienen Coca-Cola?

Me mira con una expresión extraña, como si no pudiera creer lo que acabo de pedir.

—¿En serio? —pregunta, confirmando mis sospechas.

—Puedes pedir lo que quieras. ¿Estás segura de que quieres Coca-Cola?

—No bebo —explico—. Nada alcohólico, al menos —añado en voz baja, y él asiente con la cabeza, aunque su rostro deja clara su incomprensión.

Llama a la mujer uniformada detrás del bar y pide mi Coca-Cola y un cóctel llamado *Pink Elephant*. Me causa gracia saber que un hombre de su tamaño va a beber algo con ese nombre.

***

Los chicos, como los he apodado mentalmente, se mantienen atentos a cada uno de nuestros movimientos, investigándonos, tal como mi supuesto novio me advirtió que harían.

Nos sentamos, la empleada nos sirve, y descubro que el cóctel, en realidad, es para mí.

Bruno me pregunta si lo he probado antes, y cuando respondo que no, parece extrañamente satisfecho al descubrirlo. Me deja claro que no tengo que beberlo, pero, si quiero probarlo, está ahí.

Por alguna razón, cree que me va a gustar la mezcla de espumante, vodka, menta, limón y fresas. Confieso que cuanto más miro la copa, más ganas tengo de probar un sorbo para descubrir su sabor.

—¡Van a asustarla, carajo! —reclama Bruno cuando, cinco minutos después de sentarnos, nadie hace más que observarnos como si fuéramos un animal extinto.

Al principio, pensé que trataban de hacerme sentir cómoda. Luego, empecé a sentir exactamente lo contrario, y dejé que mi mirada vagara por el lugar.

Ninguna de las pocas imágenes que encontré en Google pudo pintar la imagen completa de este lugar, especialmente del camarote. No había ninguna disponible en línea.

El Club Carmesí podría llamarse Club de Lujo, y estoy segura de que nadie se atrevería a contradecirlo. Desde los muebles refinados hasta la inmensa cantidad de tecnología repartida por todos los rincones, no hay duda de lo exclusivo que es este lugar. Estoy casi segura de haber visto a un diputado famoso en el piso de abajo cuando llegué.

—Perdón. Solo estamos tratando de entender —dice Pedro, ignorando la expresión contrariada de su amigo sentado a mi lado, con el brazo sobre mis hombros y una mano en mi muslo. No estoy temblando, y eso debería significar algo, ¿cierto?

—¿Entender qué? —pregunto, aunque su mirada me dice que es una pregunta trampa.

—¡Por qué estás saliendo con este tipo! ¡En serio! ¡Mírate! Estoy seguro de que tienes opciones mucho mejores. —Gesticula con las

manos, queriendo demostrar que está diciendo algo obvio. Sonrío, realmente divertida, porque los otros tres asienten con la cabeza mientras Bruno bufa, insatisfecho—. Aquí mismo, en esta sala, tienes cuatro opciones. —Hace un gesto señalándose a sí mismo y a los demás, que ahora están sentados juntos en el sofá frente a mí—. ¡En serio! ¿Por qué?

Frunce el ceño y niega en silencio. Giro el rostro para mirar a un Bruno malhumorado, sin poder contener mi propia sonrisa.

—Bueno, déjame ver... —Inclino la cabeza, fingiendo pensar, y Bruno levanta una ceja—. Sabe besar muy bien, ¿sabes? —respondo a los chicos, sin apartar los ojos de los suyos. Siento mis mejillas calentarse de inmediato cuando su frente se frunce en sorpresa, segundos antes de que una sonrisa traviesa se extienda por sus labios—. Y tiene acceso a lugares muy geniales, como este.

Evito la intensidad de su mirada, volviéndome hacia sus amigos.

—Otra vez... —Conrado comienza, haciendo una pausa, fingiendo incomprensión. Me resulta gracioso verlo hacer esta broma, a pesar de parecer el más serio de los cinco—. ¡Cuatro opciones mucho mejores en esta sala y con los mismos beneficios! —Levanta las manos y, de nuevo, los otros tres asienten.

Bebo unos sorbos de mi Coca-Cola, escondiendo mi sonrisa detrás del vaso.

—Vamos, preciosa —sugiere Arthur, y aunque apenas lo conozco, la sonrisita en la esquina de su boca es suficiente indicativo de que está a punto de decir una tontería—. Al menos deberías probarnos a todos antes de tomar una decisión.

Habla como si propusiera degustar copas de bebida y no hombres. Me atraganto con mi refresco.

El ataque de tos es inevitable. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Me giro, escondiendo mi rostro sin aire en el pecho de Bruno, y lucho por recuperar el control de mi respiración. Pero es muy difícil, porque quiero dejar de toser y reír al mismo tiempo. ¡Dios mío! ¡Qué locura!

Bruno pone sus manos en mis mejillas y me obliga a mantener los ojos en los suyos.

—Respira despacio, cariño —me dice, y hago un esfuerzo por lograrlo. Varias toses después, el aire finalmente empieza a circular correctamente en mis pulmones, y dejo de pensar que voy a morir —. Perfecto. ¿Quieres agua? —Niego con la cabeza, y como si supiera que no seré capaz de mirar a sus amigos por ahora, al menos no de inmediato, anuncia—. ¡De acuerdo! ¡Eso fue suficiente! —Se gira hacia los chicos y su tono es de advertencia. Luego vuelve a mirarme—. ¿Qué te parece si conocemos el club?

Lamo mis labios antes de asentir.

La idea de pasar toda la noche en este camarote en mi primera visita a una discoteca ya me estaba frustrando un poco, y después de la sugerencia de Arthur, que aunque graciosa también fue bastante incómoda por mi reacción, salir de aquí es, literalmente, juntar lo útil con lo agradable.

—¡Pero acaba de llegar! —protesta él, como un niño al que le guardaron el juguete porque es hora de cenar.

—Y no supieron comportarse —es todo lo que dice Bruno antes de levantarse, instándome a hacer lo mismo—. Y si cuando regresemos todavía no descubrieron cómo se hace, juro por Dios que nos vamos.

24.

BRUNO MAGALLANES

Mi deseo es meter a Milena en el elevador, bajar al segundo piso del club, entrar con ella a una de las habitaciones privadas y terminar lo que comenzamos en la puerta del camarote, pero esa ni siquiera es una opción.

Sentarme a su lado, con su cuerpo tan cerca, sabiendo que esas migajas serían todo lo que tendría, empieza a parecer tortura después del primer minuto, y entonces esos hijos de puta la estaban devorando con los ojos sin ningún pudor, otra vez.

No quería haber dejado de besarla. No quería tener que compartir su atención con esos cuatro imbéciles, después de finalmente entender lo que necesito para acabar con este deseo que no es solo por sexo, sino por sexo con ella.

Supe en el instante en que mi boca tocó la suya, solo para ser recordado en el siguiente instante de su resolución de que nuestro acuerdo no incluiría sexo.

Y si eso no fuera suficiente, estaba el comentario de Arthur, o más precisamente, mi reacción a él. Para quienes no nos conocen, las palabras del cretino hasta podrían sonar como una broma, pero yo sé bien cuán en serio podrían ser tomadas, como tantas veces lo han sido.

El problema es que la perspectiva que generalmente me excitaría, me dejó al borde del descontrol, no por celos, sino por puro egoísmo.

Y aunque nunca me faltaron defectos por los cuales pudieran acusarme, el descontrol nunca fue uno de ellos. Incluso mis movimientos más irresponsables siempre fueron calculados.

Sin embargo, en el segundo en que vi a Milena esta noche, mi dominio sobre mí mismo parece haberse evaporado.

Bastó escuchar la estúpida sugerencia para verme a punto de perder la cabeza si no sacaba a Milena de ese camarote de inmediato.

El mismo lado que no quería dejar de besarla, se negaba a compartirla, aunque solo fuera en pensamientos, antes de que, primero, tuviera la oportunidad de probarla yo solo.

Pero no la probaría, me reprendo, obligándome a salir de mis propios pensamientos, empezando a ver lo que está frente a mí en lugar de solo ver y moverme en automático, y lo que veo no me ayuda mucho.

Sosteniendo mi mano, Milena camina adelante, abriendo espacio entre la gente en el primer piso del club. Mis ojos resbalan por sus hombros, su espalda, sus caderas, su culo redondo y sus piernas delineadas por la falda ajustada del vestido.

Su cabeza se mueve, deslumbrada, mirando a todos los lugares que alcanzan sus ojos hasta que se fijan en los espejos que rodean el entrepiso. Gira sobre sí misma, bebiendo la visión proporcionada por los reflejos hasta estar frente a mí.

—¿Esos espejos? —pregunta y gracias a la corta distancia entre nosotros, al mar de personas a nuestro alrededor y la música explotando en el vacío, no la escucho.

Puedo leer sus labios y eso debería ser suficiente. Sin embargo, como otra prueba de mi descontrol, envuelvo mis brazos en su cintura y la jalo hacia mí. Su boca golpea mi oreja con el tiempo perfecto para escucharla jadear.

Mi verga reacciona de inmediato, deseando que fuera para ella. Debo estar volviéndome loco. Y mientras no puedo pensar en nada más desde que nos devoramos, desde que salimos del camarote, Milena parece mucho más interesada en las luces, en el bar, lleno de

bebidas que no bebe, en el escenario e incluso en las personas a nuestro alrededor que en mi compañía.

Ella correspondió al beso y lo hizo de puta madre, entonces ¿por qué demonios, ahora que volvemos a estar solos, está interesada en el escenario, en el DJ, en los malditos espejos y en cualquier cosa que no sea mi boca, si todo lo que quiero es la suya?

—Son los vidrios de los camarotes. Los que están dentro pueden ver todo, los de afuera no ven nada —susurro en su oído.

Su cuerpo se derrite en mis brazos. Su reacción es tan deliciosa como su boca y me imagino metiéndole la verga a Milena contra esos espejos. ¿Le gustaría la falsa sensación de estar siendo observada por todas las personas que están aquí abajo? Ella se separa de mi cuello y encuentra mi mirada.

—¿Como en las salas de interrogatorio de la policía?

La comparación inocente me divierte. Mierda, ¡qué diferentes son nuestros pensamientos!

—¿Salas de interrogatorio? —pregunto, con la boca muy cerca de la suya.

—Me gustan las series de TV.

Sonríe levemente y se encoge de hombros, aprovechando para alejarse.

Toco su mejilla y deslizo el pulgar allí varias veces. Milena cierra los ojos brevemente, disfrutando la caricia, pero tan pronto los abre, está determinada a escaparse de mí.

Eso queda claro cuando inclina la cabeza hacia atrás y mira hacia arriba, como si estuviera buscando algo.

—¿Ese es el nuestro? —pregunta, señalando uno de los camarotes después de estudiar varios. Se equivoca por dos.

—Ese de allá. —Señalo el segundo a la derecha del que ella había indicado y su cabeza asiente, de acuerdo. Vuelve a mirarme y antes

de que abra la boca o logre desviar la mirada, me descontrolo otra vez—. ¿Bailas, Milena?

Mi propuesta no tiene nada que ver con el hecho de que estoy seguro de que hay cuatro imbéciles siguiéndonos a través del vidrio, allá arriba, y tiene todo que ver con el hecho de que quiero su atención, y participar de su exploración del club parece la única manera de conseguirla. Milena inclina la cabeza, empezando a sonreír.

—¿En público?

—Creo que sí —ironizo, con los ojos entrecerrados, ya que estamos en medio de la pista de baile. Me da un leve golpe, quejándose.

—Nunca he intentado —confiesa antes de morderse el labio. Mierda, quiero morderlo también.

—¿Y qué piensas de hacerlo por primera vez?

—¿Contigo?

Suena sorprendida y la jalo aún más, ajustando su cuerpo al mío y comenzando a moverme, haciendo que ella se mueva conmigo. Su risa se sobrepone al sonido de la música, tan deliciosa como ella, y no pasan ni dos minutos antes de que Milena se suelte.

Ella mueve las caderas con destreza y me veo liberándola de mis brazos. La chica sabe exactamente qué hacer con la libertad de movimiento, diciéndome sin usar una sola palabra que sí, cuando está sola, baila, y le encanta.

Mis ojos no son los únicos atraídos por su cuerpo en movimiento, cada maldito par de bolas a nuestro alrededor parece prestarle la misma atención que yo, sin embargo, los únicos ojos en los que su par de piedras azules está concentrado son los míos.

Es en mis brazos donde ella gira y hacia ellos vuelve a cada movimiento más osado, haciendo mucho más que bailar conmigo,

como propuse, pero bailando para mí y esa certeza es jodidamente buena.

La secuencia de canciones explosivas es reemplazada por un ritmo un poco más lento, pero intenso, y los movimientos de la mujer frente a mí siguen el cambio, ganando una sensualidad natural y completamente hipnótica.

Milena levanta los brazos por encima de la cabeza y suelta el cuerpo en caderas rítmicas. Su cabello se mueve como una nube castaña oscura, pegándose a su frente, que ya tiene una fina capa de sudor después de unos bailes, igual que sus brazos, cuello y torso. Pero lo que hace que su baile sea el movimiento más sexy que he visto en mi vida es la sonrisa en su rostro.

Hay una belleza diferente en el descubrimiento de Milena. La felicidad en su rostro es ligera, libre y hermosa. De nuevo, escurriéndose por los rincones de mi conciencia, esa extraña satisfacción por haber sido yo el responsable de su sonrisa se instala en mi pecho.

***

—Está bueno, pero aún prefiero Coca-Cola.

Milena lo dice después de dar un trago al segundo Pink Elephant que le pedí, movido por ese deseo extraño de querer que pruebe todo, de ser yo quien le provea eso, ya que ni siquiera tocó el primero.

Me río de su comentario, pero estoy de acuerdo, extendiéndole el vaso de Coca con hielo y limón. Sentada en el banco del bar, sudada, con la cara, el cuello, los brazos y el torso calientes, lleva el vaso a la boca, bebiendo más de la mitad de un solo trago, pareciendo más que nunca la chica que es.

Milena no está preocupada por parecer sensual, fue al baño y ni siquiera aprovechó para retocar el maquillaje o alinear el cabello. Volvió con las ondas igual de voluminosas que antes y sin el

pintalabios rojo que ya se perdió de sus labios en algún momento de la noche.

—¿Quieres subir? —le ofrezco y ella muerde los labios, pensativa.

—¿Podemos quedarnos aquí abajo un poco más?

—¿Quieres bailar más o estás huyendo de lo que sabes que vas a encontrar en el camarote?

Se ríe y despacha mi pregunta con un gesto.

—Ah, no. Los chicos parecen buena onda. Un poco tontos, sin filtro, seguro. Pero buena onda.

—¿Los chicos?

—Repetir a Arthur, Héctor, Pedro y Conrado lleva demasiado.

—¿Entonces eres floja? —No puedo evitar sonreír al preguntar.

—Solo cuando me conviene —acuerda, antes de soltar una risa.

—¿Y además de decir nombres en secuencia, en qué otras ocasiones te conviene?

—¡Al hacer ejercicio! A diferencia de ti, odio hacer ejercicio.

—¿Y cómo sabes que me gusta? —Sus ojos dejan mi rostro y bajan lentamente. Recorre mi cuello, hombros, pecho y muslos en una respuesta silenciosa antes de desviar la mirada. Ah, Milena. Pero ni loco vas a escaparte de esto. Bajo del banco y con solo un paso, me encajo entre sus piernas, aunque el vestido ajustado no me permita acercarme tanto como quisiera—. ¿Cómo, Milena?

Su lengua lame sus labios despacio y ella deja el vaso sobre el mostrador del bar.

Sorprendiéndome, sus brazos rodean mi cuello y sus muslos aprietan los míos. Mi verga, que no me dio tregua toda la noche, pero que ya se había resignado a no acercarse a donde realmente quería estar, reacciona ante la proximidad voluntaria de Milena, abandonando la postura floja y endureciéndose por completo.

Sus manos se deslizan por mis hombros, acariciando los músculos con delicadeza antes de que sus dedos finos suban por mi nuca, erizándome por completo, y se entrelazan en los rizos cortos de allí.

—Creo que ellos hablan por sí mismos.

Ella sonríe, acercando su rostro al mío. Frunzo el ceño, sorprendido, pero satisfecho como nunca, y subo mi mano para meter los dedos en las raíces de su cabello por encima de su cuello.

Estoy a punto de acabar con la lenta aproximación y meterle la lengua en la boca, cuando siento una mano que no es la de Milena en mi hombro.

Exhalo con fuerza, queriendo mandar al jodido inoportuno a la mierda, pero antes de que pueda girarme para ver quién es, la voz familiar anuncia.

—Hola, parejita.

—Arthur —murmuro, molesto.

No sé si más por la interrupción o por darme cuenta de que toda la aproximación repentina de Milena no fue más que un teatro, y no ella finalmente admitiendo su propio interés, como creí en un principio.

Ella apoya la cabeza en mi hombro cuando me giro hacia mi amigo y su mirada observa atentamente mi reacción, que es rodear su cintura estrecha con mi brazo y acercarla aún más. El gesto que él hace es casi imperceptible, pero lo identifico, así como el brillo de curiosidad en sus ojos.

Se lo creyeron.

Pero, mierda, sería imposible no creer, ya que, contra todas mis expectativas y planes, cada una de mis reacciones fue genuina.

Es cierto que nada de esto durará tres meses, pero hoy, más que cualquier otra mujer que haya querido, quiero a Milena y, al menos, este deseo sirvió para algo más que frustrar mi verga.

—Soy el mensajero —avisa Arthur, levantando las manos e indicando nuestro reservado con la cabeza—. Vine a avisar que nos vamos —dice, como código para "vamos a bajar al lugar donde la verdadera fiesta va a empezar".

Espero algo de envidia o, al menos, disgusto por no hacer lo mismo, después de todo, creo que la última vez que uno de nosotros cinco estuvo en el primer piso de Carmesim tanto tiempo fue el día de su inauguración.

Nuestras visitas siempre empiezan, como mínimo, en el segundo piso, donde las cosas se ponen interesantes. Extrañamente, no siento nada más que satisfacción por estar exactamente donde estoy.

—¿Tan pronto? —pregunta Milena inocentemente y Arthur se encoge de hombros, evitando mentir.

—Fue un placer conocerte, Milena —dice, acercándose para dejarle un beso en la mejilla y yo resoplo. Cretino. Milena levanta la cabeza, dejando mi hombro vacío y acepta el saludo—. Espero verte el domingo.

—¿Qué pasa el domingo? —le pregunta a él, pero mira hacia mí y yo luego lo miro, hijo de puta.

—Nada —respondo entre dientes.

—¡Ay, no seas gruñón, Bruno! —me dice antes de centrarse en Milena—. Una fiesta, en mi barco, espero verte ahí.

—Ni loco, no son confiables para eso —declaro, sabiendo bien qué tipo de cosas pasan en las fiestas de cualquiera de nosotros. No en las mías, al menos por los próximos tres meses; y él resopla.

—¡Hipócrita! —me acusa—. Y Milena es lo suficientemente grande para decidir dónde quiere ir. ¡Deja de tratarla como una virgen inmaculada! Si quieres ir y este imbécil se niega a llevarte, llámame. Él tiene mi número. Y tú, deja de comportarte como un idiota y llévala. ¡Sin ella, estás desinvitado! —exclama, dándome un empujón

en el pecho con las cejas levantadas, dejando claro que habla en serio. Ir solo no es una opción. Hijo de puta.

Claro, porque voy a negarme a llevarla, pero le daré tu número. Definitivamente, imbécil. Es lo que me gustaría decir, sin embargo, solo pongo los ojos en blanco, negándome a darle esa satisfacción.

En lugar de eso, observo cómo el rostro de Milena se pone rojo rápidamente con el comentario invasivo, como siempre. Arthur se va, dejando un ambiente muy diferente al que encontró al llegar.

Los ojos azules frente a mí vagan sin rumbo durante algunos segundos, sus dientes se hunden en el labio inferior y, cuando Milena vuelve a mirarme, sé que está a punto de hacerme una pregunta antes de que abra la boca.

—¿Por qué no quieres llevarme? Pensé que demostrar a los chicos que estamos juntos era el objetivo —dice, con la cabeza inclinada y el puchero en los labios, dejando claro que su pregunta no tiene nada que ver con confusión, sino con curiosidad.

—Las fiestas de Arthur no son el ambiente para ti, Milena. —Sus ojos se abren, sus cejas se fruncen y su boca abandona el puchero para abrirse en una sorpresa indignada, sin embargo, no dice nada y yo me doy cuenta de que tendré que ser más claro. Suspiro y llevo una mano a mi ceja, rascándola mientras mantengo la otra en su cintura—. Piénsalo un poco, Milena. Arthur, el soltero convencido que te dijo que debías dormir con él y otros tres antes de decidir quedarte conmigo, hace una fiesta en un barco. Sabes lo que pasa...

—Nunca he ido a una fiesta en un barco.

—El lugar realmente no importa, Milena. Lo que pasa ahí es lo mismo que pasa en cualquier otra fiesta. Hombres solteros, algunas mujeres en la misma situación, entra el alcohol, las ropas salen, y lo que pasa después de eso, ya sabes, ¿cierto? —explico sonriendo, pero si antes su rostro se puso rojo, ahora parece estar a punto de explotar.

Ella traga rápido, aparta la mirada y luego toma el vaso de Coca-Cola que había dejado sobre el mostrador como si fuera un salvavidas y se esconde detrás de él, bebiendo lo que queda del refresco con una lentitud injustificada.

Primero, me divierto con su reacción, pensando que será solo otro caso de vergüenza al más mínimo indicio de que el tema sexo saldrá a la luz. Sin embargo, cuando solo queda hielo en su vaso y sigue con el sorbete en la boca, negándose a admitir que la bebida se acabó, solo para no darme una respuesta, mi mente no puede mantenerse indiferente al gesto y comienza a pensar en las posibles razones detrás de ello.

Milena desvía la mirada, huye de mi vista, casi como si temiera que, si abriera la boca o mantenía mi atención por más de tres segundos seguidos, descubriría un gran secreto suyo.

De pie, entre sus piernas, estudio su perfil intentando entender qué puede estar pasando por su cabeza castaña oscura. Parpadeo y aparto el rostro cuando una idea cruza mi mente, pero no, mierda. Ni por casualidad.

Como si supiera exactamente lo que está pasando por mi cabeza, ella se gira hacia mí, pero, demasiado rápido, aparta la mirada, huyendo de nuevo y dándole fuerza a la alternativa que no quiero creer. Tomo su mentón entre mi pulgar e índice y, con delicadeza, acerco su rostro al mío.

El fenómeno del principio de la noche se repite y todo lo demás desaparece de mi visión. Somos solo nosotros dos y antes de hacer la pregunta, su rostro, tan fácil de leer, me responde. Parpadeo varias veces, atónito por la comprensión.

¡Carajo! ¡Soy un idiota! ¡Un maldito idiota! ¿Cómo no lo vi antes? Cómo no lo entendí antes. Su afectación solo por mi cercanía, sus miradas furtivas, su sensibilidad a los toques más mínimos, su reacción cada vez que se menciona el tema sexo y, por supuesto, su categórica negativa, antes incluso de que se hiciera una propuesta, a acostarse conmigo.

Atribuí todo esto a la inexperiencia y ¡puta madre! ¡Era eso! ¡Era de verdad! La certeza llega sigilosa, pero se instala con soberanía, conectando cada punto perdido, recuperando cada palabra olvidada y cada indicio desperdiciado.

En segundos, el mapa está completo en mi cabeza, eliminando cualquier duda o esperanza que pudiera haber tenido de estar equivocado, y por tercera vez en esta noche, me doy cuenta de que estoy más jodido de lo que creí estar solo un minuto antes.

Primero, cuando me di cuenta de que estaba ansioso por la llegada de Milena.

Después, cuando me vi deseando probar su boca sin ningún otro objetivo que no fuera sentir su sabor.

Y ahora, cuando me doy cuenta de lo que siempre estuvo frente a mis ojos y, aún así, me negué a verlo hasta que fue demasiado tarde.

La chica por la que pasé la noche entera babeando es una tremenda virgen, y ni siquiera esa es la peor parte.

Estoy tan jodidamente perdido que, a pesar de saber esto, mi verga sigue tan dura por ella y para ella como en el momento en que sus muslos me apretaron y creí que estaba a punto de admitir que está tan atraída por mí como yo por ella.

25.

MILENA GARCÍA

Pegó el cuerpo contra la puerta de mi habitación, soltando finalmente la respiración. La sensación que tuve durante el trayecto desde la discoteca hasta casa era que si cualquier oxígeno salía por mi boca o nariz, iba a explotar.

Hice como si dormía en el coche para no tener que lidiar con la presencia embriagadora de Bruno por más tiempo o con el hecho de que ahora él sabe.

Ninguna palabra se dijo sobre el asunto, pero estoy segura de que mi reacción estúpida a sus palabras sobre lo que suele pasar en las fiestas de Arthur me delató. Su descubrimiento estaba escrito en su rostro, esparcido por todo él, como probablemente mi verdad lo estaba en el mío.

No es que fuera un secreto, no lo era. Tampoco es algo de lo que avergonzarme. Es solo que la última forma en que esperaba que la noche de hoy terminara era con Bruno descubriendo mi... virginidad.

Nada en esta noche salió como esperaba, desde el momento en que puse mis pies en Carmesim y descubrí ese mundo de lujo, hasta el instante en que la mirada de Bruno se cruzó con la mía después de su descubrimiento, y todavía estaba lleno de esa... cosa rara entre nosotros dos.

Esa cosa que me ilumina como un árbol de Navidad y me hace prisionera del deseo de que la promesa en su mirada, de que sería capaz de devorarme con solo una caricia, se cumpla. ¿Cómo debería soportar esto durante los próximos tres meses?

Los recuerdos de la noche me asaltan. Las miradas, el beso, las caricias, la manera en que Bruno parecía realmente interesado en cada uno de mis gestos. Cómo sonreía cuando yo sonreía, cómo tomaba respiraciones profundas en mi cuello o cabello, cómo

deseaba desesperadamente un segundo, un tercero, un cuarto y un millón de besos de él.

Y hasta el hecho de que respetó mi negativa a hablar del tema, aunque se hizo evidente que entendió lo que traté de ocultar con mi silencio. Sería tan fácil creerlo. Tan fácil.

Cuando paro de temblar, dejo la pequeña bolsa en mi mano sobre el suelo y, un pie tras otro, me quito las sandalias. Mis pies se hunden en la alfombra suave de la habitación, toda en tonos grises, rosados y blancos, enciendo el aire acondicionado y voy directo al baño, desesperada por agua fría.

No sirve de nada.

Después de casi media hora bajo el agua, la potente ducha aún no calma mi piel, mis músculos parecen haberse convertido en brasas y estoy casi segura de haberlos oído chisporrotear cuando el primer chorro tocó la piel que los cubre. Frustrada, salgo de la ducha aún mojada y dejo el baño sin ponerme ni siquiera los pijamas colgados. Es posible que se enciendan si los toco.

El contacto del aire frío con el cuerpo mojado es agradable, pero aún no es suficiente. Me tumbo en la cama con la cabeza y el pecho llenos, insoportablemente llenos. El roce de las sábanas parece acentuar la necesidad que vibra dentro de mí. Tengo la impresión de que podría alcanzar el orgasmo solo con una mirada de Bruno a mi cuerpo desnudo en este momento, y basta pensar en ello para que la imagen cobre forma detrás de mis ojos cerrados.

Lo escucho antes de verlo. La puerta de mi habitación hace un sonido suave, son sus pasos pesados los que me alertan de su llegada.

Lamo mis labios con expectativa, pero él no se acerca. Oigo el "clic" de la puerta cerrándose, el "clic" de la llave girando y luego el sonido amortiguado de su espalda tocando la madera. Mi respiración es ruidosa y, aunque tengo los ojos cerrados, sé exactamente dónde está.

Está apoyado en la puerta, con una pierna doblada y la otra estirada, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos deslizándose por mi piel, descubriendo cada rincón expuesto única y exclusivamente para él.

—Abre las piernas para mí, nena —dijo, usando el apodo cariñoso que hizo que mi corazón se rebelara esta mañana, y yo me abrí—. Hermosa como siempre, Mile. —Su voz sonó rasposa, penetrando mis oídos y acariciándome como un susurro—. Quiero verte tocarte. Hazlo para mí, Milena —ordenó, y no necesito escuchar dos veces para, nuevamente, obedecer.

Comienzo por el cuello, mis manos deslizándose por él, y mis músculos recuerdan inmediatamente la sensación de tener a Bruno sosteniéndome allí, aplicando la presión perfecta mientras su boca dominaba la mía.

Gimo, sintiendo la pulsación entre mis piernas abiertas aumentar. Mi clítoris late con dolor y mi excitación, por primera vez en la vida, se derrama.

Mi "novio" de mentira emite un sonido bajo, proveniente directamente de su garganta, y sé que está viendo lo que siento. Estoy mojándome por él, para él. Bajo las palmas de mis manos hasta mis pechos.

Los pezones, duros como piedras, se quejan cuando los aprieto entre los pulgares e índices, y me muevo en la cama, cerrando las piernas y presionando un muslo contra el otro.

—Piernas abiertas, Milena. Mantén esa zona bien abierta para mí —dice con dureza, y como no queda ni un rincón de mi cuerpo sin ser afectado por el deseo, su orden agrega una nueva capa de desesperación a mi necesidad latente—. Eso es, sigue así. Quiero ver esos dedos llegar al... punto sensible —incitó cuando mis manos dejan mis pechos y bajan por mi abdomen.

Clavo las uñas en los costados de mi cuerpo y sigo bajando, imaginando que si fueran sus manos en lugar de las mías, su contacto no sería suave ni delicado, sino brusco y posesivo.

Una risa baja alcanza mis oídos y sé que acerté. Esparzo mis manos en los costados de mis muslos y los aprieto. El temblor en mi abdomen es real, esperando estar tan cerca del lugar donde realmente quisiera ser tocada en este momento.

Mis manos alcanzan el interior de mis muslos, siento gotas de sudor acumulándose en el espacio entre mi nariz y boca, las sábanas punzan mi espalda y culo. Me restriego contra ellas con fuerza.

—Tsc, tsc, tsc —Bruno chasqueó la lengua en negativa—. No te cojas la cama, nena. Quiero verte... tocándote.

Suelto una respiración profunda, rebosante de excitación, cuando finalmente mis dedos alcanzan el lugar más sensible y los muevo suavemente sobre la zona cubierta de vello corto, descendiendo por los labios vaginales y luego subiendo nuevamente. Un gemido bajo escapa de mi boca.

—Ábrete bien, hermosa —ordena, y con una mano, abro los labios exteriores. El viento frío acaricia mi clítoris ahora expuesto, y es imposible mantenerme callada.

—Bruno… —susurro su nombre, débilmente.

—¿Estás... excitada, querida?

—Lo estoy, Bruno. Por favor, por favor —ruego, suplico, aunque no sé por qué.

Es mi cuerpo el que está en juego, pero cuando la autorización llega, sé que no podía haber hecho nada antes de recibirla.

—Tócate, Milena. Tócate hasta que llegues a acabar.

Y yo lo hago.

Comienzo con movimientos arriba y abajo, pero conforme pierdo el control, empiezo a moverme en círculos, descendiendo hasta llegar a la vulva, ansiosa por una sensación que todavía me resulta desconocida, pero por la que todo mi cuerpo late.

Sin embargo, antes de que pueda continuar, escucho un gruñido de negación.

—Ni lo pienses. Solo yo puedo tocarte, querida. Mantén esos dedos afuera —me advierte, y no tengo tiempo para protestar.

No cuando estoy tan cerca del límite. Vuelvo a frotarme el clítoris, como si mi vida dependiera de ello, y en realidad depende. Si no llego al clímax en los próximos segundos, me volveré loca, y vivir de esa manera no es vivir.

El calor que envuelve mi cuerpo está por todas partes mientras gimo sin pudor, mi boca abierta está seca y mi mandíbula duele por la fuerza con que la mantengo abierta, pero no me importa, todo lo que quiero es llegar ahí.

Más placer, necesito más. Acelero los movimientos, escucho el sonido de la cremallera de Bruno abriéndose e imagino que se está bajando la ropa interior, sujetando su verga bien dura y enorme. Lo imagino masturbándose para mí mientras me ve hacerlo para él, y entonces exploto.

El orgasmo es abrumador y doloroso. Muero de la vergüenza de gritar su nombre, ahogando el sonido en mi brazo, y sé que si no lo hubiera hecho, la casa entera se habría despertado.

Mi cuerpo entero tiembla, sacudido por el orgasmo más intenso que he tenido nunca.

Sola, sudorosa, chorreando flujo y con los dedos presionando mi clítoris, una certeza me golpea tan fuerte como el orgasmo que acabo de tener: estaba completamente loca cuando pensé que superaría este trimestre psicológica y físicamente indemne. Ya siento que me estoy volviendo loca y hoy solo es el primer día.

26.

MILENA GARCÍA

¿Tienes miedo a las alturas? Esa era la pregunta que recibí ayer de Bruno y que me hizo fruncir el ceño. ¿Qué tipo de pregunta era esa? Después de la noche del viernes, esperaba muchas preguntas, pero esta, definitivamente, no era una de ellas.

Respondí que no, y al poco tiempo, recibí otra pregunta: *¿aún quieres ir a la fiesta de Arthur?*

Esta no la respondí tan rápido. Me tomé unos cinco minutos tratando de entender qué pasaba por la cabeza del hombre que estaba detrás de esa pregunta.

No tenía que preguntarme eso, y aún así lo hacía. Tampoco necesitaba ahorrarme nada, pero aun así, esa fue la decisión que tomó solo, y ahora me daba la oportunidad de cambiarla.

¿Por qué? No tenía respuesta para eso, pero al final de mis divagaciones, ya tenía la respuesta para su pregunta.

Sí, quiero. Escribí y envié.

Quería ir desde el momento en que el amigo de Bruno mencionó la fiesta, tenía curiosidad. Y si la advertencia de Bruno sobre lo que pasa en eventos como ese sirvió para algo, fue para aumentar aún más mi curiosidad.

Quería verlo con mis propios ojos y, solo entonces, decidir si, como él había dicho, ese era o no un lugar para mí.

La verdad es que no tenía idea, y junto a un pequeño ejército de otros sentimientos, la ansiedad marchaba dentro de mí, pisoteando mi estómago con pasos firmes y cada vez más intensos.

Tan rápido como pude, recibí el último mensaje que me había enviado: *Está bien. Davi te va a buscar a las 8:00. Prepara algo de ropa de repuesto. Hasta mañana.*

No dijo nada más. No mencionó que sabía sobre mi virginidad, no sugirió qué debía ponerme, ni a qué hora regresaríamos. Ahora, aquí estoy.

Unos golpes suaves se escuchan en la puerta y mi madre mete la cabeza dentro.

—El coche llegó —avisa antes de sonreír y observar mi cuerpo con atención—. Estás hermosa.

Miro el reflejo en el espejo, revisando por lo que debe ser la milésima vez el bikini azul marino de tela lisa y escote profundo.

La parte de arriba tiene tirantes anchos, imitando una camiseta y marcando perfectamente el valle de mis senos. En la espalda, los tirantes se transforman en líneas, atadas a una tira algunos centímetros por encima de la cintura. La parte de abajo no es pequeña, pero es cavada, delineando las curvas de mis caderas y levantando el culo.

No estoy indecente, pero no recuerdo la última vez que me sentí tan expuesta. Mi mente, juguetona, muestra como si fuera un recuerdo de película, la imagen de mí misma, acostada en mi cama dos noches atrás, completamente desnuda, frotándome contra las sábanas mientras me masturbaba, fantaseando que Bruno me observaba.

El rojo se apodera de mi piel inmediatamente. Infierno. Bajo los ojos, coloco pulgar, índice y medio en la sien e inspiro profundamente.

¿Me avergüenzo? ¿Me arrepiento? ¡Para nada! ¡No soy de hierro, por Dios!

Y si él me mira hoy como me miró en nuestro último encuentro, no tengo dudas de que esta madrugada será un replay del viernes, porque no hay forma de que viva como un volcán a punto de entrar en erupción.

¿Qué quería? ¡Montarme sobre ese hombre! ¡Repetidas veces! Pero como esa no es una posibilidad, mis dedos y el vibrador que

compré ayer, junto con algunos bikinis, tendrán que servir. Tal vez esta noche sea el gran debut del juguete, después de todo.

No sé qué lo hizo cambiar de idea sobre ir a la fiesta, no lo dijo y yo no pregunté.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi madre y salgo del limbo que son mis propios pensamientos.

—Solo… —Miro hacia ella, dividida entre decir la verdad o tragarme las palabras. Paso la lengua por mis labios y acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja. Los ojos azules de mi madre esperan pacientemente hasta que me sienta lista. Con un largo suspiro, me doy por vencida—. Él me hace sentir cosas… —Es lo mejor que puedo hacer. Mi madre levanta una ceja y luego se suelta a reír.

—¿Él te hace sentir cosas? ¿Cuántos años tienes, Milena? ¿Doce?

—Cuando tenía doce años, lo máximo que sentía era ganas de golpear al hijo de don Malaquías. ¿Te acuerdas de él? —Me tiro en la cama, de espaldas, dejando las piernas colgando al borde.

Mi madre entra al cuarto y se sienta a mi lado, en la cama. Es impresionante cómo, en menos de una semana, su apariencia ha cambiado.

Sin necesidad de preocuparse por mí, por mis horarios de trabajo locos, o por los sacrificios que pensaba que estaba haciendo, su rostro se ve más relajado, tiene más color en sus mejillas y lo que antes eran ojeras profundas, ahora son solo sombras.

Y eso que los nuevos medicamentos y vitaminas, recetados por el médico particular con el que nos consultamos, aún no han tenido tiempo de hacer efecto. La perspectiva de cómo estará dentro de un mes o dos hasta alivia el peso que Bruno representa en mi pecho.

Si la clave para ver a mi madre bien es morir de ganas por aquello que no puedo tener, ¡está bien! Aguanto.

—¿Era Carlitos el nombre de él, no? El que les arrancaba la cabeza a sus muñecas y salía corriendo.

—Ese mismo. —Suspiro, recordando una época que no está tan lejana, pero que aún siento que fue hace una vida. Todo era mucho más simple. Para empezar, no había cuentas por pagar. Tampoco había problemas de salud o hombres irritantemente guapos, dejándome casi de rodillas con solo una caricia.

—Entonces. —Hace una pausa hasta que mi atención está completamente centrada en su rostro—. Tienes cinco minutos, porque el pobre conductor no merece esperar más que eso. Suéltalo —me avisa y cierro los ojos, apretándolos.

—Ese... Fingimiento... Puede estar afectándome más de lo que pensaba. Fui estúpida. Solo esa palabra justifica el que haya pensado que podría lidiar con Bruno tocándome o besándome cuando apenas podía respirar solo de verlo cada vez que lo atendía en la cafetería. —Como siempre que estoy nerviosa o ansiosa, me desahogo hablando como una ametralladora.

Sin embargo, mi mamá, siendo mi mamá, me entiende a la perfección. Después de todo, lleva dieciocho años lidiando con esto. Según ella, es una manía que tengo desde que aprendí mi segunda palabra.

—¿Todo eso? —pregunta, con una ceja levantada y aunque nunca hemos tenido este tipo de conversación, no me siento incómoda. Un poco avergonzada, sí, pero definitivamente, cómoda.

—Todo eso. —Meto los dedos en las raíces de mi cabello en la frente y los dejo allí mientras miro al techo—. Creo que no esperaba que mi cuerpo reaccionara, menos de una forma tan intensa, ¿sabes? Pensé que era algo platónico. Que la convivencia lo borraría. Que mi atracción por él sería como la que tenemos por actores o cantantes. Es solo un enamoramiento pasajero, una atracción por lo inalcanzable.

—Habla por ti, mi atracción por Liam Neeson no es nada platónica. En cualquier día, a cualquier hora, si ese hombre me

pregunta, le digo sí, por favor, dos veces, si es posible. ¡Tres, si tiene disposición!

—¡Mamá! —grito, tapándome los oídos—. ¡Por el amor de Dios! Las palabras crean imágenes. ¡Mamá! ¡No necesito esas imágenes!

—Ah, entonces yo puedo tener mi cabeza llena de imágenes de mi pequeña teniendo sexo, pero tú no puedes tener imágenes mías. ¡Qué justa, señora Milena! ¡Qué justa!

—Nunca dije que quería tener sexo —argumento, pero es inútil.

—"Él me hace sentir cosas" —repite mis palabras con una voz aguda y hace el gesto de las comillas con los dedos. Respiro frustrada—. ¿Y cuál es el problema con sentir?

—Puedo ser inexperta, pero no soy estúpida, mamá. Aunque él no me lo haya dicho directamente, sé que hombres como Bruno no están interesados en lo que yo tengo para ofrecer.

—¿Y qué sería eso? No me digas que estás escribiendo sus nombres con marcadores de colores en hojas de cuaderno, porque si es así, definitivamente eso es algo que deberías haber dejado de hacer a los doce años.

—¡No, mamá! Pero... pero...

—¿Pero qué, Milena? —Refunfuño cuando no encuentro la justificación que estaba buscando—. Vamos a hacer algo mejor. ¿Qué tal si dejas de preguntarte qué quiere o no quiere Bruno y te enfocas en ti? ¿Qué quieres tú, hija?

La pregunta me provoca una risita tonta, porque la respuesta a esa pregunta no necesita ni un segundo para ser encontrada.

—Sentarme sobre él hasta desmayarme —digo, y luego me río.

Las cejas de mi mamá se levantan, endereza los hombros y entrelaza los dedos sobre su regazo.

—Entonces ya tienes tu respuesta. Solo se vive una vez, Mile. Haz lo que quieres hacer, algunas oportunidades no se repiten.

—No quiero ser solo otra más... —le confío mi miedo más íntimo.

—¿Y qué hay de malo en ser solo otra más? Mientras él también sea solo uno más... —Deja el resto de la frase en el aire y rasco mi garganta, disgustada.

—Él sería el primero. —Mi mamá ya lo sabe, sin embargo, parece haberse olvidado.

—Porque alguien tiene que serlo —dice, pero luego hace una pausa y me mira como si quisiera descubrir algo solo con mirarme. No dudo de su capacidad—. No sabía que te estabas guardando para alguien especial.

Su tono es de sorpresa contenida cuando inclina la cabeza, observándome.

—No lo estoy —respondo con un suspiro—. No se trata de la virginidad. No quiero eso en mi vida, ¿sabes? Ser solo otra más en cualquier circunstancia, ya sea la primera vez o la vigésima. Creo que preocuparse es importante.

—¿Y qué te hace tan segura de que él no se preocupa?

—Me dijo que no es el tipo de cosas que hace.

—¿Te dijo? —pregunta, con esa expresión de sabiduría irritante, dejándome saber que sus poderes psíquicos ya me han escaneado de arriba abajo y han descubierto que tal vez estoy asumiendo algunas cosas—. Solo se vive una vez, Mile —repite la frase que dijo antes—. El miedo nunca enseñó a nadie a volar. —Muerdo mi labio mientras mis ojos se fijan en los suyos, queriendo decirle que mi problema no es el miedo, pero no sé si puedo—. Tus cinco minutos se acabaron. Es hora de irte. —No me da oportunidad de responder.

Mi mamá se levanta, me besa en la frente y sale del cuarto, dejándome sola para entender qué es lo que realmente me está deteniendo.

27.

BRUNO MAGALLANES

—Les juro por Dios que si ustedes no mantienen sus putas acciones dentro de las cabinas…

—Últimamente estás jurando mucho por él, Bruno —se burla Arthur—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te gusta mirar? ¿Te vas a unir a nosotros? ¿Tienes miedo de no poder resistir y acabar pidiendo participar?

Su tono irónico no oculta la provocación seria.

¿Ese es mi miedo? Frunzo el ceño, repitiendo la pregunta en mi cabeza.

Sin embargo, la respuesta llega tan fácil que concluyo que nunca estuve realmente en duda sobre eso. No, no lo es. Solo no quiero exponer a Milena a esto.

Ir a la fiesta fue una decisión de ella, porque me di cuenta de que no debería haber sido mía. Especialmente después de descubrir lo lejos que llega su inexperiencia.

Por alguna razón, mis primeros instintos cuando se trata de ella siempre son proteger y satisfacer. En este caso, específicamente, aunque al principio estaba convencido de que debía poner en práctica el primero, después de las últimas revelaciones, me di cuenta de que tal vez era el momento de poner en marcha el segundo.

Y cuando le pregunté, estuvo de acuerdo más rápido de lo que podría haber imaginado. Milena es curiosa. Eso ya había quedado claro desde hace tiempo, incluso antes, cuando nuestras conversaciones se limitaban a pedir café o algún que otro chiste.

—¡No, imbécil! ¡Ya lo he dicho treinta veces y ustedes insisten en hacer como si no escucharan! ¡Milena no es ese tipo de chica,

carajo! ¡Tú aceptaste mi condición para llevarla, entonces cumple con tu puta palabra!

Un bufido suena fuerte, seguido por un chasquido de lengua.

—Lo haré. Lo haremos. Pero no puedo prometer nada por las chicas. ¿Ellas tampoco?

—No te voy a dar una respuesta, Arthur. Milena llegó, adiós.

Corto la llamada antes de que se despida y meto el teléfono en el bolsillo.

Observo a Davi acercándose, reduciendo la velocidad hasta detenerse. La camioneta se estaciona junto al bordillo y Milena no espera a que el conductor salga del coche para abrir su puerta, claro que no.

Sonrío, encontrándole gracia cuando, en el instante en que el coche se detiene por completo, ella misma abre la puerta y salta a la acera.

El bikini azul marino llama la atención por el contraste intenso con su piel clara, resalta sus ojos azules, pero sobre todo por no estar cubierto con una camiseta.

Sus pequeños senos están perfectamente acomodados dentro de la tela oscura, pero su escote y más de la mitad de su barriga están completamente expuestos.

Mi verga se siente invitada por la visión y de inmediato da señales de vida. Carajo, es irónico cómo la chica que siempre dejó claro que no quería nada conmigo puede ponerme duro solo con ver un pedazo de su piel expuesta.

Al menos sus piernas están cubiertas hasta debajo de las rodillas por una falda de cintura alta. Podría ser peor, Bruno. Podría ser peor.

Me paso las manos por el cabello mientras aprovecho los lentes de sol para disfrutar cada una de sus curvas sin darles más vueltas. Ella camina hacia mí a pasos lentos, llevando una pequeña bolsa de tela en la que creo que trae la ropa que le pedí.

—Hola —saluda con una sonrisa nerviosa.

Probablemente, preguntándose si o cuándo voy a sacar el tema de la virginidad. No lo haré.

—Hola. ¿Estás bien? —Le quito la bolsa de las manos, juntándola con la mía. Milena asiente, antes de morderse el labio y yo imito su movimiento con la cabeza. El deseo de acercarme y tocarla es inmenso, sin embargo, me resisto. Sin público, sin contacto. Tenerla a mi lado durante el día y la noche, sabiendo que será solo eso, ya es suficiente tortura—. ¿Vamos?

Hago un gesto hacia el edificio frente al que estamos. Las cejas de Milena se alzan.

—Pensé que íbamos a la playa —dice, con un dejo de confusión.

Me da gracia su desconcierto.

—Vamos —respondo, indicando nuevamente con el brazo que pase frente a mí y entre en el edificio comercial de vidrio en medio de la Avenida Paulista.

Sus hombros suben y bajan en un gesto de resignación antes de comenzar a caminar. El ascensor ya está en el primer piso. Le indico que entre y la sigo. Presiono el botón para cerrar las puertas.

—¿Sabías que ese botón no funciona? —rompe el silencio con una pregunta al azar. Miro el botón recién presionado, observando su luz encendida—. No literalmente —explica, dándose cuenta de lo que estoy haciendo—. Funciona, pero no tiene utilidad. —Mi duda debe ser evidente en mis cejas arqueadas porque ella continúa—. Solo se activa en emergencias. El resto del tiempo, solo sirve para dar la sensación de control a los pasajeros. Ya sea que lo presiones o no, la puerta tarda lo mismo en cerrarse.

Inclino la cabeza, observándola, pero no puedo evitar reírme. O sea, hace un minuto estaba retraída y casi asustada.

Ahora está soltando datos aleatorios sobre botones de ascensor. Mi reacción la hace ponerse un poco roja, así que me apresuro a

responder.

—No tenía idea, pero gracias por contármelo. ¿Cómo lo descubriste?

—En una revista de divulgación de una empresa de instalación de ascensores.

—¿Y por qué estabas leyendo eso?

—Estaba en la sala de espera de un consultorio.

—Uf —suelto, aunque sé que no va a entender la broma de inmediato.

—¿Qué? —pregunta, preocupada.

—Empezaba a preocuparme de que pudieras ser una especie de fanática de ascensores y poleas.

Sus ojos se entrecierran y me observa en silencio durante algunos segundos.

—¿Te estás burlando de mí?

—¡Puedes estar seguro! —respondo justo cuando las puertas se abren y Milena pasa por ellas sin mirar atrás, bufando.

Mi sonrisa discreta se transforma en una risa alta y permanece en mi rostro cuando la veo detenerse, finalmente dándose cuenta de cómo vamos a llegar a la playa de São Paulo.

En la azotea del edificio, la suave brisa que sentíamos abajo se vuelve un poco más intensa, moviendo el cabello de Milena. Y cuando estoy justo un paso detrás de ella, el aroma de su cabello me golpea de lleno.

No es el olor a fruta que alguien podría esperar al verla de lejos. Es un olor a hierbas, fuerte, marcando una de las muchas contradicciones que es esta mujer.

No puedo evitarlo, la envuelvo con mi brazo, dejando ir a la puta madre la resolución de que sin público, sin contacto.

Quiero decir, el piloto del helicóptero puede considerarse público, ¿no? Seguro que sí. En mi cabeza estúpida y sin argumentos, definitivamente puede. Milena se sorprende por mi medio abrazo y tiembla, casi haciéndome arrepentir de acercarme.

Casi, porque cuando sus ojos azules se giran hacia mí, brillando como nunca, claramente excitados por la perspectiva de la experiencia que tiene delante, me siento como el puto Superman, porque fui yo quien puso ese brillo ahí.

—¿Vamos en helicóptero? —pregunta sin poder contener la sonrisa que invade su boca deliciosa. Carajo, cómo quiero besarla. Cómo quiero.

—Dijiste que no tienes miedo a las alturas. —No puedo evitar sonreír también y llevo la mano libre hasta su mejilla. Mi pulgar acaricia su piel con movimientos suaves de arriba hacia abajo. ¿Por qué esto se siente tan absurdamente natural?

—¡No tengo! —exclama, y su voz sale aguda por la emoción, ¡carajo! Cuando resistir el deseo de besar su boca empieza a volverse insoportable, Milena me rodea con los brazos y pega su rostro a mi pecho en un abrazo apretado y completamente inesperado, cambiando en solo un segundo toda la connotación del momento—. ¡Gracias, gracias, gracias! Muchísimas gracias —murmura con el rostro pegado a mi cuerpo, y yo acabo rodeándola también con mi otro brazo.

En el momento en que inclina la cabeza hacia atrás, mirándome con los ojos humedecidos, me sorprendo; ¡puta madre!

—Es solo un helicóptero —susurro bajo, hipnotizado por cada pedazo de su rostro.

El sol calienta sus ojos húmedos, haciéndolos ver aún más azules, sus mejillas se enrojecen, la sonrisa tonta, su pequeña nariz se mueve.

—Aun así, gracias —repite, y yo asiento con la cabeza antes de coincidir silenciosamente y dejar un beso en su frente.

UN. BESO. EN. LA. MALDITA. FRENTE. Debo estar volviéndome loco, pero pocas cosas se han sentido tan correctas como eso.

Abrazados, caminamos hasta el helicóptero donde la aseguro a Milena, extremadamente emocionada, al asiento con un cinturón tipo X. Ella sonríe todo el tiempo y, cuando la aeronave se eleva, incluso mueve las piernas, eufórica.

Milena pasa los siguientes cuarenta y cinco minutos fascinada con todo y cualquier cosa a nuestro alrededor, desde los pájaros lejanos en el cielo hasta las personas, edificios y autos que se vuelven diminutos tantos metros debajo de nosotros.

Lo sé porque mientras sus ojos estaban completamente absortos en el paseo, los míos estaban completamente hipnotizados por ella, resistiendo incluso la necesidad de parpadear, con miedo de perderme cualquier gesto suyo.

—¿Estamos bajando? —pregunta asustada al notar el cambio de altitud. Muevo la cabeza en respuesta—. ¡Pero aquí solo hay agua! —avisa, como si fuera su misión mostrarnos a mí y al piloto algo que no estamos viendo, cuando la situación es justamente lo contrario. Ella es la única que no está viendo algo.

—Allá —digo y señalo.

Milena suelta un suspiro de asombro al ver el yate plateado y negro de Arthur, nada discreto, que solo no había visto por estar demasiado distraída con la experiencia del vuelo.

—¡La puta madre! ¿Eso es…? —No termina la pregunta porque su boca se abre en shock.

—El barco, claro. —El hecho de que todo la sorprenda es, al mismo tiempo, delicioso, divertido y adorable como el carajo.

—Pensé que era una lancha o algo así...

—Tiene una lancha también... —aclaro, y ella solo mueve la cabeza, asintiendo en silencio.

—¿Vamos a aterrizar allí mismo? ¿Eso es seguro?

—Sí. ¿Ves esas líneas pintadas de blanco? Señalo el último piso de la embarcación.

—Ajá.

—Eso es un helipuerto.

—¡Dios mío! Ustedes son muy ricos, ¿verdad? —comenta para sí misma, tan inmersa en sus propios pensamientos que ni siquiera se da cuenta de que ha hablado en voz alta.

Me río y la dejo disfrutar el final del paseo con tanto o más asombro que al principio. Hago lo mismo, volviendo a concentrarme en cada una de sus expresiones y gestos, absorbiéndolos y preguntándome una y otra vez, ¿por qué carajo no puedo dejar de pensar en esto?

***

—Sabes cómo hacer una gran entrada, ¿eh, hijo de puta? —pregunta Héctor en cuanto Milena y yo llegamos al piso de abajo del helipuerto—. ¿Y funcionó? ¿Mostrarse de esa manera? —inquiere hacia mí antes de volverse hacia Milena—. ¡Hola, hermosa!

Revuelvo los ojos con el saludo y el imbécil se acerca para besarle las mejillas. Milena devuelve el beso, pero en ningún momento suelta mi mano.

—Hola —responde, todavía con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas.

Su cabello es un desastre, resultado del viento provocado por las hélices, pero no muestra señales de importarle.

—No sé —digo, y la miro—. ¿Funcionó? —Le guiño y ella suelta una carcajada.

—¡Definitivamente! —exclama emocionada.

Atraigo su cuerpo contra el mío al mismo tiempo que presiono mis labios contra su sien en otro beso que no tiene nada de sexual, pero

que me llena de satisfacción. No pierdo la mirada entrecerrada de Héctor ante la escena, pero aparto el pensamiento.

—¿Dónde están los demás? —pregunto cuando comenzamos a caminar hacia el tercer piso, donde la fiesta realmente está sucediendo.

***

—¿En serio esto? ¿Van a quedarse mirándome en silencio como si fuera una maldita pintura en exposición?

Pierdo la paciencia después de casi cinco minutos bajo la observación silenciosa del cuarteto de idiotas. ¿Por qué carajo insisto en ser amigo de estos tipos?

Horas después de haber llegado, es la primera vez que estamos solos, Milena fue al baño y, desde que salió, los imbéciles simplemente interrumpieron la conversación que estábamos teniendo y decidieron observarme.

Sabía que algo iba a pasar, después de todo, aún no habían tenido la oportunidad de molestarme desde el viernes. Le hablé muy mal a Arthur por teléfono, y su silencio sobre el asunto gritaba que el grupo tenía mucho que decir al respecto.

—Estamos buscando posibles fallas —advierte Arthur, el payaso del grupo.

—¿Pero qué po...?

—Cualquier cosa fuera de lugar —me interrumpe Pedro.

—¿Tenía esa marca debajo de la nariz? —pregunta Héctor y yo retrocedo la cabeza, sin tener idea de qué carajos están hablando esos hijos de puta.

—Podemos simplemente preguntar —sugiere Conrado.

—No lo diría. ¿Lo diría? —pregunta Arthur, con una ceja levantada.

—¿Diría qué? —inquiero entre dientes, perdiendo la paciencia.

—¿Eres un alienígena que está reemplazando a nuestro amigo?

Es Pedro quien pregunta, y yo paro el trago de cerveza que llevaba a la boca en medio del camino.

—¿Qué?

Me arrepiento instantáneamente, y aunque ya he hablado, mi rostro sigue congelado en una expresión de incredulidad.

—Cuando la limosna es mucha, el santo desconfía. —Arthur parece pensar que está explicando algo, y yo cierro los ojos antes de expulsar todo el aire de mis pulmones en una sola exhalación, esperando—. Todo esto está demasiado fácil. —Cruzo los brazos sobre el pecho—. Primero, pensábamos que ninguna mujer iba a aparecer el viernes, que ibas a dar excusas o a inventar algún truco para ganar tiempo.

—¿En serio? —pregunto, pero él sigue su teatro de absurdos como si no hubiera dicho nada.

—Pero entonces, la mujer no solo apareció, sino que parecía exactamente el objeto raro que dijiste que era. Ojos tímidos, postura confiada, divertida, sabrosa, y ni siquiera parpadeó hacia ninguno de nosotros. No era una prostituta, eso también quedó claro cuando vimos la interacción entre ustedes.

—Pensamos que podía ser una actriz —avisa Pedro.

—¡Tienen que estar jodiendo! —mascullo.

—La buscamos en algunos sitios web. Pasamos toda la mañana de ayer investigando eso, pero como no sabíamos cuál sería su verdadero nombre, en caso de que realmente fuera una profesional, tuvimos que buscar solo por su rostro.

—¿Por el ros...

—Tomamos algunas fotos el viernes —me interrumpe antes de que pueda preguntar—. Estabas tan distraído babeando sobre ella que ni te diste cuenta.

—Ustedes son unos enfermos —declaro, completamente convencido de ello.

Niego con la cabeza y llevo la botella a mi boca. La cerveza baja fría, y ¡mierda! Quiero reírme de estos idiotas. ¿Una actriz? ¿Qué tan estúpidos creen que soy?

—Entonces, concluimos que no harías algo tan estúpido, sería como pedir ser atrapado... —dice Arthur, como si hubiera escuchado mis pensamientos. Levanto las cejas y tuerzo los labios en desprecio, pero me vuelvo más atento al discurso ensayado—. Si estuvieras planeando algo, sería algo mucho más difícil de descubrir.

Muevo los labios, fingiendo no tener idea de lo que están diciendo.

—Después de no encontrar nada sobre la chica, nos dimos cuenta de que tal vez estábamos viendo todo desde el ángulo equivocado...

Héctor sugiere, y me rasco la ceja, tratando de parecer indiferente, pero comenzando a preocuparme de que esta conversación que empezó sin sentido realmente vaya a llegar a algo.

—Todo esto es el ángulo equivocado —desvío la conversación, haciendo un gesto con la mano, señalando hacia nuestro círculo—. Están locos. Todos ustedes.

—Interesante que hable de locura, ¿verdad, chicos? —pregunta Conrado a los demás, con los ojos entrecerrados en mi dirección—. Porque, para cualquiera que te conozca, estás actuando como un loco.

—Esperen, ¿qué? —Cualquier duda que pudiera haber tenido sobre si se acercaban a la verdad desaparece como agua por el desagüe. Esos imbéciles no tienen idea de lo que están diciendo—. ¿Cómo que estoy actuando como un loco?

—Está bien, está bien... Tal vez "loco" sea una palabra fuerte, pero definitivamente estás actuando raro.

Me rasco la cabeza y giro la cara hacia donde se fue Milena. *¿Tardará mucho?*

—¡Miren, miren! —alerta Arthur de inmediato y yo retiro mi rostro y agito la cabeza lentamente, en una pregunta silenciosa—. ¡Estás buscando a la chica! —me acusa.

—¿Y eso qué prueba, exactamente? Aparte, claro, de que ella está conmigo, justo como ustedes, imbéciles, exigieron. —digo despacio, como si el ritmo lento de mis palabras pudiera darles algún sentido.

—¡Que no estás siendo tú! No importa si lo exigimos, de hecho, justamente por ser una exigencia, esa forma de tratar a la chica es lo último que harías.

Soplo aire entre mis dientes y revuelvo los ojos.

—¿Entonces debería tratarla mal solo para conformarlos a ustedes? O no me conocen, o no soy yo quien está volviéndose loco.

—No es tratarla mal, pero ¿agacharte cada vez que se acerca? —pregunta Héctor.

—¿Estar pendiente de cada gesto y sonreír solo porque ella sonrió? —Ahora es Conrado quien habla.

—¿Obligarme a mantener las putas de la fiesta en las cabinas para no dañar sus ojos sensibles? —Arthur hace una pausa, más que nada resoplando. Todavía no se lo puede sacar de la cabeza—. O, ¿entonces, abastecer el barco con refrescos para que tenga todo lo que pueda desear?

—Ese no eres tú, amigo —concluye Pedro, haciéndome inclinar la cabeza pensativo.

No, no lo soy, y saber que no fui el único en notar todo esto es, por lo menos, perturbador. Sin embargo, las últimas personas que permitiría que se dieran cuenta de mi desconcierto son los cuatro frente a mí, así que mantengo mi postura indiferente y meto una mano en el bolsillo.

—Y sin mencionar la noche del viernes —vuelve a hablar Pedro.

—Primero, te dio celos, te pusiste hecho un hijo de puta con la broma de Arthur —Héctor reinicia el discurso.

—No tuve celos —argumento, porque es cierto.

Estaba siendo egoísta, tal vez todavía lo esté. Tal vez todo esto se trata de mi cuerpo, aún contra mi mente, cortejando a Milena para tratar de llevarla a la cama.

—Mmm, sí… y yo no tengo verga —Pedro, el imbécil, sigue—. Luego, desapareciste con la chica del palco y, al principio, pensamos que solo querías una excusa para encerrarte con ella en una habitación y tener sexo, eso es lo que normalmente harías. Pero, en lugar de eso, bajaste a la pista e hiciste absolutamente todo lo que ella quería. ¿Eso es lo que hace Bruno, chicos? —pregunta al grupo como si estuviéramos en una especie de terapia grupal y yo echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, mentalmente suplicando que cuando los abra nuevamente, Milena ya haya vuelto y esta conversación termine.

—No. Definitivamente no —responde Arthur, haciendo una pausa dramática, en la que incluso con los ojos cerrados, puedo escuchar sus suspiros combinados. De nuevo, ¿por qué carajo sigo con esta amistad?—. Y luego la invité para hoy, y reaccionaste como el king kong defendiendo a la pequeña y frágil rubia. ¡Esa, sin duda, fue la cereza del pastel hasta que llegaste en helicóptero! No usas un helicóptero para impresionar a una chica.

—A menos que quieras mucho una revolcada con ella en la cama —completa Conrado.

—Pero claramente, Milena ya es un polvo que ya conseguiste —dice Pedro y casi me río de desesperación. Este hijo de puta ni tiene idea—. Entonces, amigo mío, o estamos perdiendo algo aquí, o el verdadero Bruno fue abducido y tú eres una copia.

—En serio. —Doblo el labio inferior en una falsa y mal actuada demostración de sorpresa—. ¡Estoy impresionado, chicos! —Agito la cabeza, asintiendo—. ¡Geniales! ¡Ustedes son geniales! Realmente son detectives increíbles. —Dejo la botella que estaba bebiendo en

la barra frente a nosotros y levanto las manos con las palmas hacia ellos—. ¿Todo este razonamiento y análisis increíbles para llegar a esta conclusión tan formidable? —Hago una mueca de admiración y aplaudo—. ¡Me descubrieron! Soy un extraterrestre —reconozco, fingiendo tristeza por haber sido atrapado—. Ahora que ya resolvimos esto, ¿podemos cambiar de tema?

28.

MILENA GARCÍA

—¿Primera vez? —me pregunta una mujer morena de cabello rizado cuando estoy usando uno de los baños comunes.

Solo pensar en la existencia de baños comunes y privados me hace querer reír. ¡Dios mío! ¡Bruno y sus amigos no son solo ricos, son ofensivamente ricos!

Lo sabía, pero hay una gran diferencia entre saberlo y verlo, sobre todo cuando ver significa un barco más grande que dos edificios juntos, ostentando más lujo que un hotel de cinco estrellas. El lugar es tan grande que, aunque Bruno me haya ofrecido hacer un recorrido, ni siquiera quise conocerlo todo.

Cuanto más caminamos, más cosas parecían haber para ver, y por más curiosa que fuera, lo que realmente quería desde el momento en que puse mis pies a bordo del *Sirius Black*[10] era disfrutar de la fiesta.

Como Bruno había avisado, hay mujeres, muchas de ellas, cinco por cada hombre. Intenté contar, porque realmente tenía curiosidad por esa proporción. Hay un DJ famoso, de quien obviamente nunca había oído hablar, a bordo, y la música no para nunca, pero hay tantas cosas que ver que desde que llegué no he hecho más que observar.

Los muchos bares repartidos por el barco, la gente tan guapa que parece que están aquí para algún tipo de sesión fotográfica, las bebidas de colores, la alegría contagiosa, las interacciones extremadamente sensuales, la energía sexual que parece vibrar entre las paredes del yate... Estoy casi segura de haber visto a una pareja teniendo sexo, casi, pero tuve que apartar la mirada antes de que alguien notara que estaba prestando atención, así que nunca lo sabré.

Y ahí está Bruno, pendiente de mí todo el tiempo. Qué fácil es olvidar que todo esto es una mentira cuando me mira como si quisiera cumplir cada uno de mis deseos. ¿Cómo se supone que mantenga mi mente sana cuando el hombre manda abastecer el barco que no es suyo, para una fiesta que no es suya, con sodas o gaseosas, solo porque es lo único que bebo además de agua?

Niego con la cabeza, apartando esos pensamientos sin fundamento, porque no debería estar cuestionándome estas cosas. Mi relación con Bruno es lo que es y punto. Lo repito una vez más en mi cabeza.

—¿Tanto se me nota? —Le sonrío un poco avergonzada a la mujer. Ella me devuelve una sonrisa enorme antes de sacar un brillo labial de su bolso y comenzar a aplicarlo en sus labios frente al espejo.

Sus ojos son oscuros y lleva un bikini naranja con un top de cortinita y parte de abajo de amarrar. Un clásico, y en su cuerpo curvilíneo, el conjunto queda espectacular. Después de terminar de aplicarse el producto, me lo ofrece.

—¿Bálsamo labial?

—No, gracias —respondo, y ella se encoge de hombros.

—Pareces deslumbrada, exactamente como yo me sentí la primera vez —explica el porqué de su primera pregunta, y muerdo mi labio antes de asentir.

Tomo uno de los protectores solares que están en un armario lleno de ellos en el baño y empiezo a poner un poco en algunos puntos de mi rostro.

—Es solo... mucha cosa.

—¡Lo sé! —Da un golpecito en su muslo desnudo antes de tirar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada—. ¿Y los hombres? —Hace un sonido de asombro y se gira hacia mí con una expresión tan deslumbrada como dice que me veo yo.

—¿Vienes siempre? O sea, ¿esta fiesta se repite siempre? —pregunto, y ahora su mirada hacia mí es curiosa.

—Una vez cada dos meses. Es mi tercera, las dos últimas me dejaron casi un mes de agenda llena. ¿Ya has elegido? Por cierto, soy Giulia.

Frunzo el ceño ante la pregunta directa.

—¿Elegido qué? Ah, soy Milena.

Comienzo a aplicar el protector solar en mis mejillas con movimientos circulares.

—¡Tu objetivo, claro! Es bueno elegir temprano, antes de ponernos borrachas, porque después de eso todo se vuelve un gran lío y corres el riesgo serio de despertar desnuda con un tipo con el que ni siquiera habías fijado la vista antes de emborracharte. Y si el tipo es un don nadie, pierdes la oportunidad de hacer tu mes —explica con seriedad, como si me estuviera dando un tutorial, y yo parpadeo confundida—. El tipo con el que dormí en la última fiesta reservó tres semanas de exclusividad, y luego, cuando se fue de viaje al extranjero, dejó mi contacto con un amigo que también tuvo un largo plazo. —Abro la boca para decir que no estoy muy segura de estar entendiendo lo que quiere decir, pero la mujer no me da la oportunidad—. Hoy mi objetivo es el dueño del barco. Puede que sea ambiciosa, pero... —Su mirada se vuelve hacia su reflejo en el espejo y se estrecha, tomando un aire decidido.

—¿Arthur? —pregunto, sorprendida, aunque no sé exactamente por qué. Todos los chicos son increíblemente guapos y ninguno está acompañado.

Y, considerando lo que acaba de decir esta mujer, empiezo a entender la razón. También comienzo a entender por qué Bruno no estaba interesado en venir en primer lugar.

No conmigo a su lado. Giulia enfoca su mirada oscura en mí con atención, como si investigara mis intenciones detrás de la pregunta, y me toma unos segundos darme cuenta de por qué.

—¡Oh, no! —exclamo, ansiosa por aclarar cualquier malentendido —. Lo conozco, en realidad, estoy con su amigo.

Su rostro se ilumina y una sonrisa aún más grande que la primera que me dio aparece en sus labios.

—¡Entonces puedes presentármelo! —Aplaude, emocionada—. Aún no he logrado conocerlo y todos dicen que no se acerca a las novatas. Ninguno de los poderosos se acerca, en realidad.

Suspira casi frustrada, solo por un momento, pero luego parece recordar que yo podría ser la solución a sus problemas.

Es exactamente eso lo que sus ojos me dicen que soy. Rechazo la idea sin poder evitar pensar que esta conversación cada vez suena más como charla de borrachos, y ni siquiera he bebido.

—¿Los poderosos?

—Los amigos: Arthur, Héctor, Pedro, Conrado y Bruno. Y, por cierto, es tu primera vez y ya conseguiste uno de ellos. —Su rostro no expresa sorpresa, sino algo como admiración—. ¡Lo lograste, chica!

Parpadeo. Primero, sorprendida por la conclusión a la que ha llegado, aunque aún no estoy segura si estamos hablando de lo mismo. Si lo estamos, ella cree que soy una acompañante, algo que ella también sería.

Me rasco la oreja, preguntándome si vale la pena aclarar la confusión y, después de casi un minuto de reflexión, decido que no, y me contengo de reírme de ello.

—¿Entonces, me presentas? —pide, y abro la boca, pero no digo nada y termino cerrándola.

Giulia inclina la cabeza, y la decepción comienza a dar paso a la emoción en su rostro cuando no le contesto. ¡Bah, qué diablos! Después de todo, la fiesta es de él.

—¡Claro!

Y, tan fácil como eso, su rostro vuelve a brillar como un diamante.

***

—Te tomaste tu tiempo. ¿Todo bien? —pregunta Bruno, rodeando mi cintura con un brazo en cuanto me acerco a él y a los demás, que están de pie cerca de uno de los bares, conversando entre ellos.

De nuevo, olvidar sería tan simple. Tan, tan simple.

Sus ojos bajan hasta mi boca y, antes de que pueda pensarlo demasiado, hago lo que me muero de ganas de hacer desde que lo vi esta mañana a través de la ventana del auto, con sus shorts y camiseta, tan informal como la noche en que discutimos el contrato en su casa. Presiono mi boca contra la suya, y el contacto es tan delicioso como lo recordaba.

Se suponía que fuera un beso rápido, suave, impulsivo. Sin embargo, él atrapa mis labios entre los suyos y desliza la lengua sobre mi labio inferior antes de succionarlo suavemente, como si no pudiera perder la oportunidad, erizándome por completo.

Cuando libera mi boca, estoy roja y siento un leve latido entre las piernas. ¡Dios! ¡Soy tan fácil con este hombre!

Me mira y parpadeo allí abajo. Me toca y me estremezco entera. Me besa y me derrito. Un leve carraspeo me recuerda mi propósito y me libera de la mirada de Bruno, en la que quedé atrapada en cuanto abrí los ojos.

—Estoy bien —Sonrío—. E hice una amiga.

Me giro hacia los demás solo para notar que todos nos miran con expresiones curiosas. Hasta bajo la vista, pensando que tal vez me ensucié sin darme cuenta en el trayecto entre el baño y la proa, pero todo está en orden, así que dejo la duda de lado.

—Ella es Giulia —presento a la morena, que rápidamente se convierte en el centro de atención, no solo de Arthur, sino de todos los hombres del grupo.

Incluso Bruno la mira por un segundo antes de volver a concentrarse por completo en mí, mientras los otros la analizan

como si fuera un mapa de guerra que necesitan estudiar al detalle.

Intento convencerme de que el poco interés de Bruno en Giulia se debe a la presencia de sus amigos y a que no quiere llamar la atención.

Sin embargo, mi mente traicionera se apresura a recordarme que, desde que llegamos, incluso cuando los demás han estado lejos, en ningún momento ha mirado a otra mujer por más de dos segundos.

—¿Qué te parece si vamos al jacuzzi?

Bruno susurra en mi oído y ladeo la cabeza, pero solo necesito una segunda mirada a la interacción que empieza a desarrollarse a nuestro lado para darme cuenta de que realmente no quiero quedarme a ver qué sucede. Tal vez sí, pero eso no es algo que se diga en voz alta.

***

—¿Es una acompañante? —Deslizo la falda por mis piernas antes de entrar en el jacuzzi de la cubierta. El único vacío.

Al parecer, no está abierto a los invitados y, cuando pregunté si debíamos usarlo, Bruno solo se rió, se quitó el short y se metió en él.

—Tú la presentaste —argumenta, y me relamo al notar que sus ojos están fijos en mi cuerpo, aunque lleve gafas oscuras.

Me recojo el cabello en un moño alto, sin intención de mojarlo.

—La conocí en el baño y ni siquiera sé si estamos hablando de lo mismo —explico—. Está bien, reformularé —digo, entrando en el jacuzzi para ocho personas—. ¿Hay acompañantes aquí?

De pie dentro del agua, no tengo claro dónde sentarme, y es difícil pensar con claridad cuando Bruno está tan cerca y semidesnudo.

¡Dios santo! Su pecho parece haber sido bañado en aceite bronceador, y sus muslos... Por suerte están sumergidos.

Las venas de su cuello, los hombros anchos, los brazos más grandes que mis propios muslos, el torso definido y su abdomen marcado ya son más de lo que puedo procesar.

Realmente no necesito que sus muslos compitan por la atención de mis ojos.

Señala el lugar a su lado y, en cuanto me siento, la presión del agua comienza a masajear mi espalda, arrancándome un gemido inesperado.

—¿Rico, verdad? —pregunta, riendo. Gimo en respuesta y apoyo la cabeza en el borde acolchonado del jacuzzi—. Sí, hay acompañantes. Pon tus piernas sobre las mías, así tu cuerpo se relajará más —dice, levantándolas y apoyándolas en las suyas, borrando de golpe cualquier pensamiento racional que pudiera quedarme.

Muerdo mi labio, intentando contener el sonido que su toque me provoca, sobre todo cuando su mano empieza a deslizarse suavemente por mis piernas.

¡Dios, esto no debería sentirse tan bien! Apenas me está tocando y ya me estoy derritiendo.

El sol caliente, el agua templada, el aroma a sal mezclándose con su perfume y la brisa fría hacen que el momento sea aún más delicioso. Cierro los ojos, dejándome llevar por las sensaciones que sacuden mi cuerpo y mi mente.

—¿Cómo te sientes?

—Como si mi cuerpo estuviera desarmándose... pero de la mejor manera posible.

Fuerzo las palabras fuera de mi boca. El toque de Bruno se vuelve más constante; sus palmas deslizan con más firmeza sobre mis pantorrillas y rodillas.

—Ven aquí —pide, extendiendo su mano en una invitación para que me siente en su regazo.

Lo miro, angustiada, porque no confío en mí misma para hacerlo, pero sus ojos me piden que confíe en él y, aunque no sepa por qué, lo hago.

En un solo movimiento, Bruno está encajado entre mis muslos y mi corazón late en mi garganta, en mis muñecas y en mi bajo vientre.

Sus ojos recorren todo mi rostro antes de que su nariz lo roce con caricias suaves. Esta vez, no logro contener un gemido ansioso.

Su boca se acerca a mi oído. Siento su aliento antes de oír su voz y cierro los ojos, ansiosa por lo que está a punto de decir.

—Pedro está escondido en el piso de arriba, espiándonos —susurra, como si me confiara un secreto—. ¿Qué te parece si le damos un espectáculo?

—¿Un espectáculo?

La pregunta de dos palabras sale en un hilo de voz y la respuesta que obtengo es una ligera succión en el lóbulo de mi oreja.

—Una escena —explica—. Voy a tocarte de cintura para arriba, tú puedes hacer lo mismo. A la distancia que está, será suficiente.

Me va a tocar de cintura para arriba. Me reiría con desesperación si mi cerebro recordara que ahora mismo es capaz de hacer otras cosas que enloquecer.

Si Bruno cree que me hace un favor tocándome solo de cintura para arriba, no sabe que su tacto tiene el poder de convertirme en un edificio a punto de implosionar. Tocar solo la parte superior de mi cuerpo no cambia eso. No cambia nada.

—¿Te parece bien? —me pide permiso, manteniendo sus manos en mi cintura.

—De acuerdo —digo, pero probablemente no confiando en mi afectado tono de voz, acerca su cara a la mía.

Su respiración cálida golpea mis labios, y los abro inmediatamente en un reflejo, deseando sentir, aunque sea un poquito, de su sabor.

El tacto de Bruno abandona mi piel solo el tiempo suficiente para que se quite las gafas de sol. Sus ojos azules me atraen. El deseo que veo en ellos amenaza con devorarme, porque quiero creer que es real. Tan real como el mío.

Es una locura que en menos de una semana este hombre haya pasado de ser un simple enamoramiento, por el cual yo tenía un abismo donde debería haber una caída, al tipo que tiene mi culo en su regazo, haciéndome preguntarme qué tan loca me considerarían si simplemente atacara sus labios en este momento.

Si antes sus manos me afectaban, ahora, sentada en esta posición, todo en mí protesta por necesidad. Nunca pensé que el deseo pudiera realmente doler, no hasta ahora.

—¿Estás segura? No necesitamos hacer esto si no quieres —ofrece una salida, sin entender que, de hecho, el problema es todo lo contrario.

Recibir sus caricias y tocarlo es todo lo que quiero hacer, y la expectativa y el miedo que acompañan esos deseos son la razón de mi inseguridad.

—Sí —respondo.

Guardo todas las otras palabras para mí. Él asiente, pero aún así no puedo desviar la mirada de sus labios gruesos y rosados.

Toca su frente contra la mía y vuelve a acariciar mi rostro con el suyo. La punta de su nariz juega con mi mejilla mientras sus manos bajan lentamente por mi cuerpo mojado. Uno de sus brazos rodea completamente mi cintura, mientras el otro sube y sus dedos largos se apoderan de mi nuca.

Las yemas me masajean allí, arrancándome un gemido de satisfacción y provocando que me mueva. Mis piernas abiertas presionan contra Bruno, revelando su erección perfectamente ajustada a mí. ¡Oh, cielos!

Abro los ojos, que ni siquiera me di cuenta de que había cerrado, para encontrar los suyos fijos en mí. Su aroma, el sabor de su aliento, que hoy solo probé a través de las respiraciones que tragué, el sol sobre nosotros, el hecho de estar completamente expuestos a cualquier par de ojos y, seguramente, a los de Pedro, todo esto empieza a parecer mucho más excitante de lo que creo que puedo soportar.

Su rostro baja cuando su boca dibuja la curva de mi mandíbula, de mi cuello, fingiendo tocarlos aunque mantenga una distancia desesperante de mi piel. El aire que sale de sus pulmones es el único que se acerca, a través de los suspiros cálidos que expulsa por su boca o nariz.

—Bruno —lo llamo después de largos segundos de esa tortura llamada su presencia, queriendo, deseando advertir que no sé si puedo hacer esto, pero todo lo que consigo es sonar como si estuviera suplicando por más, lo que mi cuerpo definitivamente está haciendo.

Desde la noche del viernes, me siento al borde cuando se trata de sus caricias, y tener su erección tan cerca del lugar donde la he estado imaginando es el empujón definitivo hacia ese punto a partir del cual ya no puedo retroceder. Cuando ponga su boca frente a la mía nuevamente, no tengo dudas sobre lo que hay que hacer.

Coloco mis labios sobre los suyos lentamente, queriendo sentir cada pedazo suyo, y parece entender mi necesidad, porque sus manos ejercen más fuerza en sus agarres hasta el punto de hacerme daño, mientras su boca me deja explorarla, primero con los labios, luego con la lengua.

Deslizo sobre su labio inferior, probando, testeando, luego sobre el superior, por último, su lengua me saluda y me deja chuparla despacio, finalmente inundando mi boca con su sabor, no solo con el fantasma de él. Nada nunca fue tan delicioso.

Me muevo nuevamente, esta vez, yendo más allá de frotar accidentalmente mi vagina contra su erección, pero frotándome

sobre ella a propósito.

Eso acaba con su disposición a dejarme explorar. Con un gruñido grave, Bruno toma el control del beso. Su lengua se introduce en mi boca, lamiendo, chupando y masajeando. Sus dedos en mi nuca suben unos centímetros, enterrándose en mi cabello y empujando mi boca hacia la suya.

Su pecho desnudo, caliente, se presiona contra mi piel. Mis pezones se endurecen, mis pechos pesan, y el mínimo roce me hace gemir.

Si Bruno quisiera quitarme la parte superior de mi bikini ahora, juro por Dios que no protestaría. Su lengua no se detiene en mi boca, entrando y saliendo, poblando mi mente con imágenes de otra parte de su cuerpo entrando y saliendo de mí.

Mis caderas se mueven de manera autónoma, moviéndome en su regazo, y en algún momento, la parte inferior de mi bikini se sale de su lugar, hundiéndose entre los labios de mi vagina y separándolos.

Un gemido fuerte escapa de mi boca y es tragado por la de Bruno. El deseo por más parece fuego líquido corriendo por mis venas y alimentando el desesperado vacío de mis pulmones. Bruno baja su boca por mi mentón, raspa mi piel excitada con sus dientes hasta llegar al valle de mis pechos y deja besos allí.

Su boca recorre el volumen no cubierto por el bikini, dejándome desesperada por eliminar la barrera entre su boca y mi cuerpo, pero no se queda allí, como si estuviera jugando conmigo, provocándome, queriendo darme solo una muestra de lo que es capaz de hacer conmigo antes de abandonarme.

Sus labios vuelven a tomar los míos en un beso aún más intenso y dominante, y aunque ninguna de sus manos ha llegado cerca de mi intimidad, estoy completamente rendida y dispuesta a dejar que haga conmigo lo que quiera.

La sensación es como estar corriendo una carrera. El placer tiene prisa por dominarme y, más rápido que nunca, la vibración en mi

abdomen comienza a convertirse en un terremoto. Bruno parece sentirlo, porque son sus siguientes palabras las que me empujan al abismo.

—Goza, Mile —susurra en mi boca cuando los movimientos de mis caderas se vuelven más intensos y descontrolados, persiguiendo frenéticamente el clímax, y como si lo único que faltara fuera su permiso, el orgasmo explota como un millón de estrellas detrás de mis ojos cerrados, con un grito ahogado por su lengua enredada con la mía.

Unos temblores intensos dominan mi cuerpo y, aunque la luz del sol se cuela bajo mis párpados, la oscuridad se queda conmigo unos segundos bienvenidos en los que trato de controlar mi respiración. Cuando abro los ojos, parpadeo varias veces hasta poder ver con claridad.

Lo que veo avivará las brasas de mi deseo, transformándolas, una vez más, en una fogata lista para devorarme. Hambre.

Los ojos de Bruno me devoran con tal intensidad que sería imposible permanecer indiferente a su voracidad, aunque lo intentara. La mano que estaba enredada en mi cabello llega a mi mejilla y él aprieta los dientes mientras acaricia mi rostro.

—Eres una diosa, Milena...

—Bruno, yo... —empiezo, algo agitada, sin saber cómo terminar.

¿Qué debería decir? ¿Perdón por usar tu cuerpo para llegar al orgasmo? ¿Deja que te ayude a llegar ahí también?

La niebla de la excitación todavía nubla mis pensamientos y no logro razonar bien, cuando todo mi cuerpo parece vibrar en una frecuencia irracional.

—Está todo bien, Milena —dice, todavía con la mano trazando movimientos suaves sobre mi mejilla. Relaja la mandíbula y deja de lado la expresión dura que tenía en su rostro—. Perdimos el control, eso pasa. Es un riesgo cuando hacemos lo que estamos haciendo. Eres una mujer hermosa, una puta diosa... —murmura la segunda

parte de la frase y mi estúpido e inconsciente corazón salta en mi pecho al escuchar lo que parece haber sido una confesión. Bruno exhala con fuerza antes de delicadamente sacarme de su regazo y ponerme de nuevo en el lugar donde estaba antes, sin terminar de decir lo que comenzó—. Ya vuelvo —avisa, y no me da oportunidad de responder. Se aleja de el jacuzzi a grandes pasos, como si estuviera huyendo de algo, de mí, de él mismo, no sé. Afectada por el orgasmo, pero aún llena de deseo, no hago más que observarlo alejarse.

29.

BRUNO MAGALLANES

Respira, Bruno. Respira, ¡maldita sea! Con los brazos extendidos al frente del cuerpo, las manos planas contra la pared y la cabeza agachada en un pasillo cualquiera, mantengo los ojos cerrados, luchando más que nunca por controlar mis impulsos. Respiro profundo por la nariz y exhalo por la boca.

Mi pecho se golpea como si fuera el maldito bombo de una batería por mi corazón, que late como si acabara de salir de una intensa sesión de aeróbicos, y no de unos besos y caricias en el jacuzzi.

Ni siquiera he tocado su vulva y, aún así, su olor parece impregnado en las paredes de mi nariz, dejándome completamente fuera de mí, loco, fuera de control.

El latir en mi bañador mojado se hace casi insoportable, como un reclamo de mi verga, que aún no ha tenido el orgasmo que le fue negado. Podría haber acabado. Dios sabe que realmente podría haberlo hecho.

Los movimientos de Milena me llevaron al límite, y mantenerme firme fue la prueba de autocontrol más grande que he tenido en la vida. Pero, aún estando perdido en la sensación de tenerla en mis manos, entregada y deliciosa, tenía que ser yo quien racionalizara, ya que Milena, seguro, no lo haría.

Y verla tan perdida, aún sin haberse recuperado de la euforia post-orgásmica, dejó más que claro que hice bien. Milena perdió el control, yo no podía hacer lo mismo, pero aprovecharía cada segundo de su pérdida, y eso fue lo que hice.

La imagen de su boca abierta, su mirada perdida de placer, la sensación de sus dedos hundiéndose en mis hombros, el sonido que salió de su garganta cuando alcanzó el orgasmo, destruye cualquier

intento mediocre de calmar la erección que traía. Hermosa como la puta madre.

¡Dios mío! ¡Me voy a volver loco!

—¡Hola, Bruno! ¡No te había visto por aquí! —La voz melodiosa me hace abrir los ojos, levantar la cabeza y mirar en su dirección.

Ingrid me sonríe y se acerca, rodeando mi cuello con los brazos en un abrazo no solicitado, sin importarle lo más mínimo interrumpir mi momento.

La mujer que es hermosa, también es todo lo contrario de la que me acaba de provocar la erección dolorosa, que Ingrid ahora nota al acercarse demasiado.

Donde Milena es clara, Ingrid es oscura. Donde Milena tiene el cabello lacio, Ingrid tiene el cabello rizado. Donde Milena es pequeña y suave, Ingrid es alta y voluptuosa. Donde hay inocencia en Milena, en Ingrid hay experiencia por doquier.

Sus ojos oscuros bajan hacia mi bañador y una sonrisa traviesa aparece en su rostro. Ingrid no es una extraña, de hecho, ha estado más de una vez en mi cama. Mis ojos hacen un análisis rápido del entorno, buscando posibles testigos de lo que podría pasar.

—¡Uy! —exclama emocionada—. ¿Te dejaron a mitad de camino, cariño? —Hace un puchero con los labios y los mueve de un lado a otro—. Déjame resolver eso por ti.

Se ofrece, ya bajando la mano hacia mi entrepierna, lista para agarrar mi verga por encima de la ropa interior, pero, en un movimiento inesperado, la detengo antes de que me toque.

Primero, frunce el ceño, sorprendida por la negativa. No creo que esté acostumbrada a que alguien la rechace, sea yo o cualquier otro hombre. Mierda, la mujer está buenísima y dispuesta.

—¡Ah! —Revuelve los ojos y vuelve a sonreír—. ¿Quieres ir a un lugar más privado? ¿O quizás uno más expuesto? —ofrece, y yo

inclino la cabeza, sabiendo la respuesta, pero aún teniendo dificultades para creerlo.

—No, Ingrid. Hoy no.

Retrocedo un paso, alejándome de su contacto, y ella parpadea algunas veces, como si la palabra no tuviera sentido para sus oídos. *Créeme, sé perfectamente cómo te sientes.*

Quiero decirlo, pero en vez de eso, cruzo los brazos sobre el pecho y espero a que ella se recupere.

—¿No? —pregunta, buscando confirmación, con las cejas arqueadas.

—No —enfatizo, sacudiendo la cabeza, y su rostro adquiere una expresión de curiosidad mezclada con diversión.

Con un gesto, se despide sin dramas, y yo vuelvo a mirar a mi alrededor. Al menos este encuentro sirvió para sacarme del pozo de autocompasión en el que estaba hundido.

Mis ojos encuentran un baño y los aprieto para cerrarlos. No puedo creer que, después de casi haberlo hecho, frotando una vulva medio cubierta y medio expuesta, como un maldito adolescente, voy a caer aún más bajo.

Voy a acabar en mi propia mano, en una fiesta donde las vaginas no me faltan, solo porque, aparentemente, me estoy volviendo obsequiado por la maldita única que no puedo tener, y simplemente no sé cómo manejarlo.

***

—¿Quieres entrar? —pregunto cuando Milena bosteza por tercera vez en un lapso de diez minutos.

Hace horas que el cielo se oscureció, pero aquellos que no están encerrados en cabinas teniendo sexo siguen en la fiesta en las áreas comunes del barco, como si el día no hubiera pasado a noche y como si el mañana nunca fuera a llegar.

Después de haber eyaculado, pude regresar al jacuzzi y encontrarla allí. Milena intentó hablar de nuevo sobre el tema, pero repetí lo que ya le había dicho antes: perdimos el control, todo está bien, pasa. No insistió, pero tanto como yo, parecía incapaz de quedarse en el jacuzzi y salimos de allí, regresando a la proa.

Milena no tardó en relajarse. Aparentemente, eso es algo natural en ella, no aferrarse a las molestias, algo que estoy descubriendo que me gusta mucho, como muchos otros aspectos de su personalidad. Aprovechó el día. Bailó, bebió refresco en exceso, saltó al mar, se tomó fotos, me pidió que la fotografiara e incluso admiró el atardecer en silencio. Y a cada minuto que pasaba a su lado, me encontré queriendo más y preocupándome cada vez menos por las razones para no aprovecharlo.

—¿Entrar?

—Sí, ¿para dormir? Pareces cansada. —Sus ojos parpadean varias veces antes de que una expresión de comprensión se dibuje en su rostro bonito.

—¿Vamos a dormir aquí?

—Así es. —Su boca se abre, pero rápidamente se cierra. Muerde su labio, traga saliva y asiente lentamente—. Pensé que te gustaría la experiencia, reservé el helicóptero para mañana por la mañana.

Sus ojos se clavan en los míos y casi le digo que esa decisión fue tomada antes de nuestro tiempo en el jacuzzi. Dormir en el mismo cuarto quizás no sea la mejor idea ahora, mierda.

—Creo que no quiero dormir todavía. —Decide postergar el momento.

—Cuando quieras, solo avísame. —Asiente en silencio y cinco segundos después, bosteza de nuevo—. ¿Estás segura de eso? —pregunto, levantando las cejas, y otra vez, Milena muerde su labio inferior.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Vamos a entrar.

***

Me apoyo en la puerta de la cabina después de cerrarla y cruzo los brazos sobre el pecho, una vez más, sin poder evitar observar el asombro de Milena. Ella está parada algunos pasos frente a mí, todo lo que veo son sus espaldas, pero sus pequeños gestos me dicen todo lo que necesito saber.

Sus hombros se alinean, sus manos se abren y se cierran antes de ir hacia el frente de su barriga, la ligera inclinación de su cabeza cuando intenta absorber todo lo que la rodea al mismo tiempo, e incluso el suspiro bajo que suelta.

—¿Te gusta? —Se gira hacia mí y dedica a mi cuerpo la misma atención que le prestaba al ambiente solo unos segundos antes. Sus ojos azules me recorren de arriba a abajo antes de desviar la mirada hacia la lámpara de la mesa de noche junto a la cama.

—Es enorme. —Una risa incrédula escapa por entre sus labios dibujados y gira sobre sí misma, mirando una vez más el cuarto—. No sé si alguna vez me acostumbraré a estar en un lugar como este.

Presiono mi cuerpo contra la puerta, agarrándome de ella, necesitando sostenerme para no acortar la distancia entre Milena y yo y envolverla en mis brazos, hundir mi nariz en su cuello.

—Tu bolso está en el baño —aviso, pero mi voz sale ronca y, como si respondiera a eso, sus siguientes palabras son dichas de manera temblorosa.

—No traje ropa de dormir, quiero decir, no entendí que fuera necesario. —Me mira como pidiendo disculpas y yo inclino ligeramente la cabeza.

—¿Qué trajiste?

—Biquínis y salidas de playa. Un short de jean, pero ninguna camiseta. —Casi suspiro aliviado al escuchar lo del short. Gracias a

Dios.

—Puedes usar una camiseta mía. Hay algunas en el armario. —Le indico el mueble con un gesto.

—¿Este cuarto es tuyo?

—Sí. —Pienso en decirle que mis amigos y yo solemos pasar los fines de semana en el mar, pero me arrepiento. Ella solo asiente y camina hacia el armario sin decir nada más. Milena desliza la puerta corrediza hacia un lado y, al encontrar varias camisetas colgadas, toma una sin pensarlo mucho y se dirige al baño.

Dejo mi cuerpo caer sobre el sofá, dándome cuenta de que dormiré aquí y, al mismo tiempo, soy consciente de que esta será una noche larga, larga, muy larga.

30.

MILENA GARCÍA

Otro baño frío que no hace nada para calmar el fuego que siento en mi bajo vientre. Mientras me seco el cabello, envuelta en la toalla, me lamento de que el alivio que me dio el orgasmo de esta tarde ya haya sido reemplazado por una necesidad apremiante de más, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Llevo las manos a la cara, frotándome suavemente la piel enrojecida después de un día entero bajo el sol, y cuando mis ojos caen sobre mis labios, un hormigueo fantasma los recorre, extrañando la boca de Bruno en la mía.

Miro su camiseta colgada en el gancho detrás de la puerta y me pregunto cómo voy a ser capaz de dormir en el mismo cuarto que ese hombre después de que me haya fregado contra su verga parada esta tarde.

No es que tenga vergüenza, no. Definitivamente no. Lo que siento es que estoy loca por hacerlo de nuevo, y si es desnuda, mejor, exactamente como vine al mundo.

Sacudo la cabeza, echando fuera los deseos inoportunos y me resigno a vestirme. Me pongo la única tanga limpia que tenía en la bolsa, me pongo los shorts y, cuando toco el algodón suave de la camiseta prestada, no resisto. La acerco a mi nariz, inhalando el delicioso perfume de Bruno. No sé si realmente está en la camiseta o si es solo mi imaginación, pero de cualquier forma es irresistible.

Paso el tejido por mi cabeza, meto los brazos en las mangas y, cuando dejo que la tela caiga sobre mi cuerpo, me cubre hasta la mitad de las piernas. Al menos eso disimula que no llevo sujetador. Me miro en el espejo y no me gusta lo que veo. Parezco una niña vestida con la camiseta de su papá. ¡Qué horror!

Junto las puntas de la camiseta con una mano y hago un nudo en el dobladillo, luego doblo las mangas hasta que no pasen de mis hombros. Un poco mejor, me digo al dar una segunda mirada a mi reflejo.

Está bien, es hora de ir.

***

Bruno ya se ha duchado, está tirado en el sofá, al costado de la habitación, donde las sábanas perfectamente acomodadas me dicen que tiene intención de dormir ahí. Gracias a Dios. Si saber que dormiríamos en el mismo cuarto me había puesto el estómago helado, no quiero ni imaginar lo que sentiría si supiera que compartiríamos la misma cama.

Tratando de no mirarlo y fracasando estrepitosamente, me arrastro bajo las cobijas. Mi cuerpo está tan tenso que parece una vara, no hay forma de que realmente consiga dormir esta noche. Bruno está mirando su celular, deslizando la pantalla hacia arriba en alguna red social.

Como si no fuera suficiente tener su olor en mi propio cuerpo, en la camisa que llevo puesta, parece estar impregnado en toda la habitación, en tonos blancos, azules y de madera. Miro otra vez a mi alrededor, fascinada con la belleza del ambiente. Jamás hubiera imaginado un cuarto de este tamaño dentro de un barco.

—¿Todos los cuartos son de este tamaño? —La curiosidad me vence y me encuentro preguntando en voz alta. Bruno baja el celular y voltea la cara hacia mí.

De lado, con las manos debajo de mi rostro, debo verme ridícula, pero la forma en que me mira durante largos segundos antes de responder me hace sentir que no soy solo eso, al menos no para él.

—No. Solo los cinco principales.

—¿Principales? ¿Cuántos cuartos hay aquí? —Es imposible esconder mi asombro.

—Veintiocho —responde y parpadeo, antes de simplemente repetir las palabras, dándoles un tono diferente.

—¿Veintiocho?

—Veintiocho.

—¿Veintiocho? —pregunto una vez más.

—Veintiocho —confirma Bruno riendo, y yo me doy vuelta en la cama, quedando boca arriba.

—¿Tú también tienes un barco? —No puedo evitar la siguiente pregunta.

—No. Eso es más propio de Arthur.

—¿Y qué es lo tuyo entonces? —Realmente quiero saber.

—Casas alrededor del mundo. Las colecciono.

—¿Coleccionas casas? —pregunto incrédula y su risa me atrae. Bruno se apoya en los codos para verme mejor y, otra vez, su mirada es de apreciación y deseo, haciendo que mi respiración recién controlada se acelere nuevamente.

—Las colecciono. —Se deja caer sobre el sofá y empieza a mirar al techo. Me siento agradecida y, a la vez, necesitada de sus ojos—. Desde el punto de vista financiero, es una mala inversión. O sea, el sector inmobiliario es una buena inversión, pero comprar casas no. Su costo es infinitamente mayor que lo que generan, especialmente las mías, que no generan absolutamente nada.

—Podrías alquilarlas —sugiero, pero luego me siento tonta por decirlo. Claro que podría alquilarlas, y claro que él sabe eso. Otra de sus risas me lo confirma.

—Podría... pero no quiero. Son, literalmente, objetos de colección. Me gusta tenerlas solo para mí, independientemente de lo que me cueste mantenerlas.

—¿Al menos las visitas?

—Una vez al año, cada una. Eso me mantiene viajando todo el año. Cuantas más casas tengo, más viajes hago, y cuando me canso de algún destino en particular, las vendo y las reemplazo por otra.

—Parece una buena forma de vivir —susurro, reflexionando sobre ello. Su cuello se inclina, haciendo un sonido al rozar con la almohada.

—¿Y tú? ¿Qué te gustaría coleccionar?

—Boletos de conciertos —respondo rápidamente—, pero tendría que ir a esos conciertos —explico enseguida y él saca el labio inferior antes de mover la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Cuántos tienes?

—Ninguno.

—¿Ninguno? —Me río, porque esta vez fue él quien empezó a repetir.

—Ninguno. Nunca he ido a un concierto. Bueno, fui a uno de los Baby Looney Tunes[11] cuando era niña, pero no creo que eso cuente como un concierto.

—Definitivamente, no cuenta.

—Entonces no, nunca he ido. —Las expresiones en su rostro parecen dispuestas a jugar a encenderse y apagarse.

—¿Podemos apagar las luces? —pido.

—Por supuesto. Alexa, apaga las luces del cuarto —ordena, y de inmediato el cuarto cae en la oscuridad, haciéndome sentir un poco más cómoda, alejada de sus ojos.

—¿Cuántas casas tienes?

—Hoy, entre casas y apartamentos, treinta y una.

—¡Vaya! ¿Y cuál es tu favorita?

—Actualmente, la de California. Tiene una playa privada y las olas son perfectas. Paso la mayor parte del tiempo allá surfeando.

—Tienes cara de surfista. —Me río de mi propio comentario.

—¿Y qué es tener cara de surfista? —Hay una sonrisa en su voz.

—No es solo la cara, en realidad. Es la postura, el color de la piel, de la boca, las puntas más claras en el cabello e incluso un poco del olor. Como si el agua salada fuera parte de ti, pero solo un poco. —Inconscientemente, respiro hondo contra la tela de su camiseta, y solo cuando el silencio se extiende entre nosotros me doy cuenta de lo que acabo de decir. Gracias a Dios las luces están apagadas, porque estoy segura de que los ojos de Bruno están fijos en mí en este momento—. ¿De dónde viene tu gusto por coleccionar casas? —pregunto, desesperada por escapar de su atención, aunque no pueda verla.

—Mis padres siempre viajaron mucho y, cuando era niño, por un tiempo solían llevarme con ellos. Antes del internado. Siempre amaron los hoteles, pero yo solo quería estar en casa. Así empezó la colección. Cuando tenía destinos fijos por viajes de negocios, compraba una casa para no tener que pasar largos períodos en hoteles. Con el tiempo, se convirtió en otra cosa.

—Te gusta pertenecer… —murmuro para mí misma, sorprendida por la comprensión repentina. No es lo que esperaría de Bruno, considerando lo poco que sé sobre él, y eso también me hace darme cuenta de algo: sé muy poco sobre él.

—Es una forma de verlo.

Como si se diera cuenta de que con su última revelación ha dicho más de lo que quería compartir, Bruno deja que el silencio se adueñe de la habitación. Cierro los ojos, sin querer presionarlo y teniendo ya más de lo que imaginaba para procesar sobre este hombre.

Pero el problema es que, en cuanto el tema muera oficialmente, la sensación anterior regresa con toda su intensidad. La tensión nerviosa me envuelve y aprieta, como si fuera su misión en la vida, y mi cuerpo se endurece por completo en esta cama enorme que parece demasiado vacía solo conmigo.

Exhalo lentamente, lo más silenciosa posible, decidida a ignorar los escalofríos en mi piel, el corazón acelerado y la pulsación sutil entre mis piernas solo por saber que Bruno está acostado aquí al lado, en la oscuridad.

Solo tengo que sobrevivir a esta noche. Solo esta.

***

El reloj digital sobre la mesa, frente a la cama, marca las dos de la mañana, y sigo estando tan lejos de dormir como hace tres horas.

Bruno también está despierto, pero no ha intentado reiniciar nuestra conversación, así que me he mantenido en silencio, acostada, con los ojos cerrados por tanto tiempo como es posible sin volverme loca.

Me gustaría girar de un lado a otro, pero eso delataría mi ansiedad… o que sigo despierta, si es que aún no lo sabe. Él se mueve más intensamente que antes, y yo aprieto los ojos, preocupada de que descubra mi insomnio.

De repente, escucho sus pasos.

Lentamente, se aleja hasta que abre la puerta y la cierra de nuevo, dejándome sola. Pero si su presencia era sofocante, su ausencia deja una sensación aún más extraña, aunque no mejor que la anterior.

Me incorporo en la cama y miro a mi alrededor.

—Alexa, enciende las luces.

La claridad repentina hiere mis ojos, obligándome a entrecerrarlos. Parpadeo hasta acostumbrarme y estiro la mano para tomar mi celular de la mesa de noche.

La respuesta de mi madre a mi mensaje, avisándole que dormiría fuera, es un emoji sugestivo y la repetición de la frase que me dijo por la mañana, antes de que saliera de casa: “el miedo nunca le enseñó a nadie a volar”.

Bueno, creo que lanzarme sobre Bruno en el jacuzzi definitivamente podría describirse como valentía.

Frunzo los labios, irritada por mi falta de control sobre mi propio cuerpo. Abro la aplicación de Kindle y reviso los muchos e-books que he descargado gratis en los últimos meses, esperando tener tiempo para leerlos. Ahora, por fin lo tengo.

Navego por la biblioteca, buscando un texto corto, algo que pueda empezar y terminar ahora.

Sin embargo, tras diez minutos intentando leer el mismo párrafo, me rindo, bloqueo el celular y lo dejo sobre la cama.

No hay ni rastro de Bruno, pero el aire dentro de la habitación parece aún más pesado sin él. Está bien, necesito respirar.

Tal vez encontrar un rincón aislado afuera donde pueda pasar el resto de la noche en vela sin hiperventilar.

Sí, eso haré. Aparto las cobijas y busco mis sandalias. No me preocupo por lo que llevo puesto, después de todo, son las dos de la mañana. La gente normal debería estar dormida, ¿cierto?

***

El pasillo de las habitaciones principales está vacío, y agradezco no toparme con Bruno en el camino. No quiero que piense que lo estoy siguiendo. Solo necesito aire.

Bajo las escaleras hasta el piso inferior y camino por el largo pasillo de camarotes, contando las puertas. Exactamente veintiocho.

Aquí también reina el silencio, y cuando llego al final, desciendo otro tramo de escaleras. En el último escalón, en vez de girar a la derecha, hacia la proa, giro a la izquierda, dirigiéndome hacia la cubierta. No porque necesite ver el jacuzzi para revivir las memorias de esta tarde. Siguen vívidas. Pero recuerdo haber visto un conjunto de sofás allí. Tal vez pueda acostarme en uno y mirar el mar hasta el amanecer. El amanecer en medio del océano debe ser hermoso.

Después de lo que parece casi un kilómetro de caminata, las puertas automáticas de vidrio que separan el interior de la zona exterior se abren para dejarme pasar. Cierro los ojos, sintiendo el viento frío en la piel y el olor del mar invadiendo mis sentidos. Respiro hondo varias veces, dejando que el aire helado me inunde y finalmente enfríe mi cuerpo.

Inclino la cabeza hacia atrás y me abrazo a mí misma. Abro los ojos, observando otra vez el cielo lleno de estrellas. Más temprano, cuando lo vi por primera vez, no pude evitar derramar una lágrima silenciosa. El cielo de São Paulo es vacío, y como nunca había salido de allí, jamás había visto un cielo estrellado de verdad.

Permanezco quieta por unos minutos, disfrutando del sonido relajante de las olas chocando contra el casco del barco. Una sonrisa se forma en mi rostro al pensar en la cantidad de experiencias que he acumulado este fin de semana. Tres días me han dado más que los últimos dos años.

De repente, un sonido resalta sobre el murmullo de las olas, sacándome de mi momento de paz. Frunzo el ceño, creyendo haberlo imaginado. Miro a un lado y al otro, confirmando que estoy sola, pero otro ruido, esta vez más alto, atraviesa el vacío a mi alrededor y golpea de lleno mis oídos.

El gemido femenino es largo y arrastrado, y de inmediato pone todo mi cuerpo en alerta. Debería dar media vuelta y entrar. Pero la curiosidad mató al gato… y siempre supe que algún día me mataría a mí también. Solo espero que ese día no sea hoy. Con pasos calculadamente lentos, sigo el sonido, deslizándome por la pared lateral, manteniéndome oculta de la vista de quien sea que esté en la dirección a la que me dirijo.

Nuevos sonidos llegan hasta mí, más altos, más intensos. Ahora escucho a un hombre también, pero sus sonidos son mucho más bajos. Veo el jacuzzi vacía y, con sigilo, me muevo detrás de la estructura alta que la rodea.

Oculta, busco el origen de los ruidos que perturban la tranquilidad de las estrellas… Y cuando mis ojos encuentran los sofás donde planeaba acostarme para pasar el resto de la madrugada en paz, mi boca se abre en un shock absoluto ante la escena que descubro.

Hay una mujer desnuda acostada boca arriba, con las piernas abiertas. Una de sus manos está entre ellas, acariciándose la vulva, mientras otra mujer está sentada sobre su rostro. Es ella quien gime con fuerza, interrumpiéndose solo cuando se mete en la boca el pene del hombre desnudo sentado frente a ella, a quien se dedica a chupar con esmero.

Parpadeo, con la boca repentinamente seca, al reconocer al hombre de mirada penetrante que tiene los ojos fijos en el rostro de la mujer y los dedos enredados en su cabello.

Arthur observa cada movimiento de la boca de la morena, a quien descubro que es Giulia cuando ella desliza el miembro del hombre fuera de su boca, gira el rostro con una sonrisa lasciva de perfil y suelta otro de sus gemidos altos antes de volver a lamerle las bolas mientras mueve las caderas sobre la boca de la otra mujer.

Definitivamente, debería dar media vuelta e irme. Sin embargo, mis pies parecen haberse arraigado al suelo, mis piernas se niegan a moverse y eso ni siquiera es lo más extraño de lo que me está pasando. Mis pezones están duros y sensibles, y la pulsación de mi clítoris es tan intensa como lo fue hace unas horas en este mismo lugar, cuando tenía el cuerpo musculoso de Bruno entre mis piernas.

Contengo un gemido cuando Giulia levanta la cabeza para gemir fuerte en el preciso instante en que su cuerpo entero se sacude en espasmos, alcanzando el orgasmo. Arthur se despega de la pared y tira de su cabeza hacia él, besándola de una manera que solo podría describirse como obscena. Me recorre un escalofrío.

La mujer que estaba chupándosela a Giulia se pone de pie y, de rodillas, se arrastra hasta quedar junto a ellos, convirtiendo ese revoltijo de lenguas y bocas en algo aún más intenso.

Las manos de Arthur se deslizan por sus cuerpos, tocando pechos, glúteos y entrepiernas sin ninguna delicadeza. Sus caricias son intensas, rudas, y ambas gimen al mismo tiempo cuando él introduce una mano entre las piernas de cada una antes de dar una orden que no alcanzo a escuchar, pero que todo mi cuerpo siente y responde solo con la expresión dura y dominante en su rostro.

Las mujeres bajan, dándome una vista completa del cuerpo musculoso y bronceado de Arthur, cubierto por una capa de sudor a pesar de la brisa constante aquí afuera. No es difícil entender por qué cuando yo, siendo solo una espectadora, siento como si de repente todos mis órganos internos hubieran sido sustituidos por fuego.

Muerdo mi labio, tragándome un gemido, sintiendo que el latido entre mis piernas se vuelve insoportable. Mi vulva palpita de deseo, la sensación es tan abrumadora que siento que voy a acabar en cualquier momento, sin que nadie me haya tocado siquiera. Giulia y la mujer pelirroja lamen al mismo tiempo la verga erecta de Arthur.

Su miembro es grueso y grande. Cada una se ocupa de una mitad, alternando entre esparcir saliva y entrelazar sus lenguas en una coreografía tan erótica que jamás habría sido capaz de imaginar, por más creativa que sea mi mente.

Y cuando creo que nada podría ser más excitante, la pelirroja se recuesta boca arriba y abre las piernas. Giulia se acomoda entre ellas, a cuatro patas, con las caderas levantadas justo frente a Arthur. Él desenrolla un condón sobre su erección y, sin previo aviso, se hunde por completo en su interior. Tengo que contener el impulso de gemir junto con ella.

No aparto la mirada, no parpadeo mientras él la penetra sin descanso y ella le chupa a la otra mujer, quien ahora también llena la noche con sus gemidos. Aprieto con fuerza la estructura plástica donde mis manos están apoyadas al escuchar el gruñido ronco de Arthur y siento que mi propio cuerpo tiembla, como si fuera yo quien

está siendo sacudida por sus embestidas cada vez más frenéticas contra las caderas de la morena.

Con la boca entreabierta, muda, observo cómo el trío cambia de posición una y otra vez, veo a las mujeres acabar en la verga de Arthur y en las bocas de la otra, veo incluso cuando él llega al clímax, hundido en el trasero de la pelirroja. Su liberación es también la mía, porque solo cuando él acaba logro apartar la mirada.

Me apoyo contra el borde del hidromasaje y cierro los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, incapaz de creer en la necesidad ardiente que me consume. El deseo me roba el aliento mientras intento, en vano, organizar mis pensamientos. Jadeante, abro los ojos, decidida a encontrar refugio en las estrellas, a calmar mi cuerpo y mi mente con la visión pacífica del cielo, aunque mi verdadero deseo es correr al primer baño y tocarme el clítoris.

Un solo roce y sé que mi cuerpo entero va a explotar. Sin embargo, en cuanto mi visión se estabiliza, no encuentro puntos brillantes en el cielo, sino dos piedras azules, sostenidas por un cuerpo alto y musculoso, inclinado sobre la baranda del piso superior. Esos ojos están fijos en mí, listos para devorarme.

31.

BRUNO MAGALLANES

La sorpresa y la vergüenza en sus ojos no borraron ninguno de los sentimientos que antes la desbordaban. La curiosidad, la erección, el placer que le había producido contemplar la descuidada escena de Arthur.

Y no solo el sexo. Sus ojos recorrieron los cuerpos, las caricias, su cuerpo reaccionó a los sonidos y estoy seguro de que en algún momento, Milena incluso se imaginó participando en lo que veía. Fue probablemente en ese instante cuando su cuerpo se perdió.

La piel enrojecida, los labios entreabiertos, el pecho agitado y la nube de deseo que la envolvía la hacían aún más atractiva. Y, por segunda vez hoy, mi cuerpo responde con desesperación ante la necesidad de estar cerca de ella.

Abajo, escondida de la vista del trío, con el cuerpo cargado de señales de una excitación que no tenía nada que ver con el alcohol, Milena era una visión perfecta.

La vi alejarse de mí, casi corriendo hacia el interior del barco, pero no me moví.

Me quedé allí, apoyado sobre el barandal del segundo piso, atraído por los sonidos de la intimidad de Arthur, de donde casi me había ido cuando vi a Milena, escurriéndose por las paredes del piso inferior hasta llegar al lugar donde lo que estaba sucediendo ante sus ojos, claramente la había intrigado.

Ver sus reacciones fue mucho más excitante que cualquier otra cosa que haya experimentado. Desearía haber estado allí, a su lado, guiándola en ese momento. Mostrándole algo que probablemente ella aún no había notado.

Una percepción que, aunque impensable para ella en ese momento, era clara como el agua para mí. Milena era una observadora.

Mi deseo era quitarle la ropa para que ella fuera vista por las mismas personas que había estado observando.

Mientras veía cómo sus ojos se llenaban de deseo, quise acercarme a ella, deseando que pudiera experimentar la misma intensidad que sus ojos parecían reflejar al observar lo que ocurría frente a ella.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la necesidad urgente de saber qué hacía Milena. Imaginármela ahora, caminando rápidamente por los pasillos, presionando las piernas una contra otra, con la certeza de que al llegar a su habitación cerraría la puerta y se entregaría a sus pensamientos y sensaciones, me mantenía en silencio, observando, dándole tiempo para procesar sus emociones sin interrupciones.

Era un límite que había llegado a comprender. He sido respetuoso, he cedido a sus deseos, pero también hay momentos en los que uno no puede más. Y ese instante, cuando su mirada pedía que acabara con lo que ella misma había iniciado, me hizo entender que esta vez sería diferente.

32.

MILENA GARCÍA

Parada frente a la puerta cerrada, la risa y el lamento se enfrentan en mi cabeza al pensar en cuánto mi vida ha girado alrededor de abrir, cerrar o esconderme detrás de ellas en los últimos días.

La semana pasó como un borrón de noches inquietas, días somnolientos y pensamientos que se enviaban lejos de la superficie, encerrados en lo más profundo de mi subconsciente, solo para ser descubiertos libres, ligeros y sueltos momentos después, girando sin ningún otro objetivo que molestarme.

Intenté ver películas, leer, investigar sobre lo que haré con mi vida en tres meses, intenté pasear por el centro comercial, por la 25 de marzo y por el Ibirapuera, pero nada logró mantener mi atención por más de unos minutos.

Y en cada descanso o momento libre que tuve, mi mente se deslizaba del presente hacia la madrugada del domingo, más específicamente, hacia el momento en que descubrí los ojos de Bruno observándome mientras yo espiaba a Arthur, Giulia y la mujer pelirroja. Suspiro y muerdo mi labio.

Las imágenes que me atraparon no pueden borrarse y siguen atormentándome incluso cuando tengo los ojos abiertos.

Todavía no entiendo cómo pude quedarme allí, mirando, deseando observar y, en determinado momento, incluso deseando participar. Todo esto es tan confuso. Me excitó ver a dos mujeres tocándose, besándose, chupándose, haciendo... cosas. *¿Eso quiere decir que soy bisexual?*

Si cierro los ojos, puedo sentir el calor que recorrió mi cuerpo mientras veía la escena una y otra vez, y aún más que eso, la verdadera explosión provocada por la mirada de mi observador.

El deseo de alcanzar el clímax ya era una necesidad antes de que nuestros ojos se cruzaran. Después, se convirtió en una exigencia y, aunque sabía que Bruno podría entrar al cuarto en cualquier momento, tan pronto como llegué a la cabina que ocupábamos, me encerré en el baño y me masturbé.

Casi no necesité tocarme. Mi cuerpo estaba tan preparado que en menos de un minuto temblaba, fuera de control, apretando los ojos y los labios para evitar cualquier sonido tonto que pudiera escapar.

Pasé el resto de la noche despierta, esperando, pero mi falso novio no volvió al cuarto hasta que ya había amanecido. Y, aun así, no tocó el tema. Nada. Ni una palabra.

Actuó como si esa madrugada nunca hubiera sucedido. Y si no fuera por las sensaciones aún más intensas que su presencia comenzó a despertar en mí, su aparente indiferencia podría haberme hecho creer que todo había sido un sueño.

Si antes su compañía me dejaba alerta, su contacto me encendía y mi cuerpo parecía atraído constantemente hacia el suyo, durante las horas que pasamos juntos en la mañana del lunes, cuando regresamos a São Paulo, todo eso pareció elevarse a la décima potencia.

Su olor empezó a dominarme, la atracción sutil se transformó en una fuerza poderosa, arrastrándome todo el tiempo, diciéndome que el lugar de mi cuerpo era cerca del suyo y, aunque no sentí su piel sobre la mía, sus ojos gritaban que mi tiempo se agotaba. Definitivamente, me estaba volviendo loca. Aunque los ojos no gritan, después de todo.

Su silencio selectivo se mantuvo durante todos los días siguientes, de hecho, creo que el nombre correcto sería su conversación selectiva.

Bruno no hizo nada más que enviarme mensajes diarios preguntando cómo me sentía, los cuales nunca se desarrollaban en otros temas. No. La pregunta era directa, mi respuesta igualmente

directa y educada cuando le devolvía la preocupación y fin de la conversación.

Y, aunque sentía su ausencia, no era como si me estuviera abandonando, no. Aunque no sé cómo explicarlo, la sensación de que Bruno me estaba dando espacio era persistente.

Casi como si estuviera preparándome para algo y eso solo intensificó la ansiedad por sus mensajes siguientes.

Cada día, esperaba que algo como "serás ofrecida en sacrificio a un dios pagano" fuera lo que me dijera en su próximo mensaje. Y esa expectativa era, al mismo tiempo, electrizante y agotadora, sobre todo cuando, día tras día, resultaba ser injustificada. Hasta anoche.

"Cómo perder a un hombre en diez días" pasaba en la enorme televisión de la sala por tercera vez esta semana cuando mi celular vibró a mi lado, en el sofá.

Sabía que era él antes de ver su nombre en la barra de notificaciones. Simplemente lo sabía, aunque ya hubiera recibido mi dosis diaria de contacto horas antes.

Cuando desbloqueé la pantalla y leí el mensaje en la aplicación, pensé que, tal vez, un sacrificio a un dios pagano podría ser menos agobiante que lo que Bruno decía que estaba por suceder.

> **Bruno:** Vamos a recibir a mis amigos para una noche de juegos mañana. Llega a las 18h y trae la ropa que compraste para dejar en mi apartamento. Vas a dormir aquí.

33.

BRUNO MAGALLANES

Su olor es lo primero que me golpea cuando abro la puerta. Durante los últimos diez minutos, he observado a Milena a través de las cámaras desde que entró en el ascensor.

No había ninguna razón especial, la urgencia de verla era tan grande que no pude esperar su llegada hasta mi puerta.

Mantenerme alejado estos últimos días fue necesario. Necesitaba asegurarme de que mi juicio no estaba siendo afectado por esa cosa incontrolable que la mujer despierta en mí.

Tenía que analizar todas las señales con minuciosidad, asegurarme de que mis interpretaciones eran correctas, claras, y que no había la menor posibilidad de que pudiera hacer esto con ella cerca.

Aunque más de una vez me encontré queriendo mandar toda la puta interpretación al carajo y simplemente tomar lo que, cada vez más, sentía como si ya fuera mío.

La distancia también me fue útil para que ella se diera cuenta de eso, y cada uno de los gestos que vi en las grabaciones durante los últimos minutos me dice que fue una buena decisión. Aunque esta sea una de esas cosas que Milena aún no entienda.

Su angustia se denuncia con las mordidas constantes en su labio inferior, las manos inquietas, los pies golpeando incansablemente el suelo, el giro constante del anillo en su dedo índice, las exhalaciones cortas, y, sobre todo, el hecho de que se quedó parada durante diez minutos, frente a mi puerta, sin atreverse a golpear.

Como si temiera lo que sucedería después de cruzar el umbral, y tal vez realmente debería temerlo.

—Hola —saludo, y ella lame sus labios antes de sonreír nerviosamente.

—Hola.

Otra lamida de labios, y no puedo evitar sonreír. Mi impulso es presionarla contra la pared, lamer su boca sabrosa, chupar su lengua provocadora, y su mirada suplicante lo alimenta.

Quedó claro para mí, en el momento en que vi a Milena espiando el sexo ajeno, y disfrutando con ello, que habría un cambio en la dinámica de nuestra relación.

Si fue mi certeza la que provocó el cambio o si fue el cambio lo que generó mi certeza, nunca lo sabremos, pero ocurrió, y es imposible ignorarlo.

El aire a nuestro alrededor estalla, y la energía sexual, antes reprimida con fuerza, ahora corre libremente, girando, serpenteando y envolviéndonos como si fuera un organismo vivo.

Milena gime bajito y no resisto. Pongo mi mano sobre su labio, liberándolo de entre sus dientes sin apartar los ojos de los suyos.

Hasta el final de la noche, le daré todas las cosas por las que sus ojos me suplican, pero por ahora, hago un gesto para que pase por la puerta. Sus movimientos son cautelosos, da la impresión de que teme tropezar con algo si no tiene cuidado al moverse. Se quita los zapatos y los deja al lado de la puerta.

—Necesitamos mostrarte el segundo piso de la casa.

Buzz levanta la cabeza de su cama en la esquina de la sala, como si estuviera de acuerdo con la idea. El ruido del cuerpo gordo y lleno de pliegues del bulldog arrastrándose fuera de la superficie suave atrae la atención de Milena, y se da vuelta hacia el perro.

La imagen ridícula de Buzz moviendo sus patas delanteras mientras arrastra las traseras y las caderas por el suelo por pura pereza hace que Milena olvide momentáneamente la tensión que

pesaba sobre sus hombros, y suelta una risa agradable que también me hace sonreír.

—Eres un perrito perezoso, ¿verdad? —pregunta, agachándose en el lugar para esperar que el perro la alcance.

—¿Perrito? —bromeo, y su mirada hacia mí es divertida, aunque no tan ligera como la que le dio a Buzz.

Finalmente, el perro la alcanza, y ella le rasca la oreja. Él resopla y, cinco segundos después, está tirado a sus pies, con los ojos cerrados, listo para volver a dormir.

Revuelvo los ojos y sacudo la cabeza, negando. Milena sigue mimando al perro sin darse cuenta de que tomé la bolsa que dejó en el suelo y ya estoy caminando hacia las escaleras. Cuando llego al primer escalón, me doy vuelta hacia ella, extendiendo la mano.

—¿Vienes?

***

—Y este es mi cuarto. —Milena me mira, pareciendo extremadamente preocupada cuando abro la última puerta del pasillo para ella, y yo me reiría si no me sintiera tan presionado como ella por tenerla tan cerca de mi cama—. ¿Sabes qué? Tal vez deberíamos dejar esto para otra ocasión —sugiero, y el alivio en su rostro es tan evidente como la punzada de decepción que lo atraviesa—. Creo que te gustará el balcón.

—¿Arriba?

—No, abajo.

Sus cejas se fruncen.

—¿Dónde?

—Las ventanas en la sala son puertas.

—Yo... —comienza, pero se interrumpe y sacude la cabeza, negando—. No importa. Vamos entonces.

Bajamos las escaleras, cruzamos las salas, y en cuanto pasa por las puertas de vidrio, Milena adopta esa expresión deslumbrada que ya he visto en su rostro algunas veces.

Los labios entreabiertos, las cejas levantadas, los ojos inquietos, sin saber en qué fijarse primero. Su primer destino es la barandilla. Va hasta el borde del edificio y se apoya, mirando toda la ciudad desde arriba. Durante unos minutos, se queda en silencio, solo observando, y yo hago lo mismo que ella.

Sus jeans claros de cintura alta dejan su culo aún más elevado y delinean las curvas sutiles de sus caderas. Los hombros están expuestos por una camiseta negra de mangas ¾, y su cabello suelto se mueve con la suave brisa del aire libre.

Me mira por encima del hombro por un instante y sonríe tímidamente antes de girarse, apoyándose en la pared de concreto y madera.

—No vi este lugar la última vez que estuve aquí —comenta, haciéndome pensar en eso. El día que firmamos el contrato la encontré mirando a través de las ventanas, pero no desde este lado de la sala.

—Desde donde estabas, no se podía ver.

—Es increíble.

Milena recorre con la mirada hasta que sus ojos se detienen en el jacuzzi, elevada sobre una estructura a su derecha, al lado de la piscina.

El reconocimiento brilla en sus iris azules y sé exactamente hacia dónde van sus pensamientos. Ella suspira y hago una anotación mental para más tarde. Me alejo de la puerta de acceso y camino hacia ella.

Milena endurece su postura de inmediato y verla tan alerta es casi divertido. Me detengo a su lado, con las caderas apoyadas en el mismo lugar que las de ella, apenas unos centímetros separando nuestros cuerpos. El calor de su cuerpo es casi un choque físico.

—Tenemos que prepararte. —Su mirada curiosa busca la mía y giro el rostro, dejándolo frente al suyo. Qué maldita boca más sabrosa. Sus ojos no tardan en devolverme la mirada, cayendo hacia mis labios.

—¿Prepararme para qué? —pregunta en voz baja.

—Para el cuarteto de idiotas —respondo en el mismo tono.

—Pero ya los conocí. —No tengo idea de por qué estamos susurrando, pero estoy seguro de que ahora estamos más cerca de lo que estábamos hace un segundo.

—Es... —Hago una pausa, concentrado en su lengua que salió a humedecer sus labios—. Te los presenté, pero ¿conocerlos? Tal vez hoy empieces.

Ninguno de los dos está realmente atento a las palabras que estamos diciendo y necesito desviar la mirada antes de hacer una estupidez.

Si empiezo, no voy a poder detenerme. ¡Mierda! Suelto un largo suspiro y me doy la vuelta, alejándome de mi apartamento y recostándome sobre la barandilla.

—¿Qué es la noche de juegos, al final? —pregunta un rato después, desconfiada—. ¿Van a jugar videojuegos?

—Una vez al mes nos reunimos a jugar. El juego de hoy es Monopoly.

Su rostro busca el mío, pero yo sigo enfocado en la ciudad frente a mí.

—¿Monopoly? ¿Van a jugar Monopoly?

La incredulidad en su tono sería suficiente para dejar claro su tono burlón, pero, con la visión periférica, la veo apoyar uno de sus brazos en la cintura, inclinar el cuello y una pequeña sonrisa asomarse en la esquina de sus labios.

—¿Qué tiene de malo jugar Monopoly?

Levanto el cuerpo y cruzo los brazos, entrecerrando los ojos ante su cambio repentino de actitud, aunque aún no la estoy mirando. Mierda, me encanta su volatilidad. Su mirada me examina de arriba a abajo.

—¿No están un poco grandes para eso?

Su respuesta me arranca una carcajada y, finalmente, me concentro completamente en su figura mientras empiezo a caminar de regreso hacia el interior del apartamento. Ella me sigue.

—No usamos dinero real. En lugar de repartir mil quinientos dólares de dinero de juguete, jugamos con el equivalente en acciones de las empresas que más están rindiendo en nuestra cartera de inversiones esa semana.

Sus cejas se fruncen y sus ojos se mueven sin rumbo durante los segundos en los que piensa en eso.

—Pero eso sería...

—¿Centenares de miles de dólares en dinero de verdad? —la interrumpo, encogiéndome de hombros—. Te dije que es divertido. Y tú también vas a jugar —aviso, pero su reacción es reírse fuerte, haciéndome detener frente a uno de los sofás y mirarla.

Buzz se queja por el ruido que interrumpe su siesta y yo llevo la mano al mentón, observando todo su cuerpo sacudirse con la risa.

Es imposible evitar pensar lo hermosa que es, así como esa sensación placentera de que, una vez más, fui yo el responsable de la sonrisa en su rostro, aunque aparentemente esté riéndose de mí.

—¿Qué es tan gracioso?

—Para empezar, no tengo acciones. Pero lo realmente gracioso es que pienses que, si las tuviera, las pondría en una locura como esa.

—Eres mi chica, Milena. Claro que tienes.

No calculo el impacto de mis palabras hasta que ya han salido y se notan claramente en el cambio de expresión de Milena o en esa

maldita sensación que se extiende por mi pecho como fuego en rastro de pólvora.

Seguras como nunca, así suenan las palabras. Milena parpadea, fingiendo no haberse visto afectada por lo que dije, pero elige sentarse en el sillón frente a mí en lugar de a mi lado, como si eso fuera a hacer alguna diferencia en lo que pasa entre nosotros. Solo hay una solución para esto y es todo lo contrario a alejarse.

—No voy a apostar tu dinero —avisa, decidida, haciéndome sonreír—. Voy a apostar el mío. Acepto un préstamo, pero lo descuentas de mi pago después.

—No voy a dejar que pierdas tu dinero, Milena.

—¿Y quién dijo que voy a perder?

Es mi turno de levantar las cejas, sorprendido.

—Si ganas, acepto —condiciono.

—No sabía que estábamos negociando.

Sonrío ante su inocencia.

—Eso es porque tienes mucho que aprender sobre mí, Milena. Siempre estoy negociando.

Sus ojos se entrecierran y el aire de desafío en ellos me hace morder mi propio labio.

—Ellos van a intentar robarte.

—¿Cómo?

—Pueden ser muy creativos, pero lo principal es que nunca quieren quebrar. Usamos billetes marcados, pero aún así esos hijos de puta siempre se las ingenian.

Milena abre la boca y sacude la cabeza de un lado a otro, negando.

—¿Por qué harían eso?

—Porque ninguno de nosotros le gusta perder.

—¿Entonces tú también robas? —deduce lo que no digo y me encojo de hombros, cambiando de tema, justo después de darle un guiño.

—Ellos intentarán convencerte de que apuestes cosas. —Cambio de tema.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas que no vas a querer perder, cosas que me van a molestar... Cualquier cosa.

—¿Ustedes son adictos o algo así?

—Más bien somos unos maníacos.

—No veo cómo eso podría sonar mejor.

—Podemos parar en cualquier momento.

—Eso es lo que siempre dicen los adictos.

***

—Yo quiero a Mile —dice Arthur tan pronto como nos sentamos frente al tablero, haciendo que revuelque los ojos.

Llegaron hace unas horas y, aunque Milena se sintió un poco incómoda al principio con la presencia de Arthur, eso no duró mucho.

Imagino que el hecho de que él no tuviera ni idea del papel que ella había desempeñado en su revolcón, lo reconfortó de alguna manera.

—No es un juego de parejas, idiota.

—Aún quiero a Milena —dice, y yo aprieto los labios, ignorándolo.

—Lo siento, no estoy disponible —responde ella, haciendo una mueca, como si fuera una vendedora cuyo producto se agotó justo antes de que entrara el último cliente en la tienda.

—No soy celoso, preciosa —insiste él, y yo corto el tema.

—Conoces las reglas, ¿verdad? —le pregunto a ella, que asiente con la cabeza, aunque no le creo. Algo me dice que Milena está escondiendo algo—. ¡Ok! Billetes en la mesa —aviso, y todos sacan los paquetes de sus bolsillos, pero Milena, que ya tenía el suyo en la mano, me mira con la ceja levantada.

—Alguien parece estar celoso —susurra Arthur a Héctor, que está sentado junto a él en la mesa redonda, y yo suelto un silbido al exhalar.

—¿Eres el banquero? ¿No vamos a hacer algún sorteo o algo así? —pregunta Milena.

—Si quieres arriesgarte con uno de esos tipos... —sugiero, y al menos ellos tienen la decencia de no negarlo. Las sonrisitas estúpidas en sus caras parecen ser suficiente respuesta para ella.

—Está bien —acepta y elige su ficha—. Que comience el juego —murmura para sí misma.

***

Ella me está robando.

La hija de puta me está robando. Milena debería haber quebrado hace al menos tres rondas, pero su dinero no se acaba. No sé cómo lo hace, pero lo está haciendo, y no puedo acusarla, porque yo debería haber quebrado hace seis rondas.

Resoplo cuando ella tira los dados por segunda vez, saca dos seis y avanza doce casillas de nuevo.

En la tercera vez consecutiva que tira los dados, como en todas las veces anteriores, sus dados caen con números diferentes, evitando su ida a la cárcel. Me lanza una mirada provocadora. Maldita competitiva.

¡La puta madre! No puedo creer que esté excitado jugando a la puta mierda de Monopoly. Como si el aire pesado a nuestro alrededor ya no fuera suficiente, cada vez que ella me mira como si

me estuviera pateando el culo, quiero mostrarle lo que realmente estoy dispuesto a hacer con el suyo.

Ya todos los demás salieron del juego, quebrados por mí o por ella, y ahora solo quedamos nosotros dos jugando, aunque ella tiene toda la hinchada de su lado. Incluso Buzz está despierto, sentado a su lado, como si le estuviera dando ánimos. Traidor.

Tiro los dados. Saco un seis y un cuatro. Cuento las casillas. ¡Ah, carajo! Los labios de Milena se estiran en una enorme sonrisa cuando llega a la misma conclusión que yo. Cárcel. Termino en la puta cárcel.

—¿Paga? —pregunta, sabiendo muy bien que no tengo suficiente dinero para pagar la fianza, no sin irme a la quiebra.

Podría buscar la manera, pero con cinco pares de ojos observando cada uno de mis movimientos, seis si cuento el del Bulldog, sería imposible no ser pillado.

—Dados —murmuro, indignado de darle esa satisfacción.

Sin embargo, Milena no es la única que sabe cómo manipular los dados para que caigan con los mismos números hacia arriba. Los dos caen con el dos hacia arriba, y ahora es mi turno de sonreír brillantemente.

Empujo la punta de la lengua contra el interior de una de mis mejillas, satisfecho, y lanzo los dados otra vez. El primero me da el número uno, el otro gira, gira, gira, hasta que se detiene con el dos hacia arriba.

Todos miramos al mismo tiempo hacia el tablero, y cierro los ojos al darme cuenta de que está a solo tres casillas de la cárcel. Milena tiene un maldito hotel, y con la cabeza baja, analizo mis opciones, solo para descubrir que no tengo ninguna. Ella extiende la palma de la mano hacia mí, sabiendo exactamente lo que el movimiento que los dados exigieron me va a costar.

Le entrego el pequeño paquete de papeles que tengo en las manos, sabiendo que no será suficiente para pagar lo que requiere

la mudanza y que esto significa que ella es la ganadora del partido.

Los cuatro idiotas que llamo amigos están gritando, celebrando como si fueran un grupo de animadores, pero a mí no me importa. No.

Lo único que me interesa es que mi mirada deje claro a la mujer ansiosa frente a mí que el juego entre nosotros está lejos, muy lejos de terminar. Que se joda la calma.

34.

BRUNO MAGALLANES

En cuanto la puerta se cierra, dejándonos solos, todo el control que había estado ejerciendo sobre mi propio cuerpo parece quebrarse.

Las barreras que mantenía firmemente sujetas para ocultar mis reacciones al contacto íntimo y caliente de Bruno se rompen, todas al mismo tiempo, en una maraña de hilos finos y rápidos que parecen descontrolados y ansiosos por alcanzar algo.

En el momento en que esas puntas descontroladas me encuentran, me azotan de expectativa sin ningún remordimiento.

Mi piel se eriza, mi respiración se acelera, mis piernas tiemblan, y cuando su nariz se hunde en la curva de mi cuello, sé que no me dará tregua.

Detrás de mí, con sus brazos rodeándome, el hombre toma una profunda inspiración antes de rozar la punta de su nariz por mi piel erizada hasta que su boca está justo detrás de mi oreja y sopla allí, suavemente.

Ni siquiera intento disimularlo, dejo que mi cuerpo se rinda, aunque mi mente aún no esté dispuesta a hacerlo, porque no soy capaz de luchar en dos frentes al mismo tiempo.

—¿Te gustó ganarme, Milena? —Su tono tiene una ironía que resuena en mis oídos, y yo inclino la cabeza, inconscientemente dándole más acceso a mi cuello.

—Se fueron, ya no hay público, Bruno.

Mi voz sale rasposa, dejando de lado todo lo que quería imprimir de credibilidad en ese recordatorio. Ni siquiera yo creo en mi propia resolución, pero su tacto está tan delicioso.

Sus manos me empujan hacia atrás, hacia su pecho duro y caliente, y su erección presiona contra mi culo. Quiero frotarme contra su verga. ¿Debería frotarme contra ella? Definitivamente, quiero.

—Lo sé... —susurra en mi oído antes de lamerlo, y gimo, adorando la sensación de su lengua húmeda provocándome, sintiéndola de manera increíble en varios otros lugares. Esto no debería ser posible—. Dime que pare, Milena —pide en otro susurro, y yo debería hacerlo.

Dios mío, debería. Juro que sí, pero si paro ahora, me voy a secar y explotar, y no puedo secarme y explotar, aún tengo muchas cosas por hacer, por vivir. ¡Por favor! Puedo sacrificarme, es por un bien mayor, ¿no?

Tener sus manos sobre mi cuerpo es una necesidad. Después de pasar toda la noche luchando contra la naturaleza de cada uno de mis movimientos, constantemente empujándome hacia Bruno, ya no tengo fuerzas para resistir. Sí, definitivamente, ¡por un bien mayor!

Con un movimiento rápido, soy volteada y empujada contra la pared a nuestro lado, en el vestíbulo del apartamento.

Los ojos de Bruno son pura llamarada, lamiendo mi piel de punta a punta, y, al mismo tiempo, derramando aceite sobre ella, recordándome la promesa que me hicieron hace casi una semana: consumirme. Van a consumirme.

—Dime que pare.

Sus llamas azules están fijas en mí, ansiosas por mi respuesta. Su boca está a milímetros de la mía, y cuando exhala por ella, el aliento cálido y mentolado invade mi nariz. Así es como domina casi todos mis sentidos.

El calor de su cuerpo irradia bajo mis manos, su expresión de deseo pinta imágenes pornográficas y deliciosas en mi mente, su voz rasposa y susurrada, sexy como el infierno, vuelve loca mi audición, y su olor impregna mi nariz como si fuera el mío propio.

Mi lengua siente celos de los demás sentidos y no puedo culparla ni intentar detenerla cuando decide conquistar su propia porción de afecto.

Sin mi permiso, lame mi labio inferior hasta el borde, luego sube, alcanzando el superior tan despacio como lo hizo con el primero, antes de finalmente buscar lo que realmente quiere: tocar suavemente el labio inferior de Bruno, sintiendo su sabor.

Autónomamente, repite los movimientos hechos en mis labios, pero no es suficiente. Sin embargo, antes de que la lengua atrevida pueda ir más allá, él sonríe.

—Provocadora —acusa Bruno y reclama toda mi boca, hundiendo su lengua de esa forma tan particular que tanto me gusta.

La verdad es que estoy arruinada para cualquier boca que no sea la suya, y no hay nada que pueda hacer al respecto más que aprovechar el tiempo que tengo con ella.

La sensación es como sumergirse después de estar mucho tiempo bajo el agua, aunque el aire sea el último pensamiento de mis pulmones ahora.

La boca de Bruno baja, lamiendo mi mentón, mordisqueando, recorriendo su lengua por mi mandíbula, por mi garganta, mientras sus manos se extienden por todo mi cuerpo, agarrando mi culo, tirando de mi cabello y aplastando cada superficie que tocan.

Me manipula como si fuera una muñeca de trapo, a su antojo. Cuando me doy cuenta, mis piernas están en el aire, envolviendo su cintura, y mi espalda está presionada contra la pared por la potencia del empuje de su pelvis contra la mía.

Ya he perdido el control de los sonidos que salen de mi boca. Gemidos arrastrados, gruñidos y suspiros me resumen mientras trato de hacerle frente a todo lo que ese hombre es.

Deslizo mis manos por los músculos de sus brazos, hundiendo los dedos en sus hombros, arañando su nuca, oliendo su cuello y lamiendo su garganta de abajo hacia arriba.

El sonido que emite, tan cerca de mi oído, resuena en todo mi cuerpo, pero su mano en mi nuca aleja mi boca de su piel, exigiendo que mi cabeza se quede quieta, pegada a la pared.

—¿Te gustó ganarme, puta? —gruñe, con los labios casi pegados a los míos, repitiendo la pregunta que ya había hecho—. ¡Responde! —exige, y, jadeante, parpadeo antes de ser capaz de formular la respuesta de solo una palabra.

—¡Me encantó! —admito—. ¡Me encantó! —grito cuando él frota su erección poderosa contra mi vulva, provocándome un estremecimiento, incluso a través de los pantalones—. Bruno… —gimoteo.

—¡Ah, nena!

Su voz es mitad risa, mitad determinación, y su boca vuelve a consumir la mía, dominándolo todo, sin darme oportunidad de nada más que la perdición.

No hay calma en nuestros gestos. Somos una explosión descontrolada, eufórica y deliciosa que no se preocupa si es la primera o la milésima vez que no hay barreras emocionales entre nosotros.

Cuanto más tengo, más quiero de él. Mis dedos alcanzan el borde de su camiseta y la levantan, dejando su torso desnudo, y pronto es mi turno.

Tan pronto como sus ojos me descubren completamente desnuda de cintura para arriba, sin sujetador, Bruno detiene la sinfonía de caricias desesperadas y me observa casi con reverencia.

Cada segundo de sus ojos sobre mis pechos parece arrastrar garras, arañándolos, maltratando mis pezones insoportablemente duros, aunque la única caricia que esa parte de mi cuerpo recibe sea su mirada.

Desde el primer momento en que me empuja contra la pared, mi "novio" de mentira desliza las yemas de sus dedos por mi piel ardiendo. Se acerca a mis pechos pequeños, prueba el encaje, pero

no me toca, no de la forma en que estoy desesperada por ser tocada.

—¿Sin sostén, Milena? —pregunta, con tono retórico. Si no lo fuera, poco podría hacer.

Me he convertido en una masa irracional de expectativa, en la que las únicas palabras que logro mover entre mi mente y mis labios son dos, que digo a continuación.

—Por favor —pido, sin pudor alguno—. Por favor.

—¿Por favor qué, Milena? —responde él, desafiante.

—Tócame. Por favor, tócame.

He esperado tanto por esto. Lo he deseado y fantaseado durante tanto tiempo, que no puedo soportar un segundo más de expectativa.

Todo en el hombre frente a mí me dice que él también lo desea, porque en el instante siguiente, sus manos grandes están aplastando mis tetas.

Golpeo mi cabeza contra la pared al inclinarla hacia atrás, pero no me importa, porque el placer recorre mi cuerpo con una intensidad única.

El contacto áspero, el deslizar, el apretar, todo se siente en cada rincón de mí. Bruno me besa la boca sin interrumpir el trabajo con sus manos.

—Te voy a hacer acabar aquí, en este mismo lugar —avisa.

—Por favor, por favor —suplico nuevamente, desesperada por sentirlo. Él comienza a mover sus caderas de manera coordinada, presionando contra mí, provocándome aún más.

Las sensaciones me azotan, me deshacen, recorren cada fibra de mi cuerpo, es como si una oleada de microchoques recorriera mis músculos tensos. Ningún orgasmo ha sido tan liberador como este, y aún llevo puesta la ropa.

—Bruno —grito, cuando él detiene el movimiento de sus caderas, ahora perfectamente encajado en mi centro, mientras sus dedos aprietan mis pezones—. ¡Bruno!

El último grito se convierte en un orgasmo que me arrastra por completo, mientras su lengua invade mi boca. Su risa grave se infiltra en la niebla de satisfacción que me envuelve.

—Ahora vamos a jugar —dice, mientras mis ojos se cierran, segura en sus brazos. Siento cómo mi cuerpo se separa de la pared, mis pies no tocan el suelo.

Subimos las escaleras y, cuando soy arrojada sobre la cama, siento el colchón y las sábanas suaves. Antes de que pueda reaccionar, me impulsa hacia arriba nuevamente.

Abro los ojos, veo el entorno borroso, rodeado por las luces de la ciudad. Las ventanas del suelo al techo permiten que la noche se trague el cuarto, pero nada de eso importa ahora.

El hombre frente a mí está sacando un condón de su bolsillo y lo arroja sobre la cama antes de quitarse la ropa. Contemplo sus movimientos, aún respirando con dificultad, arrebatada por el deseo.

Bruno no tiene intenciones de ser delicado. Cuando se da cuenta de que estoy mirando, sus ojos se fijan en los míos, mientras sus dedos enganchan la parte de su ropa interior.

Sonríe, satisfecho por el estado en que me ha dejado, como si estuviera diciendo "jaque mate". Y se quita la ropa con determinación.

Su miembro, duro y grande, es una visión mucho mejor que cualquier película. No puedo evitar gemir, aunque aún esté alejado de mi cuerpo. Ni siquiera sé cómo puedo desear algo que nunca he tenido realmente.

El latir entre mis piernas, incluso después del orgasmo, me deja claro que no necesito entenderlo, solo resolverlo. Porque con cada latido en mi clítoris, me vuelvo más desesperada por lo que está por venir.

—Ahora te voy a dejar sin ropa —dice, y yo casi respondo "¡Sí, por favor!", pero me quedo en silencio, disfrutando la imagen que ha alimentado tantas de mis fantasías.

Bruno se acerca, sus dedos deslizan por mi abdomen, y siento un estremecimiento mientras él sonríe. No me importa, no ahora.

Abre el botón de mis pantalones y, mientras su cuerpo se mueve sobre el mío, su erección roza mi piel. Deseo que ya no quede nada entre nosotros, que ya no haya barreras.

Mi cremallera se abre, y con un movimiento, Bruno desliza mis pantalones hacia abajo, como hizo con su propia ropa. Levanto las caderas, permitiendo que el tejido pase sin resistencia, hasta que finalmente me deja solo con la tanga.

El encaje azul se convierte en el objetivo de su mirada, y al descubrir el tejido completamente mojado, él chasquea la lengua.

—La tanga está arruinada, Milena. No la vas a necesitar.

Sin decir más, la rompe y se aparta para admirar lo que acaba de hacer.

Su observación me hace sentir especial, aunque no me toca, su mirada me acaricia con satisfacción, y me gusta. Me encanta ver sus ojos sobre mi cuerpo. No siento vergüenza. Podría quedarme aquí y dejar que me observe por horas.

Me apoyo sobre los codos y noto cómo mis pechos se levantan por la posición. Los ojos de Bruno siguen el movimiento.

Se acerca y coloca su boca sobre mi estómago, lamiendo desde mi ombligo hasta mi cuello, mientras lucho por no perderme por completo.

Su lengua en mi piel es aún más intensa de lo que recordaba. Pero él no cree que esta tortura sea suficiente. Su mano sube y baja por mi muslo, siempre se acerca, pero nunca llega donde realmente lo necesito.

Duele. El deseo por su contacto es una constante punzada de necesidad dolorosa. Me muevo contra las sábanas y gimo, una vez más.

—Te voy a meter bien la verga, Milena. Voy a hacerte sentir todo lo que tienes que sentir. Hoy, mañana, y pasado mañana. Voy a cogerte hasta que tu vagina quede marcada con la forma de mi verga. Pero esta noche, solo tenemos una oportunidad y no la voy a disparar hasta que estés agotada de tanto acabar.

35.

BRUNO MAGALLANES

El efecto de mi promesa sobre su cuerpo es inmediato. Se ablanda aún más ante mis ojos, que vuelven a deleitarse con la visión de Milena completamente desnuda, tendida en mi cama, lista para ser penetrada.

Me pesan los huevos y mi verga apunta hacia arriba, dura y palpitante, babeando sobre la chica sin siquiera haber sido tocada.

Me arrodillo. Apoyado en el borde de la cama, le agarro los muslos y tiro de ella, con las piernas abiertas, hacia mí.

Froto con la nariz los prominentes huesos de sus caderas, su pubis, su ingle, trazando con ella, y luego con la lengua, un lento recorrido por el interior de sus muslos.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal al experimentar la sensación de una piel suave, perfumada, salada y extremadamente sensible.

La lamo, la beso y recorro su cuerpo con las manos. El gemido que sale de su boca hace que el palpitar de mi verga sea aún más demencial y húmedo.

Mi lengua recorre varias veces el mismo camino, alternándolo con mis labios. Sus ansiosas caderas se retuercen sobre la cama y yo

aumento el agarre de sus muslos.

Un gemido más fuerte que los demás es su reacción a mi brutalidad y eso, más que cualquier otra cosa, me lleva al límite.

—Bruno —dice mi nombre en un tono ronco, ebrio de lujuria.

Hundo mis dientes en su suave carne, tan excitado como ella. Si mi verga no estuviera ya libre, seguro que habría atravesado sus tanga para liberarla.

Sus ojos se cierran en un movimiento instintivo y las manos de Milena buscan entre mi pelo. Sus pequeños dedos se infiltran en las hebras y en cuanto mi boca se acerca a su suave vulva, su desordenada caricia se convierte en tirón.

—¡Mierda, Milena! ¡Si sigues así, me vas a volver loco!

Me gustaría torturarla más, volverla completamente loca con mi lengua, pero cada minuto que me mantengo alejado de la carne caliente, húmeda y rosada de Milena, el hechizo se vuelve contra el brujo y parezco un paso más cerca de la locura, desesperado por saborear a la chica.

Primero hundo los labios, sintiendo la textura, el olor a mujer del cuerpo de la chica. Su humedad se esparce por mis labios, en las cortas hebras de mi barba, y respiro hondo, completamente abrumado por tocarla por fin allí. Milena grita, acaba con este contacto y mi risa vibra sobre su clítoris.

Deslizo la punta de mi nariz por sus labios melosos hasta frotarme en el flujo que rezuma su canal, lamiéndome aún más antes de rodear su entrada con la punta de mi lengua, convirtiendo lo que eran los últimos espasmos de su rápido orgasmo en violentos temblores y gritos que gritan mi nombre, suplicándome que ponga fin a su agonía.

No le dije que se acabara. Le pasé la lengua por el clítoris, abusando de los nervios sensibles como castigo.

—¿Quién dijo que podías acabar?

Su respiración ruidosa se mezcla con gemidos y murmullos angustiados, pero de su boca no salen palabras comprensibles.

Sus piernas intentan cerrarse, atrapándome entre ellas, y deslizo las manos hasta sus tobillos, manteniéndola sujeta a mí con firmes apretones. Levanto la mirada un segundo y encuentro la suya fija. Soplo en sus pliegues, aumentando su angustia. Sus tetas van y vienen, invitando a mis dedos.

—Abre las piernas, maldita sea —exijo, mientras le suelto las piernas para acariciarle los duros pezones y volver a hundirle la lengua en la vulva.

Lo que empieza como un lento circular de mi lengua se convierte en largos lametones que barren su pequeña vulva de punta a punta y transforman los gemidos y gritos de Milena en la penetrada de mi oasis privado.

Masajeo sus pechos, apretándolos en mis palmas mientras devoro su vulva no solo por su placer, por los sonidos que salen de su boca, o por la deliciosa excitación que gotea entre sus piernas, mojando mis sábanas y dejando su aroma impregnado en mi cama. No.

Mi euforia es por mí, por el placer que recorre todo mi cuerpo, reverberando en mi verga, en mis huevos, llevándome al borde de acabar solo por tener sus pliegues en mi lengua, su piel desnuda en mis manos y sus fluidos untados en mi cara. ¡Mierda! ¡Maldita mujer calienta-vergas!

Una gota de sudor me resbala por la parte baja de la espalda mientras me pongo en pie. Observo cómo sus pequeños pechos, perfectos para mis manos, suben y bajan por su cuerpo jadeante.

Me siento en la cama y subo a Milena, colocándola sobre mis muslos. Se deja manipular como si fuera una muñeca, acabada. Pero, ¡diablos! Estoy muy lejos de acabar con ella.

—¿Sabes cuántas veces he tenido que masturbarme pensando en tu vulva ardiente, Milena? —Ella lo niega con la cabeza. Levanta la cara e intenta centrar sus ojos en mí.

Le paso los dedos por el pelo revuelto, obligándole a mantener la cabeza firme, mirándome fijamente.

La piel enrojecida, los labios entreabiertos y el sudor de su cuerpo me dejan perdido en la imagen durante unos segundos, antes de que, como un adicto, busque su olor, hundiendo mi nariz en su cuello, arrastrándola por su mejilla, deslizándome hasta su oreja.

Los débiles y roncos sonidos que salen de su boca después de tantos gritos apenas pueden llamarse gemidos, y sin embargo son la puta cosa más deliciosa que he oído nunca.

La beso, devorando cada exhalación suya, bebiéndola con avidez mientras sus manos, débiles pero ansiosas, buscan mi cuerpo. Su roce es ligero, pero suficiente para encenderme aún más, para intensificar el placer de tenerla desnuda, completamente entregada, dispuesta y deseosa.

Su lengua no es tímida. Hace remolinos, círculos, chupa, lame y sorbe la mía antes de que su boca abandone mis labios para morderme la barbilla.

Cuando Milena respira profundamente a través de los cortos pelos de mi barba, olfateándose y buscando más, no puedo evitar gruñir.

Su sensualidad natural se acentúa con su entrega total. Ahora sus ojos están tan embriagados como la noche en que decidí que no tomarla para mí no era una opción.

Con su cuerpo recuperado de los temblores, deslizo una mano entre sus piernas. Mis dedos recorren sus pliegues hasta encontrar su sensible clítoris y lo masajeo ligeramente.

—Bruno, por favor. —La súplica es baja, deliciosa—. No puedo más —dice, pero luego gime.

—Espera, Mile. Tú puedes. Aguanta, porque no sé si te vas a acabar en mi verga cuando te la meta hasta el fondo de tu apretada vagina.

—Bruno... —gime, y yo atraigo aún más su cuerpo hacia el mío, frotando su vientre contra mi dolorida verga y gimiendo con ella.

Milena disfruta de la sensación de poder y empieza a moverse, frotando su cuerpo contra mí hasta que le meto un dedo en la vulva y echa la cabeza hacia atrás, perdiendo el control de sus actos. Sus ojos se cierran mientras se pierde en las sensaciones.

—¿Es esto lo que imaginabas, Milena? —susurro, mordiéndole el mentón, lamiéndole la garganta—. Mientras veías a Arthur meterle la verga a esas dos mujeres, ¿te imaginabas que yo te la metía a ti mientras las veías a ellas? —Beso su cuello y la imagen erótica que pintan las palabras lleva su entrega a otro nivel—. ¿Te imaginabas mis dedos destrozando esta vulva? ¿Mi verga penetrando esta vulva sin piedad mientras ellas me miraban metértela? —Otro fuerte gemido—. ¿O era a Arthur a quien imaginabas? ¿Te imaginabas en el lugar de una de ellas, Milena? —Metí otro dedo, ensanchando su canal, hundiéndome profundamente, sintiendo cómo sus paredes estrangulaban mis dedos.

Nuestros cuerpos sudorosos se deslizan el uno contra el otro y los duros pezones de Milena se frotan contra mí con locura. La habitación huele a sexo y los sonidos de mis dedos deslizándose en su vagina empapada completan el puto cuadro.

—Responde, maldita sea. —exijo, metiéndole otro dedo en la vagina, empujándolo hasta el fondo, antes de volver a sacarlo, retorciendo los tres dentro. Sus piernas abiertas frotan su clítoris contra mi verga, tiembla y se tumba en mi regazo con los ojos cerrados y la boca abierta—. ¿Te imaginaste en el lugar de alguna de las mujeres, te imaginaste chupando las vulvas de alguna de ellas mientras él te penetraba? ¿Mientras te penetraba la vagina y te metía el dedo en el culo?

—¡No! —grita, perdida en el placer, el sudor y el flujo—. ¡Eras tú! ¡Te imaginé mientras chupabas sus vulvas!

Me destruye. ¡Mierda!

Acelero mis embestidas al mismo tiempo que muevo su cuerpo, frotando su clítoris contra mí, teniendo que apretar los dientes para contener mi inminente orgasmo, pero llevándola al límite. Milena estalla gritando y temblando en un goce que dura segundos y segundos.

Lamo su garganta expuesta y alargo la mano, buscando el condón en la cama. Cuando lo encuentro, rompo el envoltorio con los dientes. El sonido del envoltorio de plástico al romperse hace que sus ojos se abran de par en par y apoya las manos en mis hombros, dándome libertad para ponerme el condón.

Rozo mis labios con los suyos, sintiendo cómo su cuerpo abandona la postura relajada que tenía segundos antes solo por la perspectiva de lo que está por venir.

—Relájate, Milena.

Deslizo el pulgar por su mejilla y ella asiente.

Extiendo una de mis manos sobre su culo, animándola a levantarse, y ella apoya las rodillas en el colchón, impulsándose. Sin apartar los ojos de los suyos, me sitúo en su entrada, frotando allí la cabeza dolorida de mi verga. Dando vueltas, probando. Le rodeo la cintura con los brazos.

—Cruza las piernas, Mile. Pero no me aprietes —le pido y ella obedece—. Voy a bajarte despacio y luego rápido. ¿Te parece bien?

Milena asiente y yo la deslizo unos centímetros hacia abajo. La tirantez de mi verga me hace apretar los dientes, controlando el impulso de hacer que su vagina me trague de una vez.

Su cara sudorosa tiene mechones de pelo pegados por todas partes y sus ojos azules están fijos en los míos. Dejo que se acostumbre a mi cuerpo antes de deslizarme un poco más adentro y el gruñido que se me escapa de la garganta es tan doloroso como el palpitar de mis pelotas.

Milena se desliza lentamente. Aunque está preparada, sigue estando muy apretada y con cada milímetro que avanza mi erección,

sus músculos parecen aún más decididos a empujarla hacia fuera, a pesar de que su lubricación gotea.

Cuando su cuerpo sobrepasa el límite, aún tengo más de la mitad de mi verga fuera de ella y, a pesar de las sensaciones que rozan lo insoportable, beso su boca. No lentamente. El beso es intenso, húmedo y largo. Milena echa el cuello hacia atrás, pidiéndome en silencio que la bese ahí, y yo obedezco.

Sus manos se deslizan por mi sudor, la sujeto con firmeza, manteniéndola quieta en su sitio y, cuando mi boca vuelve a la suya, parece sentirse tranquila. Tiro de ella hacia abajo al mismo tiempo que empujo mis caderas hacia arriba con fuerza, rompiendo por fin la barrera física que nos separa.

Su grito rasga el silencio, antes perturbado solo por nuestra respiración entrecortada y nuestros gemidos graves. Me quedo quieto para que su cuerpo reconozca que lo peor ha pasado, pero su vagina, que antes me expulsaba, empieza a estrangularme con sus contracciones naturales, succionándome, decidido a extraer hasta la última gota de semen de mi cuerpo.

¡No aguanto más, maldita sea!

Contengo la respiración y no le quito los ojos de encima. Las lágrimas que se han acumulado en las comisuras de sus ojos se derraman cuando los abre y apoya la frente en la mía antes de hacerme un gesto afirmativo con la cabeza. Sujetándola por las caderas, la levanto lentamente y la deslizo hacia abajo sin sacarle más de la mitad de la verga.

La calidez de tu canal es increíble y tengo que luchar para mantener los ojos abiertos y concentrarme en tus expresiones. Su cara me lo cuenta todo.

Al principio se siente incómoda. Luego se acostumbra, pero al sentir mis reacciones ante el placer de estar en su vagina, Milena se permite disfrutarlo también. Su silencio se convierte en un jadeo.

Los jadeos dan paso a gemidos bajos. Hasta que, después de lo que parece una eternidad, sus caderas empiezan a rebelarse, intentando escapar de mi control. Me reiría si no estuviera tan caliente.

Me besa la boca, desliza la lengua, gira, lame y chupa mientras sus dedos me arañan la nuca, los hombros y la espalda.

Me la devoro lentamente en un delicioso vaivén, dejándome absorber por ella. El éxtasis circula por mi cuerpo y se apodera de mi mente. ¡Demonios! ¡Nunca ha sido tan bueno! ¡Y solo es la primera puta vez!

Gemimos juntos mientras la deslizo por toda mi longitud por primera vez, hasta que su culo golpea contra mis muslos, dejándome engullir completamente por ella. La sensación me hace perder el aire de los pulmones.

—Qué vulva más excitante, Milena. ¡Santo cielo! —confieso con la boca pegada a la tuya.

Me encanta cuando pone los ojos en blanco y pronuncia palabras imposibles de entender con deliciosa urgencia.

Hago girar sus caderas, empujando contra sus paredes, sintiendo cómo me abrazan y me encierran en un vacío que me roba el aire y hace que su canal esté cada vez más húmedo y apretado.

Milena levanta el culo y empieza a moverlo, casi haciéndome perder el control mientras se la meto con movimientos cortos.

—¡Mierda, Mile! —gruño, mordiéndole con fuerza el labio inferior antes de chuparlo y dejarme caer sobre el colchón, trayéndola conmigo. Invierto nuestras posiciones, dejándola de espaldas sobre la cama.

Muevo sus extremidades como quiero, poniendo una de sus piernas estirada junto a la mía y la otra doblada.

Milena jadea al sentir el nuevo ángulo de mi verga en su vulva y arquea la espalda, manteniendo los hombros plantados en el

colchón. La agarro por el muslo de la pierna doblada y por el cuello.

Con todo mi cuerpo al borde de la desesperación, acerco mi cara a la suya hasta que volvemos a respirar el mismo aire, y solo entonces empiezo a metérsela de nuevo. Con cuidado, con embestidas cortas y rápidas.

Le como la vagina sin separarme de ella y las contracciones de sus músculos me alucinan por partida doble. Por hacer que se acabe en mi verga la primera vez y porque cuando explota con un grito apagado, me arrastra con ella.

Mi orgasmo es tan violento como lo fue la penetrada y llena el condón de gruesos chorros de semen. Acabo, gruñendo, con su lengua en mi boca, saboreando el sonido de mi orgasmo.

36.

MILENA GARCÍA

Encontré a Bruno en la cocina, de espaldas a mí, y pienso en lo que debería decir.

Inclino la cabeza, con los ojos fijos en su espalda musculosa, y me muerdo el labio al darme cuenta de que no puse mi lengua allí. ¡Maldita sea, Milena! ¡Maldita sea!

—¿Café?

—¡Mierda! —grito, asustada por su pregunta, y él se gira inmediatamente.

Por unos segundos, su mirada es de alerta, pero eso no dura mucho. Sus ojos se estrechan antes de que su rostro se torne en una expresión divertida y yo muerdo el labio cuando sus ojos bajan por mi cuerpo, analizando lo que llevo puesto y la bolsa en mi mano.

¿Será que todavía se considera la caminata de la vergüenza si no llevamos la misma ropa de la noche anterior? Espero que no, porque al mirar al hombre frente a mí, si tengo algo claro, es que no me avergüenzo ni me arrepiento de lo que hicimos.

—Me asustaste —explico, colocando la mano sobre el pecho en un gesto instintivo que hasta ahora ni había notado.

Me aparto el mechón de cabello que cae sobre mis ojos.

—¿Vas a algún lado? —pregunta antes de darle un sorbo a su taza.

El delicioso olor de la bebida caliente está por todo el lugar, y sonrío al darme cuenta de la inversión de roles que nunca imaginé que ocurriría.

—¿Café moca?

Muerdo el labio, dejando escapar una pequeña sonrisa. La risa de Bruno tiene un tono algo diferente al de siempre, no sé si es por ser tan temprano, ya que no tengo idea de cuánto tiempo lleva despierto. Despertar con la cama vacía y las sábanas frías a mi lado no me molestó.

—No tan bueno como el tuyo, pero podemos arreglárnoslas.

Es mi turno de reír. Mi café moca es realmente muy bueno.

—Te contaría el secreto... pero... —él espera—, eso quitaría toda la gracia.

Los labios de Bruno tiemblan cuando, en silencio, descarta mi afirmación, haciéndome reír de nuevo, y la ligereza del momento es como una pastilla calmante para mi corazón ansioso.

No estaba nerviosa, pero no tenía idea de cómo se desarrollarían las cosas.

Quiero decir, ¿cuál es el protocolo después de haber tenido una noche de sexo salvaje con tu novio de mentira, que en realidad es medio tu jefe y medio tu ex-cliente, no es tu amigo, pero la mayor parte del tiempo actúa como si lo fuera?

Más o menos no hay un tutorial para este tipo de situaciones en YouTube. Después de todo, ¿qué sería de buen gusto?

Tras pasar diez minutos en la cama pensando, lista para fingir que estaba dormida ante el más mínimo signo de Bruno, decidí que estaba exagerando y que solo había una cosa que hacer: irme. Si encontraba a Bruno en el camino, sonreiría, diría que la noche estuvo genial y que nos hablaríamos.

Si no lo encontraba, mejor aún. Podría mandar un mensaje explicando mi partida. O no. Tal vez ni siquiera me extrañaría cuando regresara a su casa, desde donde sea que haya ido.

Tal vez él había salido y esperaba que, al regresar a su propia casa, yo ya no estuviera allí. Tal vez esa había sido la intención de su salida. Como en esa película *¿Cuál es tu número?*, en la que el

personaje de Chris Evans se esconde en el apartamento de la vecina hasta que la chica de la noche anterior se haya ido.

¡Dios mío! ¡Soy una revolcada de una sola noche! Bailé en la cama al darme cuenta de eso. La virginidad se fue, ¡muy lejos! Solo la sombra de las memorias ya me provocaba un leve temblor en el bajo vientre. Nunca imaginé que llegar al orgasmo fuera algo que se hiciera en la vida real.

Quiero decir, estaba segura de que Bruno era más que capaz de darme un orgasmo, ya que yo misma me regalé uno solo frotándome contra su cuerpo. Sin embargo, lo que pasó anoche fue como vivir los primeros minutos de la noche de Año Nuevo en un bucle infinito. Fuegos artificiales, fuegos artificiales, ¡fuegos artificiales!

Bruno parecía tener la capacidad de leer mis pensamientos o, al menos, de captar cada señal que mi cuerpo emitía. Cuando pensaba en mi primera vez, mis fantasías nunca tuvieron nada que ver con el romanticismo, la lentitud o el cuidado.

Tenían que ver con explorar límites y entender hasta dónde mi cuerpo podía llevarme. Quería saber qué tenía el sexo de tan especial que hacía que las personas se volvieran locas por él y nunca tuve ninguna ilusión de que el romanticismo tuviera algo que ver.

Bueno, ahora definitivamente lo sé. Aunque también estoy segura de que no siempre es así. Es imposible que todas las relaciones sexuales, para todas las personas, sean como la de anoche, o el mundo sería un lugar mucho más feliz.

Sacudo la cabeza, apartándome de mis propios pensamientos, y encuentro la mirada de Bruno fija en mí, a pesar del silencio de sus labios. Como si supiera que necesito tiempo.

Sus cejas se levantan, formulando una pregunta silenciosa, y me encogí de hombros antes de moverme hacia la isla de su cocina.

—Café negro —acepto la oferta que inició nuestra conversación, y él asiente antes de volverse para servirme una taza.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, cuando me entrega la bebida.

—Muy bien —respondo, mientras llevo la taza a mis labios. El café de Bruno es fuerte y definitivamente demasiado amargo—. ¿Azúcar? —le pido, y él coloca el azucarero sobre la mesa.

—Quería decir, ¿cómo te sientes en tu cuerpo? ¿Te duele? — Levanto la mirada de mi bebida y lo miro por unos segundos.

—No necesitamos tener esa conversación. —Él se ríe.

—No tienes vergüenza de tener sexo, no tienes vergüenza de decir que estás de buen humor después de tener sexo, pero te incomoda decirme que te duele. —Mi respuesta es un encogimiento de hombros y él suelta un bufido—. ¿Cómo te sientes, Milena? —Su tono cambia.

—¿Ese tono debería intimidarme?

—No. Debería dejar claro que quiero una respuesta y tú me la vas a dar.

—Estoy bien —respondo, insatisfecha, sin saber por qué. —¿No era eso lo que quería? ¿No ser tratada como "una más"? Entonces, ¿por qué me molesta esa preocupación? Sus cejas se levantan, diciéndome que necesito hacerlo mejor que eso. Cierro los ojos y suelto una profunda exhalación—. Dolorida, con algunos moretones en el cuerpo, pero nada grave.

—Bien —murmura.

—No me sentí avergonzada —explico, y él inclina la cabeza—. Con la pregunta, quiero decir. Solo no creo que sea algo de lo que debas preocuparte.

Sus ojos se mueven por mi rostro, recorriendo la parte de mi cuerpo que alcanza a ver desde su posición, detrás de la barra que nos separa, hasta que desvían la mirada hacia un punto más allá de mí. Me giro y noto que sus ojos fueron hasta la bolsa que dejé sobre la mesa.

—¿Qué crees que pasó anoche?

Ok. No estaba preparada para una pregunta tan directa.

—Mmm...

Bruno espera pacientemente mi respuesta mientras sigue tomando su café. Cuanto más pasan los segundos, un pequeño gesto se asoma en el rincón de sus labios.

—¿Sin vergüenza, eh? —ironiza, y mis ojos se entrecierran, molesta por su condescendencia.

—Tuvimos sexo, Bruno. Estuvo genial y ya está.

—Genial —repite la palabra, y no entiendo por qué parece que tiene un sabor amargo en su boca antes de reír sin gracia.

Lo observo dejar su taza vacía sobre el fregadero, rodear la isla y detenerse frente a mí. Su mirada tiene algo casi divertido. Su nariz baja hacia mi cabello y toma aire.

La reacción de mi cuerpo a su cercanía es inmediata y me toma por sorpresa. Después de la noche pasada, esperaba que esta sensación se aliviara, no que se intensificara hasta el punto en que solo verlo caminar hacia mí me golpea como un viento fuerte.

—Creo que necesitamos aclarar algunas cosas.

Se ríe de la expresión de asombro que aparece en mi rostro y acaricia mi mejilla con el pulgar.

Su dedo sube y baja lentamente allí, y la lucha por mantener los ojos abiertos y centrados en los suyos, en lugar de en sus labios que ahora parecen estar demasiado cerca, es real. *¿Qué está pasando?*

Aprovechando el silencio que se establece entre nosotros, Bruno desliza el dedo hacia abajo con una lentitud perturbadora, pasando por mi mandíbula, cuello, escote, y me hace estremecer por completo cuando sigue bajando hasta llegar a mi pezón, por encima del vestido.

—Tengo la sensación... —empieza y hace una pausa, frunciendo el ceño y apretando los labios como si tratara de entender algo.

Muerdo mi labio inferior, ahogando un gemido, y su sonrisa se vuelve depredadora. "No hay forma de que guardes esos gemidos para ti cuando son todo lo que quiero", dicen sus labios estirados.

—¿Qué sensación? —pregunto, con una voz suave.

—Que crees que esto terminó... —Hace otra pausa larga y pellizca mi pezón entre el pulgar y el índice. Esta vez, el sonido que escapa de mi garganta sale incluso entre mis labios y dientes—. Me levanté de mi cama horas antes de lo que quería, porque tan pronto como te vi allí, quise enterrarme dentro de ti, otra vez, Milena. —¿Sentimos cuando nuestras pupilas se dilatan? Porque estoy casi seguro de que acabo de sentir las mías hacerlo. Bruno chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Vine a tomar café, Milena, cuando tu olor en mis sábanas me volvió loco por beber tus gemidos. —Pellizca mi pezón, recibiendo exactamente lo que quería: un gemido alto que sale de mi boca abierta.

—Bruno... —murmuro, cuando entierra la nariz en la curva entre mi hombro y cuello, luego lame, besa y muerde ese punto sensible. Sobre todo porque su dedo sigue su trabajo incansable de volverme loca.

—No te estoy preguntando cómo te sientes por la bondad de mi corazón, Milena.

La vibración de su voz sobre mi piel, el aliento caliente justo en el lugar donde sus dientes y lengua jugaron, me resulta imposible de soportar. Arqueo la espalda contra la barra, empujando mis pechos hacia él, y entiende el mensaje, que es casi una exigencia.

Su boca baja, tomando el pezón que hasta ahora no había tocado, por encima del tejido del vestido. Sin sostén, la humedad de su lengua y el calor pronto alcanzan mi piel, y, combinados con la rugosidad del material, me hacen cerrar los ojos de placer.

Y cuando creo que estoy abrumada por su tacto, sus dedos se infiltran por debajo de la falda de mi vestido y, poco después, atraviesan el encaje de mi ropa interior, rozando mi clítoris con una delicadeza alucinante. Ningún sonido puede callar mi grito. Durante

todo el tiempo en que su boca y manos cumplen la misión de desintegrarme, él me mira fijamente a los ojos.

Las caricias de Bruno son un vaivén lento y constante que no solo provoca hormigueo en mi bajo vientre, sino que sigue estimulando mi vagina por largos minutos hasta que se vuelve insoportable. El orgasmo no es suave con mi cuerpo súper sensible. Me arrebata en espasmos incontrolables que parecen romperme en mil pedazos, dejando cada uno de ellos esparcido por el suelo.

Sus dedos no me sueltan hasta que la pulsación de mi clítoris cesa, y abro los ojos para encontrar esas llamas azules que anuncian mi total y absoluta rendición ante él.

Con una lentitud exasperante, su mano sube hasta la altura de su nariz, respira mi olor, cierra los ojos brevemente y mete los dedos cubiertos con mi orgasmo en su boca. Mi cuerpo, debilitado, apoyado sobre la barra, tiembla ante la visión antes de ser rodeado por uno de los brazos de Bruno.

—Desde que bajaste las escaleras, solo he podido pensar en desnudarte y meterte la verga sobre esta barra, pero aunque me vea como uno, no soy un maldito Neandertal —dice, prácticamente gruñendo, con la boca muy cerca de la mía.

Su pecho sube y baja con la respiración ligeramente acelerada, y mi jadeo es la única respuesta que soy capaz de darle antes de que su boca descienda sobre la mía.

El sabor del café y de mi vagina se mezclan en nuestras lenguas, elevando el erotismo del momento a niveles estratosféricos.

Su mano libre agarra mis cabellos, él muerde, chupa y lame mi boca en un beso voraz, terminando con él demostrando su punto: soy una muñeca con la que va a hacer lo que quiera, y voy a adorar cada una de esas cosas.

En un minuto estaba pensando que mi café necesitaba más azúcar, al siguiente, no soy capaz de pensar en nada más que en mi

deseo de que Bruno haga exactamente lo que dijo que está loco por hacer: meterme la verga sobre la barra.

Su boca se separa de la mía cuando estoy completamente sin aire, obligándome a tomar una respiración desesperada.

—Entonces, esto definitivamente no terminó.

37.

MILENA GARCÍA

Después de pasar los últimos treinta minutos preguntándome si debía reírme del paquete que recibí o sentirme incómoda, decidí optar por una tercera opción: confrontar al remitente y tratar de entender qué diablos pasaba por su cabeza al enviarme algo así.

Ayer, después de destruir mis planes de escape y tratar nuestra relación sexual solo como algo que había que quitar del camino, Bruno me dejó en casa con la promesa de que se pondría en contacto.

Esperaba un mensaje, como mucho, una llamada. Definitivamente no esperaba un cadete en la portería con un paquete que debía entregarse en mano.

Milena: ¿Pomada para rozaduras? ¿En serio?

Bruno: No vas a poder decir que no soy amable.

Milena: ¿Puedo decir que fuiste ridículo?

Bruno: Prefiero la palabra cuidadoso.

Milena: Prefiero la palabra interesado.

No pude resistirme a la provocación, no después de que él hubiera dicho claramente que planeaba hacer de mi estado doloroso algo permanente, tan pronto como me recuperara.

Bruno: Es una forma de verlo, pero ambos sabemos que no soy el único.

Para esa respuesta, envié un emoji de uñas pintándose.

Bruno: ¿Cómo te sientes?

Milena: Estoy bien, Bruno.

Bruno: ¿Algún dolor?

Milena: Ok, cambié de idea. Que me preguntes por el estado de mis genitales es vergonzoso. Basta.

Bruno: Ya tuvimos esta conversación. Puedo chupar, besar, tocar y penetrar, pero ¿no puedo preocuparme por cómo está tu VAGINA después de todo esto?

Bruno: Lo incómodo sería que sintieras molestias por más tiempo del necesario, por descuido.

Milena: Mi VAGINA está perfecta y te manda recuerdos, Bruno. Gracias por preguntar.

Bruno: Créeme, Milena. Estoy bien abastecido de recuerdos de ella. Usa la pomada y te prometo que te daré nuevos recuerdos, muy pronto.

Milena: La voy a usar.

Bruno: Entonces, ¿la solución a tus protestas son promesas sexuales? Es bueno saberlo.

Bruno: Tendremos un evento el miércoles.

Milena: ¿Qué vamos a jugar esta vez? ¿Ahorcados? O mejor dicho, ¿a qué juego voy a ganarte esta vez?

Bruno: Robaste, Milena.

Milena: Eso lo dicen los malos perdedores. Demuéstralo.

Bruno: No necesito probar nada. Sé que robaste, y además, creo que ambos sabemos que yo gané en el juego que realmente importa.

Milena: ¿Y cuál sería ese?

Bruno: El que te hizo implorar. Y si eres una buena chica y realmente usas la pomada, tal vez te haga implorar de nuevo el miércoles, después del Vernissage.

Milena: ¿Una exposición?

Me concentro en la parte del mensaje que no me provoca escalofríos, y Bruno obviamente lo nota.

Bruno: Eso. Pinturas.

Milena: ¿Eres fanático de las obras de arte? ¿Quién es el artista?

Bruno: La verdad, no. Pero es un amigo, no necesitamos quedarnos mucho, solo ir a mostrar nuestro apoyo.

Milena: Entendido. ¿Qué debería ponerme?

Bruno: Algo fácil de quitar.

Milena: ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde apago tu botón?

Bruno: Me temo que ya es demasiado tarde para eso, hermosa.

Milena: Buenos días, Bruno.

Bruno: Buenos días, Milena.

38.

BRUNO MAGALLANES

Tuvimos sexo, Bruno. Fue genial y eso es todo, dijo ella, y recordar sus palabras me arranca una risa solitaria. *Fue genial y eso es todo*. O es muy inocente, o no tiene el más mínimo pudor en burlarse de mí.

Miro el teléfono móvil en mi escritorio, releo los mensajes intercambiados con Milena, tratando de entender lo inevitable de esta situación.

Repaso la noche del sábado, desde la tensión palpable que estuvo presente casi siete días esperando nuestro próximo encuentro, hasta la forma en que, desde que la vi por las cámaras, el reloj no hizo más que contar hacia atrás hasta el momento en que simplemente cederíamos.

Y cedimos. Dejo caer mi cuerpo contra el respaldo de la silla presidencial y ella gira suavemente. La caja de vidrio que es mi oficina en Magallanes Capital parece un poco incómoda cuando me siento tan extrañamente expuesto, como nunca antes.

Pero, ¿qué hay de nuevo en esto? Inclino la cabeza y enfoco mis ojos en el techo. Provocar este tipo de sensación parece ser una habilidad especial de Milena cuando se trata de mí.

Podría catalogar todas las malditas primeras veces que tuve desde que puse mis ojos en ella y la vi, en lugar de solo verla como hice durante tanto tiempo.

La primera vez que me importó, la primera vez que quise ser algo más que una noche divertida, la primera vez que quise algo que no podía tener, alguien fuera de mi alcance.

La primera vez que sentí satisfacción solo por satisfacer. La primera vez que dejé de lado mis propios deseos en favor de los de

otra persona. La primera vez que me sentí feliz por ello. La primera vez que quité una virginidad y, ahora, la primera vez que no tengo idea de qué hacer con lo que siento.

Sabía que no la quería en mi cama solo por una noche. Estaba seguro de que necesitaría mucho más que eso para alimentar el deseo que parece consumirlo todo, aunque se haya despertado hace tan ridículamente poco tiempo.

Hace solo dos semanas estábamos sentados en el Capparellos, discutiendo la posibilidad de que Milena trabajara conmigo para ganar una apuesta.

¿Cómo es posible que, solo catorce días después, lo último que tengo en la cabeza sea la maldita apuesta? Debería sentirme victorioso.

Desde la discoteca hasta la noche de juegos, todo salió exactamente como lo planeado. Milena fue perfecta en cada gesto. Basta con parpadear para que el recuerdo de cómo recibió mi primer beso inunde mis venas con otro sentimiento desconocido.

Sería imposible no creerlo.

—¿Pensando en la muerte de la vaca? —pregunta.

Parpadeo y frunzo el ceño, preguntándome cómo es posible que no haya visto a Arthur acercarse y entrar en mi oficina, siendo esta una maldita caja de vidrio. Lo ignoro y giro el rostro hacia el escritorio de mi secretaria.

Ella está concentrada en algo en su computadora y frunzo el ceño, reconociendo que no es su culpa. Ninguno de los cuatro imbéciles necesita permiso o anuncio para entrar en mi oficina, a menos que esté en reunión.

Raquel no hizo nada fuera de lo normal, pero tener a Arthur tan cerca hoy, específicamente, no es una buena idea. Después de darme cuenta de que no hay culpables, mi mente comienza a buscar salidas.

—¿Qué haces aquí?

—¡Vaya! ¡Solía ser mejor recibido! —se queja, dejándose caer en la silla frente a mi escritorio y entrelazando los dedos sobre su abdomen—. Estaba cerca y decidí hacer una visita.

Su sonrisa es interesada.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo dije, y...

—¡No me jodas, Arthur! ¿Qué quieres? —concluyo que un enfoque directo es la manera más rápida de manejar esto. Él desvía la mirada, se gira hacia la pared por unos segundos antes de volver a mirarme—. ¿Qué pasa?

—Estoy tratando de encontrar la forma de decir lo que necesito sin que te pongas a la defensiva.

—Solo dilo —sugiero, cruzando los brazos frente al cuerpo.

Arthur pone los ojos en blanco, señalando mi postura defensiva, y yo respiro hondo al dejar caer los brazos a los costados.

—Somos unos hijos de puta competitivos —empieza, y arqueo una ceja y me rasco la otra—. Pero somos amigos, antes que nada. Y solo quería que supieras que puedes contar conmigo.

Mi ceño se frunce y paso la lengua por mis labios.

—¿Hoy te despertaste sensible?

Su boca se abre, pero la cierra antes de decir algo, lo que hace el momento aún más raro. Arthur suspira largo, cierra los ojos, baja la cabeza y, cuando la levanta, el reconocimiento me golpea de lleno.

El atisbo de arrepentimiento en sus ojos verdes es imposible de no notar, y solo hay una cosa de la que mi amigo se arrepiente.

Tan rápido como vino, se va, como si Arthur hubiera dejado que esa chispa saliera a la superficie para que yo supiera que está hablando en serio.

—Arthur, yo...

—Algunas... —dice una sola palabra antes de hacer una pausa, como si buscara las siguientes—, oportunidades no se repiten.

—¿Esto es sobre...?

—Sí, no, tal vez. No importa —responde, levantándose y abotonándose el saco—. No seas idiota. —Mi amigo parpadea, sonriendo con un humor que no encaja con la situación, con sus palabras, con el ambiente que crearon—. Y yo estoy aquí. Independientemente de lo que pase.

—Es diferente —siento la necesidad de decir, justo cuando está a punto de alcanzar la puerta y su mirada verde me encuentra—. Solo... —comienzo, pero ahora soy yo quien tiene dificultades para encontrar las palabras.

—No seas idiota —repite y, sin decir nada más, me deja solo con los pensamientos que ya me estaban abrumando, junto con los miles de nuevos que sus pocas palabras han sembrado.

Hijo de puta.

39.

BRUNO MAGALLANES

—Impresionante —analizo, con los ojos fijos en el lienzo frente a mí—. Las líneas circulares, los trazos intensos, los colores fuertes, casi agresivos... —Aprieto los labios y asiento—. La forma espejada. Tan reflexiva... ¡Provocadora! —Milena no dice nada, solo sigue mirando el cuadro en un silencio pensativo—. Es como si nos dijera que las cosas dolorosas pueden hacernos sufrir o enseñarnos.

Eso capta su atención. Sus ojos se entrecierran, me buscan y me analizan por unos segundos. Hago un puchero con los labios, ocultando una sonrisa.

Una vez más, mi mirada recorre su cuerpo. A pesar de la protesta, realmente eligió algo fácil de quitar.

El vestido negro está ajustado a su cuerpo, pero no es ajustado del todo, llega hasta la mitad de sus pantorrillas y tiene dos aberturas laterales que dejan ver sus costillas y una insinuación de la curva de sus pechos, dejando claro que Milena no usa sujetador.

Su cabello está suelto, partido al medio, con mechones sujetados detrás de las orejas en un peinado sencillo. Y lleva tacones altos sin los cuales la diferencia entre nuestras alturas sería demasiado evidente y yo simplemente no podría rozar mis labios contra los suyos, como lo hago ahora.

No puedo dejar de besarla. Desde que Davi estacionó el coche frente a su edificio, ya he perdido la cuenta de cuántas veces lo he hecho. Primero, un beso largo, caliente.

Estuve a punto de cambiar nuestro destino. En lugar de la galería de arte, habría ido directo a mi apartamento. Antes de que le metiera la verga a Milena ahí mismo, en el asiento del coche, y el espacio reducido aún sería un inconveniente para ella.

Sería su segunda vez, y estaba a punto de comportarme como un animal. No es que me haya comportado mucho mejor la primera vez, pero al menos había una cama, carajo.

Me aparto con esfuerzo, dejando sus labios hinchados, su pecho agitado, su piel expuesta enrojecida y sus pupilas dilatadas.

Mi apartamento sería nuestro destino final esa noche, no el único, me digo a mí mismo y me aferro a la determinación de que soy el dueño de mis deseos, no al revés.

Aunque me siento ridículamente dispuesto a convertirme en esclavo de los deseos de Milena cada vez que me mira de la forma en que lo hace cuando nuestras bocas se separan.

Pero mientras mi torso viene, a duras penas, ganando la batalla de mantenerse alejado del suyo, mis manos y mi boca no pueden decir lo mismo. Ellas están siendo derrotadas sin remedio.

Cada oportunidad que tienen, mis manos buscan su piel, su rostro, su cabello, su cuello, cualquier parte de ella que puedan alcanzar.

Lo mismo pasa con mis labios. Simplemente no puedo evitar esta necesidad inexplicable de mantenerlos constantemente tocando los suyos.

Tuve que expulsarme de mi propia cama después de despertar con Milena a mi lado por primera vez.

Y ni siquiera puedo llamarlo esfuerzo, porque la necesidad de dejarle claro que estábamos lejos de terminar lo que comenzamos me hizo tocar su vulva, aunque sabía que debía estar ultrasensible después de la noche que tuvimos. Me lo justifiqué diciéndome que era parte de lo que había que hacer.

La noche en que finalmente obtuve lo que quería estaba nublando mi juicio y aún dándole forma, transformándolo en una masa de descontrol y necesidad. Sin embargo, ahora, casi cuatro días después, en lugar de sentirme más dueño de mí mismo, la sensación es todo lo contrario.

Milena sacude la cabeza, negando. La risa que se apodera de sus labios se refleja en sus ojos cuando pregunta.

—¿En serio acabas de parafrasear al Rey León?

—¿No? —niego y pregunto al mismo tiempo, pero la expresión en su rostro deja claro que me han pillado.

—"El pasado puede doler, pero como yo lo veo, puedes huir de él o aprender" —recita la frase original—. No tienes idea de qué trata este cuadro, ¿verdad?

—Culpable —su risa es estruendosa, iluminando su rostro—. Soy de ciencias exactas —me defiendo.

—Ajá... ¡De acuerdo! —dice, aún entre risas, y nos movemos hacia la siguiente pintura—. ¿Y este? ¿Qué significa? ¿Qué nos dice?

Pregunta sobre el dibujo abstracto que mezcla tonos de rojo y amarillo.

—¡Deshonra! ¡Deshonra para ti! ¡Deshonra para tu casa! ¡Deshonra para tu vaca! —recito otra frase clásica de películas de Disney, haciendo que ella vuelva a reírse a carcajadas.

Esta vez, Milena trata de ahogar el sonido poniendo la mano en su boca. Algunas miradas desaprobatorias se dirigen hacia nosotros, pero no me importa y Milena ni siquiera parece darse cuenta.

—¡Ok! Será mejor que paremos o nos expulsarán.

—Yo no he hecho nada.

—Está bien, señor ciencias exactas.

Ella se mueve hacia la siguiente sala de la exposición. En esta, a diferencia de las otras, no hay cuadros colgados.

Aquí las paredes son negras y el arte está proyectado en todas ellas, de modo que nosotros, los espectadores, terminamos, literalmente, dentro de la obra.

—¿Quieres saber lo que significa esta? —susurro en su oído, rodeando su cintura con mi brazo.

Estamos solos en la sala y considerando que solo se permite la entrada de dos personas a la vez, eso no cambiará en un buen rato. Atraigo su cuerpo hacia el mío, acercándola sin ningún esfuerzo.

Su respiración se acelera rápidamente, golpeando mi mentón. Sus ojos azules, al mismo tiempo, me descubren y se revelan, contradictorios, como tantas otras cosas en esta mujer que es experta en destrozar mi juicio.

—¿Siempre es así? —pregunta, rozando su rostro contra el mío, provocando mi piel con esa entrega deliciosa que ni en un millón de años seré capaz de resistir.

—No, Milena. Nunca es así —le respondo, con la certeza que me ha estado atormentando desde que cualquier barrera dejó de existir entre nosotros y esta atracción violenta y consumidora, antes de dejarme dominar completamente por ella y, una vez más, asaltar los labios de la mujer en mis brazos.

40.

BRUNO MAGALLANES

—¡Sonríe! —murmuro en el oído de Milena, señalando discretamente al fotógrafo, al otro lado del palco, que tiene la cámara fija en nosotros dos.

—¡Dios mío! ¿No se cansan? —responde, tocando su frente contra el costado de mi cuerpo, y yo la rodeo con mis brazos antes de darle un beso en el cabello, encontrando gracioso el momento.

Desde nuestra primera aparición pública, en la inauguración de la galería, hace unos días, los sitios de chismes e incluso algunos periódicos respetables comenzaron a analizar nuestra relación y Milena se convirtió en el centro de atención de la prensa. Ayer se indignó cuando salió una foto suya en el mercado, publicada en un blog bajo el título "La acompañante misteriosa de Bruno Magallanes prefiere los pimientos rojos a los verdes".

—Recuerdo que te quejaste de que no había periodistas siguiéndome todo el tiempo. —Levanta la cabeza con los labios en un puchero y las cejas fruncidas, con una expresión de enfado que no tiene nada de convincente.

—No me quejé. Solo lo noté, y es cierto que no estaban. ¡Ahora me están persiguiendo! —se queja, y mi boca es atraída por la suya como si fuera un maldito imán.

—Pronto seremos noticia vieja.

—Estás dándoles más material para que hablen. —Su queja es tan convincente como la expresión de enfado que no duró ni diez segundos en su rostro.

—Estoy besando a mi novia —bromeo, pero las palabras tienen un efecto extraño. Milena también lo siente, aunque ninguno de los dos

dice nada. Después de un momento, ella vuelve a girarse hacia la pista de carreras debajo de nosotros.

La Fórmula 1 no es mi deporte favorito, pero cuando eres patrocinador de un equipo, asistir a una que otra carrera es parte de la política. Mis visitas al autódromo de Interlagos nunca han sido aburridas, sin embargo, estar aquí con Milena le da un toque especial, esa satisfacción dulce de estar ofreciéndole otra "primera vez".

—¿Qué te está pareciendo hasta ahora? —le pregunto.

—Aterrador, pero emocionante —responde, y levanto las cejas para que continúe—. Mira esa "S" —apunta hacia la pista—, ¿te imaginas hacer esas curvas a alta velocidad? Debe ser muy, muy aterrador.

—No es tan así, el coche te da esa sensación de seguridad necesaria.

—Dices eso porque patrocinas el coche.

—No, lo digo porque ya he conducido uno. —Ella abre los ojos sorprendida.

—¿Condujiste, tipo una prueba de manejo o tipo una carrera? —Mi respuesta es un encogimiento de labios y ella pone los ojos en blanco—. ¡Arrogante! —me acusa, pero luego sonríe.

—Y te gusta.

41.

MILENA GARCÍA

—¿Qué estás haciendo? —pregunta mi mamá, asomando la cabeza por la puerta de mi cuarto.

—Una lista —respondo, con los ojos aún fijos en el papel casi vacío sobre el escritorio en el que estoy sentada.

Doña Daise entra en mi cuarto y se pone a mis espaldas, mirando por encima de mi hombro.

—A mí no me parece una lista —comenta, y su observación hace que se me escape un sonido rasposo de la garganta. Sé que no se parece a una lista, aún. Pero lo lograré. Aprieto los labios, espero lograrlo.

—Solo estoy empezando —digo, inclinando la cabeza hacia atrás y apoyándola en su abdomen mientras busco su mirada.

—Has estado encerrada en este cuarto desde que llegaste. ¡Es decir, al menos dos horas! "Cosas que necesito hacer" —lee en voz alta el título de mi lista—. ¿Qué es esto? ¿Una lista de cosas para hacer el fin de semana? ¿No vas a salir con el cliente guapo?

—¡Mamá! Primero, ¡de verdad necesitas dejar de llamarlo así! ¿Te has dado cuenta de que suena como si hablara de otra cosa completamente diferente?

—¿Qué cosa? —me interrumpe, y yo entrecierro los ojos antes de ignorar su pregunta.

—Y en segundo lugar, ¡no! No es una lista de cosas que hacer el fin de semana. Es más bien una lista de cosas que hacer con mi vida... —Es inevitable no soltar un suspiro de frustración al mirar el papel con solo dos cosas anotadas. ¡Qué desastre!

Mi mamá levanta las cejas, pero rápidamente las baja. Inclina el cuello, empuja la mejilla con la lengua y luego da los pasos

necesarios hasta mi cama y se sienta cerca de la cabecera. Su mano da golpecitos a su lado, en una invitación.

Miro la lista una vez más, y como no creo que vaya a avanzar con ella en los próximos cinco minutos, me levanto y voy hacia mi mamá.

Pero en lugar de sentarme a su lado, me recuesto en la cama y dejo la cabeza en su regazo. Sus manos se deslizan entre mis cabellos, comenzando una caricia lenta y deliciosa.

—¿Por qué crees que necesitas una lista de cosas que tienes que hacer? —pregunta, enfatizando la palabra "necesitas".

—¿Por qué lo necesito?

—¿Eso fue una pregunta o una respuesta?

—¿Una respuesta-pregunta?

—¿Y eso? —Ambas reímos de la conversación absurda que acabamos de empezar—. En serio, ¿por qué crees que lo necesitas?

Siento un suspiro salir de mis labios, mientras trato de organizar el caos que ha estado ocupando mi mente en los últimos dos días.

—Quería tantas cosas, mamá. Pero no tenía tiempo ni dinero, ¿no es lógico que ahora que tengo los dos, debería hacer lo que quería hacer antes?

—¿Lógico? ¿Quién espera eso?

—¡No sé! ¿La sociedad? ¿Tú?

—¿En serio, Milena? ¿La sociedad? ¡Mándala al diablo! No le debes nada. Si alguien tiene una deuda en esa relación, no eres tú.

—Sabes lo que quiero decir, mamá.

Me río, encontrando graciosa su reacción.

—No, no sé lo que dices. Para mí lo que acabas de decir no tiene el menor sentido. Y, aprovechemos para dejar algo claro, mi hija. Yo no espero nada de ti, más allá de que seas feliz. —Es ella quien

suspira ahora—. Milena, has hecho más por mí y por tu hermano en los últimos años que cualquier madre podría pedir...

—Mamá... —la interrumpo, pero la mirada que me lanza sería capaz de callar hasta a un general.

—No me interrumpas —advierte, y, aunque estoy recostada, levanto las manos, rindiéndome—. Tienes solo diecinueve años, Milena. Nadie espera que alguien de tu edad tenga los próximos diez, o los próximos veinte años, planeados. Y los afortunados que tienen ese privilegio, probablemente no pasaron los dos años anteriores hundidos en trabajo, sin tiempo para pensar en nada que no fuera el día siguiente. Es muy probable que esos estén probando cosas nuevas, cometiendo errores, fallando. Así que, ¿por qué tanta prisa por acertar?

—No quiero sentirme inútil —susurro, pero su respuesta es una carcajada.

—¡Ay, hija! A veces eres tan graciosa. La libertad no es inutilidad. Ya ganaste la tuya y tienes el derecho de hacer lo que quieras con ella, incluso no hacer nada. ¡Por el amor de Dios, Milena! Ni siquiera han pasado diez días desde que llegaste a casa.

—Solo no quiero perder el tiempo.

—¡Entonces empieza a aprovecharlo! —exclama, sin dejar de acariciar mi cabello—. Rompe la lista, métela en tu bolso y llévala a todos lados, pégala en la pared o en la puerta de la nevera, haz de ella un objetivo si quieres, solo no dejes que te controle, hija mía. Duerme uno, dos o diez días enteros, pasa noches viendo televisión, leyendo o haciendo lo que sea que los jóvenes hagan hoy en día. —Hace una pausa, me mira a los ojos, dejándome asimilar sus palabras—. Ve a fiestas, lee, dedica tiempo a esta pobre familia que tanto te quiere... —Me río del tono dramático con que hace esta última sugerencia—. Pero vive... Tu vida no cabe en doce puntos. Comete errores, corrígelos, y luego, vuélvelos a cometer. Deja de preocuparte por perder el tiempo y empieza a preocuparte por aprovecharlo, cariño.

—Te amo.

Es lo único que puedo decir, porque me siento completamente llena de amor en este momento. Mi mamá sonríe y arruga la nariz antes de dejar un beso en mi frente.

—Y yo a ti.

***

Esta vez, la puerta del departamento de Bruno no me intimida. No sé si es porque la última vez que estuve frente a ella no fue hace una semana, sino ayer, cuando entré al apartamento besándome con su dueño, o si porque ya no tengo la incertidumbre carcomiéndome el estómago sobre lo que va a pasar en cuanto cruce el umbral. No lo sé.

Toco el timbre en cuanto salgo del ascensor y atravieso el vestíbulo, aunque mi corazón no está latiendo exactamente a su ritmo normal. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con la puerta, sino con el hombre que está al otro lado.

—Hola, linda.

Una sonrisa agradable me recibe cuando la puerta se abre casi de inmediato. ¿A quién intento engañar?

El hombre está increíble, y no sé ni dónde fijar la mirada. ¿En su pecho desnudo, en su rostro hermoso, en sus labios irresistibles o en esos ojos hambrientos, siempre hambrientos?

—Hola.

Me concentro en su rostro y respondo, siendo arrastrada hacia dentro, aplastada contra la puerta y besada hasta que mis pulmones están a punto de colapsar.

La euforia por tener su boca sobre la mía es completamente injustificada. Ayer, esa misma boca estuvo horas besando y lamiendo cada centímetro de mi cuerpo.

La última semana fue... fácil. Tan fácil como aterradora.

La compañía constante de Bruno, la naturalidad de nuestra relación, cómo las palabras simplemente salen, los gestos ocurren sin esfuerzo, los cuerpos se conocen y los pensamientos parecen entenderse en el silencio, me dan miedo.

No sé cómo debería funcionar una relación falsa, pero cada vez siento más que ni siquiera las reales funcionan como lo hacemos Bruno y yo.

Sigo repitiendo sus palabras, las que dijo en el Vernissage, en la sala oscura, cuyas paredes estaban salpicadas de proyecciones de estrellas: *Nunca es así.*

Le creí.

Le creí, y por un momento, ese momento en que su boca se acercó a la mía, me dio miedo, porque no creo que quiera conformarme con menos que esto cuando, en tan solo unos días, todo parece tan perfecto, tan en su lugar, aunque sea mentira.

En ese instante, la idea de que cuando llegue el momento de vivir algo real, podría ser menos satisfactorio que la farsa me aterrorizó.

Pero en cuanto nuestros labios se tocaron, como siempre, los pensamientos desaparecieron. Al menos, hasta que estuviera lo suficientemente lejos de su boca, de su olor, de su sabor y de su tacto, como para convertirme nuevamente en una persona completamente racional.

Él respira profundamente, absorbiendo el aire que exhalé antes de soltarlo con fuerza.

—¿Todo bien? —Asiento en respuesta.

—¿Cuáles son los planes para hoy? —pregunto, con la boca aún pegada a la suya, frotando la punta de mi nariz contra su piel—. Pensé que la noche de juegos era solo una vez al mes —pauso para besar el lugar donde me acariciaba—, y casi estoy segura de haber oído a Conrado decir que la próxima sería en su casa —explico mi duda.

Ayer, cuando me dejó en casa, Bruno dijo que no sabía si haríamos algo hoy, aparentemente, su presencia no estaba siendo solicitada en ningún evento.

Fue solo esta tarde cuando me preguntó si ya había hecho planes para la noche, y ese pequeño hecho de que me haya preguntado, aunque realmente no fuera necesario, fue una de las cosas que me generaron una sensación extraña en el pecho. Bruno no necesitaba preguntarme nada. Él me está pagando, y mucho, por mi tiempo.

Sin embargo, cuanto más analizo las últimas semanas, más parece que eso se ha olvidado sobre la mesa de ese restaurante italiano. Tal vez me equivoqué, tal vez soy tan buena mintiendo como Bruno, o tal vez necesito empezar a cuidar de mi corazón.

—Tú. —Deja un beso suave en mi boca y sus manos recorren mis curvas—. Yo. —Otro beso y agarra mi culo sobre los jeans. —Y una película.

Me empuja contra su erección ya prominente, haciéndome gemir.

Una semana desde que lo tuve dentro de mí por primera vez y, cada vez que estamos juntos, mi deseo es ignorar los límites de mi cuerpo para tener más y más.

—¿En serio?

La pregunta no sabe si salir como un ronroneo o un gemido.

—Mmm...

Me muerde el mentón.

—Podría prescindir de la película —sugiero, muy ansiosa por quedarme desnuda y sentir ese contacto del cual me estoy haciendo adicta.

El tono ronco de su risa delata que mi cuerpo no es el único que está ansioso por saltarse algunas etapas, o al menos adelantarlas.

—Creo que te va a gustar la película que elegí.

—Creo que me va a gustar más tenerte dentro de mí.

Mi declaración descarada es un susurro completamente afectado por su lengua lamiendo mi cuello.

Anuncia el abandono total de mi vergüenza cuando el deseo toma control de mi cuerpo, como estoy aprendiendo que siempre ocurre cuando Bruno empieza a tocarme.

—Confía en mí. No va a durar mucho —promete antes de besarme.

***

La confianza debería ser el apellido de Bruno, pero hay algo en su forma de andar, en cómo me mira e incluso en la promesa que acaba de hacer que deja la impresión de que no me lo está contando todo sobre su propuesta de ver una película.

Se sienta en el enorme sofá de la sala de televisión y tira de mí para que me siente entre sus piernas. Mi espalda está feliz de acurrucarse en su pecho duro y cálido.

Inclino más el cuello hacia un lado cuando empieza a besarme ahí, despacio, solo con los labios, y luego deslizando la lengua.

Sus manos me agarran con firmeza por la cintura y yo me retuerzo, ya mojada por su recepción y deseando que suban unos centímetros, lo suficiente para alcanzar mis tetas.

Cierro los ojos, disfrutando de las caricias, hasta que el sonido del televisor me hace abrirlos. Bruno pone la película y parpadeo varias veces antes de sentirme capaz de concentrarme en la pantalla. Su boca me da un respiro y sus dedos hacen sutiles movimientos alrededor de mi cintura, por encima de la camiseta.

La escena inicial muestra a una pareja llegando a casa. El hombre tiene el pelo y la barba oscuros y lleva unos jeans claros y una camiseta azul marino. La mujer tiene el pelo rubio hasta los hombros, la piel pálida como la mía y lleva un vestido rojo ajustado hasta medio muslo.

De pie en el vestíbulo, donde hay una escalera de madera, el hombre cierra la puerta y tira las llaves sobre el aparador, con cara de irritación. La mujer, de espaldas a él y unos pasos por delante, baja la cabeza y se pasa los dedos por el puente de la nariz.

Cierra los ojos, como buscando control, pero un segundo después se rinde y empuja contra el cuerpo curvilíneo que tiene delante.

Me empujo hacia atrás, apretándome contra Bruno, creyendo que el personaje está a punto de agredir a la mujer. Sin embargo, sus dedos encuentran el camino hacia el pelo de ella y la acerca, pegándola a su pecho, y la reacción de la mujer no tiene nada que ver con el dolor.

Ella gime con la boca abierta y el culo ya empujando hacia fuera, frotándose contra el hombre, y mis ojos se abren de par en par. Porno. Es una película porno, me doy cuenta, pero no puedo apartar la mirada.

El diálogo entre ellos es corto y susurrante, pero en realidad no presto atención a ninguna de las palabras que intercambian.

No cuando el hombre agarra el dobladillo del vestido rojo y lo levanta, revelando el cuerpo desnudo de la rubia. Sus pechos son redondos y sus pezones están erectos.

Unas manos grandes y venosas se acercan y los aprietan. La reacción de la mujer es tan deliciosa que me hace morderme el labio y sentir cómo me duelen mis propios pezones. Las palpitaciones entre mis piernas pasan de suaves a constantes en un abrir y cerrar de ojos.

Bruno está en silencio, el único sonido que oigo de él es su cálido aliento golpeando mi hombro. La imagen del enorme televisor se centra en la vulva completamente lampiña de la mujer y en los dedos del hombre que ahora se frotan entre sus labios vaginales.

Su fuerte gemido llena la habitación, al igual que los sonidos de los dos golpeándose contra los muebles y las paredes mientras se empujan el uno al otro apresuradamente sobre un sofá.

Él se sienta y ella se instala a horcajadas sobre su regazo, dejándole entre sus muslos y quitándole la camiseta antes de besarle en la boca. El torso del hombre es musculoso y sus manos están por todas partes. Ella le mete mano por encima de los pantalones y él gruñe con la boca pegada a la suya.

No pasa mucho tiempo antes de que la cámara cambie de nuevo, enfocando su mano, hundiendo sus dedos en los pliegues de la mujer que grita y se agita mientras levanta las caderas y las ondula, provocándome escalofríos. Me muerdo el labio y contengo la respiración.

El hormigueo en mi bajo vientre empieza a extenderse a las palmas de las manos y las plantas de los pies. De repente, las llamas me lamen la piel y estoy desesperada por que consuman mi ropa y me dejen desnuda de una vez.

El hombre tumba a la mujer en el sofá y se inclina sobre ella. Sin delicadeza, raspa dos de sus dedos sobre su piel ya enrojecida hasta que desaparecen dentro de su vulva y se los clava una y otra vez antes de volver a sacarlos, completamente melosos, y la obliga a chuparlos.

Un fuerte gemido resuena antes de que suene uno bajo y solo después de unos segundos me doy cuenta de que era yo quien gemía bajo.

Me retorcí en el sofá, sintiendo cómo mi propia excitación se convertía en necesidad e incapaz de apartar los ojos de la boca del hombre que chupaba los pechos redondos de la pantalla, o de su lengua que rodeaba los pezones rosados, o de la expresión de placer en el rostro de la mujer.

El calor del cuerpo de Bruno rodeando el mío no ayuda en nada. Al contrario, aumenta mi expectación por saber cuándo va a poner fin a esta tortura.

—Bruno... —gimo, y finalmente se acerca.

Su boca va detrás de mi oreja.

—Hola, cariño. —Solo oír tu voz termina de arruinarme—. ¿Qué quieres? —pregunta, en un tono susurrante y ronco.

Empujo mi culo hacia fuera, frotándome contra sus piernas abiertas sin dejar de mirar a la televisión, donde el hombre está ahora chupando la vulva de la rubia.

Las manos de Bruno se deslizan bajo mi blusa y alcanzan mis pechos, afortunadamente desnudos por debajo. Sus dedos me masajean los pezones y, cuando cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre su hombro, es imposible no imaginar que es mi vulva sobre la que se posa la lengua del moreno de la tele, o que es mi boca la que chupa a la mujer que está desnuda.

—¡Por favor, Bruno! ¡Quiero acabar! ¡Mastúrbame, chúpamela y penétrame! ¡Haz que acabe! —suplico, desesperada y con los ojos abiertos de nuevo.

No puedo mantenerlos alejados durante mucho tiempo de las imágenes que inundan el techo con sonidos que, más que eróticos, son enloquecedores.

—Lo que quieras, cariño —responde, antes de hundirme los dientes en el cuello y desabrocharme los pantalones.

42.

BRUNO MAGALLANES

—¿Te atraen los hombres? —pregunta Milena, aún desnuda, mientras nos tumbamos en el sofá tras un rato de silencio.

Su torso está pegado al mío, sus piernas entrelazadas con las mías y sus dedos recorren mi brazo de arriba abajo en un vaivén sin pretensiones.

Ella reaccionó exactamente como pensé que lo haría ante la película, se encendió en cuanto se dio cuenta de qué iba y, ¡diablos! Fue una delicia absorber las reacciones de su cuerpo.

La piel de gallina en su piel, la respiración entrecortada, los murmullos graves que salían de sus labios, la excitación que la embargaba con solo observarla durante los primeros minutos, incluso antes de que la tocara.

Desde el momento en que la pillé en el barco, me había estado preguntando cómo introducir a Milena en su propio fetiche. Por mucho que me muera por verla desvelarse por completo, también sé que ciertos descubrimientos, si no se manejan adecuadamente, pueden hacer más mal que bien.

Tuve que devanarme los sesos para saber cuál debía ser mi primer paso. Mierda, no soy un hombre que sepa enseñar.

Nunca he tenido paciencia ni ganas para eso, pero cuando se trata de la mujer que tengo entre mis brazos, no hay otra opción. Quiero todos sus descubrimientos. Todos los que importan, aunque no entienda por qué.

—No —respondo a su pregunta, lo que no me sorprende lo más mínimo.

—Cuando veíamos la película... —empieza, pero hace una pausa, avergonzada.

—No tienes por qué avergonzarte, Milena.

Suspira.

—¿No es extraño? —pregunta ella—. ¿Hablar de ver a otras personas tener sexo cuando los dos acabamos de tenerlo? Quiero decir, ¿no es extraño que hayamos tenido sexo viendo a otras personas tener sexo?

—¿Te parecía extraño hace media hora? —pregunto, observando sus ojos, y ella asiente—. ¿Te pareció extraño cuando viste a Arthur? —Al oírme hablar de ello, lejos de cualquier turbación sexual, las mejillas de Milena se ponen extremadamente rojas, pero sacude la cabeza, negándolo de nuevo—. ¿Te pareció extraño en el barco, cuando te masturbabas, imaginándote en la escena?

—¿Cómo…? —empieza a preguntar, pero mi inclinación de la cabeza es respuesta más que suficiente y hunde la cara en mi pecho, escondiéndose de mí.

Me trago mi risa floja y le llevo la mano a la cara. Sujeto su mentón entre el pulgar y el índice, obligándola a mirarme.

—¿Te ha gustado? ¿Lo has disfrutado? —Mi tono es bajo y mi verga empieza a ponerse dura de nuevo. Ella responde con otro movimiento de cabeza, pero esta vez quiero oír su voz—. ¿Te ha gustado? ¿Has acabado? —repito la pregunta, dejando claro con mi tono lo que espero. Sus pestañas se agitan y exhala por la nariz justo antes de soplar por la boca.

—Estuvo muy excitante, y sí, llegué al orgasmo.

—Si es excitante, si te da placer, si es consentido y no delictivo, entonces no tienes nada de qué avergonzarte.

—No fue exactamente consentido... Ellos no sabían que yo estaba mirando... —expresa su inocente preocupación.

—Dios mío, estaban teniendo sexo al aire libre en una puta fiesta, sabían que alguien los vería, los oiría, simplemente no les importaba. —Se muerde el labio pensativa. La dilatación de sus pupilas

denuncia la excitación que le provocan las imágenes que pueblan sus pensamientos—. ¿Eso te excita? ¿La idea de exponerte y exhibirte?

Su respiración se entrecorta y deslizo lentamente el pulgar por su mejilla enrojecida.

—Tal vez.

—¿Y las mujeres? La idea de tocar y ser tocada por ellas. ¿Te excita? —Vuelve a dejar de lado las palabras y se limita a asentir.

—¿Significa eso que soy bisexual?

—No necesariamente. Puede que lo que te excite sea la situación en su conjunto.

—Pero yo... —Hace una pausa y aparta la mirada momentáneamente. Le chupo el labio, atrayendo su atención para que termine la pregunta. La satisfacción de que me mire en busca de respuestas es tan deliciosa como hundirme en su apretada y, sin embargo, completamente diferente vagina—. Me imagino a mí mismo... —Se muerde el labio sin terminar la frase.

—¿Te imaginas...?

Milena vuelve a hundir su cara en mi pecho, dejo un beso en ella, pero antes de que necesite recuperar su mirada, la trae voluntariamente hacia mí.

—Me imaginaba chupándolas... Y siendo chupada.

—¿Dentro o fuera del escenario?

—En la escena.

—Y cuando ves a una mujer que te parece guapa, en la vida cotidiana, ¿tienes pensamientos sexuales sobre ella?

—No. Nunca.

—¿Qué pasa con los hombres? —Le falta la voz y me hace gracia —. respóndeme, Milena.

—A veces...

Asiento.

—Bueno, no tengo autoridad para responderte sobre tus propios deseos, pero creo que lo que sientes está mucho más ligado a las situaciones que a las personas. Podemos probarlo, si quieres.

—¿Probarlo? Quieres decir con...

—Conmigo. —Beso su boca—. Contigo. —Le chupo el labio inferior —. Y con otra mujer... —Le chupo el labio inferior.

—¿Un trío?

—Solo si quieres...

—No sé...

—Nadie tiene prisa, nena. Tenemos tiempo de sobra.

Sus ojos azules están totalmente fijos en los míos mientras asiente a las palabras que, de algún modo, saben a promesa.

43.

MILENA GARCÍA

Apoyo la mejilla en la palma de la mano y parpadeo, necesitándome recordar a mí misma que debo prestar atención al tipo barrigón sobre el escenario, vestido con jeans y una camisa polo, por lo que debe ser la quinta vez en los últimos tres minutos.

La sala de clases es pequeña, las sillas universitarias brillan, como si acabaran de salir de la tienda, y en el pizarrón no hay nada escrito, excepto la fecha de hoy y un nombre.

Miro a un lado y la mujer sentada a dos pupitres de distancia está con audífonos, viendo un video en el celular apoyado sobre la mesa, sin prestarle ninguna atención al instructor de la autoescuela. No la juzgo, estoy a un paso de hacer lo mismo. ¡Ay, Dios mío! Qué cosa más aburrida e inútil.

El hombre lleva veinte minutos contando historias de su vida, como si el motivo por el que las quince personas presentes en la sala estuvieran ahí fuera ese, y no aprender la teoría de conducción defensiva.

Sabía que las clases teóricas iban a ser aburridas, pero no imaginé que también serían una gran pérdida de tiempo. Sin embargo, esta es solo la primera y ya estoy sufriendo.

La vibración del celular en el bolsillo de los shorts es bienvenida. Cualquier distracción me sería útil en este momento, incluso un mensaje de la operadora de telefonía.

Meto la mano en el bolsillo, aunque estoy satisfecha con lo que sea que esté causando la vibración, ansiosa por una específica, y cuando la pantalla se enciende, mostrando las notificaciones, no me decepciono. Bruno.

Mi cuerpo reacciona tanto como mi mente. Si la segunda se vuelve casi eufórica, el primero vibra en expectativa por lo que dirá el mensaje.

Ver una película fue el primer plan que hicimos sin ninguna razón, más que la compañía de uno al otro, pero no el último.

De hecho, desde esa noche en su apartamento, hace cuatro días, solo no nos vimos ayer, porque Bruno tenía una reunión fuera de la ciudad.

Bruno: ¿Qué estás haciendo?

Milena: Siendo sometida a una forma avanzada de tortura llamada autoescuela. Es el primer día y ya la odio.

Bruno: Te lo advertí, es una mierda.

Milena: Lo dijiste, pero eso no cambia el hecho de que necesito pasar por esto si quiero conducir.

Bruno: Mentira. Yo me ofrecí a intermediar la compra de tu licencia.

Milena: No voy a ser una criminal, Bruno.

Bruno: Estás siendo dramática.

Milena: No lo estoy.

Bruno: Bueno, si cambias de idea, sabes que todo lo que tienes que hacer es pedirlo.

Milena: Gracias, pero no lo haré.

Bruno: ¿Cuántas clases te faltan hoy?

Milena: Son dos seguidas, aún falta una hora y veinte minutos de clase.

Milena: ¿Cómo te fue en tu reunión ayer?

Bruno: Bien, pero prefiero las nuestras *(ya sabes... con todo incluido: duro, mojado y con lengua).*

Milena: ¡Bruno!

Bruno: ¿¡Qué?! ¡Es la verdad!

Milena: ¡Eres incorregible!

Escribo un mensaje diciendo que quiero verlo, pero lo borro. No es la primera vez que lo deseo, pero no sé si tengo ese derecho. En realidad, sé que no lo tengo.

Cuanto más cerca me siento de Bruno, más crece el miedo de estar interpretando todo mal. Es un fastidio no saber si soy una estúpida, una inexperta o una estúpida inexperta.

¿Será que todas las relaciones casuales de Bruno son así? Porque no me siento como creí que me sentiría siendo solo otra de sus relaciones.

¿O será que decidió aprovechar nuestro estatus poco común y está actuando diferente a como suele llevar sus relaciones porque tenemos un tiempo límite y reglas claras?

O, tal vez... Una vocecita metiche en mi cabeza empieza a susurrar una tercera opción, pero la callo. No. No lo voy a pensar.

Me esfuerzo por recordar las palabras tan categóricas de Bruno, hace un mes: *este no es el tipo de cosas que él hace y no puedo olvidarlo.*

Las personas empiezan a moverse alrededor mío y solo entonces me doy cuenta de que el escenario ahora está vacío. La clase terminó mientras mi mente divagaba.

Pasé más de una hora en medio de debates internos. Muevo la cabeza, negando. Realmente tengo que dejar de hacer esto.

Tomo la bolsa colgada del respaldo del pupitre frente a mí, guardo el pequeño libro encuadernado con el contenido de las clases y salgo

de la sala, determinada a pasar las próximas horas pensando en cualquier cosa que no sea Bruno. Cualquier cosa.

Sin embargo, mi determinación es derrotada cuando, al poner los pies fuera de la autoescuela, encuentro el cuerpo musculoso, de piel bronceada, vestido con uno de esos trajes que tantas veces me hicieron necesitar limpiar la baba, apoyado en el coche, con los brazos cruzados, esperándome. Y lo más indecente de toda la imagen es su sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que era mi responsabilidad moral ayudarte a recuperarte de la tortura, ya que te niegas a dejarla.

—¿Responsabilidad moral, eh? —pregunto cuando sus brazos se estiran, tirando de mi cuerpo hacia el suyo.

—Y tal vez también tenía ganas de tu boca deliciosa.

La declaración hace que mi pecho vibre y las dudas, que tan cuidadosamente había mantenido dentro de mí, se agiten con el temblor.

—Eso suena más como tú —acuso, antes de besar sus labios, satisfaciendo mi más nuevo vicio: su sabor.

—¿Almuerzas conmigo? —pregunta, frotando su nariz en mi piel, aspirando mi aroma, volviéndome loca con su presencia, sus caricias, su existencia.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras.

***

—¿Tu obsesión es por la comida italiana o por este restaurante en particular? —pregunta Bruno cuando nos sentamos en la mesa del Capparellos.

—¡No estoy obsesionada!

—¡Señorita Milena! Qué bueno tenerla de nuevo. —Marco, el gerente del restaurante, se detiene al lado de nuestra mesa, arruinando mi negativa.

Bruno se recuesta en su silla y cruza los brazos al frente de su cuerpo, sonriendo como un gato que acaba de atrapar un pajarito.

—¡Hola, Marco! ¿Todo bien?

—¡Todo excelente! ¿Y tu mamá? ¿Cómo está? ¿Tu hermano?

A medida que el hombre hace preguntas, la ceja de Bruno se arquea cada vez más, y me pregunto si, si seguimos así, va a llegar a las raíces de su cabello.

—Todos bien, Marco. Gracias por preguntar.

—¡Genial! Un camarero ya vendrá a atenderlos. —Se despide de Bruno con un gesto y de mí con una sonrisa.

—¿Qué ibas a decir? —indaga, burlón, y yo resoplo.

—Tú me presentaste el restaurante. Y dijiste que podríamos ir donde yo quisiera.

—¿Y eso te exime de la obsesión por qué…?

—¡No estoy obsesionada! Puede ser que haya traído a mi mamá y a mi hermano aquí tres o cuatro veces en las últimas semanas, o que haya venido otras cuantas solo para comprar tiramisú... Pero es que está tan bueno…

Cierro los ojos y gimo al recordar el sabor del postre.

—¿Tres o cuatro? —desconfía.

—Está bien, cinco —admito, pero sus ojos siguen igual—. ¡Cinco! —exclamo y él sonríe ampliamente.

—Solo verificando... —Levanta las manos en señal de rendición y lanza un guiño—. ¿Déjame adivinar? ¿Vas a pedir el mismo plato?

—¡Tú también pides siempre lo mismo! —acuso.

—Eso no viene al caso. —Descarta mi argumento con un gesto y yo revuelvo los ojos antes de reírnos de nuestra tontería.

Mis ojos lo espían mientras él examina la carta de vinos. El frío en el estómago, cada vez más frecuente en su compañía, se siente casi sólido esta tarde.

Quiero verlo y él vino, porque lo deseaba tanto como yo, aunque ninguno de los dos haya dicho nada al respecto. ¿Le estoy buscando tres pies al gato? Tal vez. Pero esta tarde decido apartar las dudas y solo disfrutar.

La mesa en la que estamos está junto a la ventana y afuera, un coche pasa tocando la canción "Plano perfecto"[12] a todo volumen. Es imposible no seguir el ritmo.

Solo me doy cuenta de que he ido más allá y estaba tarareando cuando Bruno apoya el codo sobre la mesa y su mentón en la palma de la mano para observarme con más atención.

—Perdón. No soy buena cantando —pido, avergonzada.

—Te queda bien.

—¿Qué? ¿No ser una buena cantante?

—La letra de la canción: "cuanto más te quiero, más trabajo me das" —repite un fragmento y nos miramos en silencio por unos segundos, cada uno lidiando con los efectos que su afirmación ha causado en sí mismo.

—¿Te quejas de que te estoy dando mucho trabajo? —provoco—. ¿Te está pasando factura la edad?

—¿Eh…? —Frunce el ceño antes de hacer un gesto corto con la cabeza—. Sigue provocándome y veremos quién tendrá problemas con la edad cuando decida penetrarte en el maldito baño. —La sugerencia hace que mis ojos brillen con las imágenes que se generan, y muerdo mis labios—. Tal vez lo haga, después de todo —dice, entendiendo perfectamente mi reacción, y cambia de tema—. Pensé que eras más de la MPB[13].

—Sabes que me gusta bailar.

Me suelto el cabello, que estaba atado en una coleta, solo para volver a atarlo. Los ojos de Bruno siguen cada segundo del movimiento.

—Lo sé.

—Tengo un gusto... —Me detengo un momento pensando en la palabra y río, incluso antes de decirla, porque me parece un poco ridícula—. ¡Ecléctico! ¡Estoy loca por ir al Rock in Rio! Cualquier día me serviría, ya sea día de Ivete Sangalo o de Metallica.

—¿Metallica? ¿Te gusta Metallica?

—No como fanática, pero ¡es el Rock in Rio!

Mi afirmación entusiasta provoca una carcajada de Bruno.

—Claro —dice, y el camarero llega a la mesa para tomar nuestros pedidos.

—Mañana voy a hacer un viaje rápido —avisa y trato de impedir que la decepción se dibuje en mi rostro. Es una sensación sin sentido, pero aún así, no puedo evitarla—. Vuelvo el domingo por la tarde. —Asiento y él continúa—. Por la noche hay un evento en Carmesim, un DJ y una banda internacional estarán allí. ¿Qué piensa la señorita ecléctica que le gusta bailar? ¿Quiere ir?

Él me hace sonreír demasiado fácil.

—¡La señorita ecléctica que le gusta bailar quiere ir!

***

—Voy a pensar en lo que quiero a cambio y te aviso —dice Bruno en el momento en que cruzamos la puerta del restaurante, llegando a la acera.

Inclino la cabeza y frunzo el ceño. Miro a mi alrededor y hacia atrás, comprobando si él podría estar hablándole a otra persona, pero su mirada nunca se aparta de la mía.

—¿Qué?

—Por haberte presentado tu nuevo postre favorito —dice, señalando la bolsa de papel que tengo en la mano con un pequeño stock de tiramisú—. Tal vez yo también quiera una recompensa por haberte presentado a tu restaurante favorito.

La audacia de este hombre me hace soltar una carcajada.

—Primero: no me presentaste el tiramisú, yo ya conocía el postre, solo que nunca había comido uno tan delicioso y no lo comí el día que vine contigo, lo comí después. ¡Y además, habría sido un honor! ¡No puedes cobrarme por eso!

Esa sonrisa descarada se apodera de su boca antes de acercarse a mi oído.

—Todo se puede cobrar con favores sexuales, Milena —susurra antes de plantar un beso perturbador detrás de él. Estoy pensando en cómo responderle, cuando mi celular vibra.

Negando con la cabeza, lo alcanzo. La palabra "madre" y la foto de doña Daise están iluminadas en la pantalla y contesto la llamada antes de llevar el aparato a la oreja que no está siendo provocada por Bruno.

—Hola, mamá —digo, deteniéndome en la acera, frente a la camioneta de Bruno que ya nos espera. Cuando se da cuenta de que no voy a entrar, él tampoco lo hace. Apoya el hombro contra la ventana del coche y mete las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿No recibiste mi mensaje? Hice un desvío, no...

—Milena, tienes que venir a casa. Pasó algo...

—¿Qué pasó? —Toda la ligereza que sentía se escurre en un segundo y mi sangre se congela en las venas. La postura relajada de Bruno también se reemplaza por una columna recta y los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos se enfocan en mí de inmediato—. ¿Estás bien? ¿Estás enferma? ¿Has llamado a una ambulancia? —disparo una pregunta tras otra, casi sin respirar entre las palabras.

—¡Estoy bien! No me pasó nada —se apresura a explicar y mis hombros caen cuando el alivio me inunda.

—¡Ay, mamá! No me hagas esto —pido, contrariada.

—Hija, no me dejaste hablar. Nunca dije que el problema era conmigo. Pasó algo, pero fue con tu hermano.

—¿Qué hizo Gabriel, mamá? ¿Llamaron de la escuela?

—¿Podrías calmarte y escucharme? ¡Qué manera de ser! —se queja, hablando en voz alta. Aparto el celular de la oreja y Bruno muerde la sonrisa que le surge en la comisura de los labios. Entrecierro los ojos hacia él—. Tu hermano no hizo nada. Un paparazzi lo abordó en la calle, quería saber de ti. Mejor que vengas a casa a hablar con él —dice, todavía con un tono alterado y la expresión facial de Bruno me dice que él también lo escuchó.

—¿Qué? —pregunto, sin poder creer lo que acabo de escuchar.

—Milena, ven a casa. Hablamos cuando llegues —afirma y asiento antes de despedirme y colgar.

—¿Me puedes dejar en casa? —le pido a Bruno, que tiene el ceño fruncido.

Él aprieta los labios y levanta una ceja, desestimando mi petición.

—Por el amor de Dios, Milena. No solo te voy a dejar en casa, ¡me voy contigo!

***

—¿Cómo fue que lograste pensar en resistirte a ese hombre? —mi madre susurra en mi oído cuando pasa junto a mí en el pasillo que lleva a los dormitorios.

Abro la boca para decir algo, pero al final me callo. Solo entrecierro los ojos en una mueca de desaprobación.

Bruno está en mi casa, en mi sofá, conversando con mi hermano. Es cierto que el hecho de que él haya sido quien eligió este apartamento hace las cosas menos raras, o más, dependiendo del punto de vista. No voy a pensar en eso ahora.

El hecho es que no hubo santo que pudiera convencerlo de que no hacía falta venir aquí. El hombre se empeñó en que hablaría con Gabriel, y aquí estamos.

En cuanto llegamos, aunque no entendía lo que estaba pasando, mi hermano contó que un paparazzi lo abordó cuando volvía de la escuela.

El hombre le ofreció dinero a cambio de información sobre mí y hasta le dijo que, si Gabriel le decía por dónde solía andar, qué días y a qué horas, podría pagarle más.

Por suerte, mi hermano es insoportable, pero no tonto. Aunque no entendía las razones detrás de todo esto, ya que su mundo adolescente no tenía idea de los últimos sucesos de mi vida, le dijo al periodista que se fuera a la mierda, y se fue corriendo a casa.

La cara de mi hermano al ver a Bruno entrando al departamento con su aire de dueño del mundo, envuelto en un traje hecho a medida, fue impagable. Solo superada por la de mi madre, que no para de mirarlo con esa mirada de madre. ¡Dios mío! ¡Qué situación!

Mi novio de mentira se presentó exactamente así a Gabriel, excepto por las últimas dos palabras. Mi hermano buscó mi mirada, buscando una confirmación que le di con un leve asentimiento.

La manera en que me miró después me dijo que necesitaríamos hablar del tema en algún momento cercano.

Bruno le preguntó por la apariencia del reportero, quiso saber cada palabra intercambiada, el lugar y la hora de la aproximación, y si en algún momento el hombre se había identificado como algo más que un periodista, si había dicho, por ejemplo, a qué periódico o revista pertenecía.

Lamentablemente, Gabriel no tiene la mayoría de las respuestas. Simplemente no tenía idea de que debía haber prestado atención a esas preguntas mientras la situación se desarrollaba. ¿Y quién podría culparlo? Yo, ciertamente, no.

Y ahora, después de tomar café, comer pastel y galletas, hablar con mi madre, ver fotos de mi infancia e incluso quejarme de cosas sin sentido sobre mí misma con ella, Bruno está sentado al lado de Gabriel, conversando con él sobre lo que sea que tengan en común.

Honestamente, no sé cómo me siento. Esto parece tan absurdo que es casi irreal. Bruno, el cliente de las siete y quince, con quien prácticamente he pasado el último mes entero teniendo sexo, está en mi casa.

Estoy casi segura de que mi madre acaba de decir que él es un sex simbol, y no importa cuántas veces parpadee o cierre los ojos con fuerza, la imagen sigue ahí, firme, en lugar de desvanecerse como el humo, que es lo que debería pasar.

Lo que es completamente inesperado es la carcajada escandalosa que me sale de la garganta, interrumpiendo la conversación entre Gabriel y Bruno, quienes se giran a verme, mientras mi madre asoma la cabeza desde su habitación.

Llevo una mano a la boca, tratando de ocultarla y contener la risa que se niega a parar.

—Perdón —digo, casi sin poder articular bien las palabras. Camino de espaldas, casi corro, en realidad, hasta la puerta de mi habitación y me meto dentro.

Cierro la puerta y abro la boca. La risa se desata sin control, fuerte, imparable. Estoy enloqueciendo, no hay otra explicación.

Me dejo caer sobre la cama y dejo que la risa fluya. Ruedo sobre el colchón, siento las lágrimas correr por las comisuras de mis ojos, el estómago empezar a doler, incluso babeo.

La puerta del cuarto se abre y ni siquiera así logro detenerme.

Veo a Bruno entrar, cerrar la puerta tras de sí y apoyarse contra ella con una sonrisa en el rostro. Y aun así, eso no es suficiente para sacarme de mi ataque de risa.

Pasados varios minutos y tras múltiples intentos fallidos de recuperar el control, finalmente consigo respirar con normalidad.

—¿Se te pasó? —pregunta. Me incorporo en la cama, limpiándome algunas lágrimas rebeldes.

—Es que esto es tan absurdo —digo, con la voz extraña.

—¿Qué exactamente?

Bruno aún no se acerca, así que estiro el brazo en su dirección.

—Tú, aquí. Creo que si estuviéramos en mi casa de verdad, todavía me estaría riendo.

—¿Tu casa de verdad?

—Sí.

Una arruga aparece entre sus cejas antes de que asienta y desvíe la mirada, observando mi habitación con atención.

No hay mucho que ver, considerando que llevo aquí unas semanas y el cuarto ya estaba amueblado. Compré algunos objetos decorativos, ropa de cama que me gustara, pero nada que realmente diga algo sobre mí.

Y aunque lo hubiera, Bruno acaba de ver mis fotos de bebé. ¿Qué podría haber en mi cuarto más vergonzoso que una foto mía con las piernas abiertas, mostrando mis pantalones completamente empapados de orina y una mancha marrón de mierda?

Realmente no entiendo qué le pasa a mi madre. ¿Quién exhibe algo así? ¿A un desconocido? ¿A uno que sabe que se está acostando con su hija? ¿Cuál es el propósito?

La risa amenaza con regresar y sacudo la cabeza, negándome a dejarla salir, aunque no puedo evitar que mis labios se tuerzan.

—Si estuviéramos en tu "cuarto de verdad" —dice, haciendo comillas en el aire con los dedos al pronunciar las últimas palabras —, ¿qué vería?

Bruno cruza la habitación en tres zancadas y se sienta a mi lado. Sonrío al pensar en el cuarto donde viví los últimos diecinueve años de mi vida.

—Una litera de madera clara, rayada y llena de marcas...

Hago una pausa, visualizando la imagen en mi mente, pero él me interrumpe antes de que pueda continuar.

—¿Qué tipo de marcas?

—Todo tipo de marcas —respondo con una risa, recordando el deplorable estado del mueble, que aun así seguía firme—. De tiempo, de juguetes que usaron la madera como autopista, de cosas que fueron lanzadas contra ella o se cayeron encima, iniciales de amores adolescentes dentro de corazones...

—¿Iniciales de amores adolescentes? —me interrumpe—. ¿Mis iniciales están ahí?

Se divierte con la idea.

—¡Dije adolescentes!

Giro el rostro hacia él, protestando.

—No fue hace tanto tiempo, ¿o sí?

Tiene una expresión victoriosa en el rostro, satisfecho de poder devolverme las bromas sobre su edad con la misma moneda.

—Cierto —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Tienes razón… Acabo de salir de la adolescencia… No debería estar acostándome con hombres lo suficientemente viejos como para decir algo así con ironía, ¿verdad?

Él resopla y aparta la mirada. Yo me río.

—¿Y qué más?

—Una cómoda con un cajón roto —continúo, todavía entre risas —. Un techo con muchas manchas de humedad.

—No me estás contando lo bueno. ¿Qué más? Quiero saber lo vergonzoso. ¿Qué tenía en las paredes?

—¿Por qué asumes que había algo vergonzoso que ver? —Me responde con una mirada burlona y chasqueo la lengua—. Quizás había algunos pósteres en las paredes…

—¿Quizás?

—Está bien… Definitivamente había algunos pósteres en las paredes.

—¿De quién?

Esa maldita sonrisa se burla de mí. Me humedezco los labios y desvío la mirada.

—One Direction —murmuro, rápido y en voz baja.

El sonido áspero que sale de la garganta de Bruno me deja claro que no entendió, pero aun así pregunta.

—¿De quién?

—¡De One Direction! —respondo esta vez en voz alta.

—¡Una boyband! ¡Por supuesto!

—¿Qué quieres decir con "una boyband, por supuesto"? —pregunto, imitando su tono mientras repito sus palabras.

Bruno echa la cabeza hacia atrás en una carcajada irritantemente atractiva.

—¿Qué? —insisto cuando no me responde.

—Nada, nena —dice, inclinando la cabeza y fijando sus ojos sonrientes en mí. Lleva una mano a mi mejilla y la acaricia—. Es solo que… tenía esa impresión.

—¿Qué impresión? —pregunto, desconfiada.

—No importa —dice, ya poniéndose de pie.

—Bruno, ¿qué impresión?

Yo también me levanto y él rodea mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo.

—No importa.

El muy hijo de puta me besa sin importarle que, al otro lado de la puerta, estén mi madre y mi hermano.

Lo peor es que, cuando su lengua invade mi boca, a mí tampoco me importa. Ni eso, ni la maldita impresión de la que él hablaba.

De hecho… ¿de qué impresión estaba hablando?

44.

BRUNO MAGALLANES

Me río de mí mismo cuando mi primer pensamiento al ver el color del mar es pensar en los ojos de Milena y el segundo, que debo tomar una foto de este lugar y enviársela.

Más que eso, me encuentro deseando que ella estuviera aquí para poder ver la expresión de asombro en su rostro, esa que siempre tiene cada vez que descubre algo nuevo. Me estoy dando cuenta de que me estoy volviendo adicto a ella.

Con la tabla bajo el brazo, recorro el camino del estacionamiento hasta la franja de arena de la Playa Joaquina. Siempre que vengo a Florianópolis, paso por aquí.

—¡Grande, Bruno!

Me giro, sorprendido de que me haya encontrado un conocido estando tan lejos de casa. La sorpresa aumenta cuando descubro de quién se trata.

—¿Mario Alberto? —pregunto, aunque ya no tengo dudas de que es él.

Inclino el cuello y hago un barrido rápido de su imagen, que parece la misma desde la última vez que lo vi. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años? ¿Tres?

—En carne, hueso, bronceado y agua salada —dice, clavando la tabla en la arena y dándonos un fuerte abrazo. El hombre de cabello, barba y ojos oscuros solía ser un buen rival en el mar—. ¿Trabajo o placer? —pregunta, cuando nos separamos un poco.

—Trabajo y un poco de placer.

Mario mueve la cabeza con una sonrisa que dice mucho, especialmente cuando sus próximas palabras son tan específicas.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta mañana por la tarde. ¿Y tú? ¿Trabajo o placer?

Cruzo los brazos y apoyo las palmas de las manos sobre los codos.

—En realidad, me mudé a Floripa hace seis meses.

—¿En serio?

La noticia realmente me sorprende, nadie había comentado nada y siempre comentan.

—Sí... Las cosas se complicaron en São Paulo.

Levanto una ceja, empezando a entender a dónde quiere llegar y por qué nadie había comentado nada.

—¿Trabajo o placer? —repito la pregunta, pero ahora con un contexto completamente diferente.

—Digamos que mezclé los dos.

—No suele ser buena idea.

—No lo fue.

A pesar de la seriedad del tema, su tono es juguetón y sonríe al decirlo. Mario pasa las manos por su cabello y se ríe.

Por dos segundos, considero pedir detalles, pero decido que si estuviera dispuesto a darme detalles, no necesitaría pedirlos.

—¿Surfeando?

No veo su tabla en ninguna parte. Unos metros delante de nosotros, me señala la preciosa tabla que ya conozco. La tabla negra, fabricada en carbono, llena los ojos de cualquier surfista que se respete.

—¿Cómo está el mar hoy?

—Gordo[14].

—Como nos gusta, entonces.

—¡Eso es! —asiente, y comenzamos a caminar hacia el agua—. ¿Planes para esta noche? Un amigo mío va a dar una fiesta —sugiere, y me hace pensar en la invitación.

Los pensamientos que surgen no son sobre la posibilidad de ir o no, sino sobre el hecho de que desde que insinuó algo así, cuando me preguntó cuánto tiempo iba a quedarme, ya sabía la respuesta que le daría.

—Hoy no va a pasar. Ya tengo un compromiso. —Le guiño un ojo y me encojo de hombros.

¿El compromiso? FaceTime[15] con Milena hasta que se quede dormida frente a mis ojos. Debería preocuparme de que haya sido una elección tan fácil, hasta el punto de que la invitación de Mario ni siquiera fue más interesante que ver a Milena a través de una pantalla, en realidad.

Debería preocuparme, pero en lugar de eso, corro al único lugar que siempre ha logrado hacerme olvidar el caos que habita en mi mente matemática, el mar. O al menos, solía ser el único, hasta hace poco más de un mes.

***

—Es curioso que los encuentre mucho más a menudo cuando estoy viajando que cuando estoy en casa —comento, pero ni mi madre ni mi padre le prestan mucha atención a lo que digo.

Sentados a la mesa en el restaurante del hotel donde están hospedados, ambos me miran con una concentración total. Me recuesto un poco y giro la cabeza, empezando a sospechar por qué tanta concentración.

—¿Qué pasa?

—Queremos conocerla —sorprendentemente, pero no tanto, mi padre es quien dice la frase, y yo me dejo caer sobre la silla, bufando.

Claro que quieren, ya era hora. ¡Maldita sea! *¿Cómo no vi esto venir?*

—Hemos esperado, creíamos que era un asunto pasajero, ¡pero ya ha pasado casi un mes! Y ustedes aparecen juntos todo el tiempo. Mi alerta de Google para tu nombre muestra fotos nuevas, en lugares diferentes, todos los días, ¡Bruno! No puede ser solo otra aventura, ¿cierto? —La forma en que mi madre argumenta y hace la pregunta suena casi esperanzada, y yo me froto las manos por el rostro.

Incluso sin querer, la imagen de Milena teniendo una conversación cotidiana con mis padres aparece en mi mente. La mimarían un montón.

Mis padres siempre quisieron una hija, pero también siempre quisieron solo un hijo. Cuando nací, tuvieron que tomar una decisión.

Una decisión que resultó en la expectativa de que, en el futuro, yo cumpliría con sus deseos. Me pregunto qué harían si fuera gay. *O si no tuviera la intención de establecerme en una relación a largo plazo, como sigue siendo el caso, ¿cierto, Bruno?*

La pregunta es un susurro interno inesperado. Maldita sea. ¡Obviamente, sigue siendo el caso! Milena es... Milena es... Como una inspiración profunda después de mucho tiempo sin respirar.

Es alivio y, al mismo tiempo, frenesí. Es la belleza inesperada en lo cotidiano. Es espontánea, se ríe de todo, es…

Me río solo cuando todas las palabras que encuentro para describirla son más que eso. Son sus gestos, sus hábitos.

Son esas pequeñas cosas que ya he visto hacer un millón de veces, como lavar los cubiertos desechables antes de usarlos, devorar postres en tiempo récord, o soplar el mechón de cabello que siempre cae sobre sus ojos, en lugar de quitárselo con las manos.

—Es una amiga, mamá.

—¿Amiga?

La decepción en la voz de mi padre es casi palpable, y levanto las cejas antes de soltar un suspiro.

—No parecen amigos en las fotos que he visto —insiste mi madre, mirándome acusatoriamente, diciendo en silencio que sabe que estoy mintiendo.

—Si necesitas una descripción más detallada, está bien. Somos amigos con beneficios, mamá. Nada más. —Sus hombros caen con mi explicación, y ella intercambia una mirada significativa con mi padre. Sacudo la cabeza en una negativa corta para mí mismo—. Entonces, ¿cuál es el siguiente destino de ustedes?

45.

BRUNO MAGALLANES

Davi estaciona el coche frente al condominio de Milena, y no consigo quedarme dentro. Salto afuera, decidido a esperarla en la acera, pero en el momento en que la mujer pequeña cruza la entrada, mi cuerpo es empujado contra la chapa del coche. Muerdo el labio antes de abrir la boca, sin intención de decir nada más que para mí mismo.

Si tenía alguna esperanza de que la palabra obsesión fuera un exceso para describir lo que siento por Milena, por su compañía, se va al diablo en el instante en que la veo. Después de unos días lejos, ella parece robarme el aire.

—Hola —es lo único que dice antes de asaltar mi boca sin darme tiempo de responderle. Su lengua busca la mía con una hambre que entiendo muy bien, porque es la misma que estoy sintiendo. ¡Qué carajo!

Tuve que hacer un esfuerzo de autocontrol para que verla no fuera lo primero que hiciera en cuanto el avión aterrizó. Repitiéndome a mí mismo que esa era una actitud irracional, sabiendo que la vería esa noche, busqué a Buzz con su tutor, lo llevé a casa, trabajé algunas horas, la mayoría de ellas alternando entre hacer algo productivo y preguntándome por qué carajo me estaba aguantando.

—¿Me extrañaste, preciosa? —pregunto, con la boca todavía pegada a la suya, sintiendo su olor delicioso, acariciando su cabello, bebiendo su compañía.

Una respuesta divertida cruza su mirada, pero Milena muerde el labio y asiente confirmando.

—Mucho. —Una palabra tan pequeña no debería golpearme con tanta fuerza. Sus largos y oscuros pestañeos tiemblan cuando baja

la mirada. Coloco los dedos índice y medio bajo su mentón, llevándola a mirarme.

—Estaba loco por tocarte. —Besa cada uno de sus párpados cerrados y la sonrisa que se extiende por sus labios es como un martillazo en el pecho—. La próxima vez, te voy a secuestrar.

—Tal vez vaya de buena gana. —Enlaza mi cuello con los brazos, arrancándome también una sonrisa enorme.

Paso unos segundos solo mirando su rostro poco maquillado, con cejas gruesas y labios bien delineados. Rozo mi nariz en su mejilla, sin poder controlarlo, y jalo su cuerpo contra el mío, queriendo sentirla en mis brazos.

Antes de poder detenerme, ya la estoy besando, otra vez. Despacio, sabroso, sin prisa, hasta que ambos empezamos a perder el control en medio de la puta acera.

—Deberíamos entrar al coche antes de que pierda el control y decida meterte la verga justo aquí, Milena.

El brillo en sus ojos, como todas las veces que sugiero algo exhibicionista, no es un rechazo, al contrario. Es curiosidad. Me río antes de lamer mis labios y los de ella, alejándome. Tal vez algún día, pero hoy no.

***

Escapar de los avances de Milena dentro del coche fue una puta tortura, y realmente debería ser considerado algo por haber resistido tan valientemente.

Tengo planes para esta noche y no quiero arruinar su expectativa con un sexo rápido, aunque ella no ha hecho ningún esfuerzo por ocultar su frustración al no recibir lo que quería. Tendrá su primer polvo sobre cuatro ruedas, solo que no será hoy.

—Te pones linda cuando estás molesta porque no te han metido la verga bien —susurro en su oído en cuanto entramos en el

Carmesim, y ella sale disparada delante de mí, mezclándose con la multitud y dejándome atrás.

Me da gracia, a pesar del dolor en las pelotas. Sin embargo, sé que, al igual que el mal humor de Milena, se olvidará pronto.

Es imposible no clavar los ojos en su culo pequeño y redondo, que se mueve con cada paso, y no soy el único que disfruta la vista. Sin embargo, cuando ella interrumpe sus pasos y se da la vuelta, es a mí a quien mira, ya sea enfadada o no.

Mis ojos besan su piel, disfrutando cada centímetro delicioso, sin prisa. El vestido de seda es verde oscuro y corto, cubriendo solo la mitad de sus muslos.

El escote en V cruzado es perfecto para lo que tengo en mente, sus tacones altos la dejan a la altura perfecta para meterle la verga de pie, y por la forma en que las finísimas tiras del vestido se cruzan en su espalda desnuda, estoy seguro de que Milena no lleva sujetador, otra vez.

Pongo todo el peso de mi cuerpo sobre una pierna, meto las manos en los bolsillos y me quedo allí unos segundos, solo mirándola, devorándola y dejándola saber.

Sus labios se abren y sus pestañas tiemblan, arruinando la expresión descarada que mantenía. Solo entonces, me acerco.

Mis pasos son lentos, depredadores. Cuando la alcanzo, inmediatamente rodea mi cuello con los brazos y yo su cintura. Meto la mano bajo la falda suelta de su vestido e ignorando a todas las personas alrededor, acaricio su culo antes de apretarlo.

—Paciencia, cariño. —Rozo mis labios por su oído—. Te prometo que valdrá la pena. —Dejo un beso allí, sabiendo que eso la va a poner a mil.

Los parlantes martillean las paredes con música sensual y, moviendo solo la mano que no está agarrando el culo delicioso de Milena en un gesto que, además de estar de puta madre, deja claro para todos alrededor que pueden desearla todo lo que quieran,

siempre y cuando no toquen sin permiso, agarro sus caderas y comienzo a moverme con un lento vaivén.

Milena pone los ojos en blanco, pero rápidamente se entrega al baile y, minutos después, olvida que estaba molesta y me besa, completamente perdida en mí, justo como yo en ella.

46.
MILENA GARCÍA

El sudor me resbala por la espalda cuando Bruno y yo entramos en el palco VIP. Mi risa es sustituida por un sonido de sorpresa cuando lo encuentro vacío.

—¿Dónde están los chicos?

—Hoy estamos los dos solos. —La forma en que dices las palabras me hace lamerme los labios.

Se acerca a la barra y, en cuanto tiene sus bebidas, le dice algo a la camarera en un tono demasiado bajo para que yo pueda oírlo, aunque esté prestando atención.

La mujer sonríe amablemente antes de organizar su mostrador y, mientras Bruno recorre el poco espacio que nos separa a grandes zancadas, mis ojos se fijan en la empleada que nos deja solos.

Me ofrece un vaso de refresco, que acepto y termino con tres o cuatro sorbos. Después de haber bailado durante tanto tiempo entre el mar de gente que hay abajo, ya siento la piel como si me ardiera.

Ahora, con la mirada de Bruno diciéndome que lo que me ha hecho esperar desde que pasó a buscarme está a punto de suceder, el calor ya no es solo una sensación, parece que está a punto de consumirme.

Me giro, sintiendo cómo la energía que siempre nos rodea se expande hasta parecer que va a devorarnos. Cierro los ojos, exhalo largamente y, cuando los vuelvo a abrir, mi vista se pierde en el movimiento del piso inferior.

La música late a través de cada cuerpo en movimiento, entre las luces de colores y el aroma que, aunque ahora está distante, todavía puedo percibir: una mezcla de sudor, alcohol y distintos perfumes.

La punta de la nariz y los labios de Bruno recorren mi cuello, y lo inclino para darle más acceso. Me atrae contra su pecho y me sorprende sentir su piel desnuda contra la mía, sin ninguna barrera entre nosotros.

Bruno se ha quitado la camisa, y me quedo sin aliento cuando me doy cuenta de lo que eso significa. Mis ojos vuelven a bajar y, esta vez, miro a la gente de abajo de una forma completamente distinta. Ya no son solo cuerpos bailando. Son espectadores.

Mi vulva late solo con la idea de ser observada por todos ellos. Más que eso, de tener cada par de ojos viéndome mientras me tocan. Mientras Bruno me devora sin detenerse, con fuerza, exactamente como le gusta hacerlo. Como me encanta que lo haga.

—¿En qué estás pensando?

Su voz es ese susurro ronco que me vuelve loca y que tanto extrañaba. No respondo. Jadeo cuando sus manos también se suman a la tarea de acariciarme y empiezan a subir por mis piernas con una lentitud tortuosa.

Muerde mi oreja, chupa detrás de ella, hunde la nariz en la curva entre mi hombro y mi cuello, aspira mi aroma y lame mi sudor.

—Estás deliciosa… —murmura—. Toda sudada… Tal vez podamos hacer algo al respecto.

Sus manos suben hasta alcanzar el lazo que mantiene mi vestido cruzado en su lugar. Mi corazón se acelera con la expectativa, y cuando levanto la cabeza, encuentro la mirada de Bruno en el reflejo del vidrio frente a nosotros.

Sin apartar los ojos de mí y con la boca aún pegada a mi piel, sus dedos tiran de la delgada cinta en mi cintura, deshaciendo el nudo. La suelta, y la tela se abre en dos partes que cuelgan a los lados de mi cuerpo, dejando a la vista mis tetas, mi abdomen y mis piernas desnudas.

Unas llamas azuladas recorren mi piel el tiempo suficiente para incendiarla antes de que vuelva a hundirme en su mirada ardiente.

—No necesitamos esto.

Tira del vestido abierto por mis hombros. La tela cae en una pila a nuestros pies y él vuelve a pegar su pecho a mi espalda. El calor me hace cerrar los ojos, pero me reprende.

—Ojos abiertos, Milena. Quiero que lo veas todo.

Obedezco, luchando contra el instinto, porque, aunque estoy lista para dejarme llevar por las sensaciones sin ninguna distracción, también quiero verlo todo.

Sus manos se deslizan por mis muslos de abajo hacia arriba, rozando la tela de mi tanga, pasando por mis caderas, extendiendo los dedos sobre mi vientre hasta alcanzar mis tetas.

El roce de sus palmas sobre mis pezones es rudo y me hace gemir y jadear.

—Mira hacia abajo —me ordena y miro—. Dime lo que ves. —Estoy temblando. Todo mi cuerpo tiembla, expectante.

—Gente, bebidas, luces.

—¿Y quieres algo de esta gente, Milena?

—Quiero hacerlo.

—¿Cómo?

—Quiero que te vean metérmela. —En mi reflejo, veo la satisfacción casi palpable que mis palabras provocan en su rostro y me da la vuelta con un rápido movimiento, apretándome contra el cristal.

—¡Jodidamente perfecto! —gruñe, antes de besarme la boca.

Mis tetas rozan su pecho y muevo las caderas, deseando más contacto. Como siempre, las cosas con Bruno se niegan a salir bien.

Somos lenguas, manos, dientes y saliva por todas partes, sin parar, dándonos un festín, hasta que Bruno gira nuestros cuerpos, dejándonos de espaldas al cristal, y me pasa las manos por el pelo.

—Vamos a dejar que me vean penetrarte esa vagina ardiente, Mile. Pero antes, van a ver cómo me la chupas. —Mi cuerpo se arquea ante el impacto de sus palabras. Parecen azotarme el clítoris y apretarme los pezones. Palpito, desesperada—. De rodillas, preciosa. —Me relamo los labios, pero no puedo disimular mi prisa por obedecer. He perdido la cuenta de cuántas veces Bruno ha metido su lengua entre mis piernas, pero esta es la primera vez que voy a saborearlo a él.

Él se desabrocha el cinturón, yo le abro el botón, le bajo la cremallera del pantalón y sus manos se extienden por mi nuca.

Lentamente, toco su erección por encima del calzoncillo, sintiendo el grosor que me alucina, las venas cuyas formas parecen grabadas en mi mente, deseosa de grabarlas también en mi lengua.

Bajo el boxer negro. Su miembro sobresale duro, hacia arriba, con la punta brillante, y acerco mi cara. Huelo su verga y cierro los ojos al sentirme abrumada por el almizcle de su piel. La mezcla de sudor y excitación parece hacerlo todo aún más erótico.

—¡Por Dios, Milena! ¡Me cago en la puta madre! —grita, haciéndome levantar los ojos hacia los suyos. Su mano se desliza hacia abajo hasta que su pulgar roza mi labio inferior—. Me vas a volver loco así, Milena. Vas a hacer que me acabe solo con la cara que pones cuando me hueles.

Me relamo los labios como siempre, me encanta saber que puedo afectarle tan fácilmente como él a mí.

—Entonces, será mejor que lo pruebe enseguida.

Sin esperar respuesta, chupo el glande, sintiendo cómo mi lengua se inunda del amargo sabor de su fluído. Chupo suavemente antes de usar la lengua para acariciar la abertura de su parte inferior.

—¡Mierda!

El insulto sale en un grito que me hace sentir la mujer más poderosa del mundo y me deslizo hacia delante, tragándome la verga de Bruno hasta donde me permite la garganta, antes de tirar hacia atrás, las mejillas hundidas, y hacerlo todo de nuevo.

Su miembro es grueso y cada vez que me lo meto en la boca, rodeo toda su longitud con la lengua, sintiendo las venas que laten bajo él. Chupo y lamo sin dejar de sujetarle los muslos con las manos.

—Mis huevos, nena. Lámeme los huevos —susurra, jadeando, antes de gemir. Bajo los labios y rozo sus huevos con la nariz, inhalo más su delicioso olor y lo beso primero con los labios y luego con la lengua.

Hago un verdadero lío con mi saliva, subiendo y bajando. Los gruñidos de Bruno se convierten en una constante y cuando su agarre a mi pelo se hace aún más fuerte, dejo mi lengua dura y la recorro hasta el glande.

—¡Basta, maldita sea! —Sus brazos me levantan y su boca choca contra la mía inmediatamente.

El beso sabe a su verga mezclada con nuestra saliva y soy yo la que gime. Bruno me arranca la tanga sin miramientos.

—Te la voy a meter aquí, luego vamos a volver abajo y vas a bailar, vas a menear el culo con tu vulva completamente desnuda para que lo vea todo el mundo. ¿Te gusta, Milena? —Solo puedo responder con un gemido cuando siento que uno de sus dedos me frota la vulva antes de penetrarme con fuerza—. ¿Te gusta? —repite, añadiendo un segundo dedo a la tarea de volverme loca—. ¿Te gusta la idea de que todos los hombres de ahí abajo me huelan en ti? —Dentro de mí, sus dedos se mueven en gancho, llegando a un punto que me alucina—. ¿Hueles tu excitación corriendo por tus piernas, Milena? ¿Te gusta?

Bruno empuja dentro de mí sin parar, haciéndome echar la cabeza hacia atrás, sintiendo como el placer recorre mi cuerpo, buscando salidas y cada uno de mis poros sigue sin ser suficiente.

—Me gusta… —gimo, cuando sus dedos incansables me hacen acabar, temblando y sudando, mi cuerpo apretado contra el suyo, su verga dura apretada entre nosotros.

—Estupendo. Así que va a ser así —dice y me muerde el labio antes de darme la vuelta y apoyar las manos en el cristal—. Ahora abre bien las piernas y empújate hacia mí. —Jadeante y aletargada, me esfuerzo por obedecer mientras oigo cómo se quita el resto de la ropa y se pone el preservativo. Sus muslos desnudos rozan los míos mientras me penetra y me encanta cada punto de contacto entre nosotros mientras curva su cuerpo sobre el mío—. Y no te olvides de mirar hacia abajo, nena.

Son sus últimas palabras antes de zambullirse de golpe en mi vagina, desgarrando mi carne con la suya y provocando un grito que no sé si la insonorización de la cabina fue capaz de contener.

Sus caderas chocan contra las mías en un vaivén rítmico y perfecto. Mis ojos nunca se cierran y, en mi imaginación, todos los ojos de ahí abajo están ahora girados hacia arriba, mirando cómo Bruno me penetra con fuerza.

A todos los hombres se les para la verga y las mujeres se mojan, todos afectados por el sexo que solo mi cuerpo es capaz de sentir. Todos quieren tenerme o ser yo.

Mi segundo orgasmo me sacude y pierdo fuerza en las piernas. El brazo de Bruno me rodea la cintura, manteniéndome erguida, y sus embestidas no cesan. El olor a sexo se ha apoderado de la habitación, al igual que los sonidos y el sudor.

Con cada embestida, mis gemidos son menos espaciados, más deliciosos. Mi canal gotea, palpita, se tensa y pide más.

Bruno empuja profundamente y se detiene, enterrado profundamente dentro de mí, haciendo que un grito apagado muera en mi garganta mientras él se revuelve, ensanchando mis paredes, provocando mis terminaciones nerviosas hasta el límite, hasta el punto en que las lágrimas se acumulan en las comisuras de mis ojos.

—¡Vamos, nena! Quiero que esa vagina acabe en mi verga otra vez, vamos.

Su petición suena literalmente como una orden a mi cuerpo sobrecargado y exploto por tercera vez.

—¡Bruno!

Gimo, suplico, ruego, aunque el resto de las palabras nunca salgan de mi boca. Me planta la lengua justo en medio de la columna y lame hacia arriba hasta que su cara se encaja en mi cuello.

—¿Te gusta, nena? —Hace rodar sus caderas con movimientos lentos, provocando que mi éxtasis llegue a un punto que soy incapaz de alcanzar.

—Muy... Muy excitante —confirmando mis palabras, un largo gemido me araña la garganta mientras se da la vuelta.

—Mira hacia abajo, Mile. —Abro los ojos, cerrados desde el último orgasmo, y miro hacia abajo—. Todos los hombres de ahí abajo querían estar exactamente donde estoy yo ahora —susurra, dejando que su aliento caliente acaricie la piel sensible detrás de mi oreja. Imagino a los hombres más cerca. En lugar de ahí abajo, aquí, a nuestro alrededor, viéndome completamente rendida y con la respiración descontrolada hasta el punto de fallar—. Enterrado profundamente en tu vagina, aferrado a tu cuerpo sudoroso, empapado de fluidos y exhausto. Marcado con tu flujo y marcándote con mi semen, nena.

—Bruno... —susurro en voz baja, perdida en las imágenes que sus palabras han proyectado en mi mente como una película de Hollywood.

Me deja otro beso en la oreja y mi visión, salpicada de pequeñas sombras negras, se aclara un poco. El sudor baila sobre mi piel, las gotas se mueven junto con las caderas de Bruno y mis palmas sudorosas resbalan constantemente sobre el cristal.

—¿La quieres, Mile? ¿Quieres otra verga enterrada en tu vagina? —me pregunta, empujándome y sacudiéndome en mi sitio—. ¿Quieres otras manos en tu cuerpo, otra voz en tu oído? —Ahora empuja rápido y con fuerza, cada vez más alto.

—No —grito, cuando es todo lo que puedo hacer—. ¡Te quiero a ti! ¡Solo a ti!

Esta vez, el orgasmo no solo me abruma a mí, sino también a Bruno, en una sinfonía de sonidos descoordinados.

Las caderas golpeando, mi grito resonando, su gruñido arañando y las palmas de mis manos deslizándose por el cristal.

Sus labios se despegan de mi espalda sudorosa mientras intentamos redescubrir cómo respirar; y mi mente, nublada por el placer, por las palabras, por absolutamente todo, solo puede retener un pensamiento con claridad.

La paciencia ha merecido la pena.

47.

BRUNO MAGALLANES

Limpio mis cabellos con la toalla, pero al salir del vestidor y entrar en mi propio cuarto, aún sin vestirme después de la ducha, interrumpo mis pasos solo para observarla.

Milena está recostada en mi cama, ocupando el mínimo espacio. No se mueve mucho ni se extiende mientras duerme. En la mayoría de las noches, me he dado cuenta de que despierta en la misma posición en que se duerme, y generalmente es en mis brazos, lo que hace que me sea difícil levantarme a la hora habitual para entrenar.

Casi siempre que pasa la noche conmigo, los primeros diez minutos después de sonar el despertador los paso tratando de convencerme a mí mismo de levantarme para ir al gimnasio.

Algo que siempre hice de manera tan natural, de repente se pone en duda, porque me obliga a dejar de lado algo que se ha vuelto extremadamente natural, su compañía.

Su cuerpo desnudo pegado al mío, su aroma, la sensación que me invade cada vez que la tengo completamente entregada.

Nunca tuve problemas para dormir con una mujer. Siempre pensé que solo era eso, dormir. Una necesidad fisiológica.

Nunca vi mérito en darle importancia a algo tan banal. Pero al ver a Milena acostada en mi cama, deseando que nunca se fuera, ¡carajo! Eso sí tiene importancia. Tiene una importancia de la puta madre.

Y, contra todas mis expectativas, me encuentro haciendo algo que hace años decidí no hacer más: pensar en João Pedro Govêa. Hace mucho que no le doy ni un segundo de atención, excepto en situaciones específicas o cuando me veo obligado a interactuar con él.

Sin embargo, últimamente, cada vez que intento entender por qué no me siento ni siquiera mínimamente asustado por las sensaciones que Milena provoca en mí, mi mente viaja hacia la noche, meses atrás, en la que João Pedro y yo, por primera vez en mi vida, llegamos a las manos.

Y todo por una mujer. La mujer de él. ¿Haría lo mismo si Milena estuviera en la situación en la que puse a Eliza?

Cada segundo, de cada hora, de cada día, de cada semana, de cada mes, de cada año, sé que sería capaz de matar al hijo de puta que se atreviera a hacerle daño de alguna manera. ¿Cómo llegué a esto?

No soy un hombre que espera. Nunca lo fui. Sin embargo, aquí estoy, incapaz de tomar una decisión práctica. Si hace dos meses me hubieran preguntado qué hacer en esta situación, mi respuesta hubiera sido obvia: correr.

Mis objetivos siempre fueron muy claros y una mujer, la misma mujer, durmiendo en mi cama todas las noches, nunca formó parte de ellos.

Pero ahora que ella está allí, ¿cómo podría simplemente renunciar a eso? ¡Carajo, no puedo!

Desvío la mirada de la mujer acostada en mi cama hacia los papeles esparcidos sobre el escritorio, redactados e impresos hoy, antes de que siquiera fuera al gimnasio. Por un momento, sigo alternando la vista entre los dos puntos.

No debería haber dudas sobre lo que hacer. La quiero, el contenido de esos papeles es la solución para mantenerla.

Entonces, ¿por qué carajo esa sensación de que no debo hacerlo pelea tan fuerte contra la certeza de que debo hacer algo? ¡Mierda!

Paso las manos por mi cabello mojado y, con unos pasos, alcanzo los papeles. Paso la vista sobre las palabras que escribí, seguro de que sonarían correctas si se tratara de cualquier otra persona, pero que tratándose de ella...

Miro otra vez el cuerpo pequeño, encogido entre mis sábanas, y decido guardarlos hasta estar seguro de qué hacer.

***

—¡Miren esto! ¡La bella durmiente despertó! —digo, al ver a Milena bajar las escaleras cuando ya pasan de las diez de la mañana. La noche anterior la dejó agotada.

Sentado en la mesa de la cocina, observo su cuerpo, tan atractivo, vestido con un jeans y una camiseta, acercándose hasta que está lo suficientemente cerca para que la jale y la haga sentarse en mi regazo.

—¡Buenos días!

—Buenos días. ¿Cómo te sientes? —pregunto, tentado a no esperar una respuesta y simplemente besar sus labios. Milena pone los ojos en blanco, atrevida.

—¿Quieres decir cómo se siente mi vagina, cierto?

Levanto las cejas, conteniendo las ganas de reírme de la grosera respuesta.

—Pensé que ella formaba parte de tu cuerpo...

—¡Gracias a Dios por eso! Sería muy injusto que ella se divirtiera sola.

—Estoy creando un monstruo —susurro en su oído antes de reírme, y ella frunce los labios, fingiendo desagrado.

—¿Tenemos planes para esta semana? —Ignora mi comentario, cambiando de tema, y la respuesta que le doy no requiere ningún esfuerzo para ser encontrada.

—Tú en mi cama todas las noches.

La sonrisa en sus labios me dice que le gusta la idea tanto como a mí, pero claro, no se va a doblegar tan fácilmente.

—Tengo una vida, ¿sabes? ¿Una familia? No puedo simplemente convertirme en tu esclava sexual. —contesta, y entrecierro los ojos.

—¿Esto es una negociación?

—Tal vez sea una negociación.

—Está bien, ¿cómo te convierto en mi esclava?

La pregunta hace que mi verga se mueva dentro de los shorts. ¡Mierda! Este no es mi tipo de fetiche, pero tengo que admitir que la imagen mental que crean las palabras, de Milena de rodillas, desnuda, esperando mis órdenes, realmente tiene su atractivo.

—¡Quiero aprender a surfear! Quiero que me enseñes —dice, como si fuera una tontería, y si cree que este es el tipo de cosa a la que le diría que no, está muy equivocada.

Otra imagen mental me asalta, la de Milena, de pie sobre una tabla, deslizándose por una ola, ¡y está más sexy que la anterior, por mucho!

—¡Hecho!

—¿Qué? ¡No!

—¿Cómo que no? Pensé que yo decidía.

Me río de su aparente nerviosismo.

—¡Estaba bromeando! Eres un atleta, Bruno, enseñarme debería causarte repulsión.

—No pensaste bien en eso, cariño, porque si hay algo que no me causa repulsión es verte vestida en licra y acostada con el culo levantado para mí. Lo siento, ¡demasiado tarde!

Ella abre la boca, pero la cierra.

—¿Puedo rendirme?

—¡Puedes! Pero te voy a atormentar por tu cobardía para siempre —declaro, y sus ojos se clavan en los míos en silencio durante unos segundos. Sé exactamente por qué.

Ahí están esas dos palabras de nuevo: para siempre. No es la primera vez que las digo, ni es la primera vez que Milena reacciona

así, como si me preguntara, en silencio, si las estoy diciendo a la ligera.

—Una noche.

Rompe el silencio, el contacto visual y mi línea de pensamiento.

—¿Qué?

—Vas a tener una noche. Y quiero una palabra de seguridad.

—¿Una palabra de seguridad? —pregunto, sonriendo.

—¡Eso!

—¿Y cuál sería?

Ella mira alrededor y, al ver la taza sobre la mesa, decide.

—¡Moca!

Me río, porque esa sería una excelente palabra de seguridad si realmente necesitáramos una.

—¿Dónde aprendiste que necesitabas una palabra de seguridad? —pregunto entre risas.

—Tal vez fui una adolescente curiosa después de leer *Cincuenta sombras de Grey*.

—¡Claro que leíste *Cincuenta sombras de Grey*!

Me río con otra imagen mental inesperada. Si Milena supiera lo diferentes que son las cosas de lo que ese libro cuenta… Tal vez algún día la deje descubrirlo.

—Entonces, ¿cuándo voy a pagar mi deuda? —pregunta, con los ojos entrecerrados, y la sonrisa que se apodera de mi boca es inmensa.

—Te lo haré saber.

—¿Qué vas a hacer? —La desconfianza es clara en sus ojos, al igual que la expectación.

—Vas a tener que esperar para descubrirlo, pero valdrá la pena —repito las palabras que dije la noche pasada, y ella muerde el labio, dejando que su mente se deslice hacia allá—. ¿Pasas el día conmigo? —pido, de repente, sin querer que este momento termine.

—¿No tienes que trabajar?

Es una pregunta bastante justa, lo sé, tengo que trabajar. Pero si lo analizo fríamente, decidí no ir a la oficina esta mañana porque quería estar aquí cuando Milena despertara, y no quería interrumpir su sueño por tener que salir. Así que también es una pregunta con una respuesta bastante compleja.

—Sí, pero no quiero.

Sus cejas se levantan antes de fruncirse, como si esa respuesta significara algo más que solo cuatro palabras dichas en secuencia.

—Está bien, me quedo.

48.
MILENA GARCÍA

Me esfuerzo por no llorar, pero es imposible no sentir cómo me arden los ojos. En el auditorio escolar, que es del tamaño de un campo de fútbol, las sillas fueron reemplazadas por carpas, como las de un mercado, pero mucho más sofisticadas, y montaron un escenario en el centro.

El lugar, aunque es grande, es un caos de movimiento, lleno de estudiantes, familiares, profesores y empleados de la escuela.

En el escenario, está sucediendo una presentación de danza y, en una escena que no pensé que vería, Gabriel está allí, bailando una coreografía en grupo, vestido con un uniforme de jugador de baloncesto y luciendo increíblemente feliz con ello.

La gincana escolar es un proyecto anual de su escuela y, desde que llegó a los cursos que realmente participan en ella, hace dos años, nunca pude asistir, ya que tenía que trabajar.

Durante ese tiempo, con su actitud rebelde, mi hermano nunca hizo más que lo estrictamente necesario para obtener la nota mínima del bimestre, lo cual no incluía la gincana, solo la feria de ciencias que se realiza el mismo día.

Este año, sin embargo, algo cambió. Desde que me convocaron para ir a la escuela poco más de un mes atrás, me siento cada vez más convencida de que lo que sea que le haya dicho en esa ocasión, produjo más que remordimiento, produjo arrepentimiento y un cambio genuino en su actitud. Sigue siendo un adolescente, pero parece que ya pasó su peor etapa.

Dejo escapar un suspiro al pensar que esa fue solo una de las buenas cosas que sucedieron todas a la vez en los últimos meses. Por más que me sienta agradecida por cada una de ellas, esa sensación de que nada tan bueno dura mucho tiempo es imposible de ignorar.

A mi lado, mi mamá vibra, grita y silba para Gabriel y su grupo. El tema de la gincana es las diferencias sociales y la presentación del grupo en el escenario mezcla escenas con danza, todo a lo largo de un mix de canciones que dura doce minutos.

Deben hacer dos presentaciones diferentes: una al estilo porristas y otra en grupo, la que está ocurriendo ahora, y ambas deben, de alguna manera, proponer reflexiones sobre el tema que se debate en el evento.

Es por este tipo de cosas, por saber que esta es la educación que mi hermano está recibiendo, que cada maldito minuto de pie, cargando una bandeja, valía la pena.

Pensar en esto me hace perder la batalla contra las ganas de llorar y una lágrima silenciosa recorre mi mejilla. Mi mamá se gira en el momento exacto y yo sonrió, encogiéndome de hombros. Sus ojos, que ya estaban rojos, no tardan en llenarse de lágrimas.

—¡Lo lograste! ¡Tú! —declara, y aunque el ruido a nuestro alrededor hace que escuchar su voz sea casi imposible, puedo leer sus labios y niego con la cabeza.

—No, mamá. Tú lo lograste.

—Lo logramos —dice, cerrando la discusión y arrancándome una sonrisa empañada. Le doy un beso en la sien, sabiendo que insistir en su mérito sería una pérdida de tiempo.

Se niega a aceptar que lo que sea que haya podido hacer, fue porque ella me crió así.

La presentación de danza continúa y realmente es encantador ver cómo los chicos y chicas se expresan, cómo se mueven. Es evidente todo el trabajo que pusieron para lograr ese resultado.

—Parece que bailar es cosa de familia —susurra una voz conocida en mi oído y me giro con los ojos bien abiertos para encontrar a Bruno, en carne y hueso, con un traje caro y una sonrisa indecentemente atractiva, parado detrás de mí.

El primer movimiento que hace cuando nuestros ojos se encuentran es levantar la mano y secar la lágrima que quedaba en mi rostro.

Silenciosamente, me pregunta si todo está bien, y de la misma manera, le respondo que sí, antes de usar las palabras para tratar de entender qué está pasando.

—¿Qué haces aquí?

—Me invitaron —responde con arrogancia, y miro a mi mamá que ni siquiera intenta fingir inocencia.

—¡Hola, Bruno! ¡Qué bueno que pudiste venir! ¡Gabriel está muy emocionado por mostrarte el trabajo!

—¿Trabajo? ¿Por qué está emocionado por mostrarle el trabajo a Bruno? —pregunto, pero ninguno de los dos se molesta en interrumpir su conversación para responderme.

—¡Y yo estoy emocionado por verlo! Espero perder la apuesta.

—¿Apuesta? ¿Qué apuesta? —inquiero, solo para ser ignorada una vez más.

—No habla de otra cosa —dice mi mamá, y eso me hace bufar, porque definitivamente él sí habla de otras cosas, o yo sabría de qué maldita apuesta están hablando.

—Está muy emocionado con la pasantía.

Toso, desistiendo de hacer preguntas que serán ignoradas, y Bruno me mira de reojo antes de volver a dirigirse a mi mamá.

—¿Crees que deberíamos dejar de ignorarla?

—Creo que sí. Mira cómo está roja. ¡Parece a punto de explotar!

Bruno gira la cara hacia mí como si quisiera analizarme y entrecierro los ojos hacia él.

—Tienes razón. ¡Parece que sí! —Abro la boca, lista para mandarlo a un lugar muy feo, a pesar de la presencia de mi mamá, pero trago mi grosería cuando él empieza a explicar—. El día que fui a tu casa,

Gabriel me dijo que estaba haciendo un trabajo sobre criptomonedas. Le dejé mi número y desde entonces hemos mantenido contacto. Lo ayudé con algo de información y material, y apostamos que si sacaba diez, le conseguiría una pasantía en Magallanes Capital.

Parpadeo, atónita por la cantidad de información que me acaba de soltar. ¡Eso fue hace semanas! ¿Bruno ha estado en contacto con mi familia todo este tiempo?

—¿Y nadie pensó en decírmelo?

—No era asunto tuyo —responde, con una sonrisa, y yo abro la boca, indignada.

—Gabriel me pidió que no te lo dijera. No quería que pensaras que se estaba aprovechando de tu novio. —Mi mamá realmente da una explicación.

—¿Y por qué pensaría yo algo así? Si necesitaba ayuda... —Me interrumpo, porque realmente no sé qué hubiera hecho.

Dios, lo último que esperaba era que Bruno tuviera cualquier tipo de relación con mi familia. No necesitaba que mi ilusión ocupase más espacio en mi vida.

Desvío la mirada cuando encuentro la respuesta en ese pensamiento que no buscaba. Sí, probablemente hubiera tenido un problema con un acuerdo entre Bruno y Gabriel.

—Aun así, ¡deberías haberme contado!

Me giro hacia el hombre que parece completamente fuera de lugar en una feria de ciencias, y él se encoge de hombros.

—Te lo estoy contando ahora.

Bruno besa mi sien y huele mi cabello, cerrando la discusión. Mi mamá sonríe, aprobando. Claro que lo aprueba. Esto es exactamente lo que ella hace. Revuelvo los ojos y gruño. ¡Qué irritantes!

—¿Y cómo me encontraste? Este lugar está a reventar.

Cambio de tema, resignada. Pero la sonrisa que aparece antes de la respuesta anuncia, a todo pulmón, el poder de destrucción que tendrá.

—Siempre te encontraré.

***

—¡Al joven aprendiz de Magallanes Capital! —Bruno levanta su copa y todos nos unimos, juntando nuestros vasos de refresco con su copa de vino.

Mi hermano sacó diez. Claro que lo hizo. Gabriel es inteligente y cuando se esfuerza, no hay nada en el mundo que no pueda conseguir, para bien o para mal, eso es lo que más me preocupaba durante sus meses de rebeldía.

Para celebrarlo, Bruno insistió en que todos viniéramos a almorzar juntos, y cuando le preguntó a Gabriel a dónde quería ir, la respuesta de mi hermano me hizo levantar una ceja en Bruno, cuyo mensaje, aunque silencioso, sonó alto y claro: "¡tu obsesión está haciendo discípulos!", dijo, y me eché a reír.

Ahora, sentados en Caparellos, mientras esperamos nuestros platos y hablamos de todo tipo de cosas, el sentimiento en mi pecho es completamente desconocido.

La compañía de Bruno siempre ha despertado cosas nuevas en mí, pero tenerlo aquí, sentado junto a las dos personas que más amo en el mundo, actuando como si esto fuera una escena cotidiana, provoca un frenesí en mi pecho que tengo miedo de descubrir cómo se llama.

49.

BRUNO MAGALLANES

Recostado en la silla de mi oficina, observo a través de las paredes de vidrio cómo Milena cruza los pasillos de la Magallanes Capital, siendo guiada por mi secretaria hasta mí. Tenerla ocupando otro espacio más de mi vida parece encajar como una pieza más en un rompecabezas que ni siquiera sabía que estaba siendo armado.

Como ya es costumbre, vamos a almorzar juntos. Sin embargo, no necesitaba venir aquí. Podría haberla ido a recoger al curso de inglés donde comenzó a tomar clases la semana pasada, pero la quiero aquí, aunque hasta este momento no entienda por qué.

Me rasco la nuca, sintiendo la ansiedad corroerme el estómago, como ha estado haciéndolo toda la mañana, y me digo a mí mismo que esto no tiene nada que ver con el pequeño sobre en la mesa, pero sé que estoy mintiendo. Estoy nervioso como un adolescente a punto de invitar a la chica que le gusta al baile.

Su cabello oscuro está recogido en una coleta, dejando su rostro de mandíbula puntiaguda completamente libre para ser admirado. Esa fascinación agradable está allí, junto con su curiosidad tan característica.

Pero es la sonrisa que abre cuando me ve que realmente me deja perdido, aunque no de una manera que alguna vez pensé que sería posible sentirme. Siempre creí que no saber dónde estaba o qué estaba haciendo sería algo negativo, pero cuanto más desconocido es el terreno en el que piso con Milena, más intensas se vuelven las cosas y más descubrimientos quiero hacer junto a ella.

—Hola —dice, mordiendo su labio, apenas pasa por la puerta abierta por Raquel. Mi secretaria me saluda con la mano antes de dejarnos a solas.

Me levanto, doy la vuelta a mi escritorio y con solo unos pasos elimino la distancia entre nosotros. El movimiento de mi cuerpo

buscando el suyo es automático.

Ni siquiera pienso antes de que mis brazos rodeen su cintura, de que mis labios rocen los suyos, de que mi lengua se adentre en su boca.

—Hola —murmuro, luego de calmar un poco la necesidad de su sabor, ya que acabar con ella, por más que lo intente, parece imposible.

—Hola —repite, frotando su nariz en mi piel con una caricia que me encanta.

—¿Qué opinas del futuro lugar de trabajo de tu hermano?

—Se va a volver loco con tantos computadoras a su disposición —comenta y sonrío.

Gabriel es un nerd, eso quedó claro desde la primera conversación que tuve con él. Al principio, estaba claramente desconfiado de mis motivos para estar allí, interrogándome sobre qué exactamente había pasado en su encuentro con el fotógrafo que lo había abordado.

Sin embargo, después de unos minutos de charla, se relajó y, cuando ya tenía todas las respuestas que podía obtener, me preguntó finalmente lo que quería saber.

¿Eres novio de mi hermana? Tuve que contener una sonrisa al escuchar su pregunta, y luego soltar una risa cuando, tras mi respuesta afirmativa, me preguntó si no era demasiado viejo para ella.

Eso me llevó a decir que no era viejo, pero que el traje realmente no ayudaba a esa perspectiva, aunque fuera necesario para el trabajo. Y el trabajo fue la puerta de entrada a su simpatía.

En cuanto tocamos el tema de las criptomonedas, descubrí que Gabriel era un entusiasta y, a partir de allí, supe muchas otras cosas sobre él.

Y allí estaba yo, disfrutando de una vez más, de una primera vez mediada por Milena. La primera vez que realmente me interesé en hablar con un adolescente y, aunque me gustó y me agrada toda la relación que se desarrolló después, la verdad es que nunca habría comenzado esa conversación si no hubiera sido por ella.

No habría tenido ningún interés en el maldito reportero, que, por cierto, a pesar de la poca información proporcionada por Gabriel, pude encontrar y darle una lección sobre no acercarse a quienes no deben. El idiota ahora trabaja en una imprenta y, hasta que yo decida lo contrario, es lo más cerca que estará del mercado editorial.

Si no fuera para hacer que Milena se sintiera bien y cómoda con mi presencia en su casa, nunca habría extendido mi conversación con su hermano más allá de lo necesario.

Jamás habría descubierto que es un chico con mucho potencial, jamás podría o desearía saber que tenía el poder de hacer alguna diferencia en su vida profesional, y eso, por sí solo, sería imperdonable.

Lo que se suma a mi pila de deudas impagables con Milena. Lo que es, como mínimo, irónico, ya que todo esto comenzó con ella siendo la deudora. La vida es una perra caprichosa.

—Quiero negociar —digo, y ella inclina la cabeza, pensativa.

—¿Otra vez? —Sonrío al pensar en lo que tengo en mente para la negociación que hicimos hace unos días.

—Sí, otra.

—Estoy escuchando.

—Tengo un regalo.

—Si quieres algo a cambio, entonces no es un regalo. ¡Es un trueque!

—¿Trueque? —Río con la palabra que usa. Milena mantiene las cejas levantadas, con actitud desafiante, y no puedo evitarlo, beso su boca deliciosa nuevamente—. Lo que quiero, vale mucho menos

que el regalo, así que no puede considerarse un trueque. Y te voy a dar lo que tengo de todos modos.

Sus ojos se estrechan, desconfiados.

—¿Qué quieres?

—¡Almorzar en un restaurante que no sea el Capparellos, por el amor de Dios!

Hago mi pedido y ahora es ella quien se ríe a carcajadas.

—Cualquiera que la oiga hablar piensa que nunca voy a ningún otro sitio. —La diversión en mi rostro desaparece y se reemplaza por desafío, con la pregunta claramente estampada en mi cara: "¡¿en serio?!" porque ella nunca va—. ¡Sí voy a otros restaurantes! —protesta, y yo sigo con la misma expresión.

—¿Cuándo?

Su boca se abre y pasa al menos cinco segundos así, antes de cerrarse sin que haya dado una respuesta.

—¡Voy! —responde al final y hace un puchero que me desafía a contradecirla otra vez.

Riendo como un idiota, acaricio su mejilla antes de rozar mi nariz en su piel y asentir, aunque no sea cierto.

—Está bien, te creo...

La satisfacción en su rostro no esconde que sabe que estoy mintiendo, pero de todos modos está feliz.

—Hoy, por ejemplo —afirma y es imposible no reír fuerte—. Ahora, dame mi regalo.

Milena levanta las palmas de sus manos entre nosotros. Sus ojos brillan llenos de expectativas mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

Extiendo la mano hasta mi mesa y arrastro un pequeño sobre blanco por la superficie hasta entregárselo. Milena frunce el ceño.

—¿Papel? ¿Mi regalo es de papel? —piensa en voz alta. Revuelvo los ojos y doy un paso atrás, cruzando los brazos.

—Ábrelo, Milena. —Ella se encoge de hombros y levanta la solapa. Mira dentro del sobre, pero no encuentra nada interesante, entonces saca los dos pequeños boletos de ahí.

Ver la transformación en su rostro es mucho mejor de lo que imaginaba. Pasa de la confusión a la euforia en cuestión de segundos.

Su frente fruncida se alisa antes de que sus ojos parpadeen varias veces hasta quedar completamente abiertos, y su boca se abre. Milena acerca los dos papeles pequeños a sus ojos, como si necesitara ver mejor, luego los levanta, con los ojos llenos de lágrimas, hacia mí y los baja de nuevo al papel.

—Yo… yo… —comienza, mirándome otra vez, pero se queda sin palabras y baja los ojos hacia sus manos, hacia los objetos que tiene en ellas. Su garganta traga con dificultad y Milena sopla una exhalación. No puedo dejar de sonreír—. ¿Son de verdad? —La pregunta sale en un susurro y sus manos aprietan los boletos con tanta fuerza que me preocupa que los rompa sin querer.

No es que me importe, compraría todos los boletos del concierto, compraría al puto Harry Styles si eso hiciera que esa felicidad estampada en su rostro fuera permanente.

De repente, Milena es solo la chica frágil, siempre tan dispuesta, siempre tan necesaria para cumplir los deseos de los demás, pero que nunca tuvo a alguien que pudiera cumplir los suyos.

Esta comprensión me golpea en un lugar muy específico, y hace que crezca en mí la constante necesidad de cuidar de Milena cuando está en necesidad, y eso ni siquiera me sorprende.

—¡Esto es imposible! ¡Están agotados desde hace meses! Yo... Yo... —intenta argumentar, pero, otra vez, las palabras le fallan.

—Claro que son reales —digo lentamente, entendiendo que su pregunta no es desconfianza. —Nada es realmente imposible cuando

se está motivado.

Deshago la corta distancia que había dejado entre nosotros cuando le di espacio para abrir el sobre y toco su mejilla. Su piel está caliente bajo mis dedos y quiero poner mi boca ahí, pero me concentro en sus ojos.

—¿Motivado? —Milena parece no haberlo entendido aún.

—Dijiste que te gustaba la banda, se disolvió, pero uno de sus miembros está por hacer un concierto aquí en São Paulo... —Pauso cuando ella parpadea, las lágrimas que no se derramaron acumulándose—. Tu colección tenía que empezar.

Las últimas palabras las susurro. No quiero romper este momento.

Hay algo en la forma en que Milena me mira que no puedo dejar ir, no puedo arriesgarme a cambiarlo. Al contrario, debo cultivarlo. No importa lo que sea necesario.

—Son dos boletos —dice, finalmente, y ahora rozo mis labios contra los suyos.

—Sí —hago una pausa, sin poder evitar una sonrisa pequeña—, necesito descubrir qué es lo que te hace mantener esos pósters en la pared... —susurro, y Milena sonríe débilmente, aún emocionada. Muerde su labio antes de humedecerlo.

—Gracias, Bruno. Yo... —Suspira y baja la cabeza, intentando controlar sus emociones, y creo que lo consigue, porque cuando su rostro se levanta, tiene una sonrisa capaz de competir con la producción de energía de una planta hidroeléctrica entera—. ¡Gracias! —repite, ahora con la voz un poco más fuerte y no puedo evitarlo. Hago una especie de reverencia antes de responderle.

—A tu disposición.

Ella se ríe suavemente, aunque menos emocionada, aún pareciendo incrédula, y sus siguientes palabras confirman mis sospechas.

—¡Voy al concierto de Harry Styles! —exclama en voz alta para sí misma—. ¡Voy al concierto de Harry Styles! —repite, y esta vez su voz suena un poco más aguda—. ¡VOY AL CONCIERTO DE HARRY STYLES! —Ahora, Milena grita y empieza a dar saltitos, finalmente desbordando la euforia que había estado reprimida por la emoción.

Mientras la veo saltar y hacer bailes torpes y extremadamente vergonzosos, me pregunto si esta noche es demasiado pronto para darle otro par de boletos.

50.
MILENA GARCÍA

—¡Voy al show de Harry Styles! —repito una vez más, cruzando la calle, camino de la autoescuela, dos días después de haber recibido los boletos como regalo.

Sigo repitiendo las palabras para hacerlas más creíbles, mientras lucho por alejar la sensación cálida que parece decidida a apoderarse de mi corazón cada vez que pienso en el evento. Es una tarea sumamente ingrata y contradictoria.

Bruno no debería hacer estas cosas, es demasiado para lidiar sin que mi cabeza estalle en mil preguntas. Hace tiempo ya acepté que fue una tontería pensar que su compañía no pasaría de eso.

Ignorar la atracción que siempre sentí era imposible, sobre todo al descubrir que era correspondida, pero con eso me fue fácil conformarme.

Sin embargo, hay una línea que no debería cruzar y cada vez que Bruno actúa como si no le importara mi existencia, es imposible no preguntarme por qué yo debería. Y, en todas esas ocasiones, necesito convencerme con la misma respuesta.

Pasar de un acuerdo a una relación de sexo casual está bien, pero dejar que mi estúpido corazón impulse el deseo, la pasión, es una tontería, pura y simple. Aunque Bruno parezca particularmente empeñado en demostrar lo contrario, ¡eso es todo! ¡Ilusión!

No importa si fue a mi casa, se sentó con mi familia y de alguna manera parecía que ese era su lugar. No importa si ayudó a mi hermano con un proyecto escolar en el que no tenía ninguna responsabilidad. No importa si cada vez que sus labios tocan los míos, alejarme parece un martirio.

No importa si todas las veces que estamos en la cama, en la pared, en el suelo, en la ducha o en cualquier otro lugar, no podemos resistirnos el uno al otro, y eso, más que cualquier otra

cosa, no solo parece correcto, sino que es lo correcto de todas las maneras posibles.

No importa. Tengo que aferrarme a sus palabras, no a lo que creo que sus gestos puedan significar.

Aunque el gesto en cuestión sea el maldito show de Harry Styles. ¡Por el amor de Dios!

La adolescente Milena dentro de mí está en shock. ¿Cuántas veces imaginé a Liam cantando mientras miraba profundamente en mis ojos? ¿O que yo sería una espectadora afortunada en un show de los chicos y me llamarían al escenario mientras cantaban a mi alrededor?

¿Cuántas veces, incluso ya siendo adulta, deseé asistir a una presentación de Harry? ¡Pero eso nunca llegó a ser siquiera una posibilidad remota!

El boleto era demasiado caro, conseguirlo requería demasiado tiempo, todo era demasiado y por mucho tiempo no tuve ni siquiera lo suficiente.

No creo que Bruno tenga idea del significado que su gesto tuvo para mí, del impacto de su mirada, de cómo parecía decirme que entendía que mis lágrimas eran más que solo alegría o gratitud. Eran el deseo de que, si mis fantasías con One Direction de alguna manera se hicieron realidad, otras también pudieran.

Me aferro a esa certeza, a que su constante cuidado, sus miradas y cada vez que mencionó un futuro de manera desinteresada usando las palabras "siempre", "para siempre", o cualquier referencia al tiempo más allá de los tres meses que tenemos, no significaba nada.

Y aunque en todas esas veces tuve ganas de preguntar si estaba hablando en serio o advertirle sobre no hacer promesas que no tenía intención de cumplir, no lo hice.

No quería escuchar un no. Aún nos queda un mes y medio por delante, no puedo arruinarlo ahora. Hay demasiadas cosas en juego y mi corazón es la menos importante de ellas.

Las imágenes son tan claras en mi mente que podrían ser fotos en lugar de simples deseos: mi madre saludable, viviendo nuevas experiencias, volviendo a trabajar, tal vez incluso, enamorándose de nuevo.

Gabriel graduándose de la escuela, luego de la universidad, conquistando todo lo que desee. Quiero todo para ellos y es en eso en lo que debo concentrarme.

Me detengo en el paso de peatones, revisando ambos sentidos de la avenida antes de cruzar hacia la autoescuela al otro lado de la calle, y me sorprendo al darme cuenta de que caminé cinco cuadras sin darme cuenta, mientras viajaba en mis propios pensamientos.

¡Por el amor de Dios, Milena! Sacudo la cabeza de un lado a otro, intentando alejar esos pensamientos.

Sin embargo, la alternativa no es mucho mejor. Solo mirar las enormes ventanas de vidrio bajo el cartel azul y rojo del centro de instrucción de conductores hace que mis hombros se hundan con la perspectiva de lo que me espera: dos horas y veinte minutos de ese maldito instructor hablando sin parar de su vida, y nunca de lo que realmente me interesa.

Excepto que no, porque un segundo después de este pensamiento, escucho un ruido fuerte, luego siento el dolor expandiéndose por cada centímetro de mi cuerpo, abro la boca para gritar, pero antes de que pueda entender qué pasa, el mundo se apaga.

51.
BRUNO MAGALLANES

Las reuniones de consejo siempre son agotadoras, pero también son un mal necesario cuando tienes una cantidad razonable de acciones en diferentes empresas, de distintos tamaños.

El Grupo Editorial Govêa no sería una opción mía. El mercado editorial es volátil en muchos aspectos y, aunque es lucrativo, hay negocios que lo son aún más.

Sin embargo, la amistad de mi padre con Mauricio Govêa me precede, al igual que la sociedad de negocios entre ellos.

Por eso, aunque mi padre se haya alejado de todo esto, cuando se trata de esa empresa en particular, lo que me corresponde es mantener todo exactamente como siempre ha sido, con excepción de la cuenta de inversiones que el grupo maneja a través de Magallanes Capital. Mi tarea allí es hacerla crecer.

—El crecimiento del fondo de pensiones superó lo esperado —reconoce João Pedro, actual CEO de la empresa, hijo de Mauricio Govêa y mi enemigo particular, con su aire arrogante de siempre. Aún no soporto a este tipo, pero últimamente la sensación de que le debo una disculpa, principalmente a su esposa, se ha intensificado —. ¿Perspectivas futuras? —pregunta.

—Un crecimiento del treinta por ciento el próximo trimestre, ciento cincuenta por ciento en los próximos doce meses —respondo, y sus cejas se levantan, sorprendidas. *¡Eres un idiota! Soy muy bueno en mi trabajo.* Eso es lo que mi expresión le dice, aunque mi boca se quede cerrada. Su garganta raspa de desdén antes de que pase al siguiente tema, ya que no puede contradecirme.

—Con permiso, señores.

La esposa de João Pedro, que curiosamente también es su secretaria, interrumpe la reunión, y él levanta la vista hacia ella. Su

cabello oscuro está recogido en un moño que resalta sus ojos, increíblemente azules y claros, casi gritando.

La sensación de que debo disculparme con ambos se convierte en certeza cuando veo la preocupación en la mirada que se cruzan por apenas dos segundos.

¡Maldita sea! Me paso las manos por el cabello, preguntándome cuándo fue que empecé a preocuparme por estas cosas.

—¿Señor Magallanes? —me sorprende la voz de la mujer que no debería querer verme ni en pintura, llamándome. Fui un hijo de puta con ella, lo sé, y su marido lo merecía, ella no—. Tiene una llamada —añade.

Frunzo el ceño. ¿Por qué carajos alguien me llamaría aquí?

—Es urgente —completa.

Me levanto de la mesa y, en cuanto paso por la puerta, ella me sigue.

—¿Dónde puedo atender?

—El teléfono de la sala de al lado está listo para usted.

Su tono y postura son profesionales, y yo solo asiento, pero en cuanto me giro, me doy cuenta de que esto es algo que no puedo esperar más para hacer.

—Eliza —la llamo, y ella se detiene, algunos pasos adelante.

Cuando se da vuelta, su cuerpo está rígido, y pocas cosas me han hecho sentir tan mal como darme cuenta del tamaño de incomodidad que mi presencia le causa.

—¿Sí? ¿Necesita algo?

Inclino la cabeza, impresionado por el hecho de que aún esté aquí, y decido que no la obligaré a pasar por esto más tiempo del necesario.

—Lo siento mucho. Te debo una disculpa. —Sus cejas se fruncen, sorprendida—. Lo que hice no tiene justificación, y no espero que

realmente me perdones, pero quiero que sepas que lo siento. De verdad.

Los ojos azules parpadean varias veces, y ahora le toca a ella inclinar la cabeza, estudiándome.

—¿Algún problema aquí?

La voz de João Pedro llega justo después del sonido de la puerta de la sala de reuniones abriéndose, y bajo la cabeza, sonriendo, no porque me haga gracia, sino porque ahora simplemente lo entiendo.

Levanto la vista poco después, esperando la respuesta de Eliza, porque sé que, independientemente de lo que diga, serán sus palabras las que realmente importen.

—No. Está todo bien —dice, finalmente, pero los ojos del marido siguen fijos en los de ella.

De nuevo, entiendo su búsqueda de alguna señal de que ella está mintiendo, y no tengo la menor duda de que si él la encontrara, no le importaría estar en uno de los pasillos de su propia empresa o haber interrumpido una reunión por esto. João Pedro comenzaría una pelea aquí mismo.

Asiente antes de lanzarme una mirada significativa, y esta vez, no respondo como suelo hacerlo. Acepto el mensaje silencioso que se me da, y el hombre regresa a su reunión.

—Gracias por esto —le digo a Eliza.

—¿Por decir la verdad?

Frunce el ceño.

—Sí.

Ella mueve la cabeza hacia atrás, como si no entendiera por qué me preocuparía por lo contrario, y siento ganas de reír pensando en Milena.

Estoy seguro de que ella, en una situación similar, no solo entendería por qué mentir tendría sentido, sino que, a pesar de su

constante renuencia a hacerlo, en un caso como este, lo consideraría. Finalmente, Eliza mueve la cabeza, dándose por vencida en tratar de entenderme.

—Considérese disculpado —dice, inclinando la cabeza suavemente, y luego me da la espalda. Es más de lo que podría haber deseado.

***

—¿El mercado financiero colapsó en los últimos cuarenta minutos, Raquel? —bromeo con mi secretaria sobre el motivo por el que me sacó de la reunión.

—No, Bruno. Tenías una llamada urgente, no podía esperar.

—¿Qué pasó?

—La señora Daise, madre de Gabriel, el nuevo pasante, llamó —avisa, y frunzo el ceño—. Dijo que intentó llamarlo a su celular, le expliqué que debía estar apagado porque usted estaba en una reunión y...

—¿Está bien? —la interrumpo, empezando a preocuparme.

—Está... —Raquel hace una pausa y ahora realmente me preocupa—. Parece que su hija sufrió un...

—¿Qué? —las palabras salen de mi boca sin pensarlo.

—Estaba yendo al hospital, pero no quería contarle a Gabriel todavía, yo...

—¿Qué hospital, Raquel?

—Mario tercero, en Itaim.

—¿Cuándo hablaste con ella?

—Hace cinco minutos. Estaba muy nerviosa, Bruno. El hospital se puso en contacto y ella estaba sola en casa, dijo que iba a tomar un taxi. No sé exactamente qué pasó.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —los insultos salen gritando y me paso las manos por el cabello intentando recordar cómo pensar—. Raquel, necesito saber qué pasó. —Exhalo con fuerza, organizando las palabras en mi cabeza—. Ve allí ahora, estoy lejos, y ni siquiera podré atravesar la ciudad a la velocidad que necesito. Tú llegarás antes que yo. ¡Ve y avísame!

***

No puedo mantener los pies quietos mientras el elevador sube hasta el piso de emergencias del hospital, a una velocidad que no puede considerarse nada menos que una mierda, de lo lenta que es. Exhalo por la nariz con fuerza y espero unos segundos antes de volver a llenar mis pulmones con aire.

Atropellada. Milena fue atropellada mientras cruzaba la calle en un paso de peatones y todo mi cuerpo parece entumecido desde que me informaron lo que realmente pasó.

Reclino la cabeza hacia atrás, enfocándome en la luz amarilla del elevador mientras trato de encontrar algo de control dentro de mí y agradezco en silencio estar solo.

Todavía no hay noticias sobre su estado de salud. Lo único que se sabe es que llegó inconsciente, que está siendo examinada y que el hijo de puta del conductor prestó auxilio.

Estoy tratando de concentrar toda mi energía en ese desgraciado en particular, porque cada vez que me permito pensar "¿Y si?" la sensación es que era yo el que estaba siendo atropellado, una y otra vez, por un camión.

Milena es joven, saludable, fuerte. Va a estar bien. *Lo va a estar*. Repito las palabras en silencio, como un mantra. Su sonrisa se apodera de mi mente y cierro los ojos sin saber cómo lidiar con el caos en mi pecho.

Ella… Ella… Respiro hondo de nuevo y me concentro en el conductor, enumerando mentalmente las acciones que ya tomé.

1.

Ya mandé a un abogado a la comisaría donde se registró el atropello.

2.

Ya mandé a un investigador al lugar del accidente para buscar testigos.

3.

Ya ordené que los comercios cercanos revisaran sus cámaras de seguridad.

Si depende de mí, ese tipo va a pudrirse en la cárcel.

La cabeza rubia de Raquel es lo primero que veo en el instante en que las puertas del elevador se abren y, atenta a su alrededor, los ojos de mi secretaria se giran hacia mí casi inmediatamente.

El olor antiséptico del hospital me molesta la nariz mientras camino hacia ella. Al lado de Raquel, doña Daise tiene los ojos hinchados y el rostro rojo.

En cuanto me ve, se levanta de la silla en la que estaba sentada. Se contiene, acercándose a mí de manera controlada, pero basta que la abrace para que se derrumbe. Daise llora desconsolada y yo la escucho.

No tengo idea de cómo se siente una madre al recibir la noticia de que su hijo ha sufrido un accidente, de tener que esperar noticias, de estar en la incertidumbre.

Sin embargo, sé cómo se siente el miedo de que algo grave o irreversible le haya pasado a Milena, aunque siento como si no estuviera lidiando con ella.

Lo único que reconozco es un miedo tan visceral, tan potente, que no me deja pensar en nada más, desear nada más, excepto escuchar tres palabras dentro de los próximos treinta segundos: “ella está bien”.

Pero eso no pasa.

Durante las siguientes dos horas, esperamos en un silencio, interrumpido ocasionalmente por el llanto de doña Daise, y cada vez que esto ocurre, me levanto y la abrazo, pero no tengo la capacidad de decirle que todo va a estar bien.

La verdad es que siento un pavor indescriptible de decir, de creer esas palabras, solo para descubrir que son falsas cuando el médico finalmente pase por la puerta de la sala de espera, una sala sobria con paredes y piso gris.

Un ambiente diseñado para evocar calma y, aún así, aquí estoy yo, con el estómago helado, las palmas de las manos sudadas y esforzándome por no mover los pies, sintiendo como si se hubiera activado un botón para silenciar todo en mi cerebro.

Raquel se fue con la misión de mantener a Gabriel en Magallanes el mayor tiempo posible. Doña Daise espera que cuando llegue el momento inevitable, tengamos algo más que decirle que "tu hermana sufrió un accidente y no sabemos cómo está".

—Milena García —una enfermera entra en la sala y llama, poniendo mi cuerpo en pie sin que yo tenga que ordenárselo. Su voz lo hizo. Doña Daise vuelve a llorar inmediatamente y soy yo quien se dirige a la enfermera para identificarnos.

—Nosotros. —Ella me da una sonrisa profesional antes de hacer un gesto hacia la puerta.

—El médico va a hablar con ustedes afuera.

Fuera de la sala, un hombre alto, de piel morena, con ojos, cabello y barba oscuros, nos espera sosteniendo una tablet. Extiende la mano en cuanto nos ve.

—Buenas tardes, soy Julio. Fui yo quien recibió a Milena cuando llegó la ambulancia. ¿Usted es la madre, cierto? —le pregunta a doña Daise, después de saludarnos a los dos, y ella asiente—. Vamos al grano, ¿sí? Milena está estable. —Necesito forzar toda mi atención para mantenerla enfocada en las palabras que está diciendo. Porque el primer instinto de mi cuerpo es apoyarme en

algo y simplemente derrumbarme de alivio—. El atropello fue de baja velocidad, pero de alto impacto. Milena sufrió una hemorragia interna debido a la rotura del bazo y un traumatismo craneal leve. —El llanto de doña Daise se vuelve un poco menos controlado con cada palabra, y yo paso mi brazo por sus hombros, tratando de ofrecerle algo de consuelo—. Ahora le están haciendo una transfusión de sangre. Necesitaremos mantenerla en coma inducido las próximas 48 horas para monitorear si hay hinchazón cerebral, y aún después de que despierte, necesitará quedarse aquí algún tiempo antes de poder irse a casa.

—Pero ¿ella se va a ir a casa, verdad? Mi hija va a regresar a casa, ¿doctor? —La voz de Daise es una mezcla palpable de dolor y alivio.

—Si su condición se mantiene estable, pronto. —No es una promesa, pero es una esperanza, una buena, que percibo que es todo lo que la madre de Milena estaba buscando.

52.
BRUNO MAGALLANES

—¿Cómo está? —Arthur me abraza y, mientras lo hace, siento que el peso sobre mis hombros se reparte, aunque sea por un momento, con alguien más.

No recuerdo haberme sentido tan impotente en ningún otro momento de mi vida. Comer, dormir e incluso pensar se han convertido en cosas, si no imposibles, secundarias, mientras espero que ella abra los ojos.

Arthur, Héctor, Conrado y Pedro estuvieron aquí solo unas horas después del informe médico de Milena y desde entonces se han estado turnando para hacerme compañía.

Ellos asumieron todas las responsabilidades. Arreglaron mi agenda con Raquel, me traen ropa y, cuando creen que estoy sobrepasando mis límites, hasta me obligan a tragar algo más que café.

—Estable —respondo, mientras me siento en una de las sillas de la cafetería y mi amigo imita mi gesto.

—¿Y tú cómo estás?

—No lo sé —contesto a esa pregunta con algo más que un simple movimiento de cabeza por primera vez desde que todo esto comenzó—. Esperaba sentirme triste, preocupado, pero no esperaba el pavor que sentí mientras el médico no decía que ella estaba bien. Yo... parecía que... —Levanto las cejas, desconcertado por la sensación de estar perdido de esa manera. Simplemente no lo sé.

Arthur asiente y cruza los brazos frente al cuerpo. Mis ojos suben y bajan, recorriendo las paredes, las personas, las sillas, las puertas, pero no se fijan en ningún lugar en particular.

—Que no podías respirar... Como si todo tu cuerpo estuviera esperando para decidir qué hacer cuando recibiera la noticia que cambiaría todo. —Es mi turno de asentir.

—¿Qué tan jodido estoy? —Las palabras no necesitaban ser dichas en voz alta, porque era una pregunta retórica. Aun así, recibo una respuesta.

—Estás metido hasta la mierda... —dice, antes de aclararse la garganta—. ¿Ya le quitaron los sedantes?

—Sí. —Enfatizo con un movimiento de cabeza—. Ella debe despertar en las próximas horas. —Mierda, ¡ella lo necesita! Realmente lo necesita—. Quiero decir, ella pue...

—¡Lo va a hacer! —No me deja terminar el pensamiento y, finalmente, me obligo a concentrarme en algo, en el rostro de mi amigo.

—¡Lo va a hacer!

***

Como tantas veces en las últimas semanas, pero a la vez de una manera completamente distinta, observo el pequeño cuerpo de Milena acostado en la cama. Su pecho sube y baja con movimientos lentos y rítmicos, confirmados por el monitor cardíaco junto a ella, con su bip-bip incesante.

Estamos solos.

A Daise le costó mucho ser convencida de que, al menos durante las madrugadas, necesitaba ir a casa a descansar. El único argumento que realmente funcionó fue decirle que si Milena despertaba y ella aún estaba en el hospital, lo que era un riesgo real si ella llevaba su cuerpo al límite, dada su condición médica, eso no haría bien a ninguna de las dos.

Así que llegamos a un acuerdo. A las 11 de la noche se va a casa y a las 7 de la mañana vuelve, traída por Davi. Yo nunca me voy. No puedo. Intentaron hacer un trato conmigo también, pero nadie tiene algo que valga la pena negociar.

Me levanto del sillón en el que estaba sentado, camino hasta el lado de su cama y tomo su pequeña mano. Acaricio suavemente su

mejilla lastimada. Tiene dos moretones en su rostro, uno en el lado izquierdo, en la manzana de la mejilla, y otro en la frente. Además, tiene algunos rasguños y marcas moradas por el cuerpo, pero nada realmente preocupante, como para temer que se infecte.

Afortunadamente, como dijo el médico, el maldito coche iba a baja velocidad. Los mayores problemas fueron el impacto en su abdomen, que provocó la ruptura del bazo y el desmayo causado por ello, lo que hizo que Milena se golpeara la cabeza, provocando el traumatismo.

Afortunadamente, no hubo hinchazón en el cerebro y, en cuanto despierte, estaremos seguros de que no hay secuelas. Sus exámenes están limpios. Toco mi frente contra la suya suavemente, sintiendo mi corazón latir acelerado solo por la cercanía de su olor, que ni las sábanas ni el ambiente hospitalario han podido borrar.

—Despierta, Milena. Vuelve a mí, mi amor —le pido por primera vez, dando voz a mis pensamientos, pero ella no responde.

Es otra larga, muy larga, noche.

53.
MILENA GARCÍA

Alguien está levantando mi párpado.

¡Ay! ¡Qué dolor de cabeza!

¡Ay! ¡Qué dolor en el estómago!

¡Ay! ¡Qué dolor en todo el cuerpo! ¡Siento como si me hubieran atropellado!

¿Por qué diablos Gabriel está levantando mis párpados? ¿Será que me caí de la cama y él cree que estoy muerta?

Me doy cuenta de que hice todas esas preguntas mientras arrastraba mi consciencia hacia la superficie, cuando finalmente despierto. No lo recomiendo.

El dolor que pensé que estaba sintiendo antes de despertar no es ni la mitad de lo que estoy sintiendo ahora. Apenas logro concentrarme en las voces a mi alrededor. Gimo, sin poder evitarlo, al intentar moverme y ser atravesada por un número infinito de agujas, todas pinchando mi cuerpo al mismo tiempo. ¡Qué mierda!

Concentrada en el dolor, no me doy cuenta de que las voces se han callado hasta que me convenzo de quedarme quieta lo suficiente para que las agujas dejen de molestarme. Tengo miedo de respirar con demasiada fuerza, pero la sensación de estar siendo observada me obliga a abrir los ojos. Y cuando lo hago, frunzo el ceño.

Este no es mi cuarto y definitivamente no estoy en el suelo. ¿Qué está pasando aquí?

54.
MILENA GARCÍA

—¡Esa silla de ruedas es completamente innecesaria! —refunfuño, tres días después de haber despertado, cuando me dan el alta. ¡Gracias a Dios!

Solo fueron cinco días de internación, dos de ellos pasé inconsciente, y aun así, Bruno y mi mamá me están tratando como si fuera una enferma. ¿Te imaginas qué harían si esto hubiera durado más tiempo?

Aparentemente, el accidente los llevó a formar una alianza que no es tan sorprendente, dada la relación que lograron construir en tan poco tiempo, que en realidad solo involucró un encuentro. Dos, si contamos la presentación escolar de Gabriel.

Y entiendo la preocupación y sobreprotección de mi madre. Dios y yo sabemos lo desesperante que fue cuando la situación era la inversa. Cuando ella necesitaba atención médica, hubo momentos en los que pensé que me volvería loca de tanto miedo, pero había razones para ello. Su médico usó la palabra que comienza con M, mientras que, que yo sepa, el mío nunca definió mi estado de salud como nada menos que estable.

Es decir, no hay justificación para que cada vez que me movía en la cama, ella o Bruno corrieran a ayudarme. ¿Quién en el mundo necesita ayuda para moverse? ¿Dolía? ¡Como el infierno!

Todavía duele, de hecho, y según el médico, seguirá doliendo por un buen tiempo. Pero no veo cómo su ayuda podría cambiar eso.

—Mmm... —es la única respuesta que recibo de Bruno, empujando la silla de ruedas, y mi mamá ni siquiera se molesta en contestarme. Gracias a Dios solo tendré que aguantar a uno de ellos mientras me recupero en casa.

Estoy tratando de controlar mis gestos y no quejarme por su preocupación excesiva, porque lo entiendo. Realmente lo entiendo,

pero no está siendo nada fácil.

El médico dijo que estoy bien. No fue necesario operar y, si me comporto, descanso como es debido y sigo la dieta recomendada, en dos semanas estaré completamente recuperada.

Todavía no puedo creer que me atropellaron. A pesar de los dolores que insisten en marcar el evento como real, la situación sigue siendo totalmente surrealista. Recuerdo estar distraída, pero miré hacia ambos lados antes de cruzar.

Claro, eso no habría hecho ninguna diferencia. Podría haber mirado, podría no haberlo hecho, podría haber cruzado la calle saltando estrellas o con los ojos vendados. Nada habría cambiado el hecho de que el conductor que me atropelló estaba dormido al volante.

Camilo Rodrigues, un vigilante que acababa de terminar un largo turno nocturno y, sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó dormido mientras conducía. Fue el impacto de mi cuerpo contra el coche lo que lo despertó.

—Despacio. —Bruno me ofrece la mano para ayudarme a levantarme de la silla tan pronto como llegamos al estacionamiento.

Hago un esfuerzo genuino para evitar poner los ojos en blanco cuando noto su expresión de preocupación exagerada, como si el hecho de que me levantara representara un riesgo real para mi vida.

Es raro verlo comportarse así. No raro en un mal sentido, pero sí de una manera extremadamente sorprendente. Todavía estoy intentando encajar su actitud en la lista mental que hacía segundos antes de que sucediera el accidente.

Bruno no dejó el hospital ni un solo día desde que desperté y, por lo que sé, tampoco antes de eso.

El hombre durmió en una silla en las últimas cinco noches, vigilando mi sueño y, durante todo el tiempo que estuve despierta, él también estaba allí, asegurándose de que no me faltara nada.

Y su atención no fue la única sorpresa. Esta mañana, mi cuarto ya parecía una floristería, los ramos que enviaron los chicos fueron muchos.

Todos vinieron a visitarme al día siguiente de que despertara y, aunque aún estaba algo confundida por los medicamentos y me quedé dormida a mitad de la visita, fue divertido, como siempre, ver la relación que tienen con Bruno.

En la primera oportunidad que tuvo para quedarse a solas conmigo, mi mamá me preguntó si estaba segura de que ninguno de ellos tenía un padre soltero, y solté mi primera carcajada desde que desperté, aunque no estaba recomendado.

Tan pronto como me levanto, los ojos azules de Bruno recorren mi rostro antes de cerrarse brevemente y de tomar una bocanada profunda con la nariz cerca de mi cabello.

Ha estado haciendo esto con frecuencia en los últimos días y cada vez que se acerca tanto, la nostalgia de sus labios levanta un cartel decorado con purpurina y cintas de colores en mis pensamientos, donde dice "bésame, Bruno".

Mientras estoy distraída con su mirada, mi mamá agarra mi otra mano, sacándome de mis divagaciones. Juntos, los dos me ayudan a entrar en la camioneta.

—¿A dónde vas? —pregunto, cuando mi mamá está a punto de cerrar la puerta.

—Yo voy adelante con Bruno. —Miro los asientos delanteros del auto y recién me doy cuenta de que Davi no está allí. ¿Bruno va a conducir?—. Necesitas espacio para ir cómoda.

—Mamá —llamo, con toda la paciencia del mundo, pero es imposible contener la risita que se me escapa—. Aquí caben cinco personas cómodamente. —Apunto lo obvio y ella se detiene, analizando cuidadosamente el espacio a mi alrededor para asegurarse de que estoy en lo cierto. Intentando contener la risa que está a punto de explotar, me llevo las manos al rostro y me lo

froto, olvidando que aún tengo algunos puntos doloridos y arrepintiéndome inmediatamente cuando un dolor agudo me atraviesa—. ¡Mierda!

—¡Milena! —Mi nombre es pronunciado al mismo tiempo por dos voces completamente diferentes, una de cada lado de mi cabeza.

Al abrir los ojos, que la punzada repentina me obligó a cerrar, encuentro a doña Daise y a Bruno, uno en cada puerta trasera del auto, mirándome como si fuera un cachorro a punto de caer por las escaleras.

***

—¿Quieres agua? No puedes beber mucha, pero ya han pasado más de treinta minutos desde la última vez. —Es una de las miles de preguntas que mi mamá hace en intervalos de treinta minutos.

Llegamos a casa, me instalaron en mi cuarto -en mi cama-, Gabriel fue regañado cuando intentó abrazarme, miré a doña Daise con cara de pocos amigos, ella ignoró mi indignación, y desde entonces todos están pendientes de mí como si cualquier momento de distracción pudiera costarme la vida.

—Creo que estoy cansada —decido.

No lo estoy. De hecho, considerando que no puedo ni moverme sola, es imposible que esté cansada, pero como imaginé, esto tiene el efecto deseado. Hace feliz a mi mamá y me da la oportunidad de respirar un poco sola.

Vaya, la verdad sea dicha, sí estoy cansada, pero de sentirme asfixiada. Aún así, entiendo la sobre-reacción, por eso no me voy a quejar de ella. Mientras mi madre se mueve para salir de la habitación y obliga a Gabriel a hacer lo mismo, Bruno me observa con los ojos entrecerrados.

—Me quedaré, por si necesitas algo —dice, en voz baja, y es obvio que mi madre no se opone.

Me rasco la ceja. Ahí se va mi momento de paz.

Mi madre se acerca, me da un beso en la mejilla y me avisa que, si necesito algo, solo la llame, que pronto volverá para revisar cómo estoy. Gabriel también se despide, y cuando la puerta finalmente se cierra, reclino la cabeza contra el respaldo de la cama y cierro los ojos.

—Eres una pésima paciente —dice Bruno, con voz baja, y su tono está lejos de ser juguetón. Habla en serio. ¡Por el amor de Dios! Bajo la cabeza y abro los ojos.

—¡Están exagerando! —le respondo a él, lo que no le diré a mi madre.

—Estuviste en coma, Milena —dice, apoyando las manos en la cintura, con aire de molestia, y no tengo idea de por qué. Retrocedo la cabeza, sin entender su actitud. Si alguien debería estar molesta, soy yo, y no lo estoy. ¿Cansada? ¿Sintiéndome agobiada? Sí, pero ¿molesta? No—. ¡Estuviste dos malditos días en coma! ¡No sabíamos si ibas a despertar! ¡Dos días malditos! —Hace una pausa, y sus fosas nasales se expanden cuando una exhalación fuerte pasa por ellas—. ¡No teníamos idea de nada!

La fuerza de sus palabras me hace parpadear, al ser golpeada inesperadamente por ellas.

No sé qué decir. Me muerdo el labio inferior antes de que Bruno se dé la vuelta por unos segundos. Cuando se gira hacia mí de nuevo, lo que vi en su rostro ya no está.

—¿Qué quieres hacer? Porque estoy seguro de que no estás realmente cansada. —Sus gestos y expresión sugieren que está bromeando, pero me doy cuenta de que, en algún momento, empecé a conocer tan bien su sonrisa que ya no le creo ni una palabra—. ¿Qué te parece si vemos una película?

Acepto la sugerencia con un gesto. Él toma el control remoto de la televisión que está sobre el mueble y me lo pasa para que elija.

—¿Puedes buscar mi celular, por favor? —le pido, pensando que probablemente está descargado. No me había acordado de él hasta

ahora.

En lugar de eso, Bruno camina, una vez más, hasta el mueble debajo de la TV y toma una bolsa de papel que no había notado que estaba allí. Me la entrega en silencio, y frunzo el ceño cuando saco de adentro una caja del tamaño de un teléfono móvil envuelta con un lazo.

—¿Un regalo de bienvenida?

—Tu celular se rompió en el accidente. Estaba en tu bolsillo y sufrió el impacto contigo. Afortunadamente, tu cuerpo fue más resistente. —Sus últimas palabras captan toda mi atención.

Bruno se sienta en el borde de la cama, manteniendo algunos centímetros de distancia entre su cadera y mi cintura. Su mano llega a mi mejilla, su contacto es suave, y yo inclino el rostro, rozándolo en su palma, deseando más de esa caricia.

Por minutos, no se dice nada, y llega uno de esos momentos en los que tengo la impresión de que estoy viendo un millón de cosas en los ojos de Bruno, cosas que después negaré.

En mi imaginación, sus ojos me dicen que, al igual que mi madre, él sintió miedo. Miedo por lo que podría haberme pasado.

En mi imaginación, sus ojos me cuentan que su presencia aquí no es por amistad ni por nada más que el hecho de que no se siente capaz de ir a ningún lado más allá de dos pasos de la certeza de que estoy bien.

En mi imaginación, me promete que no se irá a ningún lado, incluso después de que ya esté completamente recuperada.

Y cuando sus labios tocan los míos, me permito olvidar que, cuando pare de reflexionar sobre este momento en el futuro, me diré a mí misma que todo no fue más que una invención de mi cabeza. Por esos instantes en que su boca me besa con cuidado y un sentimiento inefable, me permito creerlo.

***

—Necesitas dormir —digo, bostezando, cuando despierto de una breve siesta.

Una película se convirtió en cinco, y aunque mi mente está tan bien como siempre, mi cuerpo se cansa con facilidad. Eso significa que, de esas cinco, la única película que vi completa fue la primera. Las demás las vi entre siestas.

Bruno está encogido en el pequeño sofá de mi cuarto, y solo con mirarlo, mi columna se siente como si fuera a llorar.

—Tienes razón —dice, levantándose y estirando los brazos por encima de la cabeza antes de entrelazarlos detrás de su espalda y dejarlos caer a los lados.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto cuando empieza a quitar las almohadas del sofá y a estirar una sábana, que no sé de dónde sacó, sobre el mueble.

—¿Preparándome para dormir? —responde, sin girarse hacia mí.

—¡Espera! ¿Qué? —No recibo respuesta mientras sigue estirando la ropa de cama—. ¡Bruno! —lo llamo por su nombre y finalmente consigo su atención.

En la penumbra del cuarto semioscuro, es ahora cuando me doy cuenta de que ya no está con la misma ropa de antes. En algún momento entre mis siestas, Bruno se bañó y se cambió. La memoria de uno de los baños que tomamos juntos aparece en mi cabeza, haciéndome morder el labio y quedarme en silencio cuando debería estar diciendo las palabras que me hicieron prácticamente gritar su nombre.

—¿Sí? —dice, animándome, y yo parpadeo, forzándome a volver al presente.

—¡No puedes dormir aquí! ¡Tienes que ir a tu casa!

—¿Me estás echando? —La pregunta me toma por sorpresa, y me hace darme cuenta de que sí, lo estoy echando, pero mis motivos son nobles.

—¡Bruno, ese sofá tiene la mitad de tu tamaño!

—Tienes razón —dice, y yo asiento, sin entender cómo no pudo haberlo notado antes, después de todo, estaba encogido en ese maldito sofá. Era obvio que no cabía allí.

El hombre me da la espalda, toma la sábana del sofá y estaba a punto de decirle que no se preocupara por eso, cuando él la sacude para estirarla en el suelo.

—¡Bruno! —exclamo, y la forma en que me mira es tan cínica que cualquiera pensaría que la loca soy yo.

—¡Tienes razón! El sofá es demasiado pequeño, el suelo será más cómodo.

—¿Por qué no vas a tu casa? Estoy bien, no tienes que quedarte aquí.

No dice nada, pero esta vez no tengo ninguna duda de lo que veo en su mirada, cuando una pequeña sonrisa aparece en la esquina de sus labios: "¡no me voy a ningún lado!".

55.
BRUNO MAGALLANES

¿Por qué? También me gustaría saber por qué la idea de alejarme de Milena me parece tan absurda. Ella ya está en recuperación, está en casa, cómoda, bajo el cuidado de su familia.

Debería ir a mi casa, después de cinco días durmiendo sentado en un sillón. Mi cama debería parecer más cómoda que nunca, la idea de dormir en ella debería ser el maldito Santo Grial, pero cualquier lugar más alejado que unos metros de la chica que me mira con los ojos llenos de preguntas en este momento, me parece demasiado lejano.

Suelto un largo suspiro antes de dejar la sábana que tenía en las manos amontonada en el sofá y cubrir los pocos pasos entre la cama y yo. Me siento en el borde, teniendo cuidado de mantener algo de distancia con Milena para evitar accidentes.

—No voy a dejarte —declaro, porque no tengo cómo responder a la pregunta que ella me hizo. Le acaricio la mejilla, el moretón que tiene ahí ya está mucho más claro y, como siempre, ella inclina la cabeza hacia mi caricia—. La condición de tu mamá es complicada, Milena. No es justo esperar que Gabriel sea responsable de las dos. —Le doy la explicación racional que sé que es parte de la verdad, pero no toda.

Si ese fuera de hecho el motivo completo para mi negativa de irme, podría resolverse fácilmente contratando una enfermera, por ejemplo. Sería la decisión más inteligente, en realidad. Esto, claro, si lo que me mantiene aquí fueran las necesidades de Milena, pero no lo son.

Mis razones son egoístas. Es mi necesidad de asegurarme de su bienestar, de que ella está recibiendo todo el cuidado que necesita y merece, lo que me impide cruzar esa puerta.

—No has dormido bien en días, Bruno.

—Créeme cuando te digo que no voy a dormir mejor lejos de aquí. —Ella muerde el labio, probablemente tragándose la misma pregunta que ignoré segundos antes: "¿por qué?" y bosteza—. Necesitas dormir.

—Si vas a quedarte, entonces acuéstate en la cama, no tiene sentido dormir en el suelo.

—No puedo. A ti te gusta dormir abrazada, en algún momento de la noche te vas a arrimar y podrías lastimarte. Así que o no podría dormir, preocupado por eso, o dormiría como una piedra, porque realmente estoy cansado, y no podría hacer nada para evitarlo. —Ella gira la cara suavemente y deja un beso en la palma de mi mano.

—Entonces, duerme en el sofá de la sala, es más grande —sugiere y yo sonrío.

—No voy a dejarte.

—Estás siendo terco —me acusa, bostezando otra vez.

—Es un don. —Ella revuelve los ojos y yo sonrío—. Duerme, cariño. Tu cuerpo necesita descansar.

—El tuyo también.

—Y lo hará. Justo después del tuyo. —Milena quisiera protestar, pero después de bostezar por tercera vez, el cansancio la vence y se desliza sobre la cama, para acostarse. La ayudo, tratando de minimizar sus esfuerzos, y luego vuelvo a sentarme a su lado. Ella se duerme sosteniendo mi mano y ese rompecabezas, que descubrí hace poco, parece casi completo ahora.

56.
BRUNO MAGALLANES

Estoy en un mercado.

Miro a mi alrededor, observando las estanterías llenas, y me pregunto, ¿cuándo fue la última vez que estuve en un mercado? ¿Tal vez nunca? ¡Carajo! Realmente no lo recuerdo.

En mi mano hay una pequeña lista de tres cosas que la señora Daise insistió en que me llevara, a pesar de que le dije que sabía lo que necesitaba comprar: zanahoria, calabaza y bertalha. Tres ingredientes clave para la cena de Milena, cuya falta solo me di cuenta en el momento de la preparación.

Y cuando dije que pediría un delivery, la madre de Milena argumentó que era una tontería, *"el mercado está cerca y yo lo haría mucho más rápido que una entrega".*

Me rasco la nuca, buscando con la mirada la sección de verduras. Existe esa sección, ¿verdad? Debe existir. Al final del pasillo a mi izquierda, veo un gran cartel que dice "Frutas y verduras" y sonrío. Claro que existe la sección.

En el camino hasta allí, paso por un pasillo lleno de galletas que me recuerda al gusto infantil de Milena, pero ella no puede comer azúcar, así que sigo de largo, aunque hoy más temprano la mujer se quejaba de ser adulta y de que debería poder comer lo que quisiera. Qué gran adulta es.

La zanahoria y la calabaza son fáciles de identificar y rápidamente elijo las que parecen más bonitas, pero cuando llego a las verduras de hoja verde, todas parecen iguales y paso cinco minutos comparando una imagen que encontré en Google con cada una de las que encuentro en la estantería, antes de rendirme y hacer una videollamada a la señora Daise.

Mientras ella me ayuda, escucho la risa de Milena al fondo y hago una anotación mental de hacerle pagar por esto en un momento

apropiado.

***

—Mandaste flores anteayer —me quejo al abrir la puerta del apartamento de Milena para Arthur, quien entra sosteniendo un enorme ramo de flores amarillas en una mano y una bolsa de papel en la otra.

—Esas eran violetas, para desearle mejoría, estas son girasoles, para traer alegría.

—¿Y sabes eso por qué?

—Porque soy un excelente oyente —justifica antes de darme un golpecito en el hombro y colarse dentro del apartamento sin que yo me haya apartado del todo del camino.

—¡Hola, señora Daise! ¡Qué gusto verla! ¿Ya pensó en mi propuesta? —pregunta, ofreciéndole las flores que traía en las manos. Expulso el aire entre los dientes con un silbido cuando la madre de Milena lo abraza, sonriente. Manipulador.

—¿Todo bien, hijo? —me pregunta ella, interpretando mal mi desdén.

—Es solo envidia, señora Daise. No le haga caso. ¿Pensó en mi propuesta? —repito la pregunta, refiriéndome a los galanteos que empezaron en el hospital. El cabrón sabe cómo ganarse a una madre, eso es un hecho.

—No seas tonto, Arthur. Ya te dije que eres demasiado joven para mí, pero si tienes un padre disponible... —Deja el resto en el aire y se zafa del abrazo—. Y Bruno no tiene de qué tener envidia, quien besa a mis hijos, mi boca endulza, y hasta donde sé, está haciendo eso con los dos, felizmente, solo con uno la cosa es literal —comenta, haciendo que Arthur se suelte a carcajadas y yo también me ría. Pero tan pronto como ella nos da la espalda, muevo los labios, sin emitir sonido alguno, pero asegurándome de que Arthur entienda las palabras. "¡Vete a la mierda, idiota!"—. Ahora vayan a ver a Milena, está empezando a sentirse aburrida.

—¡Controlen las bromas! —aviso cuando estamos en el pasillo—. No puede hacer movimientos bruscos, eso incluye las carcajadas.

—¿Ahora eres el policía de las sonrisas?

—¡Te estoy hablando en serio! —subrayo, antes de abrir la puerta y mi amigo pone los ojos en blanco al pasar por ella.

—¡Arthur! —Milena desvía la mirada de la televisión en el instante en que nota que se abre la puerta—. ¿Viniste a salvarme del aburrimiento? Por favor, dime que viniste a salvarme del aburrimiento —murmura, y el idiota hace una reverencia ensayada antes de mostrarle la bolsa de papel que trae en las manos, que ahora me arrepiento de no haberle prestado más atención.

—Traje el Monopoly —anuncia y Milena sonríe de oreja a oreja. Me pierdo en su sonrisa por unos instantes antes de cortarle las alas.

—Ni de casualidad va a jugar Monopoly —lo aviso.

—¿Qué? ¿Por qué? —De inmediato, se pone triste y se indigna.

—No puede hacer movimientos bruscos —le recuerdo.

—Pero si estoy sentada. No necesito levantarme de aquí.

—¿Ahora además de policía de las sonrisas eres policía de la felicidad? —se burla Arthur, y yo le lanzo una mirada fulminante.

—Lo único que no está fiscalizando últimamente es mi paciencia —se queja Milena—. Si lo estuviera, sabría que está muy cerca de agotarse.

—Lamento que lo sientas así, pero es por tu bien. Cuando el médico te dé el alta, nos lanzamos en paracaídas, si quieres —digo, y sus cejas se levantan. Sus ojos se abren con sorpresa antes de inclinar la cabeza, observándome detenidamente.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta—. Arthur, ¿él me está tomando el pelo o comprándome?

—Yo creo que te está comprando mientras te toma el pelo. —El hijo de puta se encoge de hombros después de responder.

—¡Está bien! Acepto el salto en paracaídas. ¿Pero por qué, en nombre de Dios, no puedo jugar Monopoly? Puedo quedarme quieta, ni siquiera tengo que tirar los dados, te dejo que los tires por mí.

—Eso sería perfectamente aceptable, si no fueras tan competitiva.

—¡No soy competitiva! —protesta, y ni me molesto en responder. Arthur observa nuestra discusión, moviendo la cabeza de un lado a otro, lo que me recuerda otra cosa.

—¿Cómo lo hiciste? —le pregunto a ella, que inmediatamente desvía la mirada, sabiendo exactamente de qué hablo.

—¿Qué? —Se hace la desentendida.

—Me hiciste trampa en el Monopoly. Quiero saber cómo lo hiciste.

—No tengo ni idea de qué hablas.

—¿En serio? ¿Vas a negarlo descaradamente? ¿En mi cara?

—Arthur, ¿tienes idea de qué está hablando? —Mi amigo, que está esforzándose bastante por quedar fuera de este tema, niega con la cabeza antes de hacerlo con palabras.

—No... Ninguna idea. —La pequeña sonrisa en la esquina de sus labios me dice que no solo lo sabe, sino que la ayudó. ¡Hijo de puta! Claro que la ayudó.

—Ajá… Voy a fingir que les creo, ya que están tan empeñados en fingir que me engañan. —Ambos se encogen de hombros.

—Si no podemos jugar Monopoly y yo no puedo contar chistes, ¿podemos al menos conversar? —Es mi turno de encoger los hombros—. ¡Perfecto! Milena, tengo algunas historias realmente vergonzosas para contarte.

—¡Arthur!

—¡Ya estoy preparada! —dice ella, y la sonrisa en la cara de Arthur no deja dudas sobre a cuál de los dos pretende escuchar.

57.

MILENA GARCÍA

—Buenos días, dormilona —saluda Bruno, en cuanto abro los ojos.

—¿Buenos días para quién? —refunfuño, queriendo cerrarlos de nuevo.

—Solías despertar con mejor humor...

—¡Ah! Cuando no despertaba congelada en una sola posición, no pasaba el día de la cama al sofá y del sofá a la cama, no necesitaba levantarme dos veces cada noche para tomar medicamentos, podía comer todos los tiramisú que quisiera y, claro, no necesitaba ayuda para hacer pis… ¡Ah, sí! ¿En esa época? ¡Por supuesto! Realmente me despertaba con buen humor.

—Como te dije... Solías despertar con mucho mejor humor... —murmura y entrecierro los ojos al mirarlo—. ¿Baño?

—Sí, por favor. —A regañadientes acepto su ayuda para levantarme de la cama y él me sostiene hasta mi habitación. Me resulta tan vergonzoso saber que me está escuchando mientras hago pis.

Cuando termino, me higienizo y, sintiéndome más segura, me preparo para tomar mi primer baño sola en una semana. Sin embargo, mis planes se frustran cuando Bruno entra al baño sin haber sido invitado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta, al verme desnuda, y yo resoplo.

¿Y no sabe por qué tengo mal humor? Solía despertar de excelente humor cuando su primera reacción al verme desnuda era devorarme con los ojos, no reprenderme. Lo extraño, incluso. Y no solo con los ojos.

—¿Tomando un baño?

—¿Y por qué no esperaste a tu madre? ¿Por qué no me pediste ayuda?

—Porque no soy una muñeca de porcelana y no planeo desfilar en el carnaval, solo tomar un baño sentada. ¡Ya han pasado siete días, Bruno! ¡Soy capaz de lavarme sola!

Mi tono debe dejar claro que contradecirme ahora no es una buena idea. Dios, ¡tiene razón! Me desperté con un humor de perros y no lo veo mejorando pronto.

—Está bien. Pero yo me quedaré aquí.

—Estaré sentada —argumento.

—No importa. Eso es lo máximo que cederé. Tómalo o déjalo. Bueno, mentira, es tómalo o tómalo. Tú decides.

Gruño, molesta, pero sin opciones, entro en la ducha y, bajo su atenta mirada, tomo mi maldito baño. En algún momento, lo escucho murmurar en voz baja sobre lo pésima paciente que soy. ¡Qué se joda!

***

—¿Puedo entrar? —Es ya al final del día cuando Bruno pregunta al golpear la puerta de mi habitación y levanto la vista del libro que tengo en las manos.

—Literalmente estás viviendo aquí. Claro que puedes entrar —respondo, tratando de no sonar tan malhumorada como me siento, y fallando miserablemente.

Una sonrisa de niño invade su rostro, entra con las manos escondidas detrás de su espalda y se sienta a mi lado con la misma delicadeza de siempre.

—Sé que esta situación no es cómoda —comienza, y tuerzo los labios, ese es el eufemismo del siglo. Se ríe bajo antes de seguir—. Es una situación de mierda.

—Definitivamente.

—Y también sé que es aún peor porque estás acostumbrada a hacer todo sola, Milena. Puedo imaginar lo jodido que debe ser depender de otras personas, aunque sean personas que te adoran y solo quieren lo mejor para ti, mi amor.

Muerdo mi labio al escuchar la declaración indirecta y él se acerca, apoyando su frente contra la mía y poniendo su mano fría sobre mi mejilla.

—¿Que me adoran, eh?

No puedo evitar preguntar. Bruno sonríe, una sonrisa enorme.

—Te adoro muchísimo y estoy loco por verte completamente bien otra vez, eso es todo.

Su tono es bajo, su boca está tan cerca de la mía.

—¿Mi mal humor logró asustarte? ¿Estás loco por deshacerte de mí, verdad?

—Bueno... —empieza y abro la boca, incrédula, con los ojos bien abiertos, pensando que de verdad va a estar de acuerdo con eso—. No puedo decir que no estoy ansioso por ver tus mañanas llenas de buen humor otra vez, pero hay otras cosas que quiero tanto o más que eso.

—¿De verdad? ¿Y qué cosas serían? —pregunto, entrecerrando los ojos mientras espero, aunque ya imagino la respuesta al pensar en las noches deliciosas que preceden las mañanas.

—Estoy loco por tenerte solo para mí, por tu compañía. —Me sorprende y extiende los dedos, tocando detrás de mi oreja, la parte lateral de mi cuello—. Loco por verte bailar, por escuchar tu risa sin tener que preocuparme de que eso te haga daño —susurra, y su aliento caliente es una provocación mucho mayor de lo que puedo manejar.

Inclino la cabeza hacia adelante y atrapo sus labios. Empiezo a pasar mi lengua sobre ellos, despacio, saboreando, sintiendo la

textura suave, probando la receptividad de Bruno, ya que no se ha ofrecido a darme más que besos en los últimos días.

Él abre los labios para mí, dejándome pasar, y yo acepto, con una nostalgia inmensa por su boca, por su sabor.

Lo beso con intensidad, aunque ese desespero habitual no está presente. Me gustaría, pero tengo miedo de que Bruno me interrumpa, diciendo que es demasiado esfuerzo. Así que aprovecho la oportunidad sin correr el riesgo de perderla, y es una delicia.

—Estoy loco por besarte hasta no poder respirar, ¡maldita sea! —dice, interrumpiendo el beso antes de que realmente sienta que me falta el aire, pero manteniendo la boca cerca de la mía—. Loco por tenerte en mi casa, en mi cama otra vez, otra vez y otra vez. Loco por viajar contigo y hacer todas las cosas que aún no hemos hecho juntos, pero lo haremos.

La promesa que contiene sus palabras me hace hundirme en sus ojos y me doy cuenta de que nunca he deseado tanto algo en la vida como deseo que eso sea cierto.

La caricia de su pulgar en mi mejilla y de las puntas de sus otros dedos en mi nuca no cesa, dificultando que me concentre en cualquier cosa que no sea el hombre frente a mí, su olor, su boca, todo en él.

—Necesito que mejores, mi amor. Lo necesito —susurra Bruno, y seguimos intercambiando caricias y besos suaves por mucho tiempo, hasta que recuerda por qué vino a golpear la puerta en primer lugar —. Tengo algo para ti —dice, y estira la mano hacia la mesa de noche, tomando una bolsa de papel con una forma que conozco muy bien.

—¡No! —Abro los ojos, eufórica—. ¿Esto es…?

—Sí, es tiramisú de Capparellos —confirma mis sospechas y mi boca se llena de agua—. Pero calma, si no, no te lo doy.

Entrecierro los ojos como una amenaza silenciosa, pero respiro profundamente antes de dejar escapar el aire lentamente.

—¿Cómo llegó esto aquí?

—Lo traje cuando entré. Estabas distraída y no me viste ponerlo justo a tu lado —responde con una sonrisa traviesa en la esquina de la boca—. ¿Lo quieres?

—¡Claro que lo quiero! —abro las manos, lista para recibirlo—. ¿Trajiste una cuchara?

—Sí, está dentro —dice, entregándome el saco que acepto casi desesperada, y no tardo en rasgarlo para encontrar la copa plástica en forma de copa—. Y no puedes comer todo. Tu médico dijo que un tercio de esa porción es el límite.

—¿Y puedo comer los otros dos tercios en otros días? —Hago un puchero, esperanzada.

—Sí, solo que no serán días seguidos.

—Está bien —respondo rápido y, después de tomar una pequeña porción, porque quiero comer despacio ya que no puedo comer mucho, llevo el dulce a la boca y es imposible contener el gemido. Bruno se ríe sin importar esconderse—. ¿Qué te convenció a darme postre? —pregunto, curiosa, y su expresión me dice que piensa que la respuesta es obvia.

—Quería mejorar tu humor —hace una pausa, lo que hace que mi corazón acelere—, hacerte un poco más feliz.

Ahora, el pobre órgano erró su latido unas dos veces.

—Funcionó —admito—. Gracias.

—De nada. —Me besa en la frente y se aleja para dejarme comer mi dulce. Y cuando estoy con la cuchara en la boca, murmura—. ¡Gracias a Dios!

—Solo te perdonaré porque me diste tiramisú.

—Y besos —negocia.

—¡Un solo beso! —protesto.

58.
BRUNO MAGALLANES

—¡Hola, amigo! —digo, agachándome para rascarle la oreja al perro, que en una rara ocasión, hoy decidió que soy digno de su atención. En cuanto me ve, deja de lado la pereza y viene a saludarme, moviendo su corto rabo, corriendo y saltando con la lengua afuera.

Desde el accidente de Milena, él ha estado con un cuidador. Es la opción que utilizo cuando viajo, y fue la que elegí esta vez, ya que, aunque estoy en la ciudad, solo voy al departamento cada dos o tres días para recoger ropa limpia, y con la misma frecuencia, voy a visitar al gordo bulldog.

—Sí, amigo, lo sé. Lo sé. Yo también te he extrañado.

Buzz frota su nariz aplastada contra mí, oliendo el olor diferente, que no es el de nuestra casa, como en mis últimas visitas. Después de un rato, se sienta, levanta su cabeza y la inclina, dejando los dientes torcidos afuera de su boca cerrada. Me río, porque esa es una de sus expresiones más graciosas.

—¿Qué pasa, Buzz? —le pregunto mientras me agacho, y él sigue en la misma posición antes de frotar su hocico contra mi pantalón—. ¿La extrañas? ¿O quieres saber dónde está? —pregunto, dándome cuenta de que él también debe estar echando de menos a Milena.

Buzz es un perro extremadamente cariñoso, y en las últimas semanas, Milena se convirtió en su gran amiga, parte de nuestra rutina. Pasaba todo el tiempo posible siguiéndola, frotándose contra sus piernas o durmiendo a sus pies mientras ella estaba en el departamento.

—Nuestra chica se está recuperando, amigo. Ya falta poco —digo, y en el momento en que las palabras salen de mi boca, me doy

cuenta de que es la primera vez que las digo en voz alta, aunque en silencio ya las haya dicho mil veces, junto con otras muchas que significan lo mismo, en la última semana y media.

Durante ese maldito tiempo en el hospital, supe que estábamos jodidos. Me río de mí mismo y dejo que mi cuerpo se caiga al suelo, sentándome en el frío piso de la terraza donde estamos.

Buzz no pierde el tiempo, y al igual que yo, tira su gran cuerpo al suelo, apoyando la cabeza sobre mis piernas cruzadas.

¡Mierda! Supe antes, días antes, cuando vi a Milena dormir en mi cama, después de nuestra noche privada en el camarote del Carmesim, y desee tenerla ahí mucho más que solo tres meses.

Esa mañana, sin darme cuenta, por primera vez puse algo delante de lo que siempre consideré mi mayor objetivo: el trabajo.

Pedirle a Milena que pasara el día conmigo no fue algo planeado. Hasta hace unos días, ni siquiera me había dado cuenta de lo importante que fue esa decisión.

Fue solo cuando estuve a punto de decirle a la pequeña mujer de ojos azules que estaba loco por ella, aunque tuviera un humor de mierda, que me di cuenta de que mis acciones ya la habían elegido, mucho antes de que mi cerebro lo aceptara.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y suelto una risa. ¡Marcos Valente, hijo de puta! Se jodió y, sin saberlo, me arrastró junto con él. ¡Demonios, estos tipos no me van a dejar en paz con esta mierda! Pero primero tengo que encontrar la manera de contárselo.

No me han faltado oportunidades, el día de su mal humor colosal fue solo la más reciente de ellas, sin embargo, aparentemente, soy un romántico, o al menos Milena me hace desear serlo.

Quiero que este sea un momento perfecto para ella, y no creo que decirlo mientras ella se quejaba de no poder ir al baño sola pueda ser descrito de esa manera.

59.

MILENA GARCÍA

Alguien tiene que detenerlo. Hay límites para lo que el corazón de una mujer puede soportar sin enamorarse, y desde que desperté en el hospital, hace diez días, Bruno no ha hecho más que seguir cruzándome, una vez tras otra, sin importar las consecuencias.

Primero, prácticamente se mudó a mi casa, y, definitivamente, se instaló en mi cuarto. Bajo el pretexto de una licencia en el trabajo, Bruno casi no ha salido del departamento donde vivo, salvo para recoger ropa, visitar a Buzz o en situaciones en las que la empresa realmente requiere su presencia.

Cada vez que esto ha sucedido, se ha ido de aquí extremadamente irritado, refunfuñando sobre pagar sueldos demasiado altos y, aún así, la gente era incapaz de resolver los problemas sin su presencia. Incluso en esas ocasiones, nunca se quedó fuera por más de dos o tres horas.

Luego está su relación con mi madre. A pesar de mi situación actual, la condición médica de mi madre es lo que es, una condición, y ella no daría tregua solo porque me atropellaron.

Sus medicamentos siguen necesitando ser tomados a las mismas horas y sus consultas de seguimiento siguen siendo necesarias. Desde que me vi obligada a hacer reposo absoluto, tuvimos dos consultas y Bruno la acompañó en ambas.

Su relación con Gabriel ni se comenta. Mi hermano está cada vez más radiante con su pasantía, y yo, más ilusionada al ver a Bruno ser para Gabriel lo que él nunca tuvo, una figura masculina, aunque, a veces, como cuando juegan videojuegos, me pregunto cuál de los dos es el más inmaduro.

Además, las palabras "necesito que mejores, cariño, lo necesito" fueron solo el inicio de una ola de declaraciones desleales para mi corazón.

Y, por supuesto, está el agravante de que su cuerpo no ha dejado de ser delicioso cada día que pasa. Fue más allá y tuvo la osadía de ponerse más irresistible cada minuto que estuvo fuera de mi alcance.

Sus labios parecen más llenos, sus ojos más azules, su mandíbula más fuerte y su olor más intenso cada día que Bruno no me toca. Y él no me toca.

Esa es otra de las cosas que alguien tiene que decirle. Alguien tiene que explicarle que no quiero besos castos, quiero su lengua rozando la mía, masajeándola, como el día en que me trajo tiramisú para levantarme el ánimo.

Quiero sus labios chupando mi lengua y sus dientes mordiendo mis labios. Dios, parece que estoy desesperada por eso. A cada segundo lejos de la intimidad de la que me volví adicta, un nervio mío muere para que otro más atormentado nazca en su lugar.

Hasta este momento de mi vida, no sabía que era posible tener abstinencia de alguien y Bruno no parece tener la más mínima intención de poner sus dedos sobre mí en un buen tiempo. Me estoy volviendo loca.

No hay otra explicación. Porque, mientras emocionalmente necesito que pare, físicamente necesito que comience. Y lo peor es que estoy segura de que, aunque hiciera las dos cosas al mismo tiempo, aún no sería suficiente.

***

Sentada en la cama, con la espalda apoyada sobre una pila de almohadas y las piernas estiradas sobre el colchón, en una posición en la que creo que tendré dificultades para descongelarme cuando ya no sea necesaria, miro de reojo a Bruno, a mi lado.

Él está concentrado en su computadora, trabajando en algo. Después de trece días, solo ayer logré convencerlo de compartir la cama conmigo y dormir abrazada a su pecho, con su aroma invadiéndome en cada respiro, convirtiendo lo que era desesperación en necesidad. Es una locura, lo sé, pero no puedo evitar esa sensación.

—Deja de mirarme así —pide, pero me hago la desentendida.

—¿Así, cómo?

—Como si fueras a saltar sobre mí en cualquier momento.

—Tal vez salte —sugiero, mirándolo ahora de frente. Bruno aparta la vista de la pantalla de su laptop sobre su regazo y la dirige hacia mí.

—No saltes —dice en serio y yo ruedo los ojos.

—¡Ya han pasado catorce días desde el accidente, Bruno! ¡Mañana me dan el alta! ¡Una mujer tiene necesidades! —me quejo y él se ríe, girando la cara hacia la pared por unos segundos antes de cerrar la laptop, ponerla sobre la mesita de noche y girar, colocando su torso frente a mí.

Nos miramos un rato sin que ninguno de los dos haga un movimiento. Es él quien cede, o al menos eso es lo que creo que está pasando cuando sus dedos van a mi nuca y, moviendo solo la cabeza, acerca su rostro al mío.

Nuestras respiraciones se mezclan y el calor que veo en sus ojos rápidamente se extiende por cada centímetro de mi cuerpo. Dios, ¡qué tanto lo extrañaba!

—¿Me extrañabas, cariño?

Pareciendo escuchar mis pensamientos, pregunta en un susurro que me recorre la columna con un escalofrío agradable.

—Mucho —medio susurro, medio gimoteo la solitaria palabra.

Bruno frota su nariz por mi rostro, acariciando, provocando, pero con la firme sujeción de mi nuca, me mantiene atrapada en el lugar.

—Yo también, cariño. Yo también. —Cierro los ojos cuando sus labios llegan a mi oreja y sus dientes muerden el lóbulo—. Y por eso no voy a meterte la verga antes de que recibas el maldito alta, ni en la casa de tu madre, Milena. —Su tono es definitivo y yo gimo, frustrada por no recibir lo que tanto quiero, lo que creí que recibiría —. ¡Mierda, cariño! —hace una pausa y lame detrás de mi oreja—, quiero oírte gritar, y ella y tu hermano realmente no tienen que ser parte de eso.

Me suelta y se levanta de la cama de golpe y, después de lanzarme una mirada que dice mucho, agarra una almohada y comienza a caminar hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

Mi voz suena rasposa, excitada.

—A dormir en la sala, Milena.

—¡Bruno! —me quejo, rozando mis caderas contra el colchón.

—Sin Bruno, Milena. ¡No me vas a convencer! —decide y exhala con fuerza. Da media vuelta y se inclina hacia mí. Me besa en la frente, luego en los labios con suavidad. ¡Dios! No quiero suavidad —. ¡Y no te atrevas a masturbarte!

Su tono es imperativo y por un segundo, quiero desafiarlo, pero ¿a quién estoy engañando? Masturbarme no me daría lo que quiero. ¿Lo haría? ¡Sí! Tal vez hasta me sentiría aliviada, pero es por su caricia que me siento desesperada, no por el alivio.

Así que solo resoplo, malhumorada, y el idiota tiene la osadía de soltar una risita antes de besarme en la boca y desaparecer por la puerta.

—¡Maldita sea! —gruño.

60.
BRUNO MAGALLANES

De pie, en una esquina del consultorio, observo con expectativas mientras el médico examina a Milena. Creo que nunca había esperado tanto por una noticia como ahora, esperando su alta médica.

¡Maldita sea! Ni la noticia de que había logrado mi primer billón fue tan esperada. Mi corazón late con fuerza en el pecho, ansioso por tres malditas palabras: "¡ella está bien!".

Milena busca mi mirada, sintiéndose tan ansiosa, probablemente incluso más que yo. Ya no aguanta más el reposo y, si la noche pasada dejó algo claro, es que tampoco soporta más la abstinencia sexual. "*¡Una mujer tiene necesidades!*", dijo.

Si no fuera trágico, sería cómico. Su determinación, como siempre, me deja inmediatamente duro y necesito dormir en la sala, porque no confío en mí, pero confío aún menos en ella. La maldita podría intentar seducirme en la madrugada, ¡y mierda! Mejor no arriesgarme.

—Parece que está todo como debería estar, Milena. Ya estás oficialmente de alta. —Milena salta de la camilla donde estaba sentada y abraza a su madre, que ya está llorando—. Pero vamos a mantener un ritmo reducido durante las próximas semanas, ¿está bien? —Las dos se separan del abrazo y se giran hacia el médico, manteniendo solo los dedos entrelazados—. El reposo absoluto se suspende, pero aún no puedes hacer actividades físicas intensas ni ninguna actividad que requiera mucho esfuerzo físico.

La recomendación hace que Milena me mire y yo asiento. Ya lo esperaba, pasé las últimas semanas hablando directamente con su médico sobre su progreso y los pronósticos.

—¿Qué tipo de actividad, además de ejercicios físicos, debería evitar? —pregunta Milena.

—Caminatas largas, escaleras con muchos escalones, bailes intensos o que requieran demasiado de tu cuerpo. Aunque te liberen del reposo, Milena, es importante que entiendas que tu cuerpo todavía está en recuperación. El bazo es un órgano sensible y vital que sufrió una lesión. Afortunadamente, no fue necesaria cirugía, pero tu cuerpo necesitará tiempo.

Ella muerde el labio inferior y asiente con la cabeza. Otra vez, sus ojos me buscan, pero pronto se desvían hacia su madre, al lado de ella, y luego regresan al médico.

Frunzo el ceño, extrañado cuando ella repite ese recorrido visual y suelta una profunda exhalación, como si estuviera tomando valor para hacer una pregunta...

—¿Y sexo?

Mi boca se abre, reflejando mi sorpresa por un segundo antes de controlar mi expresión. ¡Mierda! Claro que lo hizo.

Doña Daise, en lugar de mostrar algo de vergüenza, tira la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas mientras yo me rasco la cabeza. A pesar de la valentía de la pregunta, la vergüenza tiñe el rostro de Milena de rojo.

—No será un problema, siempre que no involucre situaciones de mucho estrés físico.

Doña Daise se esfuerza por contener una segunda carcajada, pero no lo logra y su risa llena el consultorio.

—¿Puedo ir a un concierto? —expresa, lo que yo creía que era su mayor preocupación, pero estaba claramente equivocado.

Al menos soy más importante que Harry Styles. Qué bien, ¿no?

—Siempre que sigas las indicaciones sobre el esfuerzo físico, sí.

—¿Y la alimentación? ¿Puedo volver a comer dulces? —pregunta Milena, esforzándose por dejar atrás su curiosidad, aunque su madre

no parece estar del mismo humor.

—Vamos a mantener tu dieta por un tiempo, pero podemos aumentar la cantidad de dulces a una vez más por semana.

Ella asiente, satisfecha, y durante los siguientes treinta minutos todas sus dudas son resueltas y se programan nuevos exámenes y consultas. Cuando salimos del consultorio, la sensación es la de haber quitado un camión de encima de mis hombros.

Salgo del hospital con el brazo alrededor de la cintura de Milena y la certeza de que ahora es el momento de poner en marcha mi plan. El primer paso involucra a cuatro idiotas y una apuesta, pero antes, necesito atender las necesidades de mi mujer.

***

El golpeteo constante del pie de Milena contra el suelo me deja dividido entre reírme de la ansiedad que refleja su rostro, sus gestos y su respiración irregular, o aprovecharme de ella. El aire a nuestro alrededor estalla con una energía densa, alimentando la expectativa de lo que ambos sabemos que está a punto de suceder.

Dejamos a Doña Daise en casa, pasamos un rato allí con su familia, y aunque Milena disfrutaba de la reunión sin el peso del reposo absoluto, sus miradas furtivas hacia mí dejaban claro que estaba ansiosa por el momento en que nos despediríamos de su madre y su hermano y finalmente estaríamos verdaderamente solos después de semanas.

Me hubiera gustado jugar con su expectativa, fingir que no tenía intenciones para esta noche, sería fácil argumentar que la visita al médico ya había sido suficiente esfuerzo para hoy, pero no engañaría a nadie.

Tanto como ella, estoy loco de ansias, de deseo y necesidad. De la conexión que solo encontré en su cuerpo y de la conversación deliciosa que descubrí que existe entre nuestros gemidos.

Las puertas del ascensor se abren con un pitido y sus ojos azules y expectantes buscan los míos. Ella suspira, parpadea varias veces y

muerde su labio, hermosa como nunca en el vestidito suelto que estoy seguro eligió porque es fácil de quitar.

Esa es solo una de las muchas contradicciones que me encantan de ella. Su capacidad de mezclar inexperiencia y osadía en dosis iguales cuando se trata de sexo.

Milena sale del ascensor con pasos moderados y yo la sigo. Abro la puerta del departamento y dejo que sea ella la primera en entrar, siguiéndola antes de cerrar y recostarme contra la puerta. Ella ya se ha adelantado unos pasos cuando se da cuenta de que me quedé atrás y se da vuelta hacia mí.

—¿Qué pasó? —pregunta, y yo agito la cabeza de un lado a otro.

—Nada... solo te estoy mirando. —No tengo ninguna ilusión de no sonar como un idiota enamorado.

—¿Mirándome? —Mueve sus labios rosados en la sugerencia de una sonrisa.

—Mirándote —repito.

—¿No lo hiciste ya suficiente en las últimas semanas? —pregunta, regresando los pasos que nos separaron y tocando mi rostro con sus pequeñas manos.

En silencio, nos miramos hasta que la realidad de lo que Milena me hace sentir me obliga a cerrar los ojos. ¡Mierda, soy un idiota, completamente enamorado!

61.

MILENA GARCÍA

Con las manos extendidas sobre las mejillas de Bruno, mientras miro su rostro perfecto y sus ojos cerrados, sintiendo cómo todo mi cuerpo reacciona a su presencia, a su cercanía, a la mera certeza de que está aquí, al alcance de mis manos, quiero reírme de mí misma.

Mi boca puede negar lo que quiera y mi mente puede intentar escapar todo lo que se le ocurra, pero la verdad es que no estoy a punto de enamorarme de este hombre. Ya lo estoy, perdida e irremediablemente.

Después de tanto tiempo negándolo, es graciosa la forma tan tranquila en la que esta realización me golpea. Tal vez sea porque, después de las últimas semanas, quiero creer que no soy la única, no puedo creer que lo sea.

El miedo, la duda, todavía están aquí, en algún rincón de mí que se aferra a la autopreservación, pero, en este momento, creo que ese rincón es particularmente tonto.

Más de lo que alguna vez imaginé que sería, si permitiera que mi corazón se enamorara del hombre devastadoramente guapo que, todos los días, a las siete y quince de la mañana, pasaba por las puertas de mi lugar de trabajo y hacía que mis piernas temblaran solo por sonreírme y desearme buenos días antes de pedir su café moca.

—¿Te sientes bien? —pregunta, abriendo los ojos.

—En realidad, no. —Su ceño se frunce y la preocupación aparece inmediatamente en su rostro.

—¿Qué sientes?

Bruno coloca ambas manos en mi rostro y le dedica toda su atención, buscando cualquier señal de que algo esté mal.

—Tengo un frío en el estómago —digo, y sus manos bajan por mi cintura hasta llegar al abdomen, que acaricia con cuidado.

—¿Y te duele?

—No… Pero hay una sensación…

—¿Qué sensación? —La pregunta es ansiosa, angustiosa, no espera a que termine de pensar.

—Mi corazón... Está acelerado, ¿sabes? ¡Descompasado! —Sus ojos se abren de par en par, y ahora parece casi desesperado—. Y el aire, yo…

—¿Te falta el aire? ¡Mierda, Milena! —me interrumpe, moviendo los ojos rápidamente de un lado a otro por la habitación.

Casi puedo ver cómo su cerebro está funcionando a mil por hora, tratando de encontrar la mejor manera de reaccionar.

—Creo que no voy a poder respirar si no me besas ahora —susurro, y pasan unos segundos antes de que mis palabras tengan sentido para él.

Veo la transformación en su rostro una vez tras otra. Va de la confusión, a la comprensión, luego, muy brevemente, al alivio y, finalmente, a algo parecido a la ira, haciéndome sonreír.

—No tiene gracia —se queja.

—La falta que tengo de tus labios tampoco tiene gracia. —Alcanzo su mano y la llevo hasta mis labios, dejando su pulgar sobre ellos y besándolo suavemente—. Ni un poco.

—Me cagaste de miedo, Milena.

Suelta un largo suspiro y cierra los ojos, tan serio que hasta me siento culpable.

—Fueron solo unos segundos, Bruno —murmuro.

Él ríe sin humor y roza su palma por mi mejilla en una caricia que adoro.

—No fue solo una broma, cariño.

Por primera vez, en todos los días que han pasado desde que desperté en el hospital, veo a Bruno mostrar algo que no sea fuerza y seguridad.

Él fue el apoyo que mi familia necesitó durante todo este tiempo, el apoyo que yo necesitaba. Su respiración se detiene, delatando que está conteniendo el aliento.

—¡Fue todo, mierda! —Suelta el aire—. ¡Todo! —exclama, con los ojos fijos en los míos, dejando claro que quiere decir cada palabra—. Las dos horas en las que no sabía qué te estaba pasando fueron las más aterradoras de mi vida. —Mi corazón, que ya sentía latiendo acelerado en mi pecho, con esa declaración, comienza a latir en mi garganta—. Solo… Solo quiero mostrarte tantas cosas. —Inclina el cuello, mirándome con esos ojos azules que son capaces de despertar tantas sensaciones en mi cuerpo como en mi mente—. Quiero ver tantas cosas contigo y, hasta que me di cuenta de lo aterrorizado que estaba por la posibilidad de no tener tiempo para eso, ni me había dado cuenta de cuántos planes ya tenía hechos para nosotros dos, nena.

Sonrío de nuevo, pensando en la calma extrañamente natural que acompaña el momento. Bruno es tan intenso, tan seguro, tan impredecible, pero la verdad es que nunca hemos sido solo explosión.

En la cama, sí, una tras otra, siempre pareciendo más grandes que la anterior. Pero nuestras vidas se entrelazaron lenta y sutilmente, a pesar de la forma inesperada en que todo comenzó. Primero estuvo esa atracción insoportable, que no aceptaba un no como respuesta. Luego, el descubrimiento del placer de ceder a ella y, entonces, todo lo que conlleva perderse ante ella.

El placer, la compañía, la complicidad, el consuelo y tantas otras cosas, que es difícil de enumerar. Y pensar que, no mucho tiempo atrás, creí que estaría perdida si cruzaba la zona segura para mi corazón.

La idea es incluso divertida ahora, porque contra todo pronóstico, con Bruno a mi lado, cada paso que damos me muestra que, a veces, es precisamente al perderse donde se encuentra la felicidad.

Nuestros ojos hablan en silencio por largos minutos y, aunque sé que aún hay palabras que deben ser dichas, mi boca busca la suya, declarando que sentir el sabor de sus emociones es mucho más urgente que escuchar cómo suenan.

El beso tiene sabor a certeza y felicidad. Los labios de Bruno se mueven sobre los míos con la intensidad de siempre, pero con una lentitud que nunca habíamos experimentado antes. Su lengua conquista la mía, baila con ella.

Su boca saborea y entrega a la par, hasta que solo este intercambio deja de ser suficiente y nuestras manos empiezan a explorar la piel del otro.

Entre suspiros y gemidos, mi vestido suelto es arrojado a un lado, igual que la camiseta que Bruno llevaba puesta. El contacto de nuestros cuerpos semidesnudos crea una corriente eléctrica sobre mis músculos, intensificando cada una de las sensaciones. Bruno me levanta en brazos, exactamente como la primera vez, y pienso que esta, no deja de ser otra más.

Sus pasos firmes me llevan escaleras arriba y sus labios reparten besos por mi rostro, cuello y nariz, arrancándome sonrisas y declaraciones mudas.

Abro la puerta de la habitación, facilitando nuestras vidas, y él se sienta en la cama conmigo, coloca los dedos en mi nuca, se los pasa por el cabello mientras me mira con adoración, haciéndome sentir cada uno de sus toques con mucha más intensidad.

62.
BRUNO MAGALLANES

Mi boca vuelve a los labios de Milena, baja por su mentón, lame su garganta y muerde su cuello, queriéndolo todo de ella y queriéndolo ya. Desliza sus manos por mi espalda, acariciándome, provocándome y volviéndome loco.

Me muevo lentamente, disfrutando de la sensación de nuestros cuerpos rozándose, sintiéndome completo de un modo inexplicable, sabiendo que no hay otro lugar en el mundo para ella que aquí, entre mis brazos. Su olor me domina, su sabor me abruma y su entrega, como siempre, me esclaviza.

Las contracciones de mis huevos se hacen cada vez más intensas mientras mi verga protesta por haber estado demasiado tiempo lejos de su vagina.

Con los dedos de una mano en su pelo y la otra sujetando firmemente su cintura, invierto nuestras posiciones en un cuidadoso movimiento, dejando a Milena sentada en la cama, antes de levantarme. Sonrío al contemplar su cuerpo, ya coloreado de distintos tonos de rojo, con el pecho subiendo y bajando sin aliento.

Saco la billetera del bolsillo, busco un preservativo y lo dejo junto a ella en la cama, antes de desnudarme por completo. Desnudo, me inclino sobre ella y contemplo su mirada expectante, la expresión de placer en su rostro de ojos brillantes y labios entreabiertos.

Beso su regazo una y otra vez, extendiendo mis labios por toda ella, antes de lamer la suave piel hasta llegar a uno de los rosados pezones y chuparlo. Ella se retuerce sobre las sábanas, frotándose contra la cama en busca de alivio.

Pero no estaré mucho, ya tendré tiempo para eso más tarde. Me arrodillo a sus pies, le aliso los muslos, la animo a levantarse

mientras le reparto besos por todas las piernas.

Milena se levanta y yo inclino la cabeza hacia atrás, centrando mis ojos en los suyos mientras le bajo la tanga, dejándola completamente desnuda.

Mi propia respiración es agitada, completamente entregada al momento. En cuanto me deshago del pequeño trozo de tela, el olor de su excitación me atrae como un imán.

Hundo la nariz entre los grandes labios de su vulva, dejándola completamente embadurnada y aspirando el aliento que tanto he echado de menos en las últimas semanas.

—Me encanta tu olor, nena.

Suelta un gemido bajo cuando las palabras vibran en sus sensibles pliegues antes de que la punta de mi nariz los roce. Inclino aún más la cabeza, acerco mis labios a su exquisita vulva y la beso sin apartar los ojos de los suyos.

Su mirada sensual acompaña un gemido más fuerte y su atención sigue puesta en mí cuando abro la boca y meto la lengua en su calor.

Su sabor es delicioso y estoy alucinando. La lamo hasta que echa la cabeza hacia atrás, pone los ojos en blanco y tiene que apoyar su peso en mis hombros.

—¿Extrañaste esto, Milena? —susurro sin apartar la boca de su vulva, antes de chupar su duro pezón.

—¡Mucho, Bruno! ¡Mucho! —Habla alto y empuja las caderas hacia delante.

—Siéntate, nena. Déjame devorarte.

Su respuesta es obedecerme. Milena se sienta de nuevo en la cama y abre las piernas, exponiendo completamente su vulva roja y melosa a mis ojos. Mi verga palpita y babea, ansiosa por su turno.

Necesito sentir la textura de su piel en mis manos, coloco el pulgar sobre su clítoris y lo masajeo con movimientos circulares.

Empieza a gemir de nuevo y no sé qué me gusta más, si el sonido de sus gemidos, su sabor en mi lengua o verla perderse en mí.

Vuelvo a lamerla, pero no dejo de trabajar con el dedo hasta que grita, con la mano en el pelo, empujando mi cabeza contra su vulva, tan delirante como yo, y su cuerpo se convulsiona, sentada, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Hermosa. terriblemente hermosa.

—Me encanta ver cómo acabas —le susurro al oído, tras ponerme de pie y antes de besarle la boca lentamente para que saboree su propia delicia en mi lengua. Me subo a la cama de rodillas y me tumbo de lado, llevándome el condón.

—Ven aquí, preciosa —la llamo, tras rasgar el envoltorio y metérmelo en la verga. Aún aletargada por el orgasmo, ella gime.

—Yo también quiero chupártela.

—Y lo harás, más tarde. Ahora estoy desesperado por estar dentro de ti —confieso, y esto la pone inmediatamente en la posición que yo quería. Acaricio su cuerpo y la giro, dejando su espalda pegada a mi pecho y mi brazo bajo su cabeza—. Voy a metértela así, nena: de lado. —Mis palabras la hacen gemir.

Muevo su pierna, dejándola sobre la mía, y me encajo en su entrada. Me deslizo lentamente, su apretada vagina me absorbe, provocando jadeos en ambos.

—Muy excitante —le susurro al oído antes de lamer detrás de ella —. Cómo me calientas, nena... ¡Maldita sea!

Las maldiciones salen de mi boca sin control, completamente alucinado por su calor. Quedarme quieto para que se acostumbre a mi tamaño me está quitando toda la cordura.

—Bruno… —se queja, después de lo que parece una eternidad, y mueve las caderas, pidiendo que yo haga lo mismo. Obedezco de inmediato, desesperado por ello.

A pesar de la urgencia en sentirla, mis movimientos son lentos, intentando hacer que este momento dure tanto como sea posible. Beso su cuello, masajeo sus tetas, jugando con los pezones duros entre mis dedos.

Muevo las caderas y ella grita a cada movimiento, empeñada en frustrar mis planes de disfrutar su cuerpo por mucho tiempo. Sus gemidos y la forma en que mueve las caderas me arrastran hacia el borde con una velocidad inexplicable.

Delirio de placer cuando su vagina aprieta mi pene, anunciando que Milena está a punto de llegar al orgasmo nuevamente. Traigo su boca hacia la mía, girando su rostro, y meto mi lengua en ella, tragando sus gemidos y dejándome llevar.

Me pierdo junto a Milena en un orgasmo intenso e imposible de contener. Su vagina estrecha exprime mi verga con hambre de semen hasta la última gota, diciéndome que, tanto como yo, ella está lejos de sentirse satisfecha. Pero no es solo eso.

Hay algo más, y, con el pecho agitado, sigo mirándola, intentando descubrir qué es. Su rostro sudado y rojo es un desastre, con mechones de cabello pegados en su frente, mejillas y cuello, sus ojos azules brillan, sus labios llenos están rojos y de verdad necesito decir que la amo.

Que me enamoré de la mujer con alma y actitud de niña, que no hay ningún lugar en el mundo en el que planee estar sin ella a mi lado y al diablo con un gran momento, este es el momento, me doy cuenta, porque basta estar con ella para que cualquier momento sea grande. Me río de mi propio pensamiento, atrayendo una mirada con el ceño fruncido de Milena.

—Tenía un plan, ¿sabías? —pregunto, girando su cuerpo y dejándolo boca arriba. Su rostro me mira, concentrado, y su frente sigue fruncida porque no tiene idea de qué demonios estoy diciendo —. Mi plan involucraba flores, los Caparellos, cuatro idiotas que llamo amigos, una nueva apuesta, Buzz y, tal vez, un globo.

—¿Un globo? —Toca la punta de su lengua sobre su labio inferior y suelta una risa baja—. ¿Como un globo de fiesta?

—No. Globos como los de Turquía, en los que te subes y te llevan al cielo. —Ahora, su risa se convierte en una carcajada.

—¿Y qué tipo de plan era ese? ¿Para qué necesitarías, tal vez, un globo?

—Para decirte que te amo —suelto las palabras sin ningún pudor, y su sonrisa se sustituye por labios entreabiertos cuando ella respira fuerte, con los ojos azules parpadeando sin parar—. Para decir que, en realidad, tenía un millón de otros planes... —hago una pausa y asiento, diciendo las palabras no solo para ella, sino también para mí — planes en los que había estado trabajando por mucho tiempo y que podría seguir persiguiendo, pero no quiero. —Me inclino sobre su cuerpo, acercando mi rostro aún más al suyo, viendo cómo sus ojos se ponen rojos y el brillo de lágrimas no derramadas toma el control de ellos—. Para decir —toco mi frente con la suya— que podría fingir que nosotros dos nunca fuimos más que una apuesta, que un contrato estúpido, podría intentar convencerme de que es demasiado pronto, que dos meses no son suficientes para tener tanta certeza, pero no quiero. —Capturo la primera lágrima que cae por su piel y dejo un beso justo donde la sequé—. Podría decir que no fue más que una casualidad, una coincidencia, pero sería mentira. —Mi propia voz se quiebra, y Milena lleva su mano hasta mi rostro, como si se estuviera preparando para hacer por mí lo mismo que yo hice por ella—. Porque te amo y quiero despertar contigo en mi cama todos los días, quiero tu adicción por la pasta y el tiramisú, quiero descubrir cuántas frases de películas de Disney te sabes de memoria y llevarte a conocer el mundo, pero quiero más, Milena. Quiero mucho más. Quiero presentarte a mis padres y hacer que se vuelvan completamente locos por ti, tal como yo lo estoy. —Juego con nuestras narices—. Quiero ver tus primeras arrugas, va a tomar tiempo, es cierto. —Ella se ríe—. Seguro verás las mías primero, aunque estoy seguro de que seré un viejo muy atractivo. —Ahora, ambos nos reímos de lo absurdo—. Quiero ver tus primeros cabellos

blancos, Milena. Quiero estar aquí para ver cómo descubres que puedes ser lo que quieras... Te quiero, porque te amo.

Su rostro, ahora aún más rojo por la emoción y mojado por algunos rastros de lágrimas, es lo más hermoso que he visto en mi vida, y ella muerde su labio, haciendo que mi corazón esté a punto de fallar antes de decir algo.

—¿Parafraseaste la canción de Anavitória? —Y cuando habla, por supuesto, sus palabras no son nada de lo que esperaba. Me echo a reír a carcajadas antes de pegar mis labios a los suyos. Es un contacto de labios, nada más—. Y yo también te amo... —susurra con los labios pegados a los míos, haciéndome darme cuenta de que, si lo primero mejor que escuché en la vida fue que Milena estaba bien, lo segundo, seguramente, es que ella me ama—. No tengo una letra de canción para recitar —bromea—, pero te amo, Bruno, y no me importa que hayan pasado dos meses, podrían haber sido dos días, no cambiaría nada. —Nuevas lágrimas caen por las esquinas de sus ojos—. No me importa que todo haya comenzado porque querías ganar una apuesta que, por cierto, ya habías perdido. —Da una risita y su pulgar acaricia los cortos vellos de mi barba—. Aún así no cambiaría nada. Ninguna línea. —Roza su nariz con la mía.

—¿Ni la parte en la que parafraseo frases de películas o canciones? —bromeo, y ella frunce el ceño y entrecierra los ojos.

—Tal vez cambiaría esa parte —responde después de unos segundos pensándolo, y yo sonrío de oreja a oreja.

—Eres la razón de mi felicidad... —empiezo, pero antes de que pueda llegar al segundo verso de la canción de la banda Melin, ella ya está riendo a carcajadas.

63.

MILENA GARCÍA

—¡Ok! ¡Puedes hacerlo! —me digo a mí misma, con el corazón latiendo en mi garganta.

Reviso la mesa puesta en la cocina de Bruno. Los platos y servilletas de tela están bien colocados, al igual que las copas y la comida que obviamente pedí en el Capparellos. Incluso hay un vino elegido por Marco.

No hay velas, pétalos de flores, ni globos o cualquier otra cosa que normalmente se considera romántica en las películas y telenovelas. En cambio, al lado de los platos y cubiertos, está un contrato. Mi propio contrato. No debería estar tan nerviosa, pero no puedo evitarlo.

Muerdo el labio, mirando hacia la puerta, luego hacia el reloj, sabiendo que Bruno llegará en cualquier momento. Le pedí la llave de su departamento a Arthur.

Y, después de un pequeño interrogatorio, según él, para asegurarse de que no estaba planeando envenenar los suplementos de su amigo o sustituir sus champús por pegamento, me prestó su copia.

Nunca me imaginé haciendo este tipo de cosas, pero desde que Bruno me dijo que tenía planes y que nuestra urgencia los arruinó, quise darle esto.

Y no había un mejor día para hacerlo que hoy, el día en que nuestro contrato inicial, ya descartado hace algunas semanas, terminaría oficialmente si se hubiera llevado hasta el final.

Tomo las dos hojas sobre la mesa y vuelvo a leer las palabras allí escritas, de manera torpe, por mí misma.

CONTRATO DE PERDICIÓN

El presente instrumento tiene como objetivo formalizar un acuerdo de relación entre las dos partes involucradas, denominadas i) novio y ii) novia.

Con el fin de garantizar el compromiso del novio y de la novia en el cumplimiento de las tareas correspondientes a lo que se define como relación en el ANEXO 1 de este documento, se establece que todo acuerdo previamente firmado por ambas partes será considerado anulado y que ambos lo hacen por voluntad propia.

Además, se deja constancia de que tanto el novio como la novia conocen la importancia de que, para que este documento siga siendo válido, la lista de perdición (ANEXO 2) debe cumplirse dentro de los 12 meses y luego renovarse con nuevos ítems, pudiendo, si ambas partes están de acuerdo, repetirse tareas ya realizadas.

De esta manera, el novio y la novia se comprometen a esforzarse por cumplir todas las tareas establecidas por este contrato y cualquier otra que una de las partes considere interesante, siempre que sea consensuada, lícita y conduzca a la felicidad y/o placer de ambos.

São Paulo, _____, _____ de 2022.

Bruno Magallanes

Milena García

ANEXO 1 DEL CONTRATO DE PERDICIÓN.

Relación
sustantivo masculino

1. acto o efecto de relacionarse.
2. capacidad de mantener relaciones, de convivir bien con los demás.
3.

interacciones sociales y sexuales de carácter monógamo (es decir, al que se refiere este contrato).

ANEXO 2 DEL CONTRATO DE PERDICIÓN

Lista de Perdición:

1) Tener sexo esta noche
2)
3)
4)
5)
6)
7)
8)
9)
10)
11)

La lista en blanco, para que podamos completarla juntos, intensifica el frío en mi estómago y me recuerda que necesitaremos bolígrafos. ¡Maldita sea, Milena!

Miro a mi alrededor, buscando un portalápices o algo por el estilo, pero no encuentro nada. Mientras que en mi casa, en cada habitación, hay lápices y bolígrafos por todas partes, aquí no hay nada.

Pienso, tratando de recordar dónde podría haber visto material de papelería en el apartamento, y solo después de casi cinco minutos, me acuerdo del escritorio en el cuarto.

También está la oficina, pero no me siento cómoda entrando allí sola. El cuarto es más mi ambiente, literalmente.

Con las hojas en las manos, por si Bruno llega mientras estoy allí arriba, subo las escaleras y me dirijo al cuarto. Aún en la puerta,

resoplo al no ver ningún signo de un lápiz o bolígrafo. Maldito hombre organizado.

Dejo los papeles sobre el escritorio y abro el primer cajón, de abajo hacia arriba. No encuentro nada más que algunas carpetas y una engrampadora.

El segundo está vacío, el tercero también, y en el cuarto y último, encuentro una infinidad de papeles, pero el sonido que escucho al abrir el cajón me da esperanza de que puedo encontrar lo que necesito debajo de ellos.

Saco las hojas, las pongo sobre el escritorio, al lado de mi contrato, y sonrío ampliamente al encontrar tres bolígrafos sueltos dentro. Tomo lo que necesito y, al intentar devolver las hojas a su lugar, el maldito bloc se resbala de mi mano y todas se esparcen por el suelo.

—¡Mierda, Milena! ¡Mierda!

Paso unos segundos aturdida, intentando encontrar la manera de poner todo en orden como lo encontré. Obviamente, no lo haré.

La única opción será, más tarde, contarle a Bruno lo que pasó y esperar a que él sea capaz de reorganizar todo como se necesita.

Con un suspiro, me arrodillo para recoger hoja por hoja, y realmente son muchas. Voy apilándolas y alineándolas, apilando y alineando, hasta que al alinear una tanda, la primera hoja llama mi atención. Mi nombre está escrito en ella.

Parpadeo e inclino la cabeza. No debería curiosear, ¿verdad? No, no debería. Pero tiene mi nombre… Si tiene mi nombre, debe ser de mi interés. Me justifico para nadie más que para mí misma mientras observo la hoja. Solo una miradita no hará daño.

Subo la vista por las letras sobre mi nombre y encuentro las palabras Firma de la parte 1. Eso me hace levantar la ceja. ¿Un contrato?

Es decir, ¿sería esta una copia de nuestro contrato? Reviso la pila ya organizada, queriendo descubrir si la hoja detrás de esa es su continuación, pero no lo es, así que reviso la siguiente, y luego la siguiente, y la siguiente, hasta que, cuando me doy cuenta, ya no se trata de una simple miradita, sino casi de una investigación profunda y es demasiado tarde para detenerme. La curiosidad ya me ha mordido y ahora está masticándome por dentro.

A pesar de intentar estar atenta, sé que es inútil. Sería imposible escuchar la puerta del primer piso abrirse desde aquí, lo que significa que no tengo mucho tiempo.

Ya estoy a punto de rendirme cuando me doy cuenta de que todo el tiempo las hojas estaban identificadas como Anexo 1 y con numeración, por lo que todo lo que tenía que hacer era buscar otras con las mismas identificaciones laterales.

Rápidamente, hojeo el bloc y encuentro tres hojas, pero cuando las pongo en orden y leo, descubro que estaba equivocada.

Una miradita sí puede hacer daño. Y mucho.

64.
BRUNO MAGALLANES

—¿Mi amor? —llamo sonriendo al pasar por la puerta y oler el increíble aroma, pero no recibo respuesta—. ¿Milena? —intento otra vez mientras cruzo el vestíbulo, pero como antes, solo silencio.

Cuando finalmente entro en la casa, me doy cuenta de que sí está aquí, después de todo, la mesa del comedor está puesta. Dejo las llaves y el celular en el aparador y empiezo a quitarme la corbata mientras subo las escaleras hacia el segundo piso.

No escucho nada hasta estar cerca de la puerta de mi cuarto y, cuando lo escucho, no entiendo. ¿Es ruido de papeles?

Mi confusión desaparece cuando, al llegar a mi cuarto, encuentro a Milena de rodillas, en el suelo, rodeada por un montón de papeles esparcidos, además de una pila sobre la cual está descansando su mano, y el cajón de mi escritorio abierto.

Un escalofrío recorre mis venas cuando una posibilidad cruza mi mente. Ella levanta la cabeza cuando me oye y busco en sus ojos alguna señal, pero no me entrega nada.

—¿Milena?

El arqueo de su ceja, seguido de sus ojos desviándose hacia los papeles en sus manos, es la respuesta que buscaba antes y no encontré.

—No es lo que estás pensando —me defiendo, y ella inclina la cabeza con una expresión de incredulidad en su rostro. ¡Carajo! ¿Justo hoy tenía que rebuscar en el puto cajón?

—¿Ah, no? —pregunta, y me apresuro a responder.

—¡No! ¡No es!

—¿Estás seguro?

—¡Absolutamente!

Ella se levanta, trayendo consigo tres hojas de papel en las manos. Tres malditas hojas. ¿Cómo, entre esa infinidad de papeles, Milena encontró justamente esas tres?

—Interesante... —comenta, mirando los papeles que tiene en las manos—. Porque estaba casi segura de que este anexo del contrato fue alguna idiotez tuya, pensando que podías comprarme, basado en nada más que voces en tu cabeza, antes de ser capaz de entender y admitir tus sentimientos. Pero no es nada de eso, ¿cierto? Entonces, ¿me puedes, por favor, explicar qué es esto?

Parpadeo con la boca abierta y, en lugar de decirle una palabra, meto mis manos en su cabello y beso su boca.

Dejo que mi lengua la invada y haga lo que quiera, lamiendo, chupando y masajeando hasta que ambos estemos sin aire.

—Tú. —Le doy un beso rápido—. ¡Eres! —Otro beso—. ¡La! —Otro beso—. ¡Puta! —Otro beso—. ¡Mujer! —Otro beso más—. ¡Perfecta!

Milena se ríe y envuelve sus brazos alrededor de mi cuello antes de darme, ella misma, un beso tras otro.

—¿De verdad creíste que lo iba a entender mal?

—¿Sinceramente? Sí, lo pensé —inclino mi frente contra la suya—, pero carajo, Milena. En toda esa pila de papeles —digo, inclinando la cabeza hacia el desorden—, ¿tenías que encontrar justamente esos?

—Si no los hubieras guardado, no tendría nada que encontrar y, para ser sincera, fueron ellos los que me encontraron. Tenían mi nombre, y quise saber qué eran. Ahora, tú. ¿En serio pensaste en algún momento en presentarme esto? —pregunta, agitando los papeles.

—Sí y no. Los escribí la noche después del club, cuando me di cuenta de que tres meses no serían suficientes, pero todavía no entendía que no solo se trataba de sexo, tu cuerpo es una delicia,

me sentí confundido —justifico, y ella se ríe—. Pero incluso en ese entonces, sentía que una propuesta como esta...

—¿Ofrecerme más dinero, como si fuera una prostituta? —me interrumpe.

—No pienso así. El dinero trae comodidad, así fue como comenzamos, y tú dijiste que no te arrepientes.

—No me arrepiento, pero una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa.

—Para mí, todo es lo mismo.

—Entonces, ¿por qué nunca me lo mostraste? —pregunta, desconfiada.

—Porque tenía la impresión de que no verías las cosas de la misma manera que yo.

—¡Impresión correcta! Me habría enojado mucho, mucho.

Sonrío débilmente y asiento. No tengo dudas sobre eso.

Huele a su cabello, matando la puta nostalgia que siento después de solo un día lejos. Las semanas en su apartamento me malacostumbraron, y desde entonces, he tenido que lidiar con eso.

—¿Qué estabas buscando?

—Bolígrafos —responde sonriente, y yo entrecierro los ojos.

—¿Para qué?

—Vamos a necesitar firmar algunos papeles —hace una pausa dramática—, quiero contratarte.

Al principio, creo que está bromeando, pero cuando Milena se aparta de mí, va hasta el escritorio y agarra tres hojas que nunca había visto antes, no me queda otra opción que soltar una carcajada.

***

—Entonces, ¿ahora soy oficialmente tu novio? —Estamos sentados a la mesa, ambos ya hemos firmado su contrato.

—Aún no. Necesitamos llenar la lista adjunta. —Me extiende una segunda hoja.

—Me gusta mucho el ítem número uno. ¿Podemos repetirlo once veces más?

—¿De maneras creativas? ¡Por supuesto! —Miro a la mujer frente a mí, incapaz de no babear. ¡Carajo! No quiero nada más que compartir el resto de mi vida con ella.

—¿Y todo lo que escribamos tendrá que hacerse en los próximos doce meses?

—Sí, señor. —Asiento, sabiendo que lo que estoy a punto de hacer es una locura, pero no me importa en lo más mínimo.

Nuestra relación nunca podrá encajar en los moldes de "normalidad" de ninguna manera. Con el bolígrafo en la mano, escribo solo dos palabras antes de entregarle la lista a Milena.

Ella toma el papel sonriendo, creyendo que he escrito, en sus propias palabras, una "manera creativa" de tener sexo, y aprovecho el momento en que ella está distraída por el choque de ver palabras completamente inesperadas escritas en el papel para arrodillarme.

—¿Te has vuelto loco? —pregunta, levantando los ojos sorprendidos de la lista y buscando donde estaba sentado, pero no me encuentra. Sus ojos se desvían hacia el suelo y, cuando me ve arrodillado, tira la cabeza hacia atrás, riendo—. ¡Bruno, deja las bromas, ya! ¡Levántate de ahí!

—Esta, definitivamente, es la recepción más inesperada que jamás haya tenido una proposición de matrimonio.

—Estás desperdiciando palabras. Cuando realmente necesites usarlas, ya no vas a tener.

—¿Y por qué no puedo usarlas ahora?

—Porque es muy pronto.

—Pensé que habíamos acordado que eso no importa. —Frunzo el ceño y ella levanta las cejas cuando se da cuenta.

—Estás hablando en serio —dice, en voz alta.

—Lo estoy.

—Bruno —empieza, dejando la lista sobre la mesa y pasando la mano por su cabello—. Yo... —Cierra la boca, buscando qué decir. Milena se levanta y se arrodilla frente a mí—. Amor, no es que sea demasiado pronto para nosotros, es demasiado pronto para mí. Tengo solo diecinueve años —dice las palabras despacio, como si fueran argumentos.

—¿Y qué diferencia hace eso?

—No quiero casarme con diecinueve años. —Levanta la mano, como un gesto de "esto es obvio"—. Quiero... Ni siquiera sé lo que quiero, para ser honesta. Y me gustaría descubrirlo antes de ser la esposa de alguien.

—¿De alguien?

—De ti, Bruno —se corrige, rolando los ojos.

—¿Y por qué no puedes descubrir las otras cosas que quieres después de ser mi esposa? —Una sonrisa hermosa aparece en su rostro y arrastra las rodillas hasta que sus muslos tocan los míos. Poco después, rodea mi cuello con sus brazos.

—Porque no necesito hacerlo. Tú no te vas a ir a ningún lado. —Usa mis propias palabras, dichas en un contexto completamente diferente, en mi contra.

—No me iré. —Resoplo, pero admito—. Aún así, quiero casarme contigo.

—Y lo vamos a hacer. Solo que no en los próximos doce meses.

—¿En los próximos veinticuatro?

—¡No, Bruno! ¡Tampoco!

—¿Sabes? Hoy gané una apuesta que dejó a cuatro idiotas muy frustrados. —Ella se ríe.

—En realidad, cumpliste la tarea que solo tuviste que hacer porque perdiste una apuesta. ¿Les contaste sobre el contrato?

—Claro que no. No era asunto de ellos, así como no importa que haya perdido una batalla si gané la guerra. —Ignoro su comentario —. Lo que importa es que estaban equivocados, yo tenía razón y el mundo sigue girando.

—Mmm...

—Pero hice una nueva apuesta.

—Ay no... —comenta, entre risas—. ¿Y qué fue esta vez?

—Que voy a pasar el resto de mi vida contigo. —Mi declaración la hace vacilar y morderse el labio inferior—. Y sabes... No pierdo. Nunca.

—¿Entonces esta propuesta es por eso? ¿Por otra apuesta? ¿Es por eso que quieres casarte conmigo?

—No, mi amor. Hice la apuesta porque sé que me voy a casar contigo. —Beso sus labios suavemente y Milena se derrite en mis brazos.

—Te amo —susurra contra mi boca.

—Perdida y completamente —respondo, y cuando nuestros labios se tocan de nuevo, solo hay una verdad innegable: a veces hay que perder para poder encontrarnos.

Pero solo a veces, en todas las demás ocasiones, ganar siempre es lo mejor.

EPÍLO GO 1

MILENA GARCÍA

DOS MESES DESPUÉS.

—¿Todo este suspenso para venir a Carmesim? —pregunto, levemente frustrada.

Es decir, me encanta bailar y realmente podría repetir lo que hicimos en el palco VIP poco antes de que sucediera el accidente, pero desde que el médico dijo que las relaciones sexuales estaban permitidas, siempre y cuando no fueran algo radical, cada vez que quise sobrepasar un poco los límites, Bruno me pidió paciencia bajo la promesa de que, cuando finalmente pudiera volver a llevar una vida completamente normal, me compensaría.

Este día llegó y estaba muy ansiosa, esperando algo completamente nuevo. Aparentemente, me equivoqué.

—¡Mujer ansiosa! ¡Tranquila! ¿Alguna vez te he decepcionado? —dice, riendo, y yo entrecierro los ojos, fingiendo pensar, antes de sonreír y negar.

—¡Nunca!

—Te prometo que no empezaré hoy.

Deja un besito en mis labios y entramos al club, que es mi favorito, aunque también es el único que conozco.

Bruno me guía a través de la pista de baile, la zona de los sofás y las escaleras hacia los palcos, haciendo que frunza el ceño, sin entender a dónde vamos.

Sabiendo que no me va a escuchar si solo pregunto, le doy un suave tirón del brazo. Su mirada se encuentra con la mía y la sonrisa en su rostro denuncia que está tramando algo. Dios, lo amo tanto.

Los últimos dos meses han sido perfectos en muchos sentidos. Tanto como he querido besarlo, también he querido matarlo, pero, aún así, tal como lo dije la noche en que admitimos nuestros sentimientos, no cambiaría nada. Ni una coma ni un punto de la historia que estamos construyendo.

Recuerdo una vez haber pensado que quería un amor que me dejara sin aliento, que me hiciera sentir que el suelo desaparecía debajo de mis pies. Un amor que encendiera mi mente tanto como mi cuerpo, que valorara mi espíritu y me viera en su totalidad, en todos mis detalles.

Alguien que me eligiera entendiendo lo que eso significaría. Bruno es exactamente esa persona, mi persona, y todos los días descubro algo nuevo que no sabía que quería en él, pero que tiene.

—¿A dónde vamos?

—Confía en mí —me pide y asiento.

Seguimos caminando hasta entrar en un pasillo lateral escondido. En pocos pasos, llegamos a un elevador y me siento cada vez más confundida, porque no tenía idea de que esas partes de Carmesim existían.

Tan pronto como Bruno presiona el botón, las puertas del elevador se abren, revelando a un hombre uniformado. ¿Un ascensorista?

El hombre negro es hermoso, alto y atlético. Su piel parece brillar bajo la luz amarilla del cubículo metálico, tiene el cabello rapado, los ojos almendrados y marrones de un tono brillante que parece chocolate derretido, y su sonrisa es... ¡wow! Desvío la mirada, temerosa de que me esté mirando fijamente.

—Buenas noches, Bruno. ¿Qué piso? —pregunta y yo muerdo el labio, conteniéndome de preguntar.

—El primero —responde mi novio y el hombre asiente, presiona el botón y, poco después, pone el dedo sobre... ¿Eso es un lector de huellas?

El elevador se mueve, pero no pasan ni diez segundos antes de detenerse nuevamente. Las puertas se abren en otro pasillo vacío y, con los dedos entrelazados, salimos.

Nos encontramos inmediatamente con una especie de recepción, supongo, detrás de la cual hay una mujer hermosa que también está uniformada.

Mientras que en el piso de entrada los uniformes son prácticos, la mujer de largos cabellos rubios frente a mí lleva un vestido negro, pegado al cuerpo, de largo hasta las rodillas. El escote es profundo y, aunque no es vulgar, deja bastante piel al descubierto.

—Hola, Bruno. —Le sonríe de manera amigable y luego me sonríe a mí con la misma calidez—. ¿Cuál es el color? —nos pregunta a ambos y busco a Bruno con la mirada, ya que no tengo idea de qué está hablando.

—Rojo, por ahora —responde y ella le extiende dos pulseras—. Gracias, Vanessa. —Toma las delgadas tiras de color brillante y se gira hacia mí.

Sus ojos van a mi muñeca y entonces me doy cuenta de lo obvio. Extiendo el brazo y Bruno coloca una pulsera en él antes de poner la otra en la suya. Me guiña un ojo, se da vuelta y comienza a caminar.

Caminamos hasta el final de un pasillo corto y llegamos a lo que parece un lounge. Desde las paredes hasta los muebles, todo es negro y azul oscuro, pero no es eso lo que me llama la atención.

Aunque al principio no veo nada diferente, siento el olor y ese es inconfundible: sexo. Parpadeo y Bruno interrumpe nuestros pasos. Se voltea hacia mí y coloca ambas manos en mi rostro.

—Podemos irnos en cualquier momento, solo dime si quieres irte. —De repente, mi corazón se acelera con la expectativa de lo que estoy a punto de descubrir.

Debería haberlo sospechado. Debería, al menos, haber considerado que cinco hombres como Bruno y sus amigos no abrirían un club como cualquier otro en São Paulo, claro que no. Y

ahora, aunque aún no sé de qué se trata, estoy segura de que será todo lo opuesto a algo común.

—Está bien —respondo en voz alta, dándome cuenta de que eso es lo que él espera.

Su brazo rodea mi cintura y entramos al lounge que, en realidad, es el centro de dos espacios diferentes. Bruno acerca su boca a mi oído, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo ya ansioso.

—A la izquierda, tenemos la zona de solteros. A la derecha, la de parejas. Vamos a dar una vuelta —me avisa y asiento, nerviosa.

Entramos al pasillo a la derecha. Lo primero que noto es una gran cantidad de cabinas con sofás y las observo con curiosidad mientras pasamos por ellas. Algunas están abiertas y vacías, otras tienen las cortinas cerradas, pero se puede sentir y escuchar el movimiento dentro.

Seguimos avanzando lentamente. Bruno me da tiempo para observar todo lo que me interesa.

Primero, escucho y luego veo. Hay una cabina abierta a unos pasos de nosotros, pero esta, a diferencia de las otras que había visto en la misma condición hasta ahora, no está vacía. Paso la lengua por mis labios, sintiendo cómo cambia mi respiración, ansiosa, y cuando nos acercamos, Bruno vuelve a pegar su boca a mi oído.

—¿Quieres mirar? —pregunta, y antes de darme cuenta, ya estoy asintiendo.

Nos detenemos justo frente a la pareja. La mujer lleva solo un sostén, pero está colocado debajo de sus senos. El hombre está desnudo y tiene su verga deslizándose en la boca de ella. Su cuerpo musculoso se eleva mucho más alto que el de ella, de rodillas, y sus manos están enterradas en su cabello, marcando el ritmo con el que ella lo succiona.

Mi vagina se contrae con la imagen cuando mis ojos descubren el cuadro completo, desde el piercing en su pezón derecho hasta los

vellos rojos en su pubis, así como en su cabeza.

Ella está muy mojada. Noto la excitación escurrir entre sus piernas y ella gime fuerte mientras traga, cada vez más profundo, el pene que le está entrando en la boca. Mis pezones ya están duros y doloridos.

La risa ronca de Bruno en mi oído me dice que ya se dio cuenta de esto y yo trago, sin poder dejar de mirar hasta que el hombre eyacula y su semen comienza a derramarse por los bordes de la boca de la pelirroja. Estoy dolorosamente excitada y busco la mirada de Bruno, ligeramente aturdida.

Sonríe hacia mí y me besa en la boca suavemente antes de inclinar la cabeza, diciéndome que vamos a continuar con nuestro paseo. Nada de lo que veo a partir de allí hace algo para aliviar la creciente necesidad en mi bajo vientre.

Más cabinas, algunas completamente oscuras, frente a las cuales me siento obligada a detenerme y observo el movimiento de muchas personas sobre sofás enormes.

También están los tatamis, esparcidos por áreas comunes donde la gente se besa y se toca frente a los ojos de todos, y cualquier persona es bienvenida a participar, me explica Bruno.

Y lo más curioso de todos los escenarios que me presentan son, sin duda, los Glory Holes. Cabinas detrás de las cuales las personas permanecen y no pueden mostrar ninguna parte de su cuerpo, salvo aquellas que dejan disponibles a través de los agujeros en estas cabinas. Hay agujeros a la altura del pubis, claro. A la altura de los pechos y los brazos.

Mientras caminamos y Bruno me va explicando las dinámicas, también entiendo el propósito de las pulseras. El piso subterráneo del Carmesim es una casa de Swing, y los colores de las pulseras indican la disponibilidad del visitante. Verde para totalmente disponible, amarillo para quienes requieren un consentimiento verbal y rojo para quienes solo vinieron a observar, como nosotros.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, detenido detrás de mí, frotando su erección contra mi culo mientras observamos una escena protagonizada por cuatro mujeres en uno de los tatamis.

Ellas se besan, se chuponean y se tocan entre ellas, formando una imagen que termina por arruinar lo que quedaba de mi ropa interior.

—Muy excitada —respondo, sin preocuparme por apartar la mirada para contestar. Creo que ni siquiera soy capaz de parpadear.

—Pero no quieres participar en nada de lo que ves, ¿verdad? —No es una pregunta. Es una afirmación, y eso sí me hace desviar la mirada hacia él. Sonrío mientras muevo la cabeza lentamente—. Imaginé que este no sería tu piso.

—¿Hay más? —pregunto, sorprendida. Claro que me di cuenta de que el ascensor tenía más botones, pero pensaba que los otros pisos serían iguales a este.

—Tres más. —Mi boca se abre en shock y él aprovecha para pasar su lengua sobre ella. Nuestro beso es deliciosamente obsceno, pero no llega ni cerca de todo lo que está sucediendo a nuestro alrededor —. ¿Qué quieres hacer? ¿Seguir explorando o dejar que tengamos sexo de la forma en que ambos hemos estado deseándolo durante malditos dos meses?

—¡Que me la metas, por favor! ¡Definitivamente, que me metas bien tu verga! —respondo rápidamente, pero en mi estado actual, nadie puede juzgarme.

—Entonces, vamos.

***

No logro decidir a dónde mirar. Ni siquiera puedo apartar mi atención el tiempo suficiente como para decirle a Bruno que tenía toda la razón. Este es mi piso.

El segundo nivel subterráneo del Carmesim es un salón enorme, realmente enorme. A lo largo de todo el espacio, hay al menos

treinta habitaciones, todas encerradas en estructuras de vidrio de distintos tamaños y con mobiliario variado.

Algunas están vacías, otras muchas ocupadas, mostrando todo tipo de interacciones. Parejas heterosexuales, parejas homosexuales, tríos, cuartetos y grupos con tanta gente que me cuesta contarlos. Mis ojos no logran elegir una sola caja en la que enfocarse.

Los cuerpos desnudos están por todos lados, incluso hay algunas cajas donde hombres y mujeres están siendo azotados o les derraman cera derretida sobre la piel. Aquí, me siento más que excitada, me siento desesperada con tantos estímulos y con la seguridad de que nadie que no quiero va a tocarme.

No es que en el piso de arriba existiera esa posibilidad. No existía. Bruno me aseguró que el sistema de pulseras es seguro, sin embargo, con las interacciones sucediendo sin barrera alguna por todos lados, no logré relajarme por completo. Pero aquí, todo lo que puedo hacer es contenerme para no gemir sin ni siquiera ser tocada, o hacer como muchos de los observadores, que se masturban mientras siguen lo que sucede dentro de las cajas.

—Escoge una de las que tienen la luz verde encendida, mi amor —Bruno susurra en mi oído antes de lamer el punto que sabe que me vuelve loca—. Escoge una, porque necesito meterte la verga y ahora mismo —avisa, y yo trago en seco. La perspectiva de ser penetrada aquí, frente a los ojos de todas esas personas, arroja combustible sobre mi piel.

—¿Cualquiera?

—Cualquiera. Las verdes están limpias y disponibles. Las rojas, ocupadas o ya se usaron esta noche.

—Esa. —Apunto hacia una de moblaje sencillo a nuestra derecha. No hay nada más que una cama de hierro retorcido, una cómoda, un sillón y una mesa de centro dentro de la habitación.

—Vamos.

***

La habitación es limpia, los muebles son lujosos y, a diferencia de la zona de observación donde el suelo es frío, aquí hay una alfombra suave que parece cálida. Mi cuerpo entero vibra de expectación cuando Bruno cierra la puerta detrás de mí. Él me abraza por detrás y hunde la nariz en la curva entre mi hombro y cuello. Me estremezco por completo.

Su erección presiona mi culo sobre el vestido y, sin poder controlarme, me froto contra él. No cierro los ojos. Dejo que mis ojos recorran las escenas a mi alrededor y a los espectadores también.

Saber que están ahí, que nos están observando, me deja en un estado de excitación inexplicable. Una de las manos de Bruno sube, se cuela entre mi cabello y me obliga a mantener la cabeza inclinada con un agarre firme.

Gimo con sus labios en mi cuello y luego, más alto, cuando hunde sus dientes en el mismo lugar. Sus caricias, aunque son intensas, son lentas. Me está provocando, lo sé, y por eso lo dejo. Me presiono contra sus caderas, gimiendo, aprovecho las migajas cuando lo que más quiero es el festín.

—¿Te casas conmigo? —pregunta, susurrado, por tercera vez, arrancándome una risa en medio de los gemidos bajos.

—No —protesto, cuando siento que su tacto se aleja.

Él da la vuelta a mi cuerpo y se coloca frente a mí, ya con los dedos desabrochando los botones de la camisa negra que tiene las mangas dobladas hasta los codos.

Lamo mis labios cuando aparece el primer trozo de su piel expuesta y disfruto los movimientos de su mano hasta que la camisa es arrancada de su cuerpo y descartada sobre el respaldo del sillón.

Creo que va a seguir con lo que empezó, pero no lo hace. Bruno se sienta relajado en el mismo sillón sobre cuyo respaldo tiró su camisa y lleva los dedos índice y pulgar hasta su mentón.

—Quítate la ropa para mí —pide con voz áspera, excitado. Suelto el labio que había atrapado entre los dientes y empiezo a moverme para quitarme los tacones. Él hace un ruido negativo con la lengua —. Los zapatos se quedan.

Mis manos buscan la cremallera en el costado del vestido y lo bajo lentamente. Llego al final y el vestido de tirantes ya deja ver mis brazos y parte de mis pechos. Los ojos de mi novio siguen cada uno de mis movimientos y cuando fijo los míos en su erección, mi boca se llena de saliva, haciéndome tragar con fuerza.

Él ríe, sigue mi mirada y sabe exactamente lo que pasó por mi cabeza. Salgo completamente del vestido y ahora estoy prácticamente desnuda. La única tela en mi cuerpo es la ropa interior, que ya no tiene ninguna utilidad. Bruno mira hacia ella con una clara petición.

La deslizo por mis piernas y noto la presencia de algunas personas frente a nuestra caja. Mi respiración se vuelve entrecortada y mi piel aún más sensible. Bruno sigue mi mirada, fijándose en los tres hombres y las dos mujeres que nos observan tan de cerca.

—Lúcete ante ellos, nena —sugiere, y la contracción de mi vagina es violenta. Quiero hacerlo. Lo deseo tanto.

Con pasos inseguros y el corazón en la garganta, camino hasta situarme a menos de un metro del cristal. Los cinco pares de ojos se deslizan por mi cuerpo, excitándome aún más y gimo, sin tener ni idea de cómo controlar mis reacciones.

La presencia de Bruno a mi espalda es un alivio. Se acerca, me besa la mejilla y desliza la mano por el costado de mi cuerpo, como si quisiera dirigir la mirada de nuestros observadores hacia esa parte concreta. Su dedo índice se mueve hacia el centro de mis pechos, llegando a un pezón.

—¿Quieres acabar por ellos, cariño? —me pregunta, acercando su boca a mi oreja—. ¿Quieres poner tu vulva ardiente al aire y que vean cómo te masturbo?

—Quiero hacerlo —respondo con un hilo de voz, completamente perdida en el deseo. Vuelve a colocarse detrás de mí y ahora su cálida piel contra la mía es un estímulo más.

Bruno me rodea la cintura con las manos y las desliza hasta mis pechos. Con la cara de lado, busco su boca, desesperada por su beso mientras sus manos juegan con mis pezones. Me lame antes de besarme, pero no dura mucho.

—Míralos, Milena. Mira cuánto les gusta verte gemir, cómo el mero hecho de verte desnuda pone duros a los hombres y erectos los pezones de las mujeres. —Miro y la niebla de desesperación que me rodea se espesa cuando las manos de Bruno descienden—. Abre las piernas, preciosa —susurra, y yo lo hago.

Sus dedos abren inmediatamente los grandes labios de mi vulva y los ojos de los tres hombres se posan en ella, mientras que los de las mujeres permanecen fijos en la forma en que Bruno besa y lame mi piel, en cómo me provoca con la punta de su nariz, en cómo no cesa de decir cosas calientes.

La sensación es que me he convertido en observadora de mi propia interacción. Bruno desliza sus dedos por mis labios menores, arrancándome largos gemidos antes de tocar mi hinchado clítoris y dedicarse a hacer movimientos circulares allí.

Empieza despacio, pero poco a poco aumenta la velocidad, la presión, haciéndome gritar, volviéndome loca sin que llegue a cerrar los ojos.

No quiero perderme ni un segundo del deseo que veo en nuestros espectadores. Justo cuando creo que no puedo sentir más, uno de los hombres saca su propia verga, se pone un condón y empieza a masturbarse, con los ojos fijos en los movimientos de los dedos de Bruno en mi vulva.

Estoy al borde del orgasmo, hunde sus dedos en mi canal y sus rápidas embestidas, alternadas con movimientos de enganche en mi interior, tocando ese punto que me hace delirar, terminan el trabajo. Acabo con un potente grito y todo mi cuerpo sufre espasmos.

Bruno me rodea la cintura con los brazos, me sujeta y cierro los ojos, entregándome por completo a los efectos de sus caricias sobre mi cuerpo. Me da la vuelta, le rodeo el cuello con los brazos y su boca asalta la mía al mismo tiempo que sus manos se desabrochan el cinturón, el botón del pantalón y, por último, la cremallera.

Nuestro contacto se interrumpe solo para que pueda deshacerse de sus zapatos y su ropa y, en cuanto está libre y completamente desnudo, Bruno vuelve a besarme. Su lengua domina mi boca, ocupando cada pequeño espacio que encuentra, lamiendo, chupando, masajeando, y me encantan todas las sensaciones provocadas por ella y por las manos de Bruno, que me aprietan y me tocan, pero quiero más.

Me desprendo de su boca y me arrodillo ante él. Una sonrisa pícara aparece en sus labios mientras me pasa los dedos por el pelo con los ojos clavados en mi cara. Se aparta un paso a un lado, dejando la vista de lo que estamos haciendo completamente libre de cualquier persona que nos observe a través del cristal, aunque no haya nadie en ese momento.

Empiezo rodeando el glande con la lengua, luego la deslizo por toda la longitud antes de chupar la verga de Bruno con delicadeza. Dejo que mi boca trague todo lo que pueda, esparciendo saliva y chupando hasta hundir mis mejillas. Sus gemidos avivan mi deseo, mojándome de nuevo. Me la meto hasta el fondo y trago.

El movimiento le hace gemir con fuerza y lo repito una y otra vez hasta que me levanta por los brazos y estrella su boca contra la mía, llevándome hasta la pared frente a la que estábamos antes.

—Frunce los labios, nena —me pide mientras interrumpe el beso, y yo obedezco, loca, completamente deseosa de que llegue este momento.

Me doy la vuelta, extiendo las manos sobre el cristal y asomo el culo. Bruno se coloca detrás de mí y frota varias veces su verga contra mi entrada, provocándome. Hace un mes que dejamos de

usar preservativo, y el contacto piel con piel no puede explicarse de otra forma que no sea de otro mundo.

—¡Bruno! —medio gruño, medio gimoteo, y finalmente me suelta un chasquido en el momento exacto en que surge una figura alta y musculosa que camina hacia nosotros, con los ojos verdes fijos en nosotros.

Abro la boca, sintiéndome imposiblemente más desnuda y más excitada a cada paso que Arthur da hacia nosotros. Los recuerdos de la escena que vi en el barco meses atrás me invaden y la visión de Arthur desnudo me llena los ojos, aunque ahora esté vestido.

Bruno empuja sin ninguna delicadeza, haciéndome gritar, pero mantengo los ojos abiertos, siguiendo cada paso que da nuestro amigo hasta que está a solo unos centímetros del cristal.

Su mirada besa mi cuerpo, deslizándose por mi pelo, recogido en un fuerte apretón en la mano de Bruno, bajando por mi cuello, mis pechos turgentes y mis pezones duros, pasando por mi vientre y llegando a mi vulva.

Es imposible no mirarle la verga. Al verla dura, me relamo los labios y, como si lo tomara como una invitación, empieza a bajarse la cremallera del pantalón. Los empujones de Bruno me ensanchan, rozando mis paredes y ahogándome de placer mientras Arthur, frente a mí, saca su gruesa y venosa verga de sus pantalones y me la enseña, haciéndome imaginarla en mi boca.

De repente, me encuentro deseando ser llenada por los dos hombres que me rodean al mismo tiempo. Gimo y me revuelvo proporcionalmente, como si esto no estuviera ocurriendo solo en mi cabeza. Arthur se pone un condón y se masturba para mis ojos, exhibiéndose y dejándome beber su visión tanto como él bebe la nuestra.

—¿Quieres su verga en tu boca, Milena? ¿Quieres que te penetren dos agujeros al mismo tiempo? —me pregunta Bruno, que conoce mi cuerpo y reacciona con pericia y empuja con aún más fuerza. Mis palmas sudorosas resbalan sobre el cristal y mi cuerpo se estremece

con la fuerza de sus embestidas—. ¿Quieres? —refuerza la pregunta, metiéndomela hasta el fondo y girando deliciosamente, haciéndome poner los ojos en blanco—. ¡Respóndeme, mierda!

—¡No, amor! ¡Te quiero a ti! Solo a ti. —Mi respuesta va acompañada de otro orgasmo, y este no solo me hace ver estrellas. Me parte por la mitad y no hace ningún esfuerzo por pegarme en su sitio.

Siento que Bruno sigue dándomela, sé que Arthur está pegado a nuestro polvo, pero durante largos segundos, no puedo razonar ni entender qué significa otra cosa que la sensación que adormece mi cuerpo.

Cuando vuelvo a sentir el sudor corriendo por mi piel y el aire entrando y saliendo de mis pulmones, es el momento exacto en que Bruno y Arthur alcanzan su liberación.

A través del cristal, veo a Arthur echando la cabeza hacia atrás y expulsando el condón a chorros gruesos y potentes y, reflejado en la pared transparente, veo a Bruno acabando con los ojos fijos en mi reflejo, absolutamente exhausto y encantado.

Y una vez más, tenía razón. Bruno nunca me decepciona.

EPÍLO GO 2

BRUNO MAGALLANES

7 AÑOS DESPUÉS

—Creo que esta es mi nueva casa favorita —afirma Milena, mirando por las ventanas. Resoplo y rollo los ojos.

—Dices eso de todas las casas que compramos o construimos.

—No es mi culpa si sigues comprando casas increíbles. ¡Mira este lugar!

Gira sobre sí misma, observando la casa realmente hermosa en Bariloche, que solo no es más bonita que la mujer sonriente frente a mí.

Siete años.

¡No puedo creer que hayan pasado siete años desde que una apuesta cambió mi vida! ¡Demonios! ¡Tengo cuarenta años! Un cuarentón atractivo, es cierto, pero, aún así... Cuarenta años y ella todavía no ha aceptado hacer de mí un hombre respetable.

A los veintiséis, Milena fue capaz de, con mi ayuda, claro, gestionar y multiplicar considerablemente el dinero que recibió de nuestros primeros meses de contrato, lo que hizo posibles muchas cosas.

No lo necesitaba, yo le habría dado todo lo que quisiera, pero esa mujer tiene una determinación que me vuelve loco, en todos los sentidos.

Se graduó en arquitectura, diseñó algunas de nuestras casas alrededor del mundo, y viajó buena parte de él a mi lado, visitando cada una de ellas.

Milena saltó en bungee, hizo paracaidismo, nadó con delfines y tiburones, estrechó la mano de presidentes de algunas repúblicas, hizo un safari, apoyó causas sociales muy importantes, construyó su propia empresa, fue a la graduación de su hermano, al matrimonio de su madre y, aún después de todo eso, todavía no me ha dicho que sí.

Me da la espalda para mirar nuevamente por la ventana, y pienso que esta es una excelente oportunidad. Repitiendo el gesto que ya hice ochenta y cuatro veces en los últimos siete años, me arrodillo y saco de mi bolsillo la cajita que siempre llevo conmigo.

Puedo salir de casa sin la billetera, sin el celular, pero nunca sin el anillo. Nunca se sabe cuándo aparecerá una oportunidad. Y hoy es nuestro aniversario, tal vez eso me dé suerte.

Me rasco la garganta para llamar su atención y ella ni siquiera tiene la decencia de parecer sorprendida al encontrarme de rodillas, ofreciéndole un anillo.

—¿Cuántas veces ya son ahora? —pregunta, con una sonrisa burlona en el borde de sus labios—. ¿Ochenta y dos? —Hace un puchero pensativo.

—Esta es la octogésima quinta —respondo, orgulloso.

Ninguna de sus negativas jamás me ha afectado. No necesito un papel para saber que esa mujer es mía, pero me gustaría tener uno. Así que no me afecta, pero tampoco me rindo.

—Acepto.

—Está bien, lo intentaré de nue... —Estoy casi guardando la cajita en el bolsillo otra vez cuando entiendo que ella dijo que acepta. La escena de hace siete años, cuando le propuse una relación de mentira por tres meses y ella aceptó sin pensarlo, se repite cuando pregunto—. ¿Qué dijiste?

—Dije que acepto. —Parpadeo, sintiéndome aturdido. ¡Diablos! Creo que mi corazón está fallando—. Siempre supiste que cada uno

de mis no, en realidad eran "no ahora". Todos mis sí siempre fueron para ti. Nunca diría que sí a nadie más.

Escucho sus palabras, aunque no sé cómo, porque mi respiración aún no ha vuelto a circular en mis pulmones. Milena se aleja y yo sigo arrodillado, estático, en el mismo lugar, aturdido por la sorpresa.

La ligereza de sus pasos y la seguridad de sus gestos mientras remueve el pequeño estuche sobre la mesa me dan algo de seguridad, alguna certeza de que esto realmente está sucediendo, pero sigo incapaz de moverme.

Vuelve con una cajita en las manos que no es más grande que un libro y mi pecho se llena de ansiedad.

—Para ti, todos los sí que guardé —dice, y me ofrece la pequeña caja. Es solo la curiosidad por descubrir lo que hay dentro lo que me descongela de la posición en la que aún estoy.

Coloco la cajita aún abierta con el anillo de compromiso expuesto sobre la mesa de centro a mi lado y tomo lo que Milena me entrega. Después de poner la caja junto a la más pequeña que sostenía antes, la abro con una enorme sonrisa y el pulso acelerado.

Cuando veo el montón de papelitos doblados, abro el primero, curioso. Parpadeo sin parar, sin poder organizarme.

Mis manos nerviosas no logran ni siquiera desenvolver los papeles sin temblar. Aún de rodillas, con el corazón tratando de lidiar con la avalancha de sentimientos que inunda mi cuerpo, una tímida lágrima resbala por mi mejilla al leer las palabras que encuentro.

"Hoy me pediste matrimonio por décima tercera vez, estamos en nuestra casa de París y te dije que no, pero en realidad quería decir que sí. No era el momento, pero algún día lo será, y cuando llegue ese día, quiero que sepas que ya estoy practicando esa palabrita. Hoy y siempre te digo sí, incluso cuando escuchas un no. Te lo voy a decir, sí, mil veces. En alguna de esas veces, me vas a escuchar.

Te amo".

Sigo abriendo los papeles uno por uno. Ansioso, devoro vocales, consonantes y sílabas con una hambre insaciable hasta que las pequeñas notas ocupan gran parte del mármol blanco que sirve como mesa y prácticamente ocultan la cajita de terciopelo debajo de ellas.

El primer rastro mojado en mi mejilla ya no es el único. Cada una de esas notas cuenta una parte de mi historia con Milena que no viví, un pedazo de nosotros totalmente nuevo para mí y que no puedo esperar para descubrir.

Siento nostalgia por cada una de ellas tan pronto como las palabras escritas terminan, y me siento feliz por tener miles más por delante. Ochenta y cuatro notas, cuento cuando leo la última. Un sí por cada no.

Cierro los ojos y respiro profundamente antes de levantar el rostro y mirar a esa mujer que nunca, nunca, se cansa de rendirse ante mí. Trato de reunir fuerzas para decir algo, pero ella acaba de destruirme de amor.

—Solo tengo una condición.

—No me digas que es sin sexo, querida. ¡Hace siete años que soy adicto a ti, no hay forma de que quieras rehabilitarme ahora! —bromeo, aunque todavía me siento completamente destrozado por cada momento que revive en los ojos de Milena.

Ella tira la cabeza hacia atrás en una risa escandalosa.

—¡No! ¡Esa no es mi condición!

—¡Entonces todo lo que quieras! ¿Qué es? ¿Una casa nueva en cada país del mundo? ¿Diseñada por ti? ¿Quieres vivir en un país diferente cada tres meses? ¡Lo haremos!

—No. —Milena extiende la mano hacia mí, para que me levante, y acepto de inmediato, abrazándola por la cintura. Beso la punta de su nariz, luego, sus labios—. Solo necesitamos casarnos en los próximos siete meses.

Inclino la cabeza y frunzo el ceño, ahora, además de emocionado, confundido.

—Mi amor, me casaría contigo hoy, ahora mismo. Tomamos el avión y nos vamos a Las Vegas si me dices que sí.

—No, Bruno... —Muerde su labio, mirándome con una pequeña sonrisa, contenida, misteriosa—. Necesitamos casarnos en siete meses, porque ya han pasado dos.

—¿Dos? ¿Dos de...? —Entonces lo entiendo. O eso creo. Retrocedo la cabeza y mis brazos caen a los lados de mi cuerpo—. Voy a... —No logro decir las palabras completas, porque, de repente, hablar se vuelve difícil. Cierro los labios, la maldita ardidez en los ojos que apenas había sido controlada vuelve con fuerza—. ¿Tú...?

—Necesito convertir al padre de mi hijo en un hombre respetable antes de que nazca, ¿te imaginas cuáles serían las consecuencias si no lo hago? —responde, como si me estuviera diciendo que fue al mercado y compró plátanos.

—¿Voy a ser papá? ¿Voy a ser el maldito padre? ¿De un hijo tuyo? ¿Vas a ser la madre de mi hijo?

Las preguntas salen atropelladas de mi boca. Los años de convivencia con Milena me enseñaron a hacer esto. Mi voz ya está completamente quebrada y he renunciado por completo a contener la emoción.

—O hija —dice, e imaginar una niña con los ojos de Milena es el golpe de gracia.

Lloro. Ya no son lágrimas discretas. Son varias, resbalando por mi rostro y haciendo un desastre. Abrazo el cuerpo de mi mujer y pego mi boca a la suya.

—¿Vamos a ser padres? —repito la pregunta, aún sin poder creerlo, y ella mueve la cabeza, asentando.

Pego mi frente a la suya y cierro los ojos. Dejo que el llanto fluya libre, y cuando los abro nuevamente, de manera imposible, igual que

todos los días, amo a esta mujer aún más.

Y, finalmente, puedo decir que gané la apuesta más importante de mi vida.

—Te lo dije —aviso, y ella tira la cabeza hacia atrás, riendo, antes de responderme.

—Nunca pierdes una apuesta —declara, sin necesidad de más explicaciones, y yo asiento.

—Nunca. Incluso cuando pierdo, gano. Te amo.

—¡Perdidamente! ¡Felicidades, papi!

EPÍLO GO 3

MILENA GARCÍA

5 MESES DESPUÉS

Suenan golpes en la puerta y mis madrinas vibran en un alboroto que me arranca carcajadas y hace que mi barriga pesada se mueva.

—Espero que todas hayan traído mi dinero —dice mi mamá, provocando un coro de risas—. ¡Ya gané esta apuesta!

Ruedo los ojos. Después de años compartiendo con Bruno y los chicos, ella ha adquirido algunos de sus malos hábitos, como apostar por cualquier cosa, por ejemplo. Pero, ¿a quién intento engañar?

Cada una de nosotras ha adquirido este y muchos otros malos hábitos gracias a convivir con Bruno, Arthur, Héctor, Conrado y Pedro. Al fin y al cabo, la única que aún no está casada con alguno de ellos, además de mi mamá, soy yo.

Al menos los malos hábitos no fueron todo lo que nos dejaron. También nos dieron una a la otra.

—Y espero que usted haya traído mi dinero, doña Daise. Porque dudo que lo que él mande cada hora sean flores. Me niego a creer que este hombre sería tan cliché —dice Giu a mi mamá, ya caminando hacia la puerta.

—Pues yo no dudo —responde Vic, mi otra madrina—. Un hombre que le pidió matrimonio a la misma mujer ochenta y cinco veces, hasta que ella aceptó, es capaz de cualquier cosa.

Y yo suelto otra risa.

Mis madrinas y mi mamá apostaron que Bruno haría un gran gesto romántico hoy, mientras nos preparamos para la boda que será al final de la tarde, en una de nuestras viñas en Chile.

La época de la cosecha está cerca, por lo que incluso dentro del cuarto de la casa principal, que está relativamente alejado de los viñedos, el olor de las uvas es muy fuerte. Me encanta ese olor. Por eso elegí casarme aquí. Ni siquiera las hormonas del embarazo me hicieron cansarme de él.

—Que suenen los tambores —dice Vic, cuando Giu llega a la manija de la puerta y, aunque realmente no me importa quién gane la apuesta, mi corazón inquieto da un par de saltos.

Lo que nadie sabe es que estoy con nostalgia.

Hace veinticuatro horas que no nos vemos y lo extraño. ¿Será posible? Así que sí, culpo al embarazo. Mi adicción a Bruno no es exactamente una novedad. No, eso es noticia vieja.

Pero la necesidad de él siempre ha sido algo más físico. Algo de contacto, de sentir que me derretiría si no estuviera cerca. Y aún después de años, eso nunca se fue. De hecho, parece intensificarse cada día más.

Pero desde que descubrí el embarazo, desde que dije sí para convertirme en su esposa... me siento consumida por esta idea absurda de que seamos uno. Deben ser las hormonas, ¿no?

Y si consideramos que hay dos bebés aquí dentro, tiene todo el sentido del mundo que esté aún más loca de lo que se espera de una mujer embarazada. Tengo derecho a estar el doble de loca si llevo dos niños dentro.

Extiendo los dedos sobre mi barriga, y exactamente como han estado haciendo todo el día, los bebés se mueven, protestando por el tiempo que llevan sin escuchar la voz de su papá.

Ah, me he vuelto una mamá melosa. Sacudo la cabeza para mí misma, negándome, y me giro hacia la puerta cuando la escucho abrirse.

—¡Entrega a la novia! —anuncia Arthur, y una sonrisa aliviada cubre mi rostro cuando veo la imagen ridícula de Bruno vendado,

aún con bermuda y camiseta, siendo sostenido por cuatro pares de manos.

Sus amigos lo guían directamente hacia el umbral de la puerta, y el papá de mis hijos golpea con la frente la madera, lo que hace que agarre la caja que lleva en las manos con fuerza para que no se caiga.

—¡Carajo! ¿El vendado soy yo o ustedes? —se queja Bruno, sacándome unas risitas.

—No me voy a disculparme por esto —anuncia Pedro—. Que estés vendado es precisamente lo divertido.

—¿Pueden dejar de ser unos imbéciles y llevarme hasta mi mujer?

Lo pide, y las chicas, que están repartidas por la habitación, se ríen, igual que mi mamá y yo.

Superando muchos más obstáculos de los que serían necesarios, empujan y guían a Bruno hasta mí. Y no hay dudas de que realmente no está viendo nada.

Mi pobre novio es una víctima en manos de sus amigos, que lo tratan casi como si estuviera en una mezcla de "cabra ciega" con un tonto. Cuando finalmente se detiene frente a mí, Bruno extiende la mano, tocando mi barriga antes de hablar, como si estuviera atraído por ella.

Siempre es así.

Bruno siempre ha sido un loco por las caricias, pero durante el embarazo eso se intensificó. Su mano sube hasta tocar mi mejilla. No me ve, pero sabe exactamente dónde tocarme.

—Hola, amor —dice, en voz baja, sonriendo.

—Hola.

—Dijiste que no podía verte antes de la ceremonia, pero me moría de ganas de sentirlos, así que me las arreglé.

Un "¡Aww!" colectivo suena a nuestro alrededor, pero honestamente, no me importa. No me importa ni un poco, porque todo lo que veo es a él.

Acomodo su mano en la mía y giro el rostro, besando su palma. No puedo resistir. Doy un paso hacia él, necesitando estar más cerca.

Me detengo de lado, porque la barriga de siete meses de un embarazo de gemelos no me dejaría acercarme de frente a mi novio.

—También estábamos con nostalgia —admito, frotando nuestras narices—. Estaba aquí tratando de encontrar la forma de escapar de mis carceleras e ir tras de ti. Anoche, les hice prometer que no me dejarían hacer eso, no importaba cuánto suplicara. No quería que tuviéramos mala suerte. Pero no sabía lo que estaba diciendo, fueron las hormonas.

Bruno busca mis labios y los encuentra, besándome suavemente y riendo bajo.

—Eres mi suerte, amor. Y nada en el mundo va a quitarte de mí —promete.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿puedo quitarme la venda?

—¡No! —exclamo, inmediatamente.

Bruno suelta una risa fuerte.

—Tengo un regalo para ti —dice, extendiendo la caja que sostiene.

—¡Ábrelo! ¡Ábrelo! ¡Ábrelo! —Un coro comienza a gritar a nuestro alrededor y yo revuelvo los ojos. Estas interesadas solo están tratando de averiguar quién ganó la apuesta. Aun así, tomo la caja.

—En realidad, tengo doscientos ochenta y siete. Este es solo el primero.

—¿Doscientos ochenta y siete?

La pregunta suena casi como una exclamación mientras quito la tapa de la caja, pero ninguna otra palabra sale de mi boca mientras miro, con los ojos ya llenos de lágrimas, lo que encuentro dentro de ella: un billete para un evento.

A diferencia de las cientos que he acumulado a lo largo de los últimos años, esta no es de un concierto, ni de un festival, ni de nada por el estilo.

—¿Me hiciste un billete? ¿Para nuestra primera cita? —pregunto, con voz temblorosa.

¡Dios mío! ¿Este hombre es real? Mi mirada va de la caja de madera en mis manos a su rostro vendado frente a mí.

—Te hice 287 entradas, amor. Una para cada una de nuestras primeras veces.

Abro la boca, pero ninguna palabra sale de ella. ¿Qué podría decir? Las lágrimas ya bajan libremente por mi rostro, y es imposible evitar que el llanto se escape, aunque en silencio.

—No llores, amor. No llores.

—¡Estoy embarazada, Bruno! ¡De siete meses! ¡No se hace algo así a una mujer embarazada de siete meses!

—¿Qué no se hace? ¿Hacerte feliz?

—¡Morir de tanto llorar en el día de su boda!

—Entonces, ¿debo cancelar las otras seis entregas de hoy?

—¿Hay más entradas hoy?

—Una cada hora. Te dije que esta es solo la primera.

—¡Bruno!

Lloro más y el tonto se ríe de mí.

—¿No te gustó, amor?

—¿Cómo no me va a gustar? —susurro, sin poder dejar de llorar —. Tú me haces la mujer más feliz del mundo, Bruno. Todos los

días.

—Y apenas estoy comenzando, amor. Esa nueva colección tuya... Planeo que nunca la completes.

—¿Vas a seguir dándome primeras veces?

—El resto de nuestras vidas.

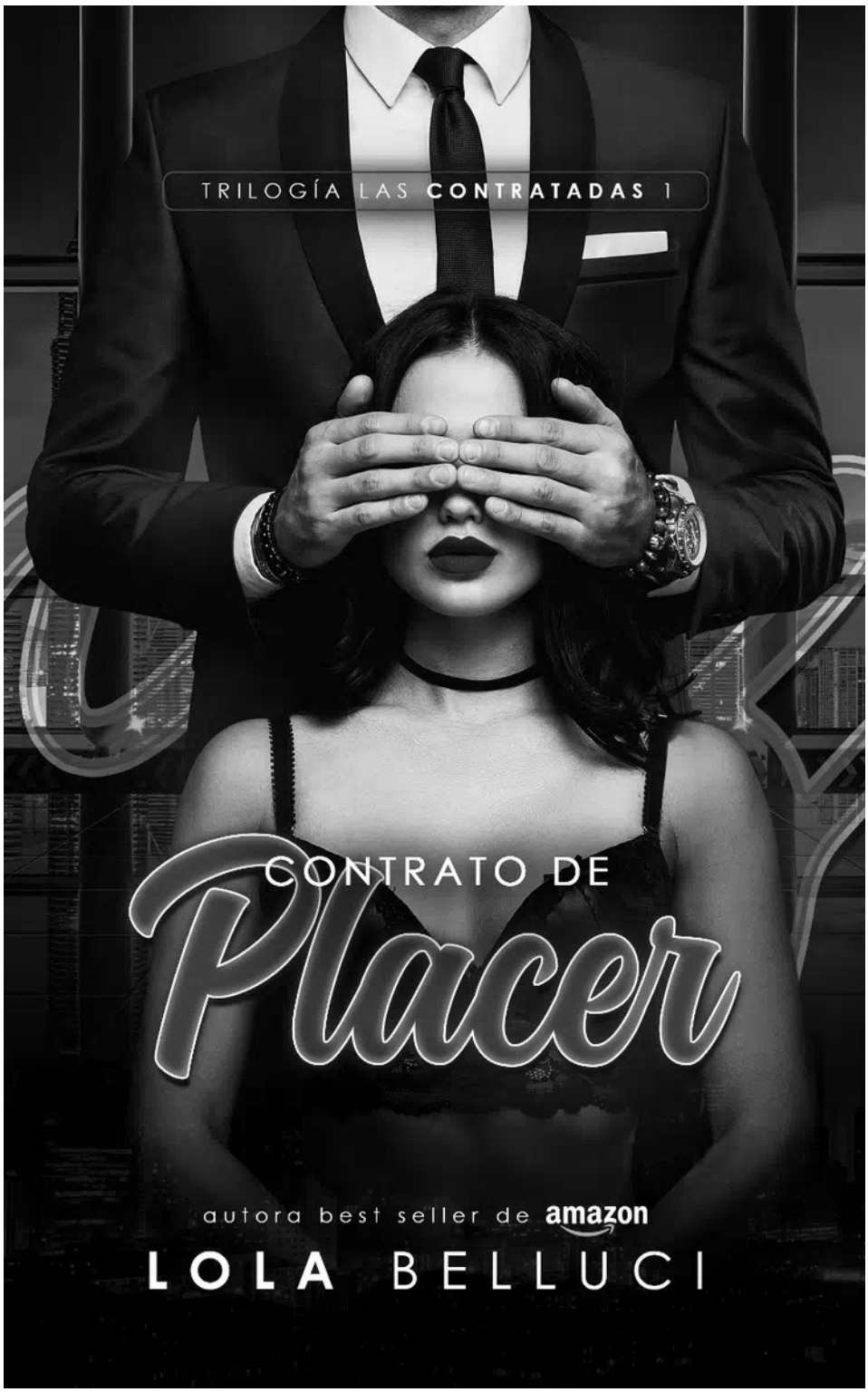
—¡Be-so! ¡Be-so! ¡Be-so! —Un nuevo coro comienza a nuestro alrededor, y solo entonces me doy cuenta de que no estamos solos.

—La voz del pueblo es la voz de Dios —dice Bruno, ya inclinándose hasta que nuestros labios se tocan.

Y cuando su sabor inunda mi boca, alimentando mi adicción a él, me pregunto si "para el resto de nuestras vidas" será suficiente para saciarla. Creo que no.

FIN

MUESTRA DEL PRIMER LIBRO DE LA SERIE


TRILOGÍA LAS CONTRATADAS 1
CONTRATO DE
Placer
autora best seller de amazon
LOLA BELLUCI

1.

ELIZA PORTO

Las piernas me duelen de tanto caminar, los pies laten dentro de las viejas y duras zapatillas, la cabeza me va a explotar por haber estado todo el día bajo el sol, la boca está seca de sed y el cuerpo agotado: así puedo resumir mi día.

Con los ojos pesados y la piel pegajosa de sudor seco, giro la llave en la cerradura. Finalmente, en casa. Pero lo que veo es tan desalentador, o incluso más, que la imagen que, a mi pesar, soy obligada a mirar en el espejo colgado frente a la puerta. Esa imagen me llama la atención porque es aterradora: soy yo misma.

Mi piel pálida podría asustar hasta a extraterrestres de planetas sin Sol. Mi largo cabello castaño oscuro parece paja, ya que hace semanas no sé lo que es un acondicionador y he estado lavándolo con detergente para platos.

Descalza, me quito la bolsa desgastada del hombro y la dejo sobre la silla junto a la puerta. Niego con la cabeza, tratando de apartar el desagrado que siento hacia mí misma.

No es tu culpa, Eliza. No es tu culpa. Mañana será mejor que hoy y pasado mañana mejor que mañana. Solo necesitas fe.

Mi estómago ruge y hago una mueca, anticipando lo que encontraré en la cocina. Me bastan cinco pasos para cruzar la corta distancia entre la puerta de entrada y el refrigerador.

Todo mi glorioso espacio es solo una habitación que, al final, abarca todo: cuarto, sala, cocina, baño y área de servicio. Es casi como volver a la infancia, cuando imaginaba que una caja de cartón era el castillo de Barbie, solo que ahora me toca imaginar que este cubículo es el hogar de mis sueños.

Vivir en São Paulo cuesta una pequeña fortuna, una que yo no puedo pagar. ¿El secreto peor guardado de la historia? Estoy en la quiebra. Absoluta y completamente. Ni un centavo en el bolsillo, nada en la cuenta, bajo el colchón o en el fondo del armario.

En realidad, ya ni siquiera tengo un armario, lo vendí hace dos meses y ahora guardo mis pocos trapos en cajas de cartón. ¿Deudas? Ah, esas sí tengo. Muchas,

muchas deudas. En el sobregiro del banco, en no sé cuántas tarjetas de crédito, en la panadería de la esquina y en la tienda del barrio. ¡Ah! Y no podemos olvidar el bar de don Luis, el último recurso de los desesperados.

La cama, hecha de dos tarimas y unos colchones delgados, me llama. Es casi como el canto de una sirena, pero no puedo solo escucharla y lanzarme en ella, a menos que quiera romperme entera o romper la cama.

Suspiro, derrotada, y abro el refrigerador. Una docena de huevos, media caja de leche, tres botellas de agua y dos plátanos. Es todo lo que hay.

Inclino la cabeza, preguntándome qué hacer, pero no es como si tuviera muchas opciones. Licuado de plátano, otra vez, igual que casi todos los días en los últimos dos meses.

A veces logro comprar otras frutas, pero, en general, el plátano es lo más barato. Y, aunque parezca poca cosa, la diferencia entre un plátano y una papaya - la segunda fruta más barata—muchas veces es el precio de una papa.

Mientras preparo mi última y única comida del día, la cama sigue con su canto encantado. Necesito un baño para borrar este día de derrota. Ocho horas caminando, entregando currículums.

Gasté mis últimos centavos en imprimirlos y caminé hasta donde mi cuerpo aguantó, repartiéndolos en todos los lugares que vi: tiendas, restaurantes, cafeterías, bares, cualquier lugar donde pudiera haber una vacante. En ninguno, ni en uno solo, alguien me dio esperanzas de conseguir algo.

Sirvo el licuado en un vaso y, apenas lo llevo a la boca, el sabor dulzón me hace cerrar los ojos. Empalagoso, eso es lo que es, al menos después de más de un mes tomando lo mismo todos los días.

Mientras trago el espeso líquido, pienso en una lasaña, ¡sí! Definitivamente, una lasaña; casi puedo oler las capas de pasta con carne molida bien sazonada, todo cubierto de queso derretido. Salivo, saboreando el plátano y la leche en la lengua y, sin darme cuenta, una lágrima cae.

Nueve meses. Nueve meses desde el último "Está despedida". Tres meses desde la última cuota del seguro de desempleo. Y diez reales. Estoy a solo diez reales de pasar hambre. Reclino la cabeza, apoyándola en el refrigerador detrás de mí, y dejo que más lágrimas recorran mi rostro.

Cuando salí de São Roque, mi ciudad natal en el interior del estado, fue porque la vida que veía llevar a las personas ahí no era la que yo quería para mí. Hombres trabajando fuera mientras las mujeres se quedaban en casa, cuidando el hogar y cocinando. Cuatro de mis compañeras de clase terminaron la preparatoria en diciembre y se casaron en enero. Y lo que era fácil pronosticar: en abril ya estaban embarazadas.

Pero yo no, yo no sería una más. La verdad es que no tenía ni idea de lo que quería ser, pero tenía clarísimo lo que no quería.

Y así fue que cumplí dieciocho años un día y, al siguiente, ya estaba en un autobús, con una mochila a la espalda, cargando no solo ropa, sino mil y un planes de futuro y todo el dinero que ahorré desde que cumplí quince años, ya fuera vendiendo dulces en la escuela, cuidando niños los fines de semana o haciendo cualquier actividad que me dejara unos cuantos pesos.

Pasé los primeros días en la casa de una prima lejana que nunca había visto antes, pero pronto me di cuenta de que su esposo no estaba muy contento con mi presencia. Dos semanas después de mi llegada, él dijo que debía mostrar gratitud por lo que estaban haciendo por mí, y aquello no me sonó bien.

Al día siguiente, comencé a buscar un lugar para vivir, lo que me hizo descubrir rápidamente que el dinero que tenía, que aunque no era mucho, para mí lo era todo, en realidad no alcanzaba para nada. El dinero duró dos meses, y la mayor parte se fue en el depósito del alquiler.

Cuando pisé por primera vez mi casa en esa pequeña villa, sonreía de oreja a oreja; el primero de mis sueños se había cumplido, y solo me faltaban mil más. Hoy, cuatro años después, sigue faltando el mismo número, si no contamos los nuevos que he añadido, y eso duele, duele demasiado. A veces, más de lo que creo poder soportar.

Con una última exhalación profunda, me aparto de la nevera y, dejando el vaso sucio en el fregadero, me dirijo al baño. El pequeño espacio de un metro cuadrado tiene un inodoro percudido, un lavamanos colgante y una zona para la ducha, separada del resto del espacio por una cortina plástica con dibujos de pececitos.

Las paredes, cubiertas de azulejos marrón oscuro, hacen que todo se vea aún peor, y el suelo frío me pellizca los pies, pero mis últimas alfombras se rompieron hace meses y no he tenido dinero para comprar otras nuevas.

Lo primero en salir es la camiseta negra descolorida que llevaba puesta. Después, el pantalón de jean, quedando solo en sostén y tanga, y obligándome a

enfrentar la imagen que, una vez más, me mira desde el espejo. Delgada, pálida y cansada. Solía sentirme bonita, y por eso solía ser bonita. Ahora, hay momentos en los que ni siquiera sé si siento algo más que soledad.

Podría volver a casa. ¿Pero volver para qué? ¿Para ser empleada doméstica en una casa de campo? No es que eso sea un problema, pero no es lo que quiero, nunca lo fue. ¿No deberían los hijos recorrer más caminos que sus padres a lo largo de sus vidas?

Repetir los pasos de mi madre siempre ha sido precisamente lo que he evitado. Por más que la ame, no quiero su vida para mí. O, tal vez, podría regresar para casarme; no sería exactamente igual a mi madre, pero tampoco sería muy diferente, ¿verdad?

Dormir, solo necesito dormir, y mañana será un día mucho mejor que hoy. Aprieto los ojos con fuerza, despojándome también del viejo sostén y de la tanga de algodón gris.

La llave de la ducha está dura y hago fuerza para abrirla. Cuando el agua fría finalmente cae sobre mi cuerpo, siento el primer placer de todo el día: su toque en mi piel.

Metiendo la cabeza bajo el agua, dejo que moje mi cabello, pegándolo a mi frente, hombros y espalda, y paso las manos por los mechones, intentando peinarlos con los dedos.

El baño limpia mi cuerpo y alivia la fatiga de mis músculos, pero no hace nada por mi ánimo decaído ni por mi alma herida. Me quedo ahí, sintiendo el chorro de agua golpear mi cuerpo como un látigo helado, por mucho más tiempo del que debería, y mucho menos del que quisiera.

Pero, sabiendo que no puedo abusar del agua, o el dueño de la casa se quejará de la factura, y no puedo darle motivos para eso, ya que debo dos meses de renta, cierro la ducha y salgo del pequeño espacio, envolviéndome en la toalla y secándome el cabello como puedo.

Miro las cajas de cartón llenas de ropa, pero las ganas de buscar cualquier cosa en ellas desaparecen en cuanto lo pienso.

Ansiando que el día termine, me dejo caer en la cama aún envuelta en la toalla y con el cabello húmedo, aun sabiendo que al despertar tendré un verdadero nido de pájaros en la cabeza.

Cierro los ojos y me estiro, esperando que el sueño me adormezca, pero antes de que me alcance, suena mi celular. Gimo, frustrada, ya que está en la bolsa que dejé sobre la silla junto a la puerta. De mala gana, me levanto y arrastro los pies hasta allí.

El nombre en la pantalla multiplica mi desánimo por mil. Mamá. Me encantaría hablar con ella, Dios sabe cuánto necesito un consuelo, pero no tengo ánimo para fingir hoy. Hoy no.

El timbre del celular, una canción que adoro pero que últimamente dice poco sobre mí, "Dona de mim" de Iza, va apagándose a medida que la llamada se desvía al buzón de voz, pero enseguida vuelve a sonar, haciendo que el aparato vuelva a vibrar en mi mano. Dejo que suene hasta que, una vez más, el tono disminuye y se detiene, solo para comenzar de nuevo una tercera vez.

Dividida entre el agotamiento y la preocupación, miro el teléfono en mis manos y decido que, si vuelve a llamar una cuarta vez, atenderé. La canción suena, se repite y, finalmente, se apaga.

Espero ansiosa los siguientes segundos y, para mi desesperación, el celular vuelve a sonar. Respiro hondo y cambio el peso de un pie al otro. Con los ojos cerrados, toco el ícono verde en la pantalla y acerco el teléfono al oído.

—Hola, mami. ¿Todo bien? —digo alto y enérgico, fingiendo una alegría que estoy muy lejos de sentir.

—Ay, hija. ¡Qué susto! ¿Por qué tardaste tanto en contestar?

—Estaba en la ducha, mamá —miento.

—Ah, claro. ¿Cómo van las cosas por allá? Ni el sábado ni ayer me llamaste. ¿Pasaste el fin de semana estudiando?

Aprieto los ojos y llevo la mano al puente de mi nariz, presionando también allí. Suspiro, intentando no hacer ruido y buscando el valor para no desmoronarme, sintiéndome al borde de hacerlo.

—Perdón, mami. Es que estoy en semana de exámenes en la universidad y me desconecté del mundo estudiando el fin de semana. Pero debí al menos mandar un mensaje, lo siento mucho.

Agrego más mentiras a la red que tejo semanalmente para mi madre durante nuestras llamadas de los sábados por la mañana.

Pero la última semana fue tan horrible que simplemente no pude llamarla y fingir que todo está bien. Fingir que tengo una casa que no es una ruina. Fingir que tengo un trabajo con buenos colegas y un jefe muy pesado en una tienda de ropa.

Fingir que estoy en el tercer semestre de la carrera de Nutrición. El sábado en la mañana, me sentí tan abrumada por mi realidad que preferí renunciar al único momento en la semana en que no me siento sola últimamente, la llamada a mi mamá, en lugar de tener que fingir cualquier cosa.

Parada, envuelta en la toalla, con el cabello húmedo cayendo sobre los hombros, los pies descalzos, la mente agotada y el cuerpo exhausto, haciendo un enorme esfuerzo por mantenerme en pie frente a la puerta marrón y despintada de mi casa, me pregunto por milésima vez si no sería mejor decirle la verdad.

Pero la simple idea de decepcionarla, de quitarle la alegría de la voz cada vez que habla conmigo sobre mi vida increíble en la ciudad, me hace preferir mi sufrimiento al suyo. Mil veces el mío que el suyo, mil veces.

Escucho todo lo que me dice, pero no oigo absolutamente nada. Asiento cuando noto que el silencio se ha prolongado demasiado y, de vez en cuando, digo cualquier cosa para mantenerla satisfecha.

Después de unos veinte minutos, me dice que tiene que colgar porque me está llamando desde la casa de sus patrones. Nos despedimos y, cuando dice que me ama, me pongo el puño en la boca, mordiéndolo para evitar que un sollozo se escape, pero cuando la llamada finalmente termina, me arrastro hasta la cama y ahí lloro, sola; completa y absolutamente sola.

2.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Desde el entrepiso, observo la fiesta desarrollándose en el piso inferior. El Hotel Fazenda Belanucci fue una buena elección; aunque está algo alejado del centro de la ciudad, es espacioso y ha logrado ofrecer exactamente lo que planeamos para el lanzamiento de ArquiCasa, la nueva revista de arquitectura y diseño de interiores del grupo editorial Govêa.

Los distintos estilos de muebles distribuidos en el salón cumplen su función, dándole a la fiesta la identidad perfecta para la ocasión. Apoyado en la barandilla, llevo mi copa a la boca, disfrutando el sabor del *Macallan 18*[16]. Carajo, no podría ser pobre. Hay gente que no puede vivir sin café; yo, sin un whisky lo suficientemente añejo.

Aun así, esta noche ni siquiera mi bebida favorita logra disipar el aburrimiento. La fiesta está perfecta, exactamente como debería estar: aburrida. Indiscutiblemente aburrida. Mientras observo todo desde arriba, siento el teléfono vibrar en el bolsillo del traje. Al tomarlo, una sonrisa se dibuja en mi rostro automáticamente; ya era hora.

—Espero que hayas traído algo de diversión contigo, porque esta mierda está insoportable. —El cabrón al otro lado de la línea suelta una carcajada.

—Claro que sí. Sabes que soy el alma de la fiesta; sin mí, cualquier lugar está muerto. Pero tranquilo, ya llegué. —Esa es la respuesta que escucho, y la sonrisa en la voz de mi amigo es tan clara como cada vocal y consonante que pronuncia.

—Si logras animar esta fiesta, Marcos, serías mucho más que el alma de la fiesta; podrías ser declarado oficialmente un maldito santo.

Una risa efusiva inunda mis oídos, y tengo que apartar el teléfono para no quedarme sordo.

—¿Sabes que tú fuiste quien organizó esta fiesta, verdad?

—¡Para nada! Fue el departamento de eventos, y han hecho un trabajo excelente… para el público de la revista. Pero, definitivamente, yo no formo parte de ese grupo.

—Yo tampoco. Llegué hace cinco minutos y ya esta música me está irritando.

—Amigo, yo llevo aquí horas. ¡Horas!

—¿Dónde estás?

—En el entrepiso.

—Perfecto. Llego ahí en veinte minutos.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto, Marcos?

—Saludar a la gente, ¿qué crees? Mi mamá me enseñó modales.

—Vete al diablo, cabrón —digo finalmente y cuelgo el teléfono.

Con el celular en mano y sin nada mejor que hacer, aprovecho para revisar mis mensajes: mamá, trabajo, trabajo, trabajo, mujer, trabajo, trabajo, trabajo, mujer, trabajo, mujer, mujer, mujer, trabajo… nada importante. Dejo para responderle a mi mamá cuando me suba al avión más tarde.

El siguiente en la lista es el correo electrónico; el de trabajo está, como siempre, saturado, mientras que el personal, vacío. Nadie me manda un correo personal. Para esa dirección, es como si mi número de identificación ni existiera. Luego paso al Instagram, reviso algunos perfiles de arquitectos y empresas del sector que están presentes en la fiesta, viendo la cobertura del evento en sus páginas.

Leo comentarios, veo la repercusión y el número de personas siguiendo la transmisión en vivo del evento, perdiéndome, como siempre, en el trabajo.

—¡Quien vive siempre aparece!

La voz de Marcos resuena fuerte en medio de la música ambiental, aburrida como la mierda, que suena a mi alrededor.

Me giro, mirando a mi amigo. ¡El hijo de puta es un descarado! Con un traje azul marino y camisa blanca, el rubio barbudo camina hacia mí con los brazos abiertos para un abrazo que recibo y devuelvo con gusto.

—Sabes que tú eres el que acaba de llegar, ¿verdad? —le pregunto, alzando las cejas.

—Y solo vine porque, últimamente, la única forma de verte es en tu trabajo. Al menos hoy es en una fiesta, aunque esté aburrida como la mierda —responde Marcos, alargando la frase al final.

—Desde que el viejo se jubiló, esto se ha puesto más difícil.

—Sabías que no iba a ser fácil —dice, caminando hacia un conjunto de sofás cerca de la barandilla, mirando cómo la fiesta sigue abajo.

Desabrochando el botón del traje, me siento y coloco mi copa sobre la mesa mientras Marcos se acomoda en el sofá frente a mí.

—No quería que fuera fácil, pero un poco más de tiempo no me vendría mal. Llevo meses sin una noche libre. Además, todo parece tan igual últimamente… el trabajo es agotador, pero constante. Demasiado constante para mi gusto.

—¿Necesitas echarte un polvo o qué? —se burla, arqueando una ceja y cruzando una pierna sobre la otra, recostándose en el sofá.

—Marcos, siempre necesito echarme un polvo, pero últimamente me estoy preguntando si no debería dársela a mi secretaria; al fin y al cabo, pasa más tiempo conmigo que con cualquiera.

—¿Pero no es una señora mayor?

—Ahí está el problema, amigo. Ahí está el problema.

Me paso las manos por el pelo, y Marcos se ríe a carcajadas, llamando la atención de algunas personas alrededor. Entrecierro los ojos hacia él, solo para ser completamente ignorado.

—Sabes, Marcos, llegará el día en que te toque asumir la presidencia de tu oficina y, cuando ese momento llegue, puedes estar seguro de que me reiré de lo jodido que quedarás.

—Ah, pero para eso falta mucho. A diferencia de tu padre, el mío no quiere soltar el mando. Y yo no tengo problema con eso. Mientras él siga ahí, yo soy libre para…

—Vaguear —corto su frase, y esta vez soy yo quien suelta una carcajada, aunque él no me contradice.

—Ríete, sé que es envidia. Solo extrañas la vida que llevabas y que yo sigo llevando.

—¿Extrañar? Quizás. ¿Envidia? Definitivamente no. Sabes que me preparé toda la vida para estar donde estoy ahora. Ser el CEO del Grupo Govêa siempre fue mi objetivo. Pero realmente extraño tener compañía fuera del trabajo constante.

Recuesto mi espalda y hago crujir mi cuello. No voy a decírselo, porque entonces se pondría aún más convencido de lo que ya es, pero incluso de conversaciones simples como esta, cara a cara y sin que se trate de trabajo, estoy empezando a sentir falta.

—Si el problema es la compañía, la solución tiene casi el mismo nombre: acompañante.

Miro a Marcos con las cejas arqueadas, preguntando en silencio, y él se defiende a medias, respondiendo una pregunta que ni siquiera hice.

—¿Qué? Necesitas a alguien que esté disponible para ti 24/7, porque su excelencia tiene una agenda infernal. La única otra solución que puedo imaginar para eso se llama relación, y no creo que te interese.

Lo miro incrédulo antes de soltar una risa amarga.

—¡Por supuesto que no quiero una maldita relación, Marcos! Si te digo que no tengo tiempo ni para encontrar con quién echarme un polvo, aunque quisiera algo así, que definitivamente no es el caso, ¿cómo crees que podría llevar una relación? Ni mis noches son mías. Estoy aquí en este evento aburrido, y en cuatro horas estaré en un avión rumbo a Nueva York.

—Entonces la solución sigue en pie: una acompañante. Puedo recomendarte una agencia muy buena.

—¿Estás usando esos servicios, Marcos? —le pregunto, esbozando una sonrisa y echándome el cabello hacia atrás.

—A veces, sí. Y *Blaséè* ofrece un servicio como ningún otro. Te juro, esas mujeres parecen estar entrenadas para esto.

—¿*Blaséè*? No sé, Marcos, una cosa es hacerlo de vez en cuando. Pero la idea de convertirlo en un hábito, que es lo que pasaría... no me convence mucho.

—Entonces, tal vez deberías acostarte con tu secretaria —dice, justo cuando llevo un nuevo sorbo de whisky a la boca y tengo que hacer un gran esfuerzo para no atragantarme con su comentario.

Tosiendo, coloco el vaso sobre la mesa entre nosotros y jalo aire con fuerza mientras el desgraciado se ríe.

—¡Qué demonios, Marcos! ¡Doña Norma tiene sesenta años, maldita sea!

—Podrías haber desarrollado un deseo prohibido por las *MILF*[17] —comienza, y le lanzo una mirada mucho más significativa que cualquier cosa que podría decir. Marcos levanta las manos y, aún sonriendo, continúa.

—Me refería a que deberías contratar a una secretaria con ese propósito específico.

—¿Y luego terminar siendo demandado por acoso? ¿Te has vuelto loco, Marcos?

—Déjalo claro en la entrevista de trabajo, es simple.

—¡Claro! Ya puedo imaginar el anuncio que enviaré a las agencias de empleo que usamos en Govêa: "Se busca secretaria para servicio de sexo 24/7. Salario, PPR y otros beneficios."

Marcos se ríe con sorna y niega con la cabeza.

—Está bien, si no quieres, no quieres. Pero es una buena idea. Hay formas de hacerlo funcionar. En fin, dijiste que tu vuelo sale en cuatro horas, ¿verdad?

Miro mi reloj para verificar la hora.

—Aproximadamente.

—Perfecto. Eso significa que tienes tres horas para mejorar tu humor.

—Marcos, ni en broma voy a buscar a alguien en una fiesta organizada por mi propia empresa. Lo último que necesito es acabar en la cama con alguna empleada que no conozca.

—Entonces, qué suerte que te topaste con tu gran amigo Marcos, ¿no? —Lo miro con una sonrisa de lado y frunzo el ceño, intrigado. Él se levanta de los sofás

y camina hacia la baranda del mezzanine. Sin opciones, lo sigo—. Gran amigo, no; mejor amigo, Marcos —afirma, con tono burlón.

—¿Qué? ¿Ahora quieres que nos peinemos el cabello mutuamente y pintemos las uñas?

Me mira con una sonrisa enorme.

—Si no tuvieras un vuelo que tomar, podríamos hacer algo mucho mejor juntos. Algo que no incluye que me toques ni yo a ti, pero sí que ambos toquemos muchas partes de una tercera y cuarta persona. Pero ya que tienes prisa, aprovecharé mi tiempo mucho mejor sin ti. Mira, a tu derecha, junto a la barra —me dice Marcos, señalando con la cabeza.

Al voltear, veo a dos mujeres paradas frente a una mesa de cócteles. La primera es rubia y alta, con el cabello corto a la altura del mentón y un vestido rojo ajustado que destaca sus caderas y un escote generoso que deja ver sus pequeños pechos. Es bonita, pero las rubias no son lo mío.

Es la segunda quien llama mi atención. Una morena un poco más baja y curvilínea. Su cuerpo no es delgado, tiene curvas en los lugares adecuados, y su vestido azul oscuro, entallado hasta la cintura, resalta sus pechos, dejando claro lo voluminosos que son.

La imagen de ellos desnudos en mi boca hace que mi verga dé señales de vida. El vestido sería recatado, si no fuera por una abertura un poco debajo de las caderas, a través de la cual, desde mi posición, puedo ver perfectamente su deliciosa y torneada pierna. ¿Y eso de ahí... es una liga? Maldita sea.

Recorro su cuerpo con la mirada mientras ella sigue sin verme. Estamos lejos, y está distraída hablando con su amiga. Inclino un poco la cabeza, haciendo cálculos mentales sobre cuánto tiempo tengo, pero cuando la mujer muerde su labio, mando mis cálculos al diablo.

—Realmente no tengo mucho tiempo —murmuro en voz alta.

—Entonces, qué bien que ya nos están esperando —me dice Marcos, y al girarme hacia él, me encuentro con una sonrisa de gato de Cheshire en su rostro.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Te dije que iba a saludar a algunas personas cuando llegué —responde, simple, y entrecierro los ojos hacia él, pero no puedo evitar sonreír mientras

murmuro.

—Hijo de puta.

—No, no. Mejor dime: el mejor amigo del mundo. ¡Vamos! Ahora solo te quedan dos horas y cincuenta y cinco minutos.

—Marcos, dime que tienes la maldita...

—¿Una habitación en el hotel? —me interrumpe, sacando una tarjeta magnética del bolsillo de su saco oscuro.

—¡Maldita sea, Marcos! Te daría un beso ahora mismo.

Tomo la llave de su mano y la guardo en el bolsillo de mi pantalón mientras bajamos al primer piso de la fiesta.

3.

ELIZA PORTO

La pantalla encendida frente a mí parece burlarse, igual que las decenas de facturas esparcidas sobre la mesa, metidas en los cajones, en las bolsas y en mi bandeja de correo. Todas vencidas, todas rogando ser pagadas, y yo aquí, sin un peso roto en el bolsillo. Como decía mi abuela, más pobre que un perro callejero. La laptop prestada es lenta, pero cumple su propósito.

Después de dormir más de doce horas seguidas, el martes desperté con la cara hinchada de tanto llorar y dormir, aunque sintiéndome mejor que el lunes.

Lo que me sacó de mi sueño de ignorancia fue una llamada. Esta vez, no era mi madre, sino Sheilla, una compañera de mi último trabajo con quien a veces hablo por Facebook. La última vez que hablamos, le conté que las cosas estaban difíciles y que buscaba cualquier empleo, siempre que fuera decente.

El celular sonó bajo la almohada y contesté sin abrir los ojos, recibiendo un "Buenas tardes" animado de Sheilla, que me decía que había encontrado un trabajo de limpieza para mí. En ese momento, casi me arrodillé para dar gracias.

Puede que un trabajo de limpieza no pague las facturas ni me compre la lasaña de mis sueños, pero evitaría que pasara hambre. Y aunque deseo desesperadamente un empleo fijo, y ser empleada doméstica no sea mi gran objetivo en la vida, no le temo al trabajo honesto, especialmente si eso pondrá comida en mi refrigerador.

Desde que llegué a São Paulo, he hecho casi de todo lo que se me podía ocurrir. Intenté ser manicurista, pero mis clientas no estuvieron de acuerdo con eso de que la práctica hace al maestro; por más uñas que hacía, seguía sacándoles pellejitos, y al final me quedé sin clientas.

Trabajé en telemarketing, pero, aparentemente, soy pésima para cobrar dinero. Aunque tenía un guion para seguir, me daba lástima y nunca alcanzaba la meta. ¿El resultado? Me despidieron de cuatro empresas distintas, y luego ya nadie del sector me quiso contratar.

También trabajé en un fast food, pero por más que necesite el empleo y el sueldo mínimo miserable, ¿sabes lo que es el karma? Eso que te persigue sin importar cuánto corras.

Mi karma son los jefes prepotentes y arrogantes. Y, ¿quién puede soportar a un gerente de comida rápida que se cree CEO? Yo, desde luego, no. Así que ahí está: cinco despidos en cinco cadenas distintas, y ¡boom! Marcada como una mala profesional, como si la problemática fuera yo.

Con los ojos cansados y el cuerpo entumecido por estar en la misma posición los últimos veinte minutos, reviso el milésimo correo que envío esta semana. ¿El asunto? Postulación para vendedora. En esto, aún no tengo despidos suficientes para ser descartada, tampoco experiencia para ser considerada una buena candidata, pero la verdad es que estoy disparando a todos lados.

No podía elegir el trabajo que quiero. Veo la vacante y reviso los requisitos; si encajo, envío el currículum. Si no, paso a la siguiente.

Con la vista ya entrenada de tanto hacer lo mismo, reviso en la pantalla la dirección de destino y el archivo adjunto, mi largo currículum de apenas una página, el breve mensaje de presentación en el cuerpo del correo y, entonces, le doy a Enviar. La página se actualiza, pero me cuesta creer que alguno de estos correos vaya a dar fruto; los envío solo porque no tengo nada mejor que hacer. Mi lista de la quiebra está completísima:

Despensa y refrigerador casi vacíos. Presente.
Casa sucia y sin material de limpieza. También presente.
Ningún lugar mejor donde estar. Presente.
Celular sin saldo para internet ni llamadas. Desde que desperté el martes.

Puedo enviar los correos porque a esta hora me robo el wifi del vecino, mientras él va a recoger a su hijo a la escuela. Pero la conexión es tan lenta que si la uso cuando él está en casa, ambos nos quedamos sin señal. Así que solo me quedan diez minutos de señal, ya que él se tarda treinta en ir y volver, y ya lleva veinte afuera.

Jamás he recibido algún tipo de respuesta. Ninguna llamada, ni siquiera para decir: gracias, no estamos interesados. Ningún correo, ni siquiera algo absurdo u ofensivo como: recibimos tu solicitud, pero tu currículum es pésimo. No queremos contratarte.

Entrecierro los ojos frente a la pantalla, impulsada por pensamientos que alimentan una rabia de la que nadie, excepto la vida misma, es culpable. Pero cuando mi estómago gruñe y recuerdo que lo único que tengo para comer son fideos instantáneos, que debo preparar en el microondas porque se acabó el gas la semana pasada, y que estoy racionando los 120 reales que gané por la limpieza que hice el miércoles, la rabia crece.

Afortunadamente, el sentimiento no dura mucho, porque desde anoche mi resignación se volvió agridulce. Aunque me entristece, ahora también me hace sonreír al recordar que, aparte de mi madre, hay alguien más en este mundo que se preocupa por mí. Alguien que lo hace desde hace tiempo: mi mejor amiga, Joana Pietra Goulart.

Anoche hablábamos por teléfono y yo me enorgullecía de esa tonta competencia que hago conmigo misma, tratando de enviar más correos que el día anterior, y le agradecía, porque sin su laptop jamás podría superar mis propios récords ni enviar currículums para intentar salir de esta miseria en la que estoy. En ese momento, superar mis propios récords parecía más importante.

En fin, durante la llamada, ella me dijo que comiera los fideos y me imaginara que era un espagueti con salsa de cuatro quesos. Le respondí que lo intentaría, porque si soy capaz de imaginar lasaña mientras tomo un batido de plátano, seguro puedo imaginar espagueti con salsa de cuatro quesos mientras como fideos. La verdad es que, si no fuera por ella, quizás mis días más duros ya se habrían vuelto insoportables. Son sus mensajes y llamadas los que, aun en la distancia, evitan que la sensación de soledad sea absoluta algunos días, aunque no todos.

La hermosa mujer rubia de ojos azules y cuerpo esbelto alguna vez fue una niña, y fue en esa etapa de nuestras vidas que nos conocimos, en la escuela. Pero su padre fue transferido a São Paulo cuando estábamos en segundo año de la secundaria, y por eso nos separamos. Aquí, su papá mejoró su situación económica, y ahora Jô estudia en una universidad privada mientras vive con sus padres, quienes pueden mantenerla. En cuanto me mudé aquí, nos reencontramos, porque, a pesar de la distancia, nunca perdimos el contacto.

En la infancia jugábamos con muñecas. En la adolescencia hablábamos de chicos. En la secundaria, hicimos planes para el futuro. Desde entonces, nos apoyamos en la búsqueda de esos sueños. Los de Jô están mucho más encaminados que los míos, pero, aun así, ella siempre encuentra tiempo para estar conmigo. Es a ella a quien le lloro mis penas, a quien le cuento mis verdades, y es solo con ella también que, últimamente, tengo razones para sonreír.

Ayer, cuando me llamó, me hizo una broma sobre registrarme en un sitio para ser *Sugar Baby*. Le dije que ya estaba demasiado vieja para ser la "baby" de alguien. No es que me considere vieja a los veintidós, pero para "competir" con chicas de dieciocho…

Después de eso, me preguntó si esa era realmente la única razón por la que no haría algo así, y entonces las dos estallamos en carcajadas. Luego comenzamos a hablar sobre posibilidades reales de trabajo.

Logramos pensar en varias ideas, como, por ejemplo, vender brigadeiros en la calle. El problema es que, para todas, necesito invertir algo de dinero, aunque sea poco. Por eso, decidí racionar el dinero que gano limpiando y Joana se comprometió a ver si podía conseguirme más clientes entre las tías y amigas de su mamá. La conversación fue un paso más en la reconstrucción de mi ánimo. Siempre es así. Hablar con ella siempre mejora mis días.

Pero la vida adulta es muy distinta de la infancia y la adolescencia; alejarse de los amigos es inevitable, simplemente no hay suficiente tiempo para vivir tu propia vida y mantener una frecuencia de encuentros con ellos.

Joana hace lo que puede; me llama al menos dos veces por semana y, siempre que puede, viene a visitarme o me invita a su casa. Sus padres siempre me han tratado muy bien, pero últimamente he evitado ir a su casa. La mirada de lástima en sus ojos no ayuda en nada a encontrar el consuelo que suelo buscar en Joana.

La alegría que siento al pensar en mi amiga casi me hace olvidar el detestable fideo instantáneo. Solo recordar su sugerencia de conseguir un *Sugar Daddy* me hace reír a carcajadas. Decido mejorar la broma, ya que estoy "vieja" para eso. Con la cabeza llena de ideas locas suplicando ser compartidas con alguien, hago clic en "enviar nuevo correo" y escribo el título: "Solicitud para asistente personal".

Esta vez no adjunto mi currículum, pero, decidida a darle a mi amiga al menos unas cuantas risas, escribo toda mi información y las cosas más absurdas que se me ocurren en el cuerpo del correo:

Eliza Salvador Porto

Brasileña - soltera - 22 años

Rua Juvêncio Mariápolis, número 87, traseira, Paraisópolis, São Paulo – SP

+55 22 987655666 / elizasalporto@gipsymail.com

Objetivo:
Ocupar el cargo de asistente personal, atendiendo todos los deseos personales de mi empleador.

Formación académica:

- 2015 - Curso de informática básica
- 2016 - Escuela secundaria - Escuela Estatal Mariângela Belize
- 2014 hasta la fecha - Amplia formación en el Arte del Placer, adquirida en novelas románticas y literatura gratuita en internet.

Experiencia profesional:

Ninguna en el área mencionada, pero estoy más que dispuesta a aprender a satisfacer todos los deseos de mi empleador, exactamente como él me lo enseñe. Aprendo rápido y que me pongan a prueba es algo que me resulta bastante… excitante.

Premios y reconocimientos:

- Cabello largo, excelente para ser jalado;
- Piel clara, ideal para recibir marcas de suaves nalgadas;
- Mejor beso de la ciudad;
- Mejor sexo oral del estado;
- Vagina virgen, lista para un cambio de estado.

La última frase me sorprende y me hace reír al mismo tiempo. Miro las puntas de mis dedos, sin poder creer que realmente escribí eso. ¿Vagina?

La pantalla de la computadora me juzgaría si pudiera y, mientras me río, otra idea toma forma en mi mente. Bueno, si vamos a ser absurdas, que sea en serio, ¿verdad? Entre risas, en el espacio debajo de mi "currículum", transfiero al computador las palabras que surgen en mi cabeza:

CONTRATO DE PLACER

El presente documento busca formalizar un acuerdo laboral entre las partes contratante y contratada. Su único objetivo es asegurar el compromiso de la contratada con su tarea y, como consecuencia, garantizar también la satisfacción del contratante.

De esta forma, la Contratada se compromete a esforzarse en cumplir todas las tareas que le sean asignadas, así como a aprender y practicar todo lo que se le enseñe.

São Paulo, _____ de 2021.

Firma de la contratada

Firma del contratante

La risa me invade de nuevo y solo vuelvo a mí cuando escucho pasos en el pasillo; es mi vecino llegando. Rápidamente, escribo el destinatario del correo: *jpgov.pessoal@gipsymail.com.*

Repaso la dirección, confirmando que es realmente lo que ya sé de memoria, y hago clic en enviar, lamentando solo el hecho de que me quedaré sin internet y, si Joana me manda un mensaje, no podremos reírnos juntas de mi idiotez.

4.

JOÃO PEDRO GOVÊA

El segundero del reloj me desafía, girando sin descanso como si no importara que sea viernes por la noche y que yo siga aquí en la oficina, frente a un escritorio lleno de papeles y con una bandeja de correos saturada, sin la menor idea de a qué hora podré salir. Afuera, la ciudad de São Paulo cobra vida: la famosa jungla de cemento se convierte en un espectáculo de luces y movimiento.

Me giro en la silla, estiro las piernas hacia el borde del escritorio, y no estoy seguro de si soy yo quien contempla la ciudad, cuarenta y dos pisos abajo a través de estas ventanas del suelo al techo, o si es ella la que me traga mientras me pierdo en pensamientos y cansancio.

Hace seis meses, a esta hora, estaría camino a casa para arreglarme para una noche de fiesta, o ya estaría en una. Es curioso cómo una sola decisión lo cambia todo. Maldita sea, yo solía ser el tipo divertido del grupo. ¡Yo! Ahora solo soy el gruñón, el que siempre está trabajando o hablando de trabajo.

Suspiro y desvío la mirada de las ventanas hacia el espacio en el que estoy. La oficina es amplia, con suelo y paredes de mármol oscuro. Está rodeada de vidrio, excepto por la pared de enfrente, la que me separa del resto de la firma, para que nadie vea lo que sucede aquí dentro.

Hay obras de arte, muebles firmados por diseñadores de renombre, una barra con las bebidas más caras que el dinero puede comprar y, claro, la joya de la corona: una vitrina que muestra todos los productos actuales del Grupo Editorial Govêa, desde revistas y periódicos hasta folletines. Todo lo que producimos y distribuimos al exterior. Durante años, estar en esta oficina fue mi meta, y ahora que estoy aquí, mirándola, me lo cuestiono.

No tengo dudas de que todo vale la pena, pero, definitivamente, esperaba que fuera diferente. Quiero decir, tuve un padre presente, así que, ¿por qué demonios no puedo hacerme presente en mi propia vida? Eran otros tiempos. El tiempo parecía rendir más que ahora.

Aun así, esa reflexión solo me trae de vuelta la pregunta que llevo haciéndome al menos desde hace dos meses: ¿qué estoy haciendo mal? Porque algo, sin duda, no está bien.

Resignado, sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos y decidiendo volver al trabajo. Cuando bajo la mirada hacia las planillas en la pantalla de la computadora, siento un leve temblor en la mesa y escucho el zumbido de la vibración. Al ver la pantalla del celular, noto una notificación de nuevo correo, pero la ignoro. Norma se encargará de filtrar y, cuando responda a todos los que ya están en la bandeja, eventualmente, llegará a ese correo.

Es el suave tono del teléfono de escritorio y la luz roja parpadeante, señal de una llamada de mi secretaria, lo que me saca de mis pensamientos.

—¿Necesita algo más esta noche, señor Govêa?

—No, Norma. Está todo bien por hoy. Que tengas un buen fin de semana.

—Muy bien, hijo. Pedí a *Fazzano's* que envíe tu cena a las 9.

Todo en su frase me hace sonreír. Desde ese "hijo" familiar ahora que oficialmente terminó su horario, hasta la manera en que se aseguró de que cenara, aunque yo no se lo pidiera. Ella nunca se va sin antes confirmar que comeré algo decente, como si aún tuviera diez años y no pudiera cuidar de mí mismo.

Norma ha sido parte de la familia Govêa por casi cuarenta años. Llegó aquí a los veinte, como mecanógrafa, cuando aún existía esa profesión. Luego fue secretaria de mi padre durante todo el tiempo que él dirigió el grupo, y ahora es la mía.

Conoce el funcionamiento de la empresa mejor que muchos de los nuevos profesionales que llegan con sus diplomas y MBAs relucientes. Ninguna universidad enseña lo que ella sabe; ningún curso de grado, posgrado o especialización enseña lo que ha aprendido con los años.

La pequeña mujer de cabello corto y cuerpo redondeado me vio crecer, literal y figurativamente. Me vio en el vientre de mi madre, luego como un niño, recorriendo estos pasillos con asombro.

También me vio en esa etapa en que creí ser el dueño del mundo, caminando por aquí con la nariz en alto y el pecho inflado, convencido de que era mejor que los empleados, porque sabía que algún día sería quien soy hoy: el que controla todo esto.

Solo la traté mal una vez. De adolescente, la menosprecié. Le dije que debía hacer lo que yo mandara, porque yo era el dueño de todo esto. Mi padre se

enteró; otro empleado lo vio y le contó.

Él me llamó para hablar, y aunque en ese entonces no cambió mucho mi forma de pensar, me hizo pedirle disculpas a Norma. Esa fue la primera lección de negocios que me enseñó explícitamente: "Ningún empleado respeta a un jefe que no los respeta", dijo. Y, aunque pedí disculpas, no entendí realmente el significado de esas palabras hasta años después.

Fue entonces cuando le pregunté a la misma Norma por qué no le había contado a mi padre lo que hice, por qué tuvo que ser alguien más quien lo contara. Yo estaba empezando la universidad en esa época, y ella me dijo que no importa qué vistan, cómo huelan o qué coman; los niños son solo niños.

—No tenías que preocuparte por alimentarme, Norma. Ya no soy un niño —murmuro en tono de broma.

—No importa lo que vistan, cómo huelan o qué coman, los niños siempre serán niños, mi niño —recita la frase que dijo hace años y ha repetido muchas veces después, haciéndome sonreír y asentir con la cabeza.

—Gracias, Norma. Nos vemos el lunes.

—Nos vemos. Los correos recibidos hasta las 18:30 ya están separados y organizados en carpetas según la prioridad. Suspendí la recepción de notificaciones hasta el lunes. También actualicé tu agenda para el lunes, ya está disponible —dice mientras camina hacia el aparador frente a la mesa redonda de ocho lugares, que ocupa parte del lado izquierdo de la sala, y coloca un plato y cubiertos sobre la mesa.

—Eficiente hasta la última cana —bromeo, ya que ella es una señora de piel morena y con todos sus cabellos blancos.

—Es la única forma de hacer las cosas. —Me sonríe, guiña un ojo y se gira, saliendo de la oficina.

Cuando escucho el pitido del elevador, indicando que Norma ya no está en el piso, el rastro de su sonrisa sigue en mi rostro. La vida puede que no esté exactamente como me gustaría, pero no está mal, y en algún momento llegará a donde debe.

Con eso en mente, dejo las reflexiones de lado, me quito el reloj y lo coloco boca abajo en el escritorio, dispuesto a sumergirme en el trabajo. Comparo hojas

de cálculo, apruebo comunicados y reportes, pido la programación de reuniones, reviso balances y planes de negocios.

—¿Señor Govêa? —Sorprendido por el sonido repentino después de tanto silencio, levanto la cabeza y veo a Jhonatan, uno de los guardias del piso, parado en la puerta de mi oficina, sosteniendo una bolsa de papel en señal de entrega. Me doy cuenta de que probablemente ya pasó de las 9 de la noche y llevo las manos al rostro, frotándolo para ahuyentar el cansancio—. Perdón, señor. Toqué la puerta, pero creo que no me escuchó.

—Todo bien, Jhonatan. No hay problema. Puedes dejarlo en la mesa, por favor. Esto es cosa de Norma —respondo, cansado, deseando una ducha y mi cama.

—¿Es la única manera de hacer las cosas? —Entra en la oficina, dejando la bolsa sobre la mesa, mientras hace la pregunta y yo sonrío.

—Exactamente, mi amigo.

—Buenas noches, señor Govêa.

—Buenas noches, Jhonatan. Gracias.

Lo observo cerrar la puerta y después me recuesto en la silla, cerrando los ojos. Aún con ellos cerrados, veo números y más números.

—Maldita sea.

De un impulso, me levanto y voy hacia el bar. Sirvo un trago doble de Macallan y lo giro en el vaso varias veces antes de dar el primer sorbo. El aroma fuerte me embriaga antes que el sabor, relajándome. El gusto amargo, seco y con un toque afrutado se despliega en mi lengua, y disfruto cada gota que baja por mi garganta.

Afuera, la alta noche de São Paulo transcurre, con las calles comerciales alrededor de la sede de Govêa desiertas y en silencio. De vez en cuando, algunos autos pasan, pero el vacío predomina.

Mientras miro hacia la nada por la ventana, veo caer las primeras gotas de lluvia, al principio finas y esporádicas, pero, en cuestión de minutos, se vuelven gruesas y rápidas, en una tormenta cada vez más intensa. Sin embargo, como una típica lluvia de verano, antes de que vacíe mi vaso, ya ha pasado.

5.

JOÃO PEDRO GOVÊA

El coche desliza por las avenidas de São Paulo, saliendo de la Avenida Paulista y dirigiéndose hacia el barrio de los Jardins. Dejo mi cabeza caer hacia atrás y mantengo los ojos cerrados. Con las mangas de la camisa dobladas, los primeros botones abiertos y el saco y la corbata tirados a un lado del asiento, respiro hondo, deseando con todas mis fuerzas mi cama.

El celular vibra en mi bolsillo, despertándome. Pienso en ignorarlo, pero recuerdo que mi mamá me envió un mensaje esta mañana y aún no le he contestado. Al desbloquear la pantalla, una notificación de un nuevo correo me llama la atención. Después de todo, Norma me dijo que había bloqueado las notificaciones de correo. Frunzo el ceño, confundido. No tiene sentido. Si ella hubiese olvidado hacerlo, seguro tendría más de una notificación. Al abrir el correo, me sorprendo al ver la bandeja de entrada vacía.

¿Es posible? Nadie nunca me envía correos a mi cuenta personal. Basta con deslizar el dedo por la barra de notificaciones para darme cuenta de que estaba equivocado. Aparentemente, alguien me mandó un correo, sí, pero lo más sorprendente no es eso. Lo que realmente me hace arquear una ceja y sentirme aún más confundido es el título del mensaje: Vacante para asistente personal. ¿Qué carajo?

Curioso por esta situación tan inesperada después de tanto tiempo, abro el correo. Porque últimamente, todas las sorpresas que he recibido son una pesadilla. Fallas de proveedores, contratos vencidos, cuentas desordenadas.

Basura tras basura. Mis ojos siguen las palabras y mis cejas se fruncen. Es un currículum, de verdad. Leo la primera parte, con los datos personales de la remitente. ¡Qué peligro! Eso podría haber caído en manos de un psicópata, en lugar de en las mías. La mujer vive en Paraisópolis. Qué mierda.

Veintidós años, Eliza Porto, objetivo… espera, ¿qué? Leo el texto al menos tres veces para asegurarme de que no estoy viendo cosas o imaginando ambigüedades, y casi me convenzo de que no es nada raro, cuando llego al último punto en la sección de Formación y me echo a reír. ¿Qué diablos es esto?

Si el primer párrafo dejaba dudas sobre un posible doble sentido, el tercero no deja ninguna. Está literalmente diciendo que la mujer haría cualquier cosa que le

enseñaran. Una risa baja me escapa y mis cejas se fruncen nuevamente mientras niego con la cabeza. ¿De dónde salió esto?

Finalmente, llego a la última sección del currículum. El primer ítem me hace abrir los ojos de sorpresa, el último me hace perder completamente el control y me echo a reír.

La risa brota desde lo más profundo de mi garganta, descontrolada, haciendo que me retuerza y que mis ojos se llenen de lágrimas. Río como no lo hacía desde hace tiempo. Río hasta quedarme sin aire, hasta empezar a sollozar y necesitar obligarme a calmarme.

—¡Marcos, hijo de puta!

Lo tengo que decir en voz alta, aunque solo sea para mí mismo. Miro el celular en mis manos, enciendo la pantalla y releo la última frase: "Vagina virgen, lista para un cambio de estado".

Y cuando leo las últimas líneas, un "contrato de placer" ridículamente escrito, pierdo la batalla interna que estaba librando. La risa vuelve a salir de mi boca, hasta que me duele el estómago de nuevo. Me lleva varios minutos darme cuenta de que el coche está parado y que mi puerta está abierta, mientras Luiz, mi chofer, me mira con una expresión divertida en el rostro.

Respiro hondo varias veces, esforzándome por recuperar el control por segunda vez. Ni siquiera me molesto en juntar mis cosas esparcidas por el coche. Solo me doy vuelta, paso por la puerta y hago un gesto a Luiz, porque si tengo que explicar lo que está pasando, probablemente tendré otra crisis de risa.

Hago el camino hasta la entrada de la casa, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, incrédulo. El maldito hizo un correo falso solo para fastidiarme. Debe tener demasiado tiempo libre.

Aunque sé que la zorra de Marcos seguramente está en la calle a esta hora y no me va a responder, le mando un mensaje:

João Pedro: ¿Asistente personal? ¡Eres un hijo de puta! Jajajaja

6.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Frente a una mesa distinta de la que ocupaba la noche anterior, pero igual de llena de papeles dispersos, paso la tarde del sábado encerrado en la oficina de mi casa, resolviendo un pendiente tras otro.

Es solo por la noche, cuando estoy a punto de salir hacia una cena de negocios con un cliente que solo estará en São Paulo este fin de semana, que recibo un mensaje de Marcos. Un mensaje que me hace entrecerrar los ojos al leerlo.

Marcos: No sé de qué estás hablando, pero me alegra ser tu payaso a cualquier hora. Y en cuanto a la edad, la misma que la tuya, imbécil. ¡Aunque soy más guapo e inteligente!

Detengo mis pasos al ver el mensaje, arqueando una ceja hacia el celular en mi mano. ¡Hijo de puta, maldito! ¿Va a negar esto? No, no lo va a hacer. Así que hago lo único que puedo: abro de nuevo el correo, tomo una captura de pantalla y se la envío. Luego continúo caminando.

Me meto al coche y me acomodo. El teléfono en mi mano vibra y suena, mientras una foto de Marcos sonriendo, sin camiseta, con el mar al fondo, aparece en la pantalla. Inclino la cabeza hacia un lado, probablemente quiera jactarse de la broma que me hizo.

Suelto un bufido, entre indignado y divertido, y toco el ícono verde para contestar.

—Está bien, debo admitirlo. ¡Esa idea de adolescente me hizo casi rodar por el suelo de la risa! —reconozco a regañadientes.

Él tarda varios segundos en dejar de reírse y responder, y yo mismo me sorprendo sonriendo al recordar todos los absurdos escritos en ese correo. Escucho a Marcos respirar hondo varias veces, el sonido bajo de un silbido, como si tratara de controlar su respiración antes de que finalmente escuchara su voz en una frase completa.

—¡Por favor, João! ¿Es en serio? ¿Alguien realmente te mandó ese correo? —pregunta, con la voz aún ahogada por los intentos de controlar su risa. No lo

logra, y vuelve a estallar en carcajadas. Yo aparto el teléfono de mi oreja, también riendo.

—Marcos, ¡deja de ser imbécil! ¡Sé que fuiste tú el que me envió esa mierda!

—Me encantaría llevarme el crédito, porque en serio, ¡la idea es genial! Te lo dije, deberías contratar a una secretaria para echarte unos buenos polvos, ¡y mira! Ese currículum sería perfecto. ¿Piel clara para marcas de leves nalgadas? ¡Carajo, João! Si eso fuera verdad y no lo contrataras, lo haría yo… —dice después de varias respiraciones profundas. Su última frase hace que los dos volvamos a reír.

—No me jodas, Marcos. Pareces un adolescente, te sobra el tiempo para hacer correos aleatorios solo para joderme. ¿Quieres que procese a alguien para que tengas algo de trabajo? —pregunto, irónico. En cuestión de segundos, aparentemente recuperado de la crisis de risa, me responde.

—João, de verdad no creo que esta genialidad sea un desperdicio de tiempo, pero no tuve nada que ver con esto.

Su tono es ligero y divertido, pero yo frunzo el ceño.

—¿No? —pregunto, serio.

—No, amigo. Lamentablemente, alguien fue más rápido que yo esta vez.

—¡Pero qué mierda!

Las palabras salen sin darme cuenta de que las estoy diciendo en voz alta.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? ¿Qué qué pasó, Marcos? Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—¿Algún amigo?

—¿Por qué algún amigo, aparte de ti, que eres un imbécil por naturaleza, me enviaría algo así?

—Por hacerte una broma, idiota.

—Marcos, esa broma solo tiene gracia con contexto. Sin contexto, no tiene el menor sentido.

—Creo que estás sobrepensando esto, fue solo una broma de algún idiota.

—Tal vez.

—Seguro. Escucha, voy para Biach, ¿qué te parece? ¿Vamos?

—No, voy a una reunión, no sé a qué hora saldré de allí y todavía tengo un montón de cosas que hacer en la oficina cuando regrese.

—¿Trabajando el fin de semana, João? ¡Por Dios!

—La cabeza que lleva la corona es la que pesa, amigo. ¡Y algún día será la tuya! —respondo, sonriendo con la perspectiva.

—Tú te lo pierdes, nerd. —Es la respuesta infantil que recibo y que me hace reír a carcajadas—. Deja de ser un cobarde, ¡desde cuándo es un problema trasnochar? —cuestiona mi negativa.

—¿Y quién dijo que no voy a trasnochar? Solo que no va a ser vagando, carajo.

—Bueno, el exceso de peso puede causar decapitación. Cuidado con esa corona, cariño.

Su tono es burlón y yo solo le repito lo que siempre funciona con sus provocaciones.

—Un día será la tuya.

—¡Jamás!

—Adiós, Marquitos. Buenas noches.

Me despido, pero él no tiene la misma cortesía y simplemente cuelga el teléfono. Cuando miro el aparato con la intención de confirmar que la llamada terminó, la pantalla se ilumina, y la imagen de la captura del correo hace que todos mis pensamientos se enfoquen en una sola pregunta: ¿de dónde vino esto?

Durante el resto de la noche y todo el domingo, esa duda me atormenta. Podría simplemente preguntar quién es, pero realmente no creo que haya sido una broma de alguien conocido. Y si es un desconocido que sabe quién soy, como un periodista, por ejemplo, una respuesta solo crearía confusión.

El problema es que, no importa cuántas veces trate de desviar mis pensamientos, siempre vuelven al mismo punto. ¿De dónde vino esa mierda de correo? ¿Quién lo envió? ¿Cómo tenían mi dirección personal?

7.

JOÃO PEDRO GOVÊA

Después de que la mañana del lunes pasa sin que haya producido ni la mitad de lo que debía, tomo una decisión. Abro nuevamente el correo electrónico, que ya he leído al menos cincuenta veces desde que lo recibí, apunto en un pedazo de papel el nombre y el teléfono registrados, y luego hago una llamada a mi secretaria.

—Norma, ¿puedes venir aquí, por favor? —digo.

—Claro, señor Govêa —responde al entrar en la sala.

—Norma, necesito que intentes agendar una entrevista de trabajo con esta persona para mí —le digo, extendiéndole el papel con los datos, y Norma frunce el ceño.

—Disculpe, señor. ¿Estamos contratando? ¿No es el departamento de recursos humanos el que lleva los procesos de selección? —pregunta, como siempre muy atenta a todo lo que ocurre en la empresa.

—No es para la empresa, Norma. Es para un cargo personal. ¿Puedes hacerlo, por favor? Trata de contactar a esa persona y, si puedes, agéndala para mañana en la oficina a las -hago una pausa, pensando en cuál sería el mejor horario para recibir a esa persona, que podría ser un amigo idiota, un periodista tramando algo contra mí o una prostituta probando nuevos métodos para captar clientes. Después de la jornada laboral, entonces. Definitivamente, después de la jornada laboral-. A las diecinueve treinta. Avísame en cuanto tengas una respuesta.

—Está bien, ¿y cuál es el puesto? —pregunta, y arqueo las cejas en una pregunta silenciosa. Ella se explica—: Señor, ¿debo decir que es una entrevista para qué?

—La candidata ya sabe, solo hazlo lo más rápido posible y avísame cuando tengas una respuesta.

—Está bien.

Norma asiente con la cabeza y se retira.

Me quedo mirando la puerta durante varios minutos, pensando en las posibilidades: ¿será un periodista? ¿Un error? ¿O ni siquiera existe el teléfono? Paso bastante tiempo mirando la pantalla de la computadora frente a mí, sin que mi mente procese realmente la información que está ahí.

Pero cuando la luz roja del teléfono de la oficina se enciende por primera vez, antes de que siquiera suene, ya he atendido la llamada de Norma.

—Sí —digo rápido, sin recordar esconder la ansiedad.

—Está todo listo, señor. Mañana a las diecinueve treinta. ¿Necesita que prepare algo?

Solo presto atención a la primera parte. ¿Cómo que ya está todo listo? ¡La puta madre! ¡Era una prostituta! ¿Pero cómo diablos consiguió una prostituta mi correo personal? O tal vez no, quizá aún sea un periodista esperando que caiga en su trampa.

—¿Señor? —Norma me llama y me despierta de mis propios pensamientos.

—Sí, Norma. Disculpa, ¿qué dijiste?

—Le pregunté si necesita que prepare algo para la entrevista.

—No, solo necesito que te quedes hasta la hora para recibir a la candidata. ¿Está bien?

—Perfecto. ¿Algo más, señor?

—Por ahora no, Norma, gracias.

Cuelgo la llamada atónito. Pensé que la llamada sería la prueba definitiva que me devolvería la paz que perdí desde que Marcos me dijo que no fue él quien envió el correo, pero parece que el universo tenía otros planes.

—¡Qué mierda!

¿TE GUSTÓ ESTE ADELANTO? ¡HAZ CLIC **AQUÍ** PARA LEER EL LIBRO COMPLETO!

AGRADECIMIENTOS

En todos los libros, aunque sea la última, esta es siempre la página en blanco más fácil de llenar. Pero no en este.

No, porque agradecer por este libro, específicamente, es más que agradecer por las páginas que acabas de leer, querida lectora. Es agradecer por ti y por cada engranaje en el universo que, el 7 de mayo de 2021, el día en que se lanzó el primer libro de esta trilogía, giró y cooperó para que mi vida se transformara por completo a través de los libros.

Así que, antes que nada, gracias a quien mueve los engranajes del universo. ¡Gracias, @Dios! ¡Eres lo máximo!

Gracias a mi compañero de vida, que cree en mis sueños y los apoya todos los días, Daniel, esto es por nosotros.

Gracias a mi socia en el crimen, que leyó una locura en WhatsApp y, en lugar de decirme que parara de ser una tonta, me dijo: ¡Vamos!

Gracias a mi familia, por su apoyo de siempre. Ustedes me sostuvieron la mano cuando no sabía hacia dónde ir y me dijeron que todo estaría bien, que tenía todo el tiempo del mundo.

Gracias a cada persona que entró en mi vida a través de los libros y convirtió este cambio en algo maravilloso: amigas, lectoras y autoras.

Y, a la que hizo todo esto posible, donde todo comenzó. Gracias, Eliza. Este punto final es para ti.

Gracias, querida lectora. ¡Lola solo existe porque tú lo permites!

Ah, ¡sígueme en Instagram! @lola.belluci.autora

---

[1] En Brasil, **FGTS** significa **Fundo de Garantia por Tempo de Servicio**. Es un fondo creado para proteger al trabajador en caso de despido sin justa causa.

[2] CIO es una sigla en inglés que significa Chief Information Officer, que en español se traduce como Director de Información de la Empresa.

[3] IBGE es la sigla del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, un organismo público brasileño que se encarga de recopilar, analizar y proporcionar datos sobre el territorio y la población del país.

[4] Reality show brasileño que seguía el día a día de mujeres ricas y poderosas y mostraba al detalle lo que el dinero puede hacer.

[5] PIX es un método de pago mediante transferencia bancaria creado por el Banco Central de Brasil (y propiedad de este) que está vinculado a más de 700 instituciones financieras brasileñas. Los compradores pueden pagar con PIX cuando compran en línea y mediante códigos QR en la tienda.

[6] Projeto TAMAR es un proyecto brasileño de conservación de tortugas marinas en peligro de extinción. Es una organización privada sin ánimo de lucro con sede en Praia do Forte (Bahía).

[7] Receta italiana de pasta con salsa de cuatro quesos.

[8] Un NFT (non-fungible token) es una tecnología que permite crear una firma única, un certificado digital que garantiza la autenticidad de algo. Puede tratarse de un archivo de imagen, una canción, un tuit, un texto publicado en un sitio web, objetos físicos y otros diversos formatos digitales.

[9] La Liga de Campeones de la UEFA es una competición continental anual de clubes de fútbol organizada por la Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (UEFA) y disputada por clubes europeos.

[10] Sirius Black es un personaje de la serie Harry Potter de J.K. Rowling.

[11] "Baby Looney Tunes" fue una serie de televisión de dibujos animados coproducida entre Estados Unidos y Canadá, que mostraba las versiones para niños pequeños y preescolares de los personajes de Looney Tunes. Fue producida por Warner Bros. Animation.

[12] Canción de Lourena y MC Don Juan.

[13] "Música Popular Brasileira", género musical de Brasil que combina elementos de la bossa nova, el samba, el jazz y otros estilos.

[14] Cuando el mar tiene olas muy anchas.

[15] Aplicación de Apple que permite hacer llamadas de voz y vídeo entre dispositivos Apple.

[16] Macallan 18 años es un whisky escocés de malta reconocido por su sabor complejo y sofisticado, madurado en barricas de roble europeo y americano que antes contenían jerez. Con notas de frutos secos,

especias y caramelo, es un ejemplo clásico de la destilería Macallan, reconocida mundialmente por su excelencia en la producción de whiskies de alta calidad.

[17] MILF es un acrónimo que significa "Mother I'd Like to Fuck", un fetiche sexual con mujeres mayores que tienen edad suficiente para ser las madres de sus parejas. Una MILF suele tener entre 40 y 60 años.